

TRILOGÍA

LIBRO I

TREMONGER

LOS SECRETOS DE HEAP HOUSE

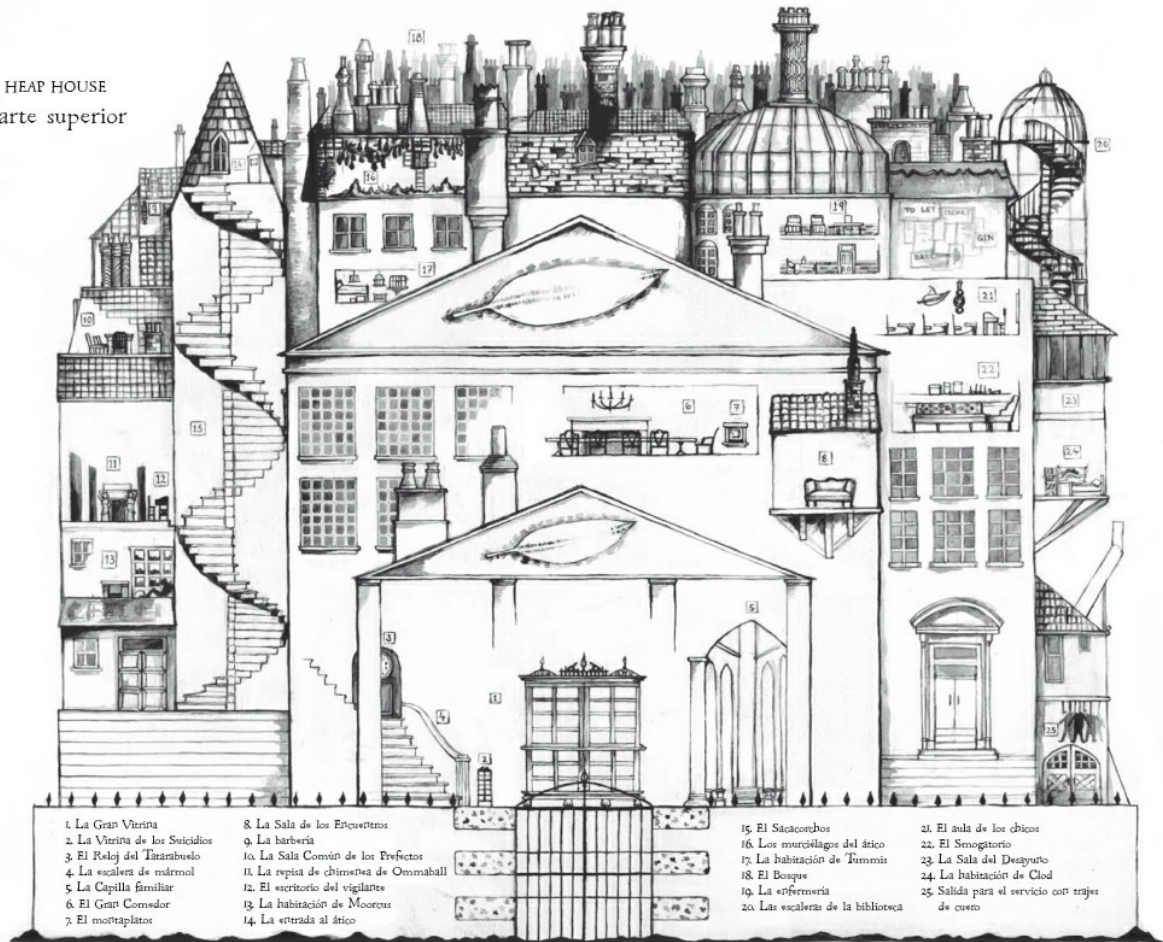
FOR

EDWARD CAREY



«LAS COSAS NO SON LO QUE PARECEN. NUNCA CONFÍES EN LAS COSAS.»

HEAP HOUSE
Parte superior



TRILOGÍA

TREMONGER

• LIBRO I •

LOS SECRETOS DE

HEAP HOUSE

FOR

EDWARD CAREY



Traducción de Lucía Barahona

Índice

Cubierta

Iremonger

Créditos

I. Un tapón de bañera universal

2. Una gorrita de cuero

3. Una medalla (que decía «al valor»)

4. Una caja de cerillas precintada

5 (Un interludio clave)

6. Una llave de piano y un borrador de pizarra

7. Un calzador de Carey

8. Un tapete de encaje

9. Un fórceps curvo

10. Un picaporte de latón

11. Unas pinzas de la nariz

12. Un molde de gelatina de peltre y un cortador de pan de azúcar de hierro fundido

13. Una taza bigotera

14. Un cubo de hielo

15. Un corsé y un fanal

16. Una escupidera de plata (para uso personal)

17. Una regadera de hojalata

18. Un grifo (con una c de caliente grabada)

19. Una repisa de chimenea de mármol

20. Lo de moorcus

21. Un silbato de metal

22. Un mondadientes de madera

23. Un botón de arcilla

24. Una moneda de medio soberano

Agradecimientos

Notas



El autor Edward Carey

EDWARD CAREY nació en Inglaterra, durante una tormenta de nieve. Como su padre y su abuelo, ambos oficiales de la Marina, asistió al Pangbourne Nautical College, donde lo más cerca que estuvo de seguir la vocación de su familia fue interpretar a un capitán de barco en un musical de la escuela. Quizá fue en ese escenario donde descubrió su pasión por el teatro, que encontraría su desarrollo natural en sus estudios posteriores en la Hull University.

Pero sus grandes vocaciones son sin duda la escritura y la ilustración. Según el propio autor siempre dibuja los personajes sobre los que escribe, aunque a menudo sus ilustraciones contradicen la escritura, y viceversa. También es extremadamente exhaustivo a la hora de documentarse para sus obras. *Little*, su biografía novelada de Madame Tussaud, fue escrita solo tras trabajar en el museo de cera.

Durante el confinamiento por la Covid-19 puso en marcha el proyecto *Una ilustración diaria*, que terminó alargándose casi dos años. Nadie pone en duda la incombustible paciencia de Carey. La Trilogía Iremonger, su obra cumbre, le llevó cerca de una década. Esta nació de la nostalgia que sentía viviendo en Texas, y que le llevó a establecer su historia en la Inglaterra victoriana. En ella ofrece a sus lectores una crítica agudísima al sistema de clases, una mirada ecologista y un entramado lleno de misterios.

Título original: *Heap House – The Iremonger Trilogy*

Diseño de colección: Setanta (www.setanta.es)

Diseño de cubierta: Luis Paadin

© de las ilustraciones de la cubierta: Edward Carey

© del texto y las ilustraciones: Edward Carey, 2013

© de la traducción: Lucía Barahona, 2023

© de la edición: Blackie Books S.L.U.

Calle Església, 4-10

08024 Barcelona

www.blackiebooks.org

info@blackiebooks.org

Maquetación: Acatia

Primera edición: octubre de 2023

ISBN: 978-84-19654-81-6

Todos los derechos están reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso de los titulares del copyright.

Para mi hermano James (1966–2012)



El niño enfermizo Clod Iremonger

UN TAPÓN DE BAÑERA UNIVERSAL

Comienza la historia de Clod Iremonger,
Forlichingham Park, Londres

Así es como empezó

En realidad todo empezó, todo este terrible asunto, el día en que desapareció el picaporte de mi Tía Rosamud. Era su picaporte particular, un picaporte de latón. Es cierto que no ayudó en absoluto que todo el día anterior se hubiera dedicado, como tenía por costumbre, a recorrer la mansión entera en busca de cualquier razón por la que quejarse. Había escudriñado cada planta, escaleras arriba y abajo, abriendo puertas sin ton ni son y sacándole defectos a todo. E insistía en que, en el transcurso de sus minuciosas investigaciones, no se había separado de su picaporte en ningún momento, pero que ahora ya no lo tenía. Alguien, dijo a voz en grito, se lo había robado.

No se había visto semejante alboroto desde que el Tío Abuelo Pitter perdiera su alfiler. En aquella ocasión, lo buscaron por todo el edificio hasta que se descubrió que el pobre tío lo había llevado encima en todo momento: se le había colado por el forro descosido del bolsillo de la chaqueta.

Fui yo quien lo encontró. Aquel día mi familia comenzó a mirarme de forma muy extraña, o quizá debería decir todavía más extraña, porque nunca se habían fiado demasiado de mí y siempre me estaban pidiendo que me quitara de en medio. El descubrimiento del alfiler pareció confirmar algún tipo de sospecha por parte de mi familia, y algunas de mis tías y primos empezaron a evitarme, me retiraron la palabra; mientras que otros, como por ejemplo mi primo Moorcus, me colocaron en el punto de mira. El primo Moorcus estaba convencido de que era yo quien había escondido el alfiler en la chaqueta y, tras darme alcance en un pasillo oscuro, me estampó la cabeza contra la pared, contó hasta doce (pues esa era mi edad en aquel momento), me colgó de un perchero y me dejó allí hasta que al cabo de dos horas me encontró uno de los sirvientes.

Tras la reaparición de su alfiler, el Tío Abuelo Pitter quedó muy compungido y creo que nunca llegó a levantar cabeza tras la desgracia. Tanto escándalo, tantas acusaciones. Murió la primavera siguiente, mientras dormía, con el alfiler prendido al pijama.

—Pero ¿cómo lo supiste, Clod? —preguntaban mis parientes—. ¿Cómo pudiste saber que el alfiler estaba allí?

—Lo escuché hablar.

Oigo cosas

Aquellos colgajos de carne a ambos lados de mi cabeza no descansaban nunca. Esos dos agujeros por donde entraban los sonidos estaban saturados. Escuchaba cosas que no debía.

Tardé un tiempo en comprender lo que escuchaba.

Me contaron que siendo un bebé, en ocasiones me ponía a llorar sin motivo. Estaba tumbado en la cuna y de pronto, sin causa aparente, empezaba a gritar como si alguien me hubiera tirado del poco pelo que tenía, como si me hubieran escaldado con agua hirviendo o como si me hubieran cortado en pedazos con un escalpelo. Siempre había sido así. Decían que yo era un niño extraño, infeliz, difícil, y que costaba mucho calmarme. Tenía cólicos infantiles. Cólicos a todas horas. Las institutrices no solían durar demasiado. «¿Por qué eres tan malo?», me decían. «¿Por qué no te tranquilizas?»

Los ruidos me inquietaban; siempre estaba nervioso, asustado e irritable. Al principio no entendía las palabras de los ruidos. Por aquel entonces solo eran sonidos y crujidos, tintineos, chasquidos, golpes, estruendos, palmaditas, estallidos, retumbes, chirridos, gritos, gemidos, esa clase de cosas. Eran suaves en su mayoría, aunque a veces se volvían insoportables. Cuando empecé a hablar no dejaba de repetir: «¿Quién ha dicho eso? ¿Quién habla?», o «Basta. Cállate. ¡No eres más que un trapo!», o «¿Te quieres callar de una vez, orinal?», porque me parecía que los objetos, los objetos normales y corrientes, me hablaban con voces humanas.

Las criadas se enfadaban muchísimo cuando la tomaba con alguna silla o con un cuenco, con alguna campanilla o con un aparador. «Tranquilízate», me repetían sin cesar.

Las cosas solo empezaron a mejorar cuando el Tío Aliver, que en aquella época acababa de graduarse como médico, se percató de mi malestar.

—¿Por qué lloras? —me preguntó.

—El fórceps.

—¿Te refieres a mi fórceps? ¿Qué le pasa?

Le dije que su fórceps, un instrumento que Aliver llevaba siempre encima, me hablaba. Lo normal, cuando mencionaba los objetos parlantes, era que los demás me ignoraran, o que suspiraran, o que me sacudieran por contar mentiras, pero aquel día el Tío Aliver me preguntó:

—¿Y qué dice mi fórceps?

—Dice —repuse, feliz de que me hubiera preguntado—: Percy Hotchkiss.

—Percy Hotchkiss —repitió el Tío Aliver, sumamente interesado—. ¿Algo más?

—No —dije—. Eso es lo único que oigo. Percy Hotchkiss.

—Pero ¿cómo va a hablar un objeto, Clod?

—No lo sé, y de hecho, preferiría que no lo hiciera.

—Un objeto no tiene vida, no tiene boca.

—Lo sé —dije—, y aun así no calla.

—Yo no oigo hablar al fórceps.

—Tú no, pero yo sí, te lo prometo, Tío. Es una voz sofocada, amortiguada, como si hubiera algo atrapado que dice: «Percy Hotchkiss».

A partir de ese día, Aliver comenzó a visitarme a menudo para escucharme hablar largo y tendido sobre las diferentes voces y nombres que yo oía, y tomaba nota. Lo único que oía eran nombres, solo eso, algunos pronunciados en susurros, otros con fuertes alaridos, algunos parecían melodías, otros gritos; algunos sonaban comedidos, otros muy orgullosos, y también los había extremadamente tímidos. Y siempre me parecía que aquellos nombres provenían de diferentes objetos que había repartidos por toda la casa. En el cuarto de estudio no lograba concentrarme porque había una vara que se empeñaba en gritar «William Stratton», y un tintero que decía «Hayley Burgess», y un globo terráqueo que murmuraba «Arnold Percival Lister».

—¿Por qué son tan raros los nombres de los objetos? —pregunté un día al Tío Aliver, cuando debía de tener unos siete años—. Todos esos Johns y Jacks y Marys, Smiths y Murphys y Jones. ¿Por qué son tan diferentes a los nuestros?

—Verás, Clod —dijo Aliver—, en realidad somos nosotros los que tenemos unos nombres poco habituales. Es una tradición de nuestra familia. Nosotros, los Iremonger*, tenemos otra forma de llamarnos porque somos diferentes a los demás. Para poder distinguirnos de ellos. Es una antigua costumbre familiar: nuestros nombres son como los de los que viven lejos de aquí, más allá de los cúmulos, solo que algo deformados.

—¿Te refieres a la gente de Londres, Tío?

—De Londres y de otros lugares aún más lejanos, Clod.

—¿Tienen nombres como los que yo oigo?

—Sí, Clod.

—¿Y por qué oigo todos esos nombres, Tío?

—No lo sé, Clod, es una peculiaridad que tienes.

—¿Dejaré de oírlos en algún momento?

—Quién sabe. Puede que este poder tuyo desaparezca, que disminuya o que vaya a peor. No lo sé.

De todos los nombres que llegaban a mis oídos, el de James Henry Hayward se repetía más que ningún otro. Eso era porque siempre llevaba el objeto que decía «James Henry Hayward» conmigo, dondequiera que fuese. Era una voz joven y agradable.

James Henry era un tapón, un tapón universal, que encajaba en la mayoría de los desagües. Lo llevaba guardado en el bolsillo. James Henry era mi objeto de nacimiento.

Cada vez que nacía un nuevo Iremonger, en mi familia teníamos la costumbre de entregarle un objeto especial escogido por la Abuela. Los Iremonger siempre juzgaban a sus miembros por la forma en que cuidaban su objeto personal, su objeto de nacimiento, como lo llamábamos. Teníamos que llevarlo encima en todo momento. Y todos eran diferentes. Cuando yo nací me entregaron a James Henry Hayward. Fue lo primero que tuve en mi vida, mi primer juguete y compañero. Tenía una cadena de sesenta centímetros de largo, en cuyo extremo había un pequeño gancho. Cuando pude caminar y vestirme solo, lucía mi tapón y mi cadena igual que los demás llevaban su reloj de bolsillo. Ocultaba mi tapón de bañera, mi James Henry Hayward, en el bolsillo del chaleco para mantenerlo a salvo, mientras que la cadena sobresalía del bolsillo en forma de U y el gancho quedaba sujeto al botón central de mi chaleco. Había sido muy afortunado con mi tapón, porque no todos los objetos de nacimiento eran tan sencillos como el mío.

Cierto es que, al contrario que el alfiler de corbata de diamantes de la Tía Onjla (que decía Henrietta Nysmith), mi tapón de bañera no tenía ningún valor económico, pero por lo menos no era tan engorroso como la sartén de prima Gustrid (señor Gurney), por no hablar de la repisa de chimenea de mármol de mi abuela (Augusta Ingrid Ernesta Hoffmann), que la había confinado en la segunda planta durante toda su larga vida. Reconozco que a menudo me hacía preguntas sobre nuestros objetos de nacimiento. ¿Habría empezado a fumar la Tía Loussa si no le hubieran entregado un cenicero (Little Lil) al nacer? A los siete años ya había contraído el hábito. ¿Habría llegado a ser médico el Tío Aliver si no le hubieran obsequiado con aquel fórceps curvo diseñado para traer niños al mundo (Percy Hotchkiss)? Y naturalmente estaba mi pobre y melancólico Tío Pottrick, a quien en su nacimiento le regalaron una soga (teniente Simpson) atada en forma de nudo corredizo; qué lamentable era verlo arrastrarse como un alma en pena por los inestables pasajes de sus días. Y la cuestión iba todavía más lejos: ¿habría sido más alta la Tía Urgula si no hubiera recibido una banqueta (Polly)? La relación de cada uno con su objeto de nacimiento era un asunto muy complicado. Cuando yo miraba mi tapón de bañera, sabía que encajaba conmigo a la perfección. No sabía exactamente por qué, pero así era. No habría podido recibir otra cosa que no fuera mi James Henry. En toda la familia Iremonger solo había un objeto de nacimiento que no pronunciaba ningún nombre cuando intentaba escucharlo.

La pobre Tía Rosamud

Y así, a pesar de su habitual desconfianza y de los cuchicheos, a pesar de que por lo general me repudiaban, sí que fui requerido cuando la Tía Rosamud perdió su picaporte. No me gustaba entrar en los dominios de la Tía Rosamud, y como norma no me habrían permitido acceder a un territorio tan inhóspito, pero aquel día mi presencia allí les resultaba útil.

La Tía Rosamud, la verdad sea dicha, era vieja y rezongona, y muy dada a gritar, a acusar y a pellizcar. Distribuía galletas de carbón entre los niños a diestro y siniestro para combatir la flatulencia. Le encantaba pescarnos en las escaleras para hacernos preguntas sobre la historia de la familia y, si nos equivocábamos en la respuesta y confundíamos a un primo segundo con uno tercero, por poner un ejemplo, se volvía impaciente y desagradable, sacaba su picaporte especial (Alice Higgs) y nos golpeaba con él en la cabeza. Qué. Muchacho. Tan. Mentecato. Y dolía. Pero que mucho. Eran tantas las cabezas jóvenes a las que había pegado, sacudido y aporreado con su picaporte que había impregnado de mala fama todos los picaportes, y éramos muchos los que nos mostrábamos cautelosos a la hora de accionar tales objetos, por los malos recuerdos que nos traía aquella simple acción. A nadie sorprendió, por tanto, que aquel día las sospechas recayeran en especial sobre los chicos en edad escolar. Entre nosotros había muchos que no lamentarían que el picaporte jamás fuese recuperado, y a muchos nos aterraba lo que pudiera ocurrir en caso de que apareciese. Pero sin duda todos sentimos una cierta compasión hacia Rosamud y su pérdida, sabiendo como sabíamos que no era la primera vez que la Tía Rosamud perdía algo importante.

Rosamud tendría que haberse casado con un hombre al que nunca conocí, una especie de primo llamado Milcrumb, pero una gran tormenta lo sorprendió más allá de los muros de la mansión y se ahogó en los cúmulos que rodean nuestro hogar. Nunca encontraron su cuerpo, ni

siquiera su maceta personal. Y por eso, la Tía Rosamud, atribulada por la ausencia de Milcrumb, se dedicaba a dar tumbos por sus aposentos de soltera, atizando a todos con su picaporte. Hasta que una mañana el picaporte, como le había sucedido con Milcrumb, desapareció sin dejar rastro.

Aquella mañana, Rosamud estaba sentada en una silla de respaldo alto, completamente abatida y sin nada en su haber que dijera «Alice Higgs», como si de repente la hubieran silenciado. Me dio la impresión de que se había convertido en algo incompleto. Estaba rodeada de cojines mullidos y de diversos tíos y tías que revoloteaban por allí. Rosamud permanecía callada, algo muy raro en ella, con la mirada perdida, pesarosa. Los demás, en cambio, armaban un buen escándalo.

—Vamos, Muddy, querida, seguro que lo encontramos.

—Anímate, Rosamud, no es algo tan pequeño, aparecerá enseguida.

—Por fuerza ha de hacerlo.

—En menos de una hora, estoy seguro.

—Mirad, aquí está Clod, viene a poner la oreja.

Esta última información no pareció alegrarla demasiado. Alzó la cabeza y me contempló un breve instante, con inquietud y tal vez una leve esperanza.

—Venga, Clod —dijo el Tío Aliver—, ¿quieres que esperemos fuera mientras escuchas?

—No te preocupes, Tío —repuse—. No hace falta. Por favor, no tenéis que iros.

—Esto no me gusta un pelo —dijo el Tío Timfy, el tío más veterano de la casa, el tío cuyo objeto de nacimiento era un silbato que decía «Albert Powling», que soplabla con frecuencia cuando consideraba que algo no estaba bien. Tío Timfy el fisgón, Tío Timfy el de los labios rollizos, el que nunca superó la altura de un niño, Tío Timfy el espía de la casa, el que se dedicaba a merodear por ahí en busca de desorden—. Menuda pérdida de tiempo —protestó—. Hay que inspeccionar de inmediato toda la casa.

—Por favor, Timfy —dijo Aliver—. Mal no hará. Acuérdate de cómo apareció el alfiler de Pitter.

—Pura chiripa, eso es lo que fue. No tengo tiempo para fantasías y mentiras.

—A ver, Clod, por favor, ¿oyes el picaporte de tu tía?

Escuché con mucha atención paseándome por sus habitaciones.

«James Henry Hayward.»

«Percy Hotchkiss.»

«Albert Powling.»

«Annabel Carrew.»

—¿Está aquí, Clod? —preguntó Aliver.

—Oigo con claridad a tu fórceps, Tío, y sobre todo al silbato del Tío Timfy. Oigo bastante bien a la bandeja de té de la Tía Polumar. Pero no consigo oír al picaporte de la Tía Rosamud.

—¿Estás seguro, Clod?

—Sí, Tío, aquí no hay nada con el nombre de Alice Higgs.

—¿Completamente seguro?

—Completamente, Tío.

—¡Pamplinas! —exclamó el Tío Timfy—. Llévate a este mocoso enfermizo de aquí. No eres bienvenido, niño, ¡vete ahora mismo al cuarto de estudio!

—¿Tío? —pregunté.

—Sí, Clod —dijo Aliver—, puedes irte, gracias por intentarlo. No te fatigues, ve con cuidado. Debemos registrar de manera oficial la fecha y la hora de la pérdida: el 9 de noviembre de 1875 a las 09:50 horas.

—¿Queréis que escuche por el resto de la casa? —pregunté.

—¡No permitiré que meta sus narices en ningún otro sitio! —chilló Timfy.

—No, gracias, Clod —dijo Aliver—. Ya nos encargamos nosotros.

—¡Los sirvientes serán registrados! —oí decir a Timfy mientras me retiraba—. ¡Rebuscaremos en todos los armarios! ¡Todo, absolutamente todo, será vaciado! ¡Revolveremos hasta el último rincón y revisaremos cualquier cosa, por pequeña que sea!



La huérfana Lucy Pennant

UNA GORRITA DE CUERO

Comienza la historia de la huérfana
Lucy Pennant, tutelada por la parroquia
de Forlichingham, Londres

Tengo una buena mata de pelo pelirrojo, la cara redonda y una nariz respingona. Mis ojos son verdes y con puntitos, aunque no son lo único que tengo salpicado de manchas. Todo mi cuerpo está punteado. Tengo pecas y puntos y lunares y uno o dos callos en los pies. Mis dientes no son del todo blancos. Uno está torcido. Estoy siendo sincera. Contaré todo tal como ocurrió y no diré mentiras ni faltaré a la verdad en ningún momento. Lo haré lo mejor que pueda. Tengo un agujero de la nariz más grande que el otro. Me muerdo las uñas. A veces me pican los bichos y entonces me rasco. Me llamo Lucy Pennant. Esta es mi historia.

Ya no recuerdo muy bien la primera parte de mi vida. Sé que mis padres eran severos, pero también amables a su manera. Creo que fui bastante feliz. Mi padre era conserje de una finca en el límite entre Filching y Lambeth, a las afueras de Londres, en una pensión donde vivían muchas familias. Nosotros éramos del lado de Filching, pero a veces entrábamos en Lambeth y desde allí caminábamos hasta el centro de Londres por Old Kent Road observando el tráfico del Regent's Canal. Pero a veces los de Lambeth nos esperaban en el límite de Filching y nos vapuleaban y nos decían que no volviéramos, que nos quedáramos en Filching, que era nuestro sitio, y nos amenazaban con que si alguna vez nos cazaban fuera de Filching sin permiso, tendríamos problemas.

Dicen que, hace mucho tiempo, Filching era un lugar agradable, antes de que llegaran los cúmulos. Antiguamente se lo conocía como Forlichingham, pero ningún lugareño lo llamaba así si quería que lo tomaran en serio. Con decir Filching bastaba. Allí todos hemos crecido rodeados de montones de desechos: desechos encima, desechos debajo, desechos por todas partes; y de un modo u otro debemos estar a su servicio durante toda nuestra vida, bien como parte del gran ejército que deposita los cúmulos, o bien entre las tribus que los clasifican. De un modo u otro, en Filching todos estamos al servicio de los cúmulos. Mi madre trabajaba en la lavandería de la pensión lavando la ropa de los operarios de los cúmulos, frotando la goma y el cuero. Un día, me decía a mí misma, un día vendrán a tomarte las medidas para el traje de cuero y todo habrá terminado, y a partir de ese momento será inútil esperar otra cosa, no después de que te hayan tomado las medidas para el traje, o de que te hayan «casado» con el traje. Así es como lo llamaban, «casarse», porque a partir de entonces debías dedicar toda tu vida a los cúmulos. Una vez casada, no habría nada más. Y era un error esperar otra cosa.

Me gustaba pasear por el edificio en el que vivíamos, observar a toda esa gente, todas esas vidas. A veces ayudaba a limpiar las distintas viviendas y, si veía algo especialmente brillante o que cupiera fácilmente en un bolsillo, era incapaz de prescindir de ello. Robaba un poco. Me acuerdo. A veces algo de comida, otras veces un dedal, y en una ocasión fue un reloj de bolsillo al que más tarde, presa de la emoción, di demasiada cuerda. Cuando lo encontré tenía la esfera rota, aunque padre lo negara. Si alguna vez me pillaban, padre se quitaba el cinturón; pero no me pillaban tan a menudo. Aprendí a esconderme esos pequeños botines en el pelo, los ocultaba entre mis gruesos mechones, debajo de mi humilde gorro, para que padre no los encontrara. Nunca se le ocurrió mirar en aquel nido rojizo.

En el edificio había otros niños. Jugábamos juntos, íbamos a la escuela en Filching y casi todo lo que aprendíamos era sobre el Imperio y Victoria y sobre cuánta parte del mundo era nuestra, pero también nos daban lecciones de la historia de Filching y sobre los cúmulos y sus peligros y su magnificencia. Nos contaban la vieja historia de Actoyviam Iremonger, el encargado de los cúmulos de Londres, de toda la basura de Londres que se trasladaba a nuestro distrito desde hacía más de cien años, cuando los cúmulos eran más pequeños y manejables, y de cómo una vez bebió demasiado y se pasó tres días durmiendo la mona, por lo que nunca dio la orden a los cribadores de cúmulos de que se pusieran a cribar, lo que provocó que los cúmulos se hicieran cada vez más grandes y comenzaran a acumularse todos aquellos desperdicios, toda la porquería de los londinenses; de modo que el trabajo se volvió cada vez más ingente, y desde ese momento los cúmulos siempre nos han llevado ventaja. El Gran Cúmulo se adelantó y se convirtió en la asquerosidad que es hoy en día. Y todo por culpa de Actoyviam y de la ginebra y de la combinación de ambos. Yo no me creía ni una sola palabra, es más, me parecía que solo nos lo contaban para que trabajáramos más duro. La moraleja de la historia era: no seáis holgazanes u os ahogaréis entre los cúmulos. Nunca quise casarme con mi traje, prefería quedarme en el edificio con mis padres y trabajar allí, y si me esforzaba lo bastante no había ningún motivo, por lo menos no en aquel momento, para que no fuese así.

No era una mala vida, dicho sea de paso. En una de las habitaciones del piso más alto había un hombre que no salía jamás, pero al que oíamos siempre dando vueltas. A veces mis amigos y yo mirábamos por la cerradura, pero nunca lo vimos del todo bien. Nos daba tanto miedo, que salíamos corriendo escaleras abajo, entre carcajadas y chillidos. Entonces apareció la enfermedad.

Al principio se manifestó en las cosas, en los objetos. Dejaron de ser como siempre habían sido. Lo que era sólido se volvía resbaladizo, lo que era brillante se volvía peludo. A veces mirábamos alrededor y los objetos no estaban donde los habíamos dejado. Al principio nos lo tomábamos un poco a risa, nadie terminaba de creérselo. Pero pronto escapó a nuestro control. No lográbamos que las cosas hicieran lo que queríamos, algo les ocurría, no hacían más que romperse. Algunas de ellas (no sé cómo explicarlo de otro modo) parecían tan enfermas que tiritaban y sudaban, y les brotaban llagas, granos o terribles manchas marrones. En algunos casos se llegaba a percibir su sufrimiento. No lo recuerdo bien. Solo sé que poco después las personas también empezaron a enfermar, dejaban de trabajar, no podían abrir la mandíbula, o bien no podían cerrarla, o la piel se les llenaba de grietas, o de repente se derrumbaban y se quedaban en el cúmulo sin hacer nada. Sí, exacto. La gente empezó a detenerse, incluso mientras caminaba por la calle. Se paraban, sin más, y no retomaban la marcha. Y un día, a la vuelta del colegio, me

encontré a unos hombres esperándome en la puerta de nuestro sótano, con hojas de laurel trenzadas bordadas en oro en el cuello de la chaqueta, distintas a las hojas de laurel de color verde que llevaba la mayoría de la gente en el uniforme diario. Estos sujetos llevaban guantes y bombas de pulverización, y los que entraron a nuestro hogar se colocaron unas máscaras de cuero con dos ventanillas redondas en el lugar de los ojos que les daban cierto aspecto de monstruos. Me dijeron que no podía entrar. Logré abrirme paso a base de patadas, alaridos y empujones, y entonces vi a madre y padre, perfectamente apoyados en la pared, como si fueran piezas del mobiliario, sin un solo rastro de vida en sus rostros; y las orejas de padre, siempre demasiado grandes, ahora parecían las asas de una jarra. Solo los vi un segundo, tan solo uno, porque otros hombres me gritaron que no los tocara, que bajo ningún concepto debía tocar nada, y me sacaron a rastras. No llegué a tocar nada.

Aquella imagen. Padre y madre. No me dejaron quedarme. Me agarraron. No opuse resistencia. Y me sacaron de allí. No dejaban de preguntarme si los había tocado. Y yo les dije que no había tocado ni a madre ni a padre.

Me metieron en una habitación y me encerraron sola durante un tiempo. La puerta tenía una ventanilla y de tanto en tanto aparecía alguien para comprobar si yo también caía enferma. Cada cierto tiempo aparecía algo de comida. Por mucho que aporreara la puerta, nadie venía en mi auxilio. Al cabo de un tiempo entraron unas enfermeras con grandes cofias blancas y me examinaron. Me golpearon en la cabeza con los nudillos y me auscultaron el pecho para ver si me estaba quedando hueca. No sé decir cuánto tiempo me hicieron esperar en aquella habitación, pero al final abrieron la puerta y los hombres con hojas de laurel doradas me miraron de arriba abajo y se miraron los unos a los otros mientras afirmaban: «Esta no. Por alguna razón, esta no».

La enfermedad se llevó a muchas personas. Y a otras no. Yo fui una de las afortunadas. Por decirlo de algún modo. Depende de por dónde se mire. No era la primera vez que ocurría algo así. La Fiebre de los Cúmulos, como la llamaban, iba y venía; pero aquel fue el primer brote desde mi nacimiento.

A todos los niños que nos habíamos quedado huérfanos a causa de la enfermedad nos llevaban al mismo lugar. Estaba cerca del muro de los cúmulos que, según decían, se había construido justo después de la época de Actoyviam y, a veces, cuando se desataba una fuerte tormenta en los cúmulos, algún objeto salía volando y se precipitaba sobre el tejado. Era un lugar de llantos y gritos, lleno de cuartuchos sucios donde abundaban el miedo y los pucheros. Todos los que estábamos allí sabíamos con certeza que nos casaríamos con los cúmulos una vez alcanzáramos la edad estipulada; allí no había forma de escapar de los cúmulos. Por la noche los oíamos revolverse, estremecerse y gimotear, y sabíamos que muy pronto tendríamos que salir afuera, a las mismísimas entrañas. Nos enfundaron unos trajes negros muy gastados y unas gorritas de cuero puntiagudas, el uniforme del orfanato. La pequeña gorra de cuero indicaba que pertenecíamos a los cúmulos, que pronto estaríamos fuera con ellos. Antes de la enfermedad, a menudo veía a los huérfanos cruzando Filching con sus gorritas de cuero. No se nos permitía hablar con ellos, siempre guardaban silencio, y siempre los flanqueaban adultos de aspecto taciturno. A veces, alguno de nosotros les silbaba, o los llamaba, pero nunca respondían; y ahora ahí estaba yo, con mi propia gorrita de cuero, marcada.

En el orfanato había otra niña pelirroja. Era una niña cruel y estúpida. Una bruja convencida de que allí solo había sitio para una chica de pelo rojo. No parábamos de pelearnos, pero por más que le pegara nunca parecía tener suficiente. Sabía que a la más mínima oportunidad ella volvería a la carga, solo por fastidiar. Estaba realmente obcecada.

Y ya está.

Supongo que eso es todo. Creo que sí. Me cuesta recordar, cada vez es más difícil. Una vez dentro, no había forma de salir del orfanato, y los pedacitos de nuestra vida se alejaban cada vez más, y cuanto más se alejaban, menos seguros podíamos estar de ellos. Pero supongo que ya lo he dicho todo. Eso creo.

Ya no me acuerdo de cómo eran mi madre y mi padre.

¿Y qué más?

La última cosa importante.

Un hombre vino al orfanato expresamente para verme. Se presentó como Cusper Iremonger.

—¿Un Iremonger? —pregunté—. ¿Uno de verdad?

—Sí —respondió—, uno de ellos.

En el cuello lucía una hoja de laurel dorada. Ese es su símbolo (probablemente debería explicarlo), es el símbolo de los Iremonger, la hoja de laurel que los representa, porque entre otras cosas son unos poderosos recaudadores.* El tal Cusper dijo algo sobre la familia de mi madre, sobre cómo su familia estuvo emparentada con los Iremonger hacía mucho tiempo.

—De acuerdo —dije—. Entonces, ¿qué soy? ¿Una heredera?

Él me dijo que no, pero que, si me interesaba, me darían trabajo en una gran mansión. Y con eso se refería a *la* gran mansión.

Sabía quiénes eran los Iremonger, obviamente, como todos; todos en Filching lo sabían y sospecho que lo mismo ocurría en el resto de los lugares más allá de Filching. Eran propietarios de casi todo. Eran los dueños del Gran Cúmulo. Se dedicaban a recaudar, siempre lo habían hecho, y se decía que eran los beneficiarios de todas las deudas de Londres y que las reclamaban cuando les parecía oportuno. Eran muy ricos. Gente extraña, fría. Nunca te fíes de un Iremonger, eso es lo que siempre decíamos en Filching. Lo decíamos entre nosotros, sin que ellos se enteraran. Nuestros puestos de trabajo estaban en juego. Eso por descontado. Había oído historias sobre su remota casa en los cúmulos, pero nunca la había visto. No era más que un manchurrón a lo lejos. Pero ahora podría hacerlo. Me habían ofrecido un empleo. Era mi oportunidad para alejarme del trabajo en los cúmulos, para dejar atrás la gorrita de cuero, la única alternativa que tenía al alcance.

—Me gustaría mucho —dije—. Se lo agradezco. Es una suerte. Y dígame: ¿no tendré que casarme? —pregunté.

—No —repuso—, no con los cúmulos.

—Trato hecho.

—Pues andando.

Nos alejamos del orfanato en un carro destartado de un solo caballo. El jamelgo estaba escuálido y tembloroso y la vieja carreta se caía a pedazos. Recorrimos las vías de clasificación, hacía sol, eso sí lo recuerdo, y los cúmulos estaban tan callados que apenas se les oía, el cielo estaba azul y había una tenue neblina. Eso es: el cielo estaba azul y yo sonreía a medida que nos dirigíamos por un camino de baches hacia la Casa de Laurel, a la mismísima Casa de Laurel.

—¿Qué? ¿Aquí? —pregunté.

—Justo aquí —dijo.

—¿Voy a entrar?

—Así es. Por el momento.

—¡Menudo sitio!

Mis amigos y yo siempre hablábamos de entrar en la Casa de Laurel, pero ninguno de nosotros lo había hecho. Nunca nos habíamos acercado ni a cien kilómetros de distancia, nos habrían echado de malas maneras si lo hubiéramos intentado. Solo la familia tenía permitido el acceso. Para todos los demás: «Prohibido el paso». Y ahí estaba yo, montada en la carreta, como un miembro más de la familia. ¡Yo, una Iremonger! Las puertas se cerraron tras de mí y el tal Cusper me instó a darme prisa. Y entonces entramos, y estaba lleno de despachos y escritorios y gente con papeles y ruidos y pipas extrañas por todas partes y sonidos metálicos y golpes distantes. Y la gente iba toda emperifollada con cuellos y corbatas amarillentos.

—¿Me puede enseñar la casa? —pregunté.

—No seas impertinente —dijo—. No toques nada. Ven conmigo.

Así que lo seguí por un pasillo repleto de hombres atareados a derecha e izquierda. Hasta que nos detuvimos en una puerta donde ponía A FORLICHINGHAM PARK. La siguiente puerta decía DESDE FORLICHINGHAM PARK. Cusper tocó una campana que colgaba del marco de la puerta, se oyó un crujido y entonces se abrió la puerta que decía A, no la que decía DESDE, y entramos en una estancia del tamaño de un armario. Me sugirió que me aferrara a la barandilla. Lo hice, el hombre tiró de una cuerda que colgaba del techo, oí el sonido de una campana en alguna parte y la habitación-armario empezó a moverse. Proferí un grito, el mundo pareció sacudirse y comenzamos a bajar, bajar, bajar; sentía que el corazón se me iba a salir por la boca, convencida de que nos mataríamos, de que nos precipitábamos hacia una muerte segura. De repente hubo un destello de luz, el tal Cusper había encendido una pequeña lámpara de aceite, ni siquiera se agarraba a nada, pero me sonrió y me dijo que no me preocupara. La habitación-armario frenó con un golpe seco y detuvo su caída.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—Abajo —dijo—, muy abajo. Hay que bajar completamente para llegar adonde tú vas.

Estábamos en una estación. Había unas vías de tren. En la pared había letreros que rezaban: BIENVENIDOS A LA ESTACIÓN DE LA CASA DE LAUREL, y una flecha que señalaba hacia una dirección en la que ponía: AL GRAN LONDRES, y otra en la que ponía: A IREMONGER PARK. El tren ya estaba allí, con la caldera a punto, envuelto en vapor, y Cusper me condujo a toda prisa a lo largo de la plataforma, entre señores de traje oscuro y chistera que no miraban a ninguna parte en concreto. En el extremo del tren había un vagón de mercancías con cestas llenas de cosas y arcas de suministros. Cusper Iremonger me empujó dentro. Estaba sola allí, con la única compañía de las cosas.

—Siéntate en una cesta, alguien irá a recogerte cuando el tren llegue. Pórtate bien.

Y entonces deslizó la puerta para cerrarla y poco después me di cuenta de que la había cerrado a cal y canto. Me quedé media hora allí sentada hasta que a través de la ventana de malla metálica (no había cristal) vi a un anciano muy alto todo engalanado con un sombrero de copa y un abrigo largo y negro con cuello de piel, dirigiéndose al tren, y a otras personas más bajitas apresurándose y haciendo reverencias tras él; qué grande era aquel anciano, qué aspecto tan

sombrío y decidido tenía mientras subía a bordo. Creo que el tren debía de estar esperándolo, porque enseguida un hombre con gorra apareció corriendo por la plataforma, agitando una bandera, soplando un silbato y en aquel instante emprendimos la marcha. Miré por la malla, pero no veía nada a excepción de oscuridad, más oscuridad, y oscuridad total. Los olores y las nieblas se filtraban en el vagón de mercancías, que no estaba sellado, y a medida que el tren aceleraba me empapé de arriba abajo con el vapor que se colaba por la ventana de malla, y que olía fatal. Al fin el tren aminoró la marcha y se detuvo con un silbido chirriante que me dejó sorda durante un buen rato, y miré afuera pero apenas se veía nada, hasta que pasado un tiempo se abrió la puerta del vagón de mercancías y una mujer, alta y delgada y con un vestido liso, me dijo:

—Ven por aquí y date prisa.

Así fue como empezó todo. Ya había llegado.



El prefecto Moorcus Iremonger
(daguerrotipo retocado)

UNA MEDALLA (QUE DECÍA «AL VALOR»)

Continúa la historia de Clod Iremonger

Mi primo Tummis (y Moorcus)

Antes de llegar al cuarto de estudio, oí un sonido que se iba acercando cada vez más:
«Hilary Evelyn Ward-Jackson».

Era el reclamo particular del objeto de nacimiento de mi primo Tummis y, en efecto, un segundo después este dobló la esquina.

—Clod, querido —jadeó—, qué contento estoy de haberte interceptado.

—Buen día, amigo Tummis, se te ve falto de aire.

—Así es. Lo estoy, lo estoy, y te diré por qué: se han suspendido las clases a causa de la Tía Rosamud. Los profesores nos han registrado de arriba abajo, nos han vaciado los bolsillos y nos han cacheado en busca del picaporte desaparecido, y, tras no haberlo encontrado, nos han enviado a nuestras habitaciones hasta nuevo aviso, con la orden de no estorbar lo más mínimo y de gritar a pleno pulmón si encontramos el maldito chisme de latón de la Tía Rosamud.

A menudo me hallaba en compañía de mi primo Tummis, y no era raro encontrarnos merodeando, rumiando, elucubrando, filosofando, cuchicheando, curioseando y dando tumbos de un lado a otro. Mi primo Tummis era muy alto y delgado. Siempre llevaba consigo a Hilary Evelyn Ward-Jackson. Era un grifo, propio de una bañera. En el centro de la rueda tenía un pequeño disco esmaltado donde había grabada una C de «caliente». Era un objeto muy bonito y había tenido un profundo efecto sobre Tummis, porque mi querido primo goteaba con frecuencia y muchas veces de la nariz le colgaba una gota de moco líquido; aquella gota tenía un camino tan largo que recorrer (toda la longitud de Tummis) que moría mucho antes de tocar el suelo. Tummis era un tipo muy sensible con muchísimos intereses. Tenía los cabellos amarillentos y de aspecto algo inseguro, como si aún no se hubieran decidido a ser pelos y pensaran que podían ser una nube, de metano, por ejemplo, pues eran tan finos que se podía ver el cráneo que había debajo.

A pesar de que ya había cumplido los diecisiete cuando la Tía Rosamud perdió su picaporte, Tummis no se había casado. A los dieciséis, un Iremonger debía pasar de llevar pantalones de pana cortos a unos largos de franela gris. A los dieciséis, un Iremonger debía casarse con la esposa que hubieran elegido para él, una joven Iremonger, que no podía ser hermana ni prima hermana, pero sí debía guardar algún tipo de parentesco. A los dieciséis, un Iremonger tenía que dejar de lado todo lo relacionado con el colegio y comenzar a desempeñar un trabajo como es

debido en alguno de los departamentos domésticos o, en el caso de disponer de un don especial, encontrar empleo más allá de los montones de desechos, en el mismísimo Londres, por lo menos en el vecindario de Forlichingham, que algunas veces podíamos divisar a lo lejos desde las ventanas más altas de la casa. Era ciertamente improbable que a mí me permitieran trabajar en Forlichingham debido a mi temprana enfermedad, y al pobre Tummis le tenían prohibido casarse con Ormily y vestir pantalones de franela gris. Creían que aún no estaba preparado.

A Tummis le encantaban los animales, le encantaban todos los animales que deambulaban a montones por la casa, escarabajos, ratas, murciélagos, gatos o cucarachas, y los recogía, se los llevaba a sus aposentos y cada vez que reunía a una familia demasiado extensa, el primo Moorcus entraba en su cuarto y los dispersaba, a menudo aniquilando a uno, dos o diez en el proceso. Puede que esta fuera la causa de que aún llevara pantalones cortos de pana un año después de lo habitual, y sus rodillas, aún a la vista, eran más bien nudosas y ridículas, y anhelaban tanto la franela gris que se las cubría con las manos siempre que podía, como si quisiera ocultarlas, aunque en realidad solo conseguía parecer todavía más desnudo con esas manazas (que recordaban a callos hervidos) posadas sobre ellas. Supongo que el primo Tummis era una criatura bastante nerviosa.

—Conque no hay colegio —dije—. ¡Un día de descanso!

—Sí, pero Clod, querido primo, escúchame. Yo en tu lugar no me iría a casa.

—Puede que para ti solo sean dos cuartuchos revueltos y sucios, pero para mí es un palacio.

—No es eso, Clod.

—¿Prefieres que vayamos a tu casa de fieras, para graznar y chillar, viejo mocoso?

—Es por Moorcus, Clod.

—Oh —dije—. ¿Qué pasa con Moorcus?

El primo Moorcus, el prefecto del colegio, mi primo hermano, el mayor y más guapo de los muchachos Iremonger, portaba una medalla con una cinta que decía AL VALOR que por algún extraño motivo lucía en todo momento. Este era el único objeto concreto que nunca me había hablado, ni un susurro, ni un sonido. Permanecía obstinadamente callado. Pero este era un fenómeno relativamente reciente, hacía tan solo seis meses que Moorcus había empezado a mantener su objeto de nacimiento oculto y a menudo lo oía gemir las palabras «Rowland Collis». Pero de pronto, desde hacía medio año, Moorcus exhibía una medalla en el pecho que anunció que era su objeto de nacimiento, y mandó colocar numerosos cerrojos en la puerta de su apartamento. Después de eso nunca volví a oír a Rowland Collis.

—El primo Moorcus... —repitió Tummis, y entonces levantó las manos. Tenía los nudillos ensangrentados.

—¿Qué ha hecho?

—No mucho esta vez, como puedes ver —dijo Tummis examinándose las pequeñas heridas como si nada—. Aunque se ha entretenido bastante. Ha estado abollando sombreros de copa y propinando unos cuantos coscorrónes delante de los prefectos, que no han hecho nada por detenerlo.

—Nunca lo hacen, Tummis, le tienen miedo.

—Ha sido un poco cruel con un par de los primos pequeños, pero, y esto es lo principal, sobre todo estaba decepcionado porque no había podido registrarte a ti. Ha comentado algo, en términos no particularmente agradables, sobre, ya sabes, ponerte patas arriba. Se ha acordado y

ha vuelto a contar la vez que fue a por ti después de lo del pobre Tío Pitter. Bien, querido tapón, estos son los hechos, y no son alegres, de eso no cabe duda. Será mejor que no vayas a casa, vete por ahí, no te dejes ver hasta las Vísperas y puede que para entonces ya se le haya olvidado.

—Gracias, Tummis —dije estrechándole la mano y disculpándome al ver que mi querido amigo se estremecía—. Muchas gracias.

—Me voy a casa, que sin ti parecerá despoblada. Pero saludaré de tu parte a mis escarabajos de alfombra y a mis cucarachas, a mis gusanos de la harina y a mis bichos bola, a mis polillas de la ropa y a mis fóridos, y a mis sarcófágidos, y a mis arañuelas, y a mis cochinillas de la humedad y a mis armadilídidos y a mis mosquitos, mis gorgojos y mis éstridos y, por supuesto, a mi gaviota.

—Gracias, mi querido grifo, te pasaré a buscar más tarde.

—Vete ya, tapón —dijo—, y procura pasar desapercibido.

El Abuelo

Así que me adentré en los pasillos superiores, pero con cuidado de no llegar a los áticos, con los techos llenos de murciélagos portadores de enfermedades, mientras le daba patadas al polvo que se acumulaba a diestro y siniestro, y observaba el progreso de un caracol o dos en las húmedas habitaciones traseras, esquivando a las babosas, aguzando el oído por si hubiera ratas, confiando en evitar al primo Moorcus. Este había roto brazos y piernas a varias personas en cinco ocasiones diferentes. No era raro que un primo Iremonger terminara en la Enfermería después de un encuentro con Moorcus. Es más, era muy habitual. Yo estaba especialmente deseoso de evitarlo, me producía una profunda desazón.

Había deambulado en tantas ocasiones por aquella casa grande e imponente, de un cuarto a otro, por las áreas donde se me permitía el acceso, y por otras prohibidas, arriba y abajo, a través de largas escaleras serpenteantes, escuchando a todos los objetos parlantes, que sabía muy bien dónde esconderme. Nuestra casa, Heap House^{*}, la Casa de los Cúmulos, como la llamábamos, carecía de una estructura original. Estaba construida a partir de otras muchas. Cuando el Abuelo compraba un lugar nuevo, solía ordenar que dismantelaran los edificios, y los trasladaran a través de los cúmulos para volverlos a ensamblar, solo que esta vez de una forma distinta, y así los trasplantaban, los atornillaban, los apuntalaban y los acoplaban a nuestro hogar. En los páramos de los cúmulos teníamos tejados y torretas de Londres, salas de baile y cocinas, tenderetes y escaleras, y muchas, muchísimas chimeneas. Enormes carromatos habían arrastrado numerosos amasijos entre los cúmulos, cuando todavía eran transitables. Por eso, en cierto modo, mientras caminaba por aquellos pedazos trasplantados me sentía como si estuviera descubriendo Londres. Buscaba Londres al caminar por antiguas estancias de aquella ciudad, al leer libros, al tocar los lugares en los que los londinenses habían estado. Me fijaba en los nombres grabados en las paredes y en los muebles, puesto que a la gente le gustaba escribir su nombre, le gustaba dejar pruebas de su existencia, y todos esos nombres me resultaban extraordinarios, indicios de un mundo más grande. Me gustaba recorrer todos esos pedazos de Londres, que debían de haber dejado innumerables vacíos en la ciudad. Muchas veces he pensado que debe de ser como

cuando una persona pierde un diente, solo que Londres debía de tener tantos dientes que tal vez nadie percibiera la diferencia. En nuestra casa de los cúmulos había pequeñas casuchas y trozos de palacios. Nuestro hogar era un edificio gigantesco hecho a base de muchos otros. Pero la estructura original, difícil de identificar en nuestros días, había pertenecido a nuestra familia desde hacía siglos.

En mi familia vivían todos juntos, Iremongers con Iremongers, Iremongers de pura sangre, todos ellos estrictos y severos e impenetrables. Había tantos primos y tíos y tías, tías abuelas y tíos abuelos, hordas de nosotros, Iremongers de todas las edades y formas, todos unidos por lazos de sangre. Y para mantener alimentadas y vestidas a tantas personas se necesitaba todo un ejército de sirvientes. Estos sirvientes también eran Iremongers, pero solo en parte, Iremongers de nivel inferior: uno de sus progenitores en algún momento se había casado con un no-Iremonger y cada generación posterior habría continuado haciendo lo mismo. No sé decir exactamente el número de sirvientes que había, porque muchos trabajaban abajo, en el profundo entramado de sótanos, o fuera, en los cúmulos, y nunca subían.

Me hallaba en un pasillo alto, gran parte del cual había sido extraído de una antigua fábrica de calafateo en Tilbury, cuando la casa se estremeció de pronto. Me apoyé en la pared a la espera de que pasara. A continuación se oyó un terrible estruendo. Era algo bastante habitual: el rugido de la locomotora del Abuelo.

Todas las mañanas la locomotora hacía el trayecto de Heap House a Londres y regresaba por la noche, siempre con los mismos horribles chillidos y empujones que sacudían toda la casa. El tren se detenía en el sótano y el Abuelo llegaba a la casa por medio de un ascensor tirado por unas mulas miserables que vivían allí abajo, en la oscuridad, y que tampoco subían nunca. Había un túnel que unía la casa con la lejana ciudad y que pasaba por debajo de los montones de desechos.

Mi abuelo, Umbitt Iremonger (cuyo objeto de nacimiento era una escupidera de plata personal, para que el abuelo expectorara a placer), nos gobernaba a todos. El Abuelo iba y venía de la ciudad, donde desempeñaba su gran servicio, y cuando estaba allí, en la casa se respiraba una especie de alivio, pero cuanto más se alargaba el día, más nerviosos nos poníamos todos a la espera de que la casa volviera a gritar, aguardando el ruido que indicaba el regreso de la locomotora.

El grito empezó a desvanecerse y yo reanudé el camino. Recorrí los pasillos llenos de goteras, entrando y saliendo de pequeños cubículos, habitaciones más pequeñas traídas de aquí y de allá. Eran frecuentes mis visitas a estas insinuaciones de un mundo más grande, porque en toda mi vida solo había conocido Heap House. Nunca había estado en ninguna otra parte, tan solo en Heap House y en sus cúmulos.

Pensé que allí arriba estaría a salvo, a salvo y a solas, a salvo con los insectos que merodeaban por ahí, los roedores de las paredes y la extraña gaviota agusanada que de alguna forma había logrado entrar en la casa pero no salir. Pero allí arriba, en una estancia que originalmente había pertenecido a un estanquero de Hackney, oí un susurro apresurado que me permitió saber que no estaba solo.

«Thomas Knapp.»

Y entonces se encendió una luz repentina, apareció una lámpara y refulgió en mi rostro.

Me persiguen

—¿Qué estás haciendo? ¿Quién anda ahí? Sal a la luz.

Ingus Briggs, el segundo mayordomo, un pariente lejano cuyo objeto de nacimiento era un calzador de carey (Thomas Knapp), estaba de repente a mi lado. El señor Briggs tenía una gran colección de alfileros en su salita (una chica de la que se enamoró una vez tenía un alfilerero como objeto de nacimiento). Una vez, en un arranque de sociabilidad, quiso enseñármelos, e incluso me rogó que pinchara alfileres en ellos, una actividad que creo que él realizaba cada noche después de concluir sus quehaceres. Pinchaba centenares de alfileres y agujas en materiales de docilidad variable, y esto le proporcionaba un gran consuelo. Briggs era una persona pequeña y reluciente; creo que en su juventud sus padres debieron de pulirlo a fondo. Creo que aquellos Briggs debieron de frotarlo día y noche con cera para latón o abrillantador para plata hasta ver su propio reflejo amoroso en él.

—¿Qué está haciendo, señorito Clod? —preguntó.

—Estoy paseando por la casa.

—No deje que le pesquen haciéndolo. No les gusta, no lo tolerarán.

—Gracias, Briggs, lo tendré en cuenta. Pero, a ti no te importa, ¿verdad?

—Me importan las velas y las lámparas de gas, me importan las alfombras y las escobas y los lustrabotas, me importan las cosas, las cosas que me importan. No las personas. Bueno, las personas que están por debajo de mí por supuesto que me importan. Pero no las que están por encima de mí, no es cosa mía preocuparme por los de arriba, jamás lo he hecho, nunca en mi vida. ¿Ha visto el picaporte de su Tía Rosamud?

—No, lo siento, Briggs, no lo he visto.

—Es una gran angustia.

—Briggs —dije—. ¿Has visto al primo Moorcus?

—No desde que estaba en su rellano, y después de eso ha entrado en contacto con el señorito Tummis.

—Oh, pobre Tummis. ¿Dónde están ahora?

—No sabría decirle, pero tal vez sería prudente no acceder a la Sala de Mármol, ni al refectorio, tal vez lo mejor es que no se acerque a la Sala del Desayuno, ni a ninguno de los salones de abajo. Básicamente, yo guardaría silencio. Me ha parecido oír que alguien subía, pasos por encima de mí, por eso he subido a investigar. El amo Moorcus sin duda le busca, señorito Clod. Mientras los demás buscan el picaporte de su tía, él le busca a usted por los armarios grandes, bajo las escaleras. Yo, sobre todo, procuraría ser más sigiloso.

—Gracias, Briggs, se lo agradezco de verdad.

—No le he dicho ni una palabra —dijo Briggs antes de marcharse.

Las vistas desde nuestras ventanas

Seguí mi camino, metiéndome en lugares muy poco populares, haciendo recuento de las habitaciones con el papel pintado mal pegado o desconchado. En una antigua barbería atornillada al tercer piso, originaria de Peckham Rye, una sala que llevaba meses sin visitar y donde sentía que estaría a salvo de Moorcus, me detuve frente a una ventana llena de mugre pero con una pequeña grieta a través de la cual se colaba el silbido del viento del exterior y, al acercar el ojo a la ranura, pude entrever una pequeña panorámica de fuera, de lo que había más allá de nuestra casa, de los cúmulos en todo su esplendor. Aquel día los cúmulos estaban tranquilos y apacibles, y habría sido un día perfecto para clasificar de no ser porque la pérdida del picaporte de la Tía Rosamud había obligado a todo el mundo a permanecer dentro.

Sin embargo, la gran pérdida de la tía había hecho que los cúmulos quedaran desbaratados. Me habría gustado salir para meterme dentro. Me habría gustado arreglarme y ponerme en marcha acompañado de Tummis. A todos los niños Iremonger nos vestían muy elegantes para salir. Llevábamos cuellos nuevos y camisas almidonadas, y lazos negros perfectamente anudados, trajes limpios y bien planchados, sombreros de copa desempolvados y guantes blancos de sarga en los que un sirviente nos enfundaba las manos. Siempre debíamos ir bien vestidos para salir a los cúmulos, era una regla de la casa, era importante mostrar el debido respeto a los cúmulos, porque ellos, como no se cansaban de repetirnos, nos habían convertido en lo que éramos. Y debíamos entregar todos los objetos que encontráramos allí fuera a nuestros mayores, que los aceptaban y los colocaban en pilas que después se llevaban a la ciudad para su reventa, o los aplastaban, los hervían o los convertían en alguna otra cosa. Muchas de las cosas se reutilizaban. Siempre y cuando el tiempo lo permitiera, debíamos salir a clasificar en los cúmulos, pero sin alejarnos demasiado, porque si vadeábamos más allá de lo que se consideraba seguro, corríamos el riesgo de no regresar a tiempo si se levantaba un vendaval, o si se producía algún terrible escape de gas en el subsuelo. Muchos primos se habían perdido en las profundidades de los cúmulos, entre ellos mi primo Rippit, el predilecto del Abuelo. Un día salió a los cúmulos con su sirviente personal y jamás regresó. Y no solo el sirviente de mi primo Rippit, sino también muchos otros se habían perdido allí fuera tras verse sorprendidos por alguna avalancha de objetos bajo la que quedaron aplastados, o tras haber subido demasiado alto para después caer, y caer, y caer. Era un peligro maravilloso. Cuánto me habría gustado ir a vadear más lejos, salir de mi zona segura, sentir la profundidad del cúmulo bajo los pies, frío y enorme. Fuera, en los cúmulos, había *de todo*, cosas de lugares lejanos, cosas procedentes de otras vidas. De modo que rebuscábamos y las cribábamos para la familia y se las llevábamos, arrastrábamos las piezas hasta los muros de los Iremonger y de ese modo las rescatábamos. ¡Ay del niño Iremonger que volviera limpio tras haber pasado una mañana o una tarde en los cúmulos! Al final de un día de criba inspeccionaban con sumo cuidado nuestra ropa: debíamos tener los guantes negros, las camisas llenas de mugre, los sombreros de copa abollados o desgajados (aunque nunca debíamos perderlos), las rodillas magulladas y ensangrentadas, y las narices llenas de porquería. Si estábamos mínimamente limpios o faltos de arañosos, nos daban una paliza.

A mí solo me permitían ejercitarme en los cúmulos en los días más tranquilos, con bolitas de guata metidas en las orejas y un pañuelo alrededor de la cabeza a modo de gran vendaje, incluso en verano, cuando apretaba el calor y la bruma de los cúmulos era impenetrable. Y en esas estaba el día en que se perdió el picaporte, con la cara pegada a la ventana agrietada,

fantaseando con todas aquellas personas que se encontraban a un inmenso montón de polvo de distancia, preguntándome si habría alguna manera de comunicarme con la ciudad que se extendía más allá, con Forlichingham, con Londres, e imaginándome que había alguien más allá de todas esas personas, alguien a quien tal vez podría gustarle mi aspecto.

—¿Hay alguien ahí? —susurré—. ¿Quién eres? ¿Qué aspecto tienes?

Y entonces, reflejado en el cristal apareció un rostro, acompañado de una sonrisa que dijo:

—¡Ya te tengo, sabandija inmunda!

Mi primo Moorcus.



La criada de Heap House Lucy Pennant

UNA CAJA DE CERILLAS PRECINTADA

Continúa la historia de Lucy Pennant

El hedor de aquel lugar. Los montones de desechos apestaban hasta el punto de que era como estar hacinada dentro, el olor era tan fuerte y sobrecogedor que parecía sólido, como si se pudiera tocar y agarrar, se te metía por dentro, lo sudabas, lo respirabas. A veces en Filching había visto que cuando llegaba gente nueva, forasteros y demás, tosían y lloraban al toparse con aquel olor, uno al que yo, por el mero hecho de ser de allí, no prestaba demasiada atención, y me reía de aquellos novatos quejicas, a quienes consideraba delicados y debiluchos. Pero ahora estaba muy lejos de allí, y era yo la que tosía y me revolvía, y una mujer me miraba como había mirado yo a los forasteros en Filching.

—¡Menuda peste! ¿Cómo pueden vivir así?

—Déjate de cháchara y espabila.

La seguí desde la vía del tren hasta otra especie de estación que al principio parecía aún más oscura que el túnel, pero entonces apareció alguien agitando una lámpara y distinguí seis burros sudando en una rueda y a un hombre con librea que azotaba a las bestias para que tiraran con más fuerza. Desde allí subimos las escaleras hasta una amplia estancia del tamaño de una iglesia y supuse que debíamos de estar dentro de la propia mansión, en la planta más baja, llena de estruendo y gritos, donde todo el mundo iba de blanco (o de algo que se asemejaba al blanco) y rebosante de vapor que emanaba de distintos lugares. Era una de las cocinas, estaban preparando la cena y todo era un trasiego. Seguí los pasos de la mujer, todavía aturdida por las sacudidas del extraño viaje y por aquel silbido ensordecedor, por lo que, por mucho que mi dolorida cabeza se hubiera percatado de que el viaje ya había terminado, mi cuerpo aún se movía con dificultad. Seguí a la delgada figura al exterior de aquella cámara humeante y subimos otras escaleras hasta una especie de estudio con un escritorio y una bonita butaca con estampado de flores. En ella estaba sentada una señora bastante agraciada que me sonrió al entrar.

—Soy la señora Piggott —dijo la mujer—, el ama de llaves.

La señora Piggott llevaba el cabello recogido en la nuca con un pequeño moño muy recio, y toda ella era muy pulcra, a excepción de sus dientes. Cuando abrió la boca vi que estaban tan corroídos que por poco habían desaparecido.

—¿Sabes dónde estás? —preguntó.

—El hombre que me recogió dijo que en Forlichingham Park.

—Así es, niña, aunque aquí lo llamamos Heap House. No hay nada más en muchos kilómetros a la redonda; en el supuesto de que rebasaras las puertas te perderías y sería muy difícil encontrarte. Estamos en los vertederos, querida, muy lejos, en los basureros. Este lugar no

aparece en ningún mapa. Estamos completamente aislados.

—¿Puedo sentarme? Estoy un poco mareada —dije—, el tren, el olor...

—Pobrecita. Vomítalo entonces, sea lo que sea. Saca todo lo que no pertenezca a este lugar, es mejor así. Por ahora, jovencita, eres de aquí. Pero debes quedarte de pie. No puedes sentarte.

—¿Hay alguna ventana? —dije—. Quiero mirar por la ventana.

—Aquí abajo no hay ventanas, solo arriba. Si bien es cierto que incluso allí hay que encender velas y lámparas de gas día y noche. Te acostumbrarás enseguida.

Posó con ternura una mano en mi mejilla. Olía a lavanda. En ese momento otras sirvientas entraron en el cuarto, vestidas con un uniforme oscuro y liso.

—Gracias, Iremongers —dijo la señora Piggott.

—Gracias *a usted*, señora Piggott —repusieron todas al unísono.

—En esta casa —dijo la señora Piggott sonriéndome, aunque con cierta tristeza en los ojos— se te llamará Iremonger. Que no se te suba a la cabeza: no es más que nuestra manera de funcionar, es la costumbre, como comprenderás, y yo no fabrico las costumbres. Se te llamará Iremonger como a todos los demás, únicamente el señor Sturridge, el mayordomo, el señor Briggs, el segundo mayordomo, la señora Smith, la guardiana de las llaves, el señor y la señora Groom, los cocineros, y yo mantenemos nuestros nombres, puesto que ostentamos cargos importantes y los que están arriba necesitan llamarnos por nuestros nombres, pero todos los demás son exclusivamente Iremongers. ¿Lo has entendido, Iremonger?

—Me llamo Lucy Pennant —dije.

—No. No lo has entendido, querida. Duele, lo sé, pero aquí somos una gran familia, y no nos falta bondad. Al principio te resultará raro, pero muy pronto dejará de parecértelo, querida Iremonger.

—Lucy Pennant —dije.

—¡No! —dijo subiendo un poco la voz aunque tratando de mantener la sonrisa—. Esa persona no debe ser mencionada... Te llamaremos Iremonger. Eso es lo que eres ahora, una Iremonger. No quieras contradecirme, créeme, Iremonger. Soy de armas tomar, cuando alguien me lleva la contraria, pierdo la paciencia y la calma, me pongo hecha una furia. No quieres que eso suceda, ¿verdad?

—No, no quiero, pero...

—«No, señora Piggott» —dijo.

—No, señora Piggott —repetí.

—Muy bien. Ahora te explicarán tus obligaciones. Me pregunto qué tipo de Iremonger eres tú. Para qué servirás. Sea cual sea tu naturaleza, no me sorprenderá. Lo he visto todo. Hemos tenido Iremongers que tratan de llamar la atención de la manera más tonta. Algunos de mis Iremongers no caminan, otros no ven y los hay hasta que no oyen, tenemos Iremongers que dicen que hablan con los fantasmas e Iremongers que predicen cosas, Iremongers que trepan por los tiros de las chimeneas, tenemos Iremongers que siempre están durmiendo y otros que nunca se acuestan. Tenemos Iremongers bajos y altos, Iremongers que ríen y otros que no, verdaderamente tenemos Iremongers de toda clase. Y todos viven aquí. Y ahora te tenemos a ti. Es muy bonito, ¿no te parece? Y pronto te iremos conociendo, y tú a nosotros. Pues bien, mientras que tú estás ahí, casi en lo más bajo, mi posición es mucho más elevada. ¿Qué tipo de

Iremonger soy yo? Soy Claar Piggott, Iremonger pura hace muchas generaciones, aunque todavía dispongo de reservas de ese espíritu inextinguible. Me llamo Claar, pero deberás referirte a mí como señora Piggott.

Llevó un dedo seco a mis labios.

—Y ahora —dijo—, vacíate los bolsillos. Aquí no pueden entrar cosas, ni una sola, aquí abajo vivimos en un remanso de paz despejado de cosas.

Me quedé quieta, pasmada, y las distintas sirvientas se acercaron a mí todas a la vez y me hurgaron dentro y fuera de los bolsillos en cuestión de segundos. Traté de quitármelas de encima pero eran demasiadas.

—¿Eso es todo? —preguntó Piggott.

Las mujeres asintieron; parecían muy decepcionadas.

—No es mucho, ¿verdad? Un pañuelo, un lápiz, un peine.

—No me permitieron recoger mis cosas —dije en defensa de los escasos pedacitos que me había agenciado en el orfanato—, nunca me dejaron volver a casa. Me dijeron que lo habían quemado todo.

—Me los llevaré de aquí —dijo la señora Piggott.

—Son míos.

—Cuidaremos de ellos, querida.

—Eso es robar.

—Cálmate, te lo ruego. Es la hora de tu medicina.

—¿De mi qué?

—Serás vacunada, niña. Aquí vacunamos a todo el mundo. Es una cuestión de salud. Para evitar que contraigas cualquier enfermedad, porque en los cúmulos una puede contagiarse de muchas. Iremonger, si eres tan amable —dijo la señora Piggott a una de las sirvientas, que se acercó con una especie de tubo de metal puntiagudo.

—Arremángate —dijo la señora Piggott.

—¿Por qué?

—Es por tu bien —dijo—, aquí todos deben vacunarse.

—¿Qué es eso? —le pregunté—. ¿Qué va a hacer con eso?

—Esto, niña —dijo—, es un instrumento muy avanzado, un objeto de gran sabiduría, muy moderno, es una jeringuilla de pistola hecha de latón con arandela de cuero. Arriba, claro está, tienen unas de peltre con asa de madera de árbol frutal. Con ella te inocularemos el medicamento en el brazo.

—No tiene buena pinta.

—Claro que no, pero peor pinta tendría tu cuerpo lleno de llagas supurantes y extremidades hinchadas. Vamos, acércate.

—Creo que no.

—Sujetadla —dijo la señora Piggott muy tranquila, y dos Iremongers me agarraron.

—¡Soltadme! Prefiero arriesgarme a contraer la enfermedad que sea. Yo nunca me he puesto enferma, como madre y padre...

Pero antes de poder explicárselo, la señora Piggott se aproximó con el cachivache de latón y me lo hundió en la piel. Y algo afilado me atravesó.

—¡Ay!

—Menuda escandalera —dijo la señora Piggott devolviéndole el artilugio a la sirvienta.

—¡Me ha dolido!

—Ya hemos terminado —dijo limpiándome una gota de sangre del brazo con un poco de guata.

—No me ha gustado.

—Ya no tiene importancia —dijo mientras limpiaba la guata en algo sobre su escritorio.

—¡Me ha apuñalado!

—Y ahora, veamos, tu objeto de nacimiento.

—¿Mi *qué*?

—Han seleccionado un objeto de nacimiento para ti, pobre Iremonger nueva e ignorante, y aquí lo tengo. Toma, puedes sostenerlo un instante.

Cogió un plato con forma de riñón de su escritorio que contenía una caja de cerillas, una normal y corriente, como las que estaba aburrida de ver. Tenía pegada una cinta de papel alrededor para mantenerla sellada. En el papel ponía SELLADO POR SU PROPIO BIEN. El cartón tenía una mancha marrón rojiza y una de las esquinas, según pude apreciar, estaba rota. Parecía como si le hubieran hecho un corte limpio con unas tijeras, pero no lo bastante grande para ver qué había dentro de la caja. La agité, las cerillas sonaron en el interior, pero el agujero era demasiado pequeño para que saliera alguna. De pronto me invadió la extenuación. Justo en ese momento. Pensé que iba a desmayarme.

—No me encuentro muy bien.

—Es bastante normal.

—Me estoy mareando.

—No te preocupes, niña, es probable que te encuentres un poco rara uno o dos días. Puede que te duela el brazo.

—Por su culpa —dije.

—El dolor no es nada de lo que debas preocuparte, significa que la medicina está haciendo efecto. Bien, ¿ya es suficiente, querida? —preguntó la señora Piggott.

—¿Es suficiente el *qué*?

—Creo que ya habéis pasado suficiente tiempo juntas por el momento. Puedes volver a verla, si tu comportamiento es satisfactorio, dentro de unos días, y más adelante, una vez a la semana.

—¿Ver esta caja de cerillas?

—Sí, desde luego. Pero solo si te portas muy bien.

—¿Y por qué querría verla?

—Querrás, ya lo verás. Esta caja ha sido elegida especialmente para ti. Te representa a la perfección.

—¿Quién la ha elegido?

—La han elegido arriba. Mi señora, concretamente. Ommaball Oliff Iremonger en persona. Es solo para ti. Todos tenemos nuestro objeto de nacimiento. Cada uno ha sido específicamente seleccionado para describirnos de manera exacta.

—Sea quien sea esa señora, no tiene ni idea de quién soy —dije—. ¡Todo esto es una locura!

—Eres una pequeña incendiaria. A mi ama no se le escapa una.

—Esto no tiene ni pies ni cabeza.

—Ahora, dámela —dijo la señora Piggott—. Entrégala, por favor.

—Quédesela, me tiene sin cuidado —dije, y le devolví la caja de cerillas, arrojándola de nuevo en el plato.

—Y ahora —dijo la señora Piggott—, permanecerá bajo llave por tu propio bien. La guardaremos en un lugar muy seguro. ¡Señora Smith! La señora Smith y su extraño aspecto hicieron acto de presencia.

Era una mujer corpulenta de rostro achatado y mejillas sonrojadas. Por toda ella sonaban y tintineaban llaves, y alrededor de la ancha cintura llevaba un grueso cinturón del que colgaban muchas anillas de las que a su vez colgaban muchas llaves. A simple vista parecía que vistiera una falda sobre el vestido, una extraña falda metálica tintineante, pero en realidad eran todas las llaves de Iremonger Park. La señora Smith era la encargada de custodiarlas, todas y cada una de ellas. Las llaves le colgaban de las caderas y de un gran collar, e incluso en los aros de los pendientes guardaba una serie de llaves más pequeñas.

—Señora Smith —dijo la señora Piggott a aquella gigante tintineante—, la nueva Iremonger desea que su objeto de nacimiento permanezca encerrado en un lugar seguro, si hace el favor.

Sin más dilación, la señora Smith sacó una llave específica de uno de sus numerosos llaveros y se dirigió a la pared del fondo del despacho de la señora Piggott, cubierta de arriba abajo por un sinfín de cajones de distintos tamaños, cada uno con un cerrojo y un pomo de latón idéntico, y una campanilla de latón suspendida de un cable rígido que sonaba cada vez que se tocaba el cajón. Y además de todos esos cajones, como un guardián que vigilara a los convictos, se alzaba una caja fuerte de acero tan alta como el techo y tan ancha como la señora Smith. Esta abrió un cajón, y al hacerlo sonó su campanilla, y del interior sacó un pequeño tren de juguete de madera, que entregó con rostro circunspecto a la señora Piggott.

—Ah, sí —dijo la señora Piggott—, esto pertenecía a la pobre Iremonger, ¿no es así? Bien, por desgracia ya no lo necesitará. Tome, señora Smith.

Entregó la caja de cerillas a la cerrajera, que la depositó en el cajón; a continuación lo cerró con llave y la campana de mi cajón enmudeció. Pues bueno, pensé, y a mí qué.

—Y con esto hemos terminado, Iremonger. Te deseo suerte. Bienvenida a Heap House.



Solly Smith, el cerrojo de Heap House

(UN INTERLUDIO CLAVE)

Declaración de Solly Smith, guardiana de las llaves, Forlichingham Park, Londres,
descubierta después de su muerte, escondida en una cámara acorazada del sótano
dentro de una caja de seguridad, en una caja de hierro cerrada con candado

Mi historia personal

Yo, Solly. Solly, la cerrajera.

Muy cerrada. Siempre callada. No digo nada. Me lo guardo. Lo oculto. Demasiadas palabras. En mi opinión. Muchísimas. Las tengo encerradas. No se las digo a nadie. A Solly no se le escapa ni una palabra. Todos los secretos. Los guardo en privado. Me encerré a mí misma hace años, no me he permitido salir. Una vez alguien me abrió. Fue bonito, agradable, sí, se llamaba William Hobbin. Murió poco después, cólera, encerrado para siempre lejos de mí, en su cripta.

Fabricaba las cerraduras con padre. Padre era el encargado de las cerraduras. Padre finalmente se envenenó con plomo en la sangre, lo encerraron lejos de mí también. Desde entonces ni una sola palabra, ni un ruido. No digo nada. Me callo. Hasta que al fin viene Piggott. Me da las llaves, me rodea intentando abrimme, me echa aceite, gana la partida, me mira a la cara como diciendo: «Un blasón de latón, saquémosle brillo». Me da las llaves. No vuelvo a estar encerrada nunca más. Nada está encerrado para mí.

Arriba. Enfermería. Objetos. Encerrados. ¡Puedo verlos! Están vivos, ¿o no? Se movían. Pero encerrados, enjaulados vivos. No lo digas, guárdatelo. Pero por dentro voy a explotar. ¡Las cosas, las cosas respiran! No están quietas. Nunca se lo he contado a nadie. El amo Moorcus necesitaba cinco nuevos cerrojos con pestillo de acero. Dice que no debo decírselo a nadie. ¿Para qué tantos? ¿Por qué tanto? Y quería quedarse con todas las llaves, ninguna para mí. Pero me guardé un duplicado, por si acaso. Y cuando él estaba en clase. Miré. Eché un vistazo. Había algo allí, ¡y no me gustaba! Lo oí en la habitación de Moorcus. ¡Lo oí moverse! No debo contarle, no debo contarle. Pero debo contárselo a alguien, debo contárselo a alguien, debo contarle o reventaré. Así que tomé una decisión, la decisión de contárselo a esta hoja de papel, solo a esta hoja de papel y después esconderla para siempre. Guardarla en la salita de Piggott, a salvo, en la caja fuerte alta que dice CERRADURA INTEGRADA CHATWOOD, encerrarla allí dentro. La caja fuerte conocerá el secreto. La caja fuerte. Segura. Cerrada. La caja fuerte me mira. Lo sabe.

Guardada, bien guardada.

A salvo.
Solly.



Los difuntos Ayris y Puntias Iremonger

UNA LLAVE DE PIANOFORTE Y UN BORRADOR DE PIZARRA

Continúa la historia de Clod Iremonger

La cosa muda

El primo Moorcus me tenía agarrado por una oreja.

—No he hecho nada, Moorcus. Suéltame.

—Para ti soy «señor Moorcus», gusano.

—No tienes derecho.

—Tengo todo el derecho. Cierra la boca esa asquerosa que tienes.

—Yo no tengo el picaporte.

—¿Y quién ha dicho que lo tengas? Levanta, sabandija —dijo, y al decirlo me pegó un puñetazo en el estómago—. ¡He dicho que te levantes!

Cuando traté de hacerlo, me propinó una patada.

—¿Es que no puedes ni ponerte en pie, Clod? ¿Eres incapaz?

Otra patada.

—¿Por que? —jadeé.

—Por ser Clod, ¿te parece poco? Es más que suficiente.

Me tumbé en el suelo. Moorcus se inclinó sobre mí, me metió la mano a toda velocidad en el bolsillo del chaleco y sacó algo.

«James Henry Hayward.»

—¡No, Moorcus, por favor!

—Arriba —dijo—. Vamos, chucho, ¡a correr!

Sin soltar a James Henry, tiró de la cadena.

—¡No, Moorcus, va contra las reglas de la casa!

—¡No me vengas con reglas! ¡Tú obedéceme a mí, perro! ¡Arriba, arriba!

Tiró del tapón y eché a correr a su lado a cuatro patas tratando de mantener su ritmo para que no le ocurriera nada a mi pobre tapón.

—¡Venga, chucho, trota, trota!

Aceleró el paso y me obligó a hacer lo mismo, desesperado. Volvimos a bajar las escaleras y entramos en la sala común de los prefectos, donde se reunían los chicos Iremonger a los que habían ascendido. Stunly y Duvit estaban allí, con el pelo re peinado hacia atrás, fumando en pipas de arcilla, bebiendo jerez y ofreciendo su habitual espectáculo de madurez y bienestar.

—Mirad lo que he encontrado —dijo Moorcus, y solo entonces soltó mi tapón, lo dejó caer de repente al suelo, como si le repugnara. Agarré rápidamente a James Henry con las manos y me lo volví a esconder en el bolsillo.

—Dios mío, Moorcus, ¿era necesario traernos esto aquí? —suspiró Stunly.

Stunly siempre sonaba aburrido y hastiado, eso era lo que le definía.

—Seguro que empieza a gimotear y a escuchar cosas y tendremos que oír sus tonterías —dijo Duvit agarrándome de la oreja—. Admítelo, Clod, eres un chiflado y un inútil. ¿Por qué no te pierdes en los cúmulos y nos haces un favor a todos ahogándote ahí? ¿Por qué no te pones en marcha ahora mismo? Clod, respóndeme de una vez por todas, ¿para qué demonios sirves?

—Se me ha ocurrido una tarea para el rarito —dijo Moorcus—, mañana hay inspección.

—¿Mañana? —dijo Stunly—. ¿Cuándo se ha anunciado?

—El Pequeño Tío acaba de anunciarlo.

Se refería al Tío Timfy.

—Es por culpa de todo este maldito jaleo que se ha armado por lo del picaporte de Rosamud. Así que el fantoche este, el papanatas aquí presente puede sacar brillo a nuestros objetos, ¿no os parece?

—Oh, no, por favor, Moorcus. Eso no.

—«Señor Moorcus.»

—Por favor, señor Moorcus. Prefiero lustrarle los zapatos.

—Me da igual lo que tú prefieras, Clod, más limpiar y menos hablar. Estamos aburridos de oírte.

Y así, me dieron sus objetos de nacimiento para que los limpiara antes de la inspección. Tocar el objeto de nacimiento de alguien es algo muy incómodo, inapropiado, porque el objeto es demasiado personal. Me senté a una mesa y con barniz limpié el tope de puerta de madera de Duvit, que me decía con una voz similar a un graznido «Muriel Binton», y la elegante regla de bolsillo plegable de Stunly (Julius John Middleton) y, por último, la medalla de Moorcus, que tenía grabadas las palabras AL VALOR, con su cinta de rayas rojas y amarillas que nunca me decía una sola palabra, a diferencia del tope de puerta y de la regla de bolsillo, y que, a pesar de tanta pompa y tanto fulgor, siempre parecía un objeto pobretón y sin personalidad. Aquel objeto mudo me asustaba sobremanera, no quería que se me acercara. No emitía ningún sonido. Me daba la impresión de que estaba completamente muerto, sentía que era como tocar un cadáver. Me tuvieron limpiando sus objetos hasta que el tren regresó con su habitual estrépito, que, como siempre, nos ponía a todos de los nervios.

—¿Qué hacemos? —preguntó Moorcus—. ¿Dejamos que se vaya el piojoso este?

Duvit recuperó su tope y volvió a meterlo en el bolsillo de su chaqueta, donde normalmente vivía. Stunly cogió su regla y la abrió y cerró varias veces.

—Gracias, Clod —dijo—, buen trabajo. —Y volvió a sumergirse en su libro.

—Ahora, ¡aire! —dijo Moorcus—, antes de que cambie de opinión. Da las gracias.

—Gracias —mascullé.

—Gracias, señor Moorcus —dijo Moorcus.

—Por Dios, Moorcus, dale un respiro, ¿quieres? —dijo Stunly, y le estuve un poco agradecido—. Deja que se vaya. ¿No podemos tener un poco de paz?

—Una cosa más, pelele, el Pequeño Tío me ha dicho otra cosa, algo que quería que te dijera —dijo Moorcus sonriendo—. Una cosita de nada, apenas merece la pena mencionarla: mañana es tu Encuentro.

—¡Mi Encuentro! —grité espantado—. ¿Estás seguro?

—Sí, zarrapatroso, ya lo han anunciado oficialmente.

—¿No lo dices solo para reírte de mí?

—Largo de aquí.

—En serio, Moorcus, ¿me... me estás diciendo la verdad?

—Fuera.

—Lárgate, Clod —dijo Stunly, suspirando—, y piensa en Pinalippy.

—¡No! —grité, por el Encuentro y porque Moorcus acababa de arrearme un puntapié en el trasero.

—Algún día te mataré, Clod —dijo Moorcus—, y disfrutaré con ello. Sí, creo que disfrutaré de lo lindo.

Oh, nuestras primas al otro lado

Escapé de la sala común lo más rápido que pude, doblé la esquina y me alejé de la medalla muda, escupiendo y maldiciendo y limpiándome las manos en el papel pintado de la pared, en cualquier cosa, sin darme por satisfecho hasta que llegué al lavabo y con un jarro de agua me froté las manos hasta hacerme daño. Pero eso no iba a borrar el recuerdo. Y aún peor era la idea de mi Encuentro. De la prima Iremonger llamada Pinalippy.

La prima Pinalippy era mucho más alta que yo. Tenía una pelusa oscura en el labio superior. Del bolsillo de la prima Pinalippy salía una voz que decía «Gloria Emma Utting», pero no tenía ni idea del aspecto que tenía Gloria Emma. La prima Pinalippy era muy dada a pegar y a pellizcar. Una de sus aficiones consistía en acercarse a algún Iremonger joven, abrirle la chaqueta negra, agarrarle la camisa justo a la altura del pezón y pellizcarlo. Era extremadamente doloroso. Y era con esa persona, con esa pellizcadora de pechos masculinos, con quien se suponía que tenía que casarme en el desafortunado cumpleaños en el que cambiaría los pantalones cortos de pana por otros negros de pierna entera. Era con esa misma Pinalippy con quien me encerrarían en una habitación al día siguiente, durante mi Encuentro. Una ley familiar estipulaba que, unos meses antes del matrimonio, en algún momento del año en que el Iremonger masculino cumplía dieciséis años, se encerraba a los prometidos en una habitación, juntos, sin nadie más presente, solo él, solo ella. Mi James Henry y yo, Pinalippy y su Gloria Emma.

No sabía cuál era el objeto de nacimiento de la prima Pinalippy porque los niños y las niñas Iremonger estudiaban y vivían separados unos de otros. No cenábamos en la misma sala, solo nos veíamos en los cúmulos. Ignorábamos nuestros respectivos objetos de nacimiento, pero siempre había intentos de descubrirlos, de revelar la verdadera identidad de nuestras primas. A veces era evidente: la pobre prima Foy había recibido al nacer un peso de plomo de cuatro kilos y medio (Sal), por lo que nunca se movía muy deprisa ya que siempre tenía que cargar con su peso, y una vez el primo Bornobby logró quitarle la tapa de su bolsa de agua caliente (Amy

Aiken) a la enfermiza prima Theeby, para su absoluta consternación y vergüenza. A partir de ese momento perdió todo el misterio, como si Bornobby le hubiera arrancado hasta la última prenda de ropa y su intimidad se hubiera esfumado para siempre. El primo Bornobby se llevó una buena azotaina por aquella falta de respeto. Después, el primo Pool, a quien seleccionaron para casarse con Theeby (Pool tenía un inflador de pie llamado Mark Seedly), sintió que el futuro no le deparara nada, como si le hubieran arruinado la vida de tan mancillada como había quedado Theeby.

El día del Encuentro, los prometidos muestran el uno al otro su objeto de nacimiento. La idea de ver a Gloria Emma Utting me producía cierto temor. Así que acudí a Tummis en busca de un hombre en el que apoyarme, pero al llegar descubrí que él también necesitaba consuelo. Lo encontré en su habitación, con la nariz y los ojos ligeramente húmedos. Moorcus había pasado por allí antes que yo y todas sus amadas criaturas habían desaparecido. Tummis tenía una cucaracha en el regazo.

—A Lintel no lo ha visto —dijo—. Algo es algo.

A Lintel no lo había visto, pero a todas las demás criaturas sí que las había dispersado o aniquilado. En el suelo se podían apreciar algunas manchas reveladoras, pero lo peor era que Regadera, la gaviota a la que Tummis adoraba, una gaviota tridáctila de patas negras, para ser exactos, había escapado de la habitación y había desaparecido en alguna parte de la casa.

—¡Oh, mi Regadera! —gimió Tummis.

El pobre Tummis trataba de ser un poco más Iremonger, pero le resultaba terriblemente difícil. Tummis no podía evitarlo, para él una rata muerta era un amigo muerto. Prefería la compañía de los animales a la de los Iremongers y le encantaba la casa, muchísimo, sobre todo de noche, cuando podía observar su vida silvestre. Ponía nombre a todas las cucarachas y las domesticaba, y sentía un gran afecto por su segunda familia. En cierta ocasión, unos años antes y después de haber ahorrado su paga durante mucho tiempo, Tummis había adquirido un huevo de avestruz, un huevo que pidió por correo y que le entregaron en una caja de madera especial procedente de un criador londinense especializado en fauna exótica. Atesoró aquel huevo e intentó con todas sus fuerzas hacerlo eclosionar, manteniéndolo en un lugar cálido y seguro. Pero un día, cuando Tummis estaba ausente de su cuarto, sospechamos que Moorcus entró y destrozó el huevo. Cuando Tummis regresó, solo quedaba la cáscara. Algunos de mis parientes decían que Moorcus no había tenido nada que ver con aquella desaparición, que el avestruz había eclosionado por su cuenta y se había marchado, y así es como había entrado a formar parte de la mitología de nuestro hogar. Decían que los ruidos que se oían por la noche eran obra del avestruz errante de Tummis. Pero yo no creía que un animal fuera capaz de hacer esos sonidos. A decir verdad, estaba seguro de que Moorcus había liquidado al avestruz de Tummis, y ahora había hecho lo mismo con Regadera, incorporándola así a la gran lista de desaparecidos de Tummis.

Fuera, en los cúmulos, había observado a Tummis de rodillas, arrullando a las gaviotas y jugando a deslizarse como ellas mientras movía los brazos y aleteaba sutilmente. A menudo les llevaba migas y trozos de pan duro. Pero por encima de todo, incluso más que a todos esos animales, incluso más que al avestruz que había perdido, era a Ormily a quien Tummis más quería.

La prima Ormily era pequeña y dulce y tímida, bastante callada y humilde, y tenía el cabello tan rubio que casi parecía blanco, y las cejas blancas, y le profesaba un gran cariño a Tummis. Esta unión Iremonger por amor era tan extraña que nadie sabía cómo tomársela. Tummis me había contado que el objeto de nacimiento de Ormily era una regadera. Ella misma se lo había dicho, y ¿qué mayor prueba de amor podía haber que esa? Tummis había puesto a su gaviota el nombre del objeto de nacimiento de Ormily: Regadera.

—A veces creo que moriré con los pantalones cortos de pana puestos —dijo—, y que nunca estaré con ella. Esta noche iba a verla un momento, antes de las Vísperas. Iba a esperarla en la caja del Tatarabuelo. Pero ahora, ¿cómo voy a decirle que Regadera se ha perdido? Pensaré que no me preocupo por ella.

Estaba tan quejumbroso que supe que tenía que hacer algo.

—Tummis —dije—, ve a verla. Yo me quedaré vigilando si quieres.

—¿Lo dices en serio, Clod? ¿Harías eso?

—Nadie os molestará.

—Entonces hay que darse prisa, y gracias, un millón de gracias.

—No dejaremos que Moorcus destruya nada más.

Así que, antes de que sonara el gong, bajamos las escaleras de mármol a toda velocidad hasta el Tatarabuelo, pasando de puntillas por delante del vigilante de la Abuela, que estaba echando una cabezada en su escritorio; era el encargado de admitir o rechazar el acceso al ala de la Abuela. Casi al final, en el recodo del último tramo de las escaleras, descansaba el Tatarabuelo, un solemne reloj procedente de una fábrica de betún de Tooting, con la cara enorme y el cuerpo alargado, y una puerta que protegía el mecanismo en una caja lo bastante grande para que dos personas se escondieran dentro a hablar en susurros. Allí esperaba Tummis, dentro del reloj, y yo me detuve a unos pocos pasos para atarme una y otra vez los cordones de los zapatos, mientras hacía todo lo posible por dar aspecto inocente. Sonó un leve crujido en la escalera, luego un nombre mascullado en voz baja desde un objeto escondido y enseguida apareció una figura pequeña y ligera, que me vio y estuvo a punto de salir corriendo o de explotar en mil pedazos de la vergüenza que le produjo la situación.

—No pasa nada, Ormily —dije—. Entra, te está esperando; yo me quedaré haciendo guardia.

Entró, con las mejillas encendidas como faros, y la puerta se cerró tras ella. Yo me agaché y esperé. No debían estar más de uno o dos minutos. La escalera no tardaría en repiquetear bajo el peso de Iremongers apresurándose para asistir a las Vísperas. Me quedé allí, acucillado, con la oreja puesta por si alguien se aproximaba, y al principio no oí nada a excepción del pequeño murmullo de una lámpara de gas que había junto al enorme reloj, hasta que al fin oí a una voz temblorosa decir: «¿Ivy Orbuthnot? ¿Ivy Orbuthnot?».

Y queriendo tranquilizar a la lámpara de gas, le susurré:

—Así es, correcto, como usted dice, Ivy Orbuthnot.

—¿Ivy Orbuthnot?

—Ivy Orbuthnot, claro que sí.

Pero enseguida empecé a oír otros sonidos además del de la lámpara. Llegaban desde el interior del reloj. Tardé un poco en captar el nombre de la regadera. Se lo había oído susurrar en las escasas ocasiones en las que me había acercado a Ormily, pero parecía tan tímida que nunca

había entendido lo que decía. Ahora, agachado junto al reloj, escuché:

«Hilary Evelyn Ward-Jackson.»

«Perr... Br... ate.»

«Hilary Evelyn Ward-Jackson.»

«Perdita Braithwaite.»

«Hilary Evelyn Ward-Jackson.»

Etcétera. Hilary etcétera Braithwaite. Una y otra vez, aunque el gong de las Vísperas estaba a punto de sonar. Un grifo y una regadera cantando una balada al unísono. Para escapar de aquellos sonidos tan privados, bajé los últimos escalones de la escalera de mármol, entré en la Sala de Mármol y allí, en el gran vestíbulo de Heap House, el centro absoluto del colosal edificio, me encontré junto al inmenso y célebre mueble de cristal, la Gran Vitrina, sostenida sobre ocho grandes patas talladas en forma de zarpas de león. En sus numerosos estantes se guardaban diversos objetos que habían pertenecido a Iremongers fallecidos. Cada uno estaba atado con un trozo de cuerda y tenía una etiqueta de papel donde podía leerse el nombre de la persona a la que antiguamente pertenecía el objeto. Ahí estaban algunos de mis antepasados, vislumbrados a través del grueso cristal de la Gran Vitrina:

Idwon, tintero
Agith, pastillero
Arfrah, lavamanos
Robitt-Fridick, cortaplumas
Slibolla, hervidor de pescado
Borrid, aguamanil
Naud, pinzas

Cada vez que moría un Iremonger, su objeto de nacimiento se colocaba en la Gran Vitrina del vestíbulo, y ninguno de ellos hacía ruido, no podía oírlos, dejaban de hablar. En la quinta balda estaban los de madre y padre.

Ayris, llave de pianoforte
Puntias, borrador de pizarra

Decían que yo me parecía un poco a madre, por eso mi presencia era motivo de aflicción. Al nacer yo, murió mi madre. A mi Abuela le resultaba especialmente difícil contemplarme y pasaba meses enteros sin verla. Mi madre había sido la favorita de la casa, la hija menor de mis abuelos y su primera niña después de doce varones. Apenas sé nada sobre ella. Sé que cantaba. Me han contado que tenía una voz extraordinariamente bonita. Pero desde mi nacimiento ya nadie cantaba. La Abuela lo había prohibido.

De mi padre no se hablaba mucho. Era un hombre tranquilo y apacible que nació con un corazón frágil. Criado entre algodones durante casi toda su vida, fue cuidadosamente alimentado con terrones de azúcar en estancias acolchadas, de donde lo sacaban de vez en cuando para visitar a mi madre, porque poco después de que naciera madre el Abuelo decidió que se casaría con el pequeño Puntias, antes de que descubrieran el problema de su frágil corazón. Permaneció

celosamente protegido hasta que pudo casarse con madre, no salió jamás a los cúmulos. Dos semanas después de mi nacimiento, debido al dolor por la muerte de madre y a la felicidad de mi nacimiento, el corazón de mi padre se detuvo.

Con frecuencia iba a la Sala de Mármol y pensaba en madre y padre, en sus objetos y en todos aquellos otros objetos además de los suyos, en toda esa gente fallecida.

Allí de pie, admirando a los muertos, me olvidé por completo de Tummis y Ormily y solo volví a acordarme de ellos al oír el ajetreo de las habitaciones de arriba, donde decenas de personas se movían y desplazaban hacia esta parte de la casa. El gong, el gong sonaría en cualquier momento. Llegué corriendo hasta el pesado reloj, llamé a la puerta.

«Hilary Evelyn Ward-Jackson.»

«Perdita Braithwaite.»

—Es la hora —dije—. ¡Ya es la hora!

Y, en efecto, las escaleras retumbaron con el revuelo de mis parientes que, como un enjambre, se atropellaban unos a otros de camino a la gran capilla familiar. Tienen que salir, tienen que salir ya o los descubrirán. Arriba, tan solo un piso por encima, oí el pitido fuerte y claro de Albert Powling.

—El Pequeño Tío. —Golpeé el reloj para advertirlos—. ¡El Pequeño Tío!

Y fue justo a tiempo, mientras las escaleras temblaban a punto de venirse abajo, cuando la puerta del Tatarabuelo se abrió y Ormily y Perdita Braithwaite salieron disparadas y bajaron los escalones en un santiamén, seguidas de Tummis y su Hilary, que se dieron un coscorrón con la puerta al salir, justo a tiempo. Así es, ahí estaba Tummis recién salido del mundo de los sueños, con una sonrisa de oreja a oreja, los labios rojos e inflamados y una exaltada y sonora declaración:

—¡Oh! ¡La amo!

—Cállate —dije—, y actúa como si nadie te quisiera, por el amor de Dios, que por ahí viene Moorcus.

Moorcus le hizo la zancadilla a Tummis para que cayera escaleras abajo, pero este no llegó muy lejos, no se hizo nada, ya que no había donde caer, y todos los primos pequeños se carcajearon, como hacían siempre delante de Moorcus. Tummis se levantó. Todavía tenía la sonrisa en la cara, el amor era su anestesia. Todos nos congregamos en los bancos, todas nuestras tías y tíos, todos los primos, decenas y veintenas de ellos, algunos con pantalones y otros en camisón, y los más bajitos se pusieron delante, yo entre ellos, los chicos en la nave oeste y las chicas en la este, Ormily entre ellas. Una gran reunión de grajillas y cuervos. Estar en la abarrotada capilla era como tener la cabeza metida en una gran campana, me afectaba mucho y me provocaba un dolor de cabeza espantoso y tenía que tumbarme, agradecido de que las Vísperas solo se celebraran una vez por semana. Entre tanto ruido no era capaz de oír nada.

Se cantaba el antiguo lamento de los Iremonger, «Viejo y roto», y yo articulaba las palabras junto a los demás:

*En la mañana primaveral, Al inicio de mis días,
Un oro perfecto adornaba sin igual
Mi piel que, iluminada, refulgía.
Entonces me sentía joven y esperanzado,*

*En lo alto de la estantería,
Entonces era feliz y bien empleado,
Cuando en la tienda supiste que me querías.*

*En la luz brillante del verano hermoso,
Siempre a punto y preparado,
Un ejemplar erguido y lustroso
Al estante del vestíbulo incorporado.
El visitante boquiabierto se quedaba
Ante esta pieza que llamabas «mía»,
Y en un susurro le preguntabas
Si algo tan bonito él poseía.*

*En otoño, cuando llega el frío
Y cuando el viento acostumbra a graznar,
Alguien urgente y repentino
Golpeó con fuerza la vieja puerta al entrar,
Y hasta el suelo Caí a trompicones
Quedando roto, gran desconsuelo,
Para siempre innecesario, sin opciones.*

A mitad de canto, alcé ligeramente la vista hacia la oscura masa familiar que vociferaba al mismo tiempo, y vi todas esas nucas, los cabellos de los Iremonger, peinados o recogidos en algún tocado, y vi que una de las cabezas no apuntaba con recato hacia abajo, sino que estaba erguida y se había girado para mirarme precisamente a mí. Era la prima Pinalippy. No reconocí mucho amor en aquel rostro que me clavaba una mirada de desaprobación. Al fin volvió a darse la vuelta, pero yo continué sumido en mis cavilaciones mientras proseguía el himno de nuestra familia.

*Mírame, guárdame, recuérdame, te lo ruego,
No soy algo que deba perderse
En el aullido de diciembre, oscuro y lóbrego,
En la escarcha de escombros del invierno desvanecerse,
Soy útil, soy esencial,*

*Escucha mi lamento
Mi súplica no es insustancial
El cúmulo al que me arrojaron no es mi elemento.*

*Nada queda por decir,
Nadie pronuncia mi nombre,
¿Oyes el último crujir*

*De algo que solo contiene pesadumbre?
Un don nadie sin nombre ni rostro
Yace aquí sobre el montículo
Por siempre jamás sin rastro,
Destrozado, pisoteado, un artículo.*

Al finalizar, mi familia se dispersó en la noche, cada uno a sus aposentos. Yo esperé a que salieran todos, estreché la mano de Tummis, le di las buenas noches y, por último, me retiré, dando por concluido aquel día, demasiado conmovido por la imagen de Pinalippy y el acontecimiento del día siguiente como para seguir relacionándome con nadie.



El segundo mayordomo Ingus Briggs

UN CALZADOR DE CAREY

Continúa la historia de Lucy Pennant

Las sirvientas me condujeron por un pasillo hasta otra habitación repleta de bancos y perchas. Me entregaron una indumentaria nueva: el sencillo vestido negro, unos zapatos planos y lisos y la cofia blanca que todas llevaban. Esta cofia tenía una hoja de laurel roja bordada. Me dijeron que debía cambiarme. Me señalaron un pequeño armario que no tenía puerta pero sí cortina. Me cambié. Una mujer dobló mi ropa vieja y se la llevó. Me dio igual, pertenecía al orfanato. Adiós, gorrita de cuero, no te voy a echar ni pizca de menos. Las mujeres que quedaban, algunas de las cuales eran niñas de mi edad, empezaron a acariciarme, a cepillarme el pelo y a repetir, casi ronroneando: «No pasa nada. No pasa nada».

—¿Quién ha dicho que pase algo? —repuse.

Una de las mujeres de más edad dijo en un susurro:

—¡Qué afortunadas! ¡Una nueva pariente! Aquí todos somos una familia. Ya estás en casa, por fin estás donde debes estar. Sin duda has estado en otros lugares, pero eso ya no importa, ya estás en casa.

Me dijeron que había llegado la hora de conocer a mi familia. Me llevaron de vuelta a la cocina y todos los cocineros y todos los sirvientes, hombres y mujeres, se acercaron a mí y me miraron con mucha atención, pasándose de unos a otros.

—Bienvenida a casa —me decían todos.

«Oh, bienvenida, por fin estás aquí, ¡en casa! ¡En casa!» «¡En casa!» «¡En casa!»

Y se les veía tan contentos de verme, y eran tantos los que lloraban y me besaban, como si realmente fuera alguien muy apreciado para ellos, un ser querido que hubiera regresado de alguna parte, que pensé que estaba bien, que no me importaba un abrazo de vez en cuando, y no tardé en corresponderles los afectos. Uno por uno, todos querían abrazarme, los jóvenes se acercaban y me estrechaban entre sus brazos, y algunos parecían olerme. Entonces, en mitad de toda aquella cordialidad y amabilidad, alguien se aclaró la garganta y todos los Iremongers salieron disparados a sus diferentes puestos y yo me quedé sola frente a un hombre altísimo de cejas muy pobladas, que vestía muy elegante, con corbata negra y frac, y que hizo un gesto para que me acercara, al que obedecí sin dilación.

—Soy el señor Sturridge, el mayordomo —pronunció con voz tan grave que era casi inaudible y parecía como si retumbara—. Yo canto la canción de Heap House, una canción de orden y precisión, el ruido de la exigencia y la dignidad. Es el ruido de todas estas salas, de todas estas historias, es el sonido de cada estancia de este gran palacio que, aunque no nos merezcamos, es también nuestro hogar. Vivimos entre las raíces de los pilares, bajo tierra, por debajo de los que se mueven por encima de nosotros y se encuentran por encima de nosotros, y

así es como debe ser. Heap House está enclavada en el suelo como una poderosa asta de bandera y, por tanto, una parte de ella debe quedar enterrada, fuera de la vista. Nuestro lugar está en las profundidades, donde la única luz procede de las velas y las lámparas de gas. Nosotros somos las raíces, las gruesas raíces de la planta que crece por encima. Vivimos bajo tierra y este es nuestro sitio, y aquí trabajamos, cada uno en su puesto. Yo soy el guardián, el que mantiene todo bajo control, soy la escoba y el recogedor, soy el lúcido y el mordaz. ¿Cómo está usted?

Me incliné ante aquel hombre inmenso.

—Bienvenida. Mañana, Iremonger —dijo, y tras una pausa anunció—: Chimeneas.

A mi alrededor, los Iremonger sirvientes se estremecieron al oír la palabra, y algunos me felicitaron con una palmadita en el hombro y dijeron muy animosos:

—¡Trabajas en la superficie, trabajas en la superficie!

—Bien —dijo el mayordomo.

Detrás de él salió otro hombre, uno al que no había visto antes. Era el segundo mayordomo, como pude saber más tarde, un hombre de aspecto grasiento que me saludó con la cabeza y a continuación hizo sonar una campana.

Nos reunimos todos en un comedor de mesas alargadas, una de las cuales estaba subida a un estrado. Allí se sentaban el señor Sturridge y la señora Piggott. Las mesas estaban puestas y en cada asiento había un cuenco lleno de comida humeante y dos cucharas, una vacía y la otra con una pequeña cantidad de algo grisáceo. Entonces vi a los jefes de cocina, el señor y la señora Groom, pálidos y de corta estatura, enormemente parecidos entre sí, como si en vez de ser marido y mujer fueran hermanos; pero la gente a menudo tiende a parecerse, ya me había fijado. El aspecto que tenían los Groom dificultaba distinguirlos a uno del otro, pues ambos tenían pechos, ambos tenían caderas, ambos tenían manos grandes y ambos iban vestidos con la misma ropa blanca que indicaba su cargo en aquella casa.

Nadie se sentó, todos permanecieron de pie ante los cuencos y las cucharas, mirándolos con deseo. Sonó otra campana y comenzaron a recitar de memoria un extraño poema, o tal vez una oración de agradecimiento, en voz baja, algunos con los ojos cerrados, otros juntando las manos como si rezaran:

*En esta casa
Donde vivimos
En el amor
Que entregamos
En el tiempo
Que encierra
Todos los secretos
De nuestra sangre.
Todos nuestros órganos
Y nuestros huesos
Todos nuestros pulmones
El hígados Y nuestra sangre
Lo grueso y lo delgado*

Infinitas gracias Por esta cena.

Volvió a sonar una campana y todos se apresuraron a sus asientos y con mucho cuidado cogieron las cucharas vacías y se tomaron la sopa. Estaba salada y espesa y era mucho mejor que la comida del orfanato, donde podías encontrar astillas de huesos y, en alguna ocasión, hasta un clavo oxidado. Pero nadie tocaba la otra cuchara, que era más larga, una cuchara de servir. En cuanto se vaciaron los cuencos, fueron retirados por otros sirvientes con gruesos trajes grises, pero nadie se movió del sitio, todos se quedaron sentados frente a la cuchara llena, sin tocarla. Entonces sonó otra campana y entonaron otra oración:

*Nuestras tuberías y nuestras cañerías
Nuestra felicidad y nuestra melancolía
Toma una cucharada de consuelo
Dulce y crujiente como el azúcar
Y así procurar la madrugada.*

Llegados a este punto, se abalanzaron sobre el contenido de la otra cuchara, aunque cada uno a su manera. La operación parecía requerir grandes dosis de silencio y concentración; de vez en cuando se oía algún que otro ruido de dientes, pero muy tenue. Algunos abrían la boca todo lo posible y se metían la cuchara entera dentro; otros se encorvaban sobre ella, primero la olfateaban y después la chupaban con cuidado; había quien en un primer momento solo se llevaba la punta de la cuchara a la boca y de forma lenta y metódica alcanzaba la parte cóncava. Yo levanté la mía sin distinguir exactamente su contenido. Era grisáceo, espeso y mugriento, y desprendía un fuerte olor a algo que no lograba identificar pero que no estaba mucho de la bofetada pestilente que me había golpeado al llegar.

—¿Qué es? —pregunté en un susurro a la muchacha robusta con la nariz torcida sentada a mi lado.

—Lo tomamos todas las noches. Está *buenísimo* —dijo.

—Ya, pero no me queda claro lo que es.

—Si te lo dijera podrías hacerte una idea equivocada, quizá deberías probarlo primero y después te lo digo. Creo que hubo una época en la que a mí también me resultaba un poco extraño, no me acuerdo bien, pero te aseguro que es muy especial. Vamos, pruébalo.

Me llevé aquella sustancia a la boca, pero mi nariz protestó, no podía hacerlo.

—No tengo hambre —dije.

—¿Te importa si me lo quedo yo?

—Todo tuyo —dije, pero enseguida añadí—: Si me dices lo que es.

—Se supone que no debemos decírselo a los nuevos Iremongers, tienen que descubrirlo a su debido tiempo.

—Pues entonces no te lo doy.

Me llevé la cuchara a la boca como si fuera a comérmela.

—¡No, espera! Te lo diré, te lo diré.

Bajé la cuchara.

—Es porquería de la ciudad, de Londres, recogida en los camiones de la basura y triturada en la cocina. Una cucharada cada noche —dijo la chica.

—Venga ya, ¿qué es?

—Porquería de la ciudad —repitió ofendida—, te lo acabo de decir.

Pensé que me estaba tomando el pelo y decidí que de ninguna manera sería mi amiga, pues menudas ganas de engañar a alguien que acababa de llegar. En cualquier caso, no pensaba comerme esa porquería. Miré alrededor y vi a todos aquellos sirvientes Iremongers relamiéndose los labios y chuperreteando las cucharas.

Volvió a sonar una campana y unas Iremongers me llevaron a uno de los dormitorios femeninos. A esas alturas ya estaba agotada y confiaba en que un poco de descanso ayudaría a que todo mejorara y pareciera menos raro. Era un lugar verdaderamente peculiar, lleno de gente que se comportaba de forma muy extraña... Pues muy bien, pensé, y qué si la gente es peculiar. La gente con dinero es libre para ser todo lo peculiar que quiera. Y qué si además este lugar estaba muy lejos de cualquier otra parte, ¿verdad que la gente puede ser reservada? Y la gente con dinero puede ser tan reservada como le venga en gana. Y qué si estábamos bajo tierra y vivíamos como conejos en una madriguera, y qué si las salas de ese sótano parecían una cueva, y qué si yo, al día siguiente, iba a subir las escaleras para salir a la superficie. Y nunca debo olvidar, me recordaba a mí misma, que había salido del orfanato, que tenía un trabajo, que la comida (salvo esa cucharada) era buena y que, tal vez, tenía un tímido futuro por delante. Me tumbé, me acaricié el brazo, que me dolía un poco, pero en el fondo era por mi bien, me repetía, por mi propio bien, y no tardé en quedarme dormida.

Soñé con cajas de cerillas, con la caja de cerillas que me habían enseñado, soñé que rompía el precinto, abría despacito el cajetín de cartón y entonces oía algo, algo dentro, algo más que cerillas, algo vivo, algo que murmuraba, algo horrible. Me desperté asustada. No sabía cuánto tiempo había dormido, tenía el brazo agarrotado. Se oían cuchicheos en el dormitorio, tal vez fuera eso lo que me había despertado.

—No ha dicho gran cosa —dijo una voz.

—Pero lo hará, nos lo dirá, nos lo contará todo. Las historias. Las noticias.

—Tiene que hacerlo.

—Mira que guardarse algo así...

—No puede ser tan egoísta.

—Se la ve muy lozana.

—Me gusta.

—A mí me gustará si nos lo cuenta, si no, no.

—Pero sí que parece fresca, ¿verdad? Mucho.

—Muchísimo.

—Pero está dormida. Como un tronco. Esta noche no conseguiremos nada.

—Y entonces, ¿qué hacemos?

—Contar alguna historia, la que sea.

—¿Estáis seguras de que Piggott duerme?

—Eso creo.

—Entonces yo seré Grice. Me llamo Grice W...

—Tú fuiste Grice Wivvin la semana pasada.

—No le toca a ella, me toca a mí, y no quiero ser Grice, quiero ser Helun Parsinn. Me llamo Helun y nací...

—¡No! Ni tú ni Helun, me toca y voy a ser Oldrey Inkplott. Hola, soy la pequeña Oldrey, soy de Londres...

—¿Y ser ella?

—¿Quién? ¿La nueva Iremonger?

—Sí, ¿por qué no? Estoy harta de las historias de siempre.

—¡Sí! ¡Ella! Pero... no conocemos su historia.

—¡Adivínala! ¡Invéntala! ¡Una nueva historia!

—¿Cuál era su nombre? ¿Alguien se acuerda de su nombre?

—¡Yo sí, yo sí!

—Pues dilo, venga.

—Era... Ay, era... Eh... Lossy Permit.

—¡Oh! ¡Lossy! ¡Lossy Permit!

—Me llamo Lossy Permit.

—¿De dónde eres, Lossy? Ay, Lossy, dínoslo.

—Nací y me crié en Lungdres, soy de Spittingfeels.

—Yo, Lossy Permit, crecí en una mansión que olía a jabón.

—Yo, Lossy, vengo del circo. Mi madre tenía barba y mi padre era tan alto como una casa.

En ese momento me incorporé. No estaba dispuesta a escuchar más tonterías. Me aclaré la garganta y dije:

—Tengo una buena mata de pelo pelirrojo, la cara redonda y una nariz respingona. Mis ojos son verdes y con puntitos, aunque no son lo único que tengo salpicado de manchas. Todo mi cuerpo está punteado. Tengo pecas y puntos y lunares y uno o dos callos en los pies. Mis dientes no son del todo blancos. Uno está torcido. Tengo un agujero de la nariz más grande que el otro. Me muerdo las uñas. Me llamo Lucy Pennant.

—¡Oh! ¡Sí! ¡Por favor! ¿Nos lo cuentas?

—Anda, cuéntanos tu historia, por favor.

Y se la conté. Por aquel entonces recordaba mucho más.

Les conté mi historia una vez, y otra, pero nunca era suficiente, querían volver a oírla. Querían saberlo todo sobre Filching y sobre Lambeth, sobre la Old Kent Road. Una muchacha solo quería oír la historia de la cometa que había hecho con un viejo sombrero de paja, un canotier hecho polvo que llegó volando hasta nuestro patio desde los cúmulos. Y entonces tuve que hablarles de mi vieja muñeca (hecha con trozos de tubería) y de cómo jugaba en el parque de tierra, y de mis amigos del colegio, y del edificio donde había vivido y de todos los que allí vivían y de cómo mis padres se habían quedado paralizados de repente, de todos los trajes de goma de los hombres y mujeres que trabajaban en los cúmulos.

—Nosotros también llevamos trajes de goma cuando salimos —me dijo una de ellas.

—Y ancla —dijo otra—, ¿vosotros teníais anclas?

—Para tirar de nosotras si hace falta.

—Pero a veces puedes tirar de la cuerda todo lo que quieras que...

—¡Cállate! —gritó una de ellas—. No es el momento. Estamos hablando de la chica nueva.

—¿Cada cuánto podéis ir a Filching? —pregunté.

—¿A Londres?

—¿Qué quieres decir?

—¿Cada cuánto salís de la casa?

—¿Salir de la casa? ¿Te refieres a salir para ir a los cúmulos?

—No, no, me refiero a un descanso, a ir a la ciudad, visitar Londres, estirar las piernas.

—Ah, nosotras no salimos.

—No entiendo —dije.

—Estamos aquí, ¿para qué íbamos a ir a Londres?

—Pues yo sí que iré, dentro de un tiempo —dije—, cuando me haya acostumbrado. A pasear un poco. Ver a los amigos.

—¡Amigos! —gritó una—. ¡Qué bonito!

—Iremonger, estabas hablando de tu casa.

—Sí, cuéntanoslo todo, todo, por favor.

Y se lo conté. A una que era muy callada lo que más le gustó fue el final de mi historia, la parte de mi llegada a Iremonger Park, cuando habían aparecido las sirvientas y se habían llevado mis cosas. Era la parte que más le gustaba porque salía ella.

—Estoy en tu historia —me dijo con un hilo de voz—. Formo parte de ella. Y pensar que estoy ahí, justo al final, es bonito pensarlo, ¿no? ¡Aparezco en una historia! ¡Yo!

Cuando le pregunté por su propia historia, no la recordaba. Otras solo se acordaban de cosas muy concretas, como que les pegaban con una regla en las manos, o que las cogían en brazos, o el reventón de un globo, o a un hombre con barba, o un vestido, o que alguien las llevaba de la mano, o les leía. Las Iremongers más jóvenes del dormitorio recordaban más cosas, aunque muchas de ellas habían nacido en la casa y solo hablaban de jugar en la caja de la ceniza, y un par de ellas, después de un gran esfuerzo, casi eran capaces de recordar a una madre o a un padre, pero en realidad eran sombras de padres y madres, no eran más que sombreros o vestidos haciéndose pasar por padres y madres, el destello de un bigote o de un collar. Algunos padres estaban hechos de débiles olores y de susurros.

Había dos Iremonger más viejas, vestidas con el mismo camisón blanco que todas las demás, cuerpos arrugados y encorvados embutidos en la misma tela que otros más animados y jóvenes. Estas mujeres no se unieron al entusiasmo, no escucharon mi historia, ni siquiera cuando una de las muchachas se acercó a sus camas para susurrarles algunos pasajes, pero ellas se giraron, nos dieron la espalda, cerraron los ojos y se taparon las grandes orejas con unas manos como ciruelas pasas. No querían saber nada de todas esas historias. Una de ellas no hacía más que mandarnos callar, e incluso amenazó con llamar a la señora Piggott.

También había una joven que, como las otras dos, no se acercó a escucharme. Era pequeña, y tenía la nariz tan grande que parecía sacada de otra cara.

—¿Y esa quién es? —pregunté.

—Olvidate de ella. No le des importancia.

Me explicaron que antes de mi incorporación ella había sido la última Iremonger en llegar, y que cada noche iban a su cama a escuchar sus historias, pero ahora se había quedado sola, había dejado de ser noticia.

—Ven aquí —la llamé—, me gustaría oír tu historia.

Metió la cabeza y la nariz debajo de las sábanas y no la sacó hasta la mañana.

—Tu objeto de nacimiento es una caja de cerillas —dijo muy orgullosa una joven a mi lado, como si reventara por contarme un secreto, aunque en realidad se lo había contado yo, y otras dijeron que la habían visto hacía apenas media hora.

—¿A qué viene todo este alboroto por una caja de cerillas? —pregunté.

—Los objetos de nacimiento son muy importantes.

—Así es, yo lo entendí cuando recibí el mío.

—¿Y qué es? ¿Qué es lo que lo hace tan importante?

—Es una campanilla.

—Cuánto jaleo por una campanilla —dije.

—Pues el mío es un cucharón —dijo otra.

—El mío es un recogedor.

—El mío, un cepillo de la ropa.

—El mío, una plancha.

—El mío, una aguja.

—El mío, unas tijeras para trincar aves.

—Todos están encerrados en la salita y la señora Smith tiene las llaves. Nos permite verlos una vez a la semana.

—¡Es un día maravilloso!

—Los de arriba sí que tienen sus objetos con ellos, siempre los llevan encima. Pero aquí abajo no, aquí abajo es la señora Piggott la que se ocupa de ellos.

—Pero Madam Rosamud ha perdido su objeto justo esta mañana. Lo han buscado por toda la casa pero sigue sin aparecer.

—Es un picaporte.

—Uno muy bonito, de latón.

—¿Y por qué no le dan otro?

—Porque no sería lo mismo.

—No sería *su* picaporte, de ningún modo.

—Era muy bonito, yo lo he visto con mis propios ojos. Una vez que faltaba personal, me subieron arriba y me permitieron ser su doncella personal.

—¿Doncella personal? —pregunté.

—Un sirviente personal es un Iremonger de abajo al que se le permite vestir a los de arriba, estar al servicio de sus personas. Es un privilegio. Nadie de este dormitorio es uno de ellos, los sirvientes personales disponen de su propia habitación.

—Con orinal.

—Así es, mientras que nosotras tenemos uno compartido.

—Pero ahora, desde la desaparición del picaporte de Madam Rosamud tenemos expresamente prohibido estar en presencia de los Iremongers de arriba.

—Lo han buscado por todas partes. El señor Sturridge está muy nervioso por lo ocurrido, todo el mundo está intranquilo. A todos nos encantaría encontrar el picaporte, pero nadie sabe dónde ha ido a parar. Han revisado nuestras habitaciones a conciencia, han mirado en los colchones, nos han registrado los bolsillos, todo, y nosotros hemos colaborado, pero no aparece por ninguna parte. Es tan pequeño y la casa es tan grande...

—¿Sabéis cuál es el objeto de nacimiento de la señora Piggott? —pregunté.

—El de la señora Piggott es un corsé, el del señor Sturridge es un fanal y el del señor Briggs es un calizador.

—El del señor Groom es un cortador de caña de azúcar y el de la señora Groom es un molde de gelatina. El de la señora Smith es una llave, una entre todas las demás. Me pregunto qué pasaría si alguien la encontrara, ¿quizá podría abrir a la señora Smith!

—Figúrate lo que saldría de ahí.

—Prefiero no pensarlo.

—¡Oooh! ¡Cuidado, Iremonger, te están comiendo viva!

Y en ese momento todas empezaron a sacudirse el camisón, presas del pánico. Bajé la mirada hacia mis propias piernas desnudas y vi que había insectos trepando por ellas. Me había parecido sentir algo hacía un rato, pero teniendo en cuenta la oscuridad y la insistencia con la que me tocaban y acariciaban, había dado por hecho que serían dedos de Iremonger rozándome suavemente, pero ahora sentía un zumbido detrás de las orejas y algo arrastrándose por mi piel.

—¿Qué son? —grité—. ¡Quitádmelos!

—Le han picado.

—No tiene buena pinta.

—Es la sangre nueva. Les encanta.

—Será mejor que nos vayamos a la cama. Cúbrete con la malla, Iremonger, o mañana estarás tan roja e hinchada que lo único que harás será gemir y lloriquear.

—Y rascarte. Rascarte sin parar.

Mientras todas volvíamos corriendo a nuestras camas, observé nuestras sombras bailando a la luz de las velas, pero luego vi que no eran nuestras sombras, sino grandes concentraciones de insectos pululando frenéticamente por el suelo.

—Gracias por contarnos tu historia, Lossy Iremonger.

—Lucy Pennant.

—Gracias.

—Gracias.

—Os la contaré siempre que queráis —dije.

—¿De verdad?

—¿Lo harás?

—Sí, claro.

—Nos encantaría.

—Nunca la olvidaré —dije.

—Esa es la actitud —dijo alguien.

—Eso es lo que dicen todas al principio, pero al final siempre se olvidan.

—Quizás a ella no le ocurra.

En algún momento, a pesar de los arañazos de mis piernas y de la sangre que me había hecho al rascarme, y a pesar de la rigidez de mi brazo, conseguí quedarme dormida.

A la mañana siguiente todavía me dolía el brazo. Una de las Iremonger echó un vistazo al lugar donde la señora Piggott me había pinchado con la cosa esa y dijo que tenía buen aspecto, que apenas me había quedado marca. Lo cierto es que me preocupaban mucho más las picaduras en las piernas. Después del desayuno, cuando nos pusimos en fila para la inspección, oí el aullido de

la locomotora, que se dirigía de regreso a Londres, el único lugar que conocía. Me explicaron mis funciones: debía limpiar ciertas chimeneas en la parte de arriba de la casa. Supe que se trataba de un puesto privilegiado, mucho mejor que ser enviada a los cúmulos. Primero me probaron en las chimeneas de abajo, para acostumbrarme a ellas antes de enviarme arriba por la noche, cuando la familia se hubiera acostado. Me estuvieron siguiendo y haciendo todo tipo de comentarios. Tenía un cepillo metálico, cubos, palas y un trozo de plomo para frotar las chimeneas. Tenía cepillos y también cargaba con un montón de periódicos viejos de Londres que debía estrujar para llenar las chimeneas una vez limpias, y luego tenía que poner unas ramitas encima del papel y unos trozos de carbón encima de las ramitas. Eran muy meticulosos y todo debía hacerse de una manera determinada. Los trozos de carbón parcialmente quemados debían volver a echarse al fuego para ser reutilizados, las cenizas más grandes iban a parar a un cubo de metal y el resto de la ceniza debía tamizarse en el cubo más grande que después había que bajar a la sala de la ceniza, donde se acumulaba toda la ceniza de la casa. Era un lugar inmenso lleno de hollín y todos los que trabajaban allí estaban manchados y sucios, y no paraban de toser, y tenían los ojos llorosos y rayas negras bajo la nariz, pero estaban alegres y agradecidos de estar en la casa. Mejor estar dentro, decían, que fuera, más allá, en los cúmulos.

Todo aquel aprendizaje me tuvo muy atareada y ocupó la mayor parte de mi primera mañana en la casa. Controlaban continuamente cuánto tardaba: «Puedes hacerlo más rápido», insistía el ayudante de mayordomo, el señor Briggs, «Iremonger, más deprisa», por lo que en muchos momentos llegaba a olvidarme de mí misma y me convertía simplemente en una de las personas que ponían a punto las chimeneas, en nadie más, y podía pasar una hora entera hasta que recordaba quién era antes de mi llegada a Iremonger Park y que una vez tuve madre y padre. Mientras trabajaba, me descubría pensando, cada vez más a menudo, en aquella caja de cerillas guardada en la salita de la señora Piggott. Me descubría anhelándola. Tanto alboroto por una caja de cerillas, me decía, tranquilízate. Y seguía: cuando suba a la parte más grande de la casa estaré sola, y entonces me lo contaré todo sobre mí, una y otra vez, en voz baja, y al hacerlo permaneceré atada y no me soltaré. Mantendré la mente ocupada, debo desviarme un poco de las reglas, exploraré, iré a lugares a los que tengo prohibido ir, entraré a hurtadillas en las habitaciones, haré todo eso. Soy Lucy Pennant, esa soy yo, y no necesito preocuparme por una caja de cerillas.

Durante el almuerzo, hacia el final de la comida, el señor Briggs, que no me había quitado ojo en todo el día, se acercó a mí y quiso saber el motivo de que no hubiera probado la cucharada.

—Porquería de la ciudad, ¿verdad? —dije—. No, gracias.

—¿Porquería de la ciudad? —repitió—. ¿Quién ha dicho eso? Es azúcar con especias, una cosa muy cara que tenemos el gran privilegio de poder degustar. Te mantendrá fuerte y evitará que enfermes, y además sabe de maravilla. Pruébalo.

—No, gracias, señor. Prefiero no tomarlo.

—Pruébalo.

—No tengo hambre.

—Pruébalo en este instante, Iremonger, o me veré obligado a traer a alguien que te ayude. Es muy importante comerlo, te ayudará a estar bien.

—De verdad, señor. No lo quiero.

—¿Querer? ¿Querer? ¿Qué te importará a ti querer o no querer? Eres una Iremonger sirvienta, deja el querer para los de arriba. Tómatelo ahora mismo o me encargará personalmente de metértelo en la boca y de hacer que te lo tragues, y no me gustaría hacerte daño, pero no siempre soy muy preciso. Solo pruébalo —dijo—, vamos.

Así que levanté la cuchara y me metí el trozo más minúsculo que pude en la boca. Era dulce y cálido. Sabía un poco a ternura.

—Traga —dijo.

Lo hice, y me sentí más feliz de lo que lo había estado en mucho tiempo.

—Y bien —dijo—. ¿Qué te parece?

—Me gusta.

—Sabía que te gustaría —dijo sonriendo—. ¡Lo sabía!

—Sí que me gusta —dije comiéndome el resto.

—Pues claro que te gusta, ¿por qué no habría de gustarte?

Después de pasar toda la tarde practicando con las chimeneas sin parar hasta que sonó el bramido que indicaba que el tren había vuelto de Londres, hicimos un descanso para la cena. Me senté junto a la chica de nuestro dormitorio que no había querido escuchar mi historia, la de la nariz grande. Conseguí hacerme un hueco en uno de los bancos a su lado.

—Háblame de ti —le dije—. Quiero conocerte.

Era una chica pequeña, pálida y huesuda con las comisuras de la boca caídas hacia abajo y con aquella nariz tan particular, pero todavía no tenía la piel gris de muchos de los Iremongers, e incluso sus labios mostraban un ligero tono rojizo. Cuando me senté, ella siguió comiendo, como si yo no estuviera allí.

—¿Recuerdas tu nombre? —pregunté.

—Iremonger.

—Yo me llamo Lucy Pennant —susurré.

—Como si no lo hubiese oído ya bastante.

—¿Me dirás cómo te llamas?

—¿Sabes que hay hordas de Lucy Pennants por todas partes? Las hay a patadas, ¡maldita sea! Las chicas se han vuelto locas, las he oído susurrar ese nombre en la lavandería o en las cocinas, en el cuarto de la limpieza, en los tendederos. Lucy Pennant o variaciones del nombre, porque muchas veces se equivocan, he oído a una Iremonger murmurando sin cesar *Lurky Penbrush*. Pues mira, Lurky, para tu información estoy más que harta de ti. ¡Me tienes hasta la coronilla!

—Dime tu nombre, si es que todavía sabes cuál es.

—Sé como me llamo. ¡Lo sé! ¿Quién demonios te crees que eres?

—Soy Lucy Pennant, ¿tú quién eres?

—Lo he anotado en alguna parte.

—¿De verdad? ¿Y bien?

—Sí, lo anoté para no olvidarlo nunca. Pero cuando intento acordarme de mi propio nombre, no puedo, solo me viene a la cabeza Lucy Pennant. Durante cinco minutos he estado convencida de que yo era Lucy Pennant. Pero no lo soy, desde luego que no lo soy, tengo mi propio nombre y lo he anotado.

—¿Dónde lo escribiste?

—Ay, Lucy Pennant —dijo con los ojos llenos de lágrimas—, no consigo acordarme. No puedo. Aunque sé que lo escribí en alguna parte, estoy segura. Lo grabé con un cuchillo. Lo estaba buscando cuando me encontró el señor Briggs. Me llevó inmediatamente ante la señora Piggott y me castigaron a pasar dos meses enteros en los cúmulos, y durante dos semanas tampoco podré ver mi colador de té, no sé cómo voy a soportarlo. ¡Y dos meses en los cúmulos!

—¿Solo por haber deambulado un poco por ahí?

—No les gusta nada eso, quieren que te quedes donde ellos te colocan. Y ahora creo que nunca encontraré mi nombre.

—Tú y yo seguiremos buscando —dije—, no pararemos hasta que lo encontremos.

—Te pondrán a trabajar en los cúmulos a la mínima.

—Por mí pueden irse al diablo.

—Exacto —dijo—, que se vayan al diablo.

Al sonreír (algo raro en ella) parecía una persona mucho más agradable, incluso un poco guapa.

—Encontraremos tu nombre, te lo prometo —dije.

—Es lo único en lo que pienso, incluso mientras estoy ahí fuera.

—¿Cómo es trabajar en los cúmulos?

—Es el infierno, eso es lo que es. Un verdadero infierno.

—Cuéntame.

—Nunca sabes si vas a volver o no. Tienes que ir con muchísimo cuidado, el suelo de repente cede bajo tus pies y empiezas a hundirte. No sé qué me deparará el mañana. Tal vez mi propia muerte. Agárrate fuerte a tus chimeneas, no las sueltes por nada del mundo. Pero ten cuidado allí, haz exactamente lo que te digan y no tropieces con ninguno de los Iremonger de arriba, con nadie de la familia, o acabarás en los cúmulos conmigo. ¿Cuándo vas a subir?

—En cuanto el señor Briggs toque la campana.



La prometida Pinalippy Iremonger

UN TAPETE DE ENCAJE

Continúa la historia de Clod Iremonger

El último desayuno

No pegué ojo. No podía dormir. Tenía a Pinalippy metida en la cabeza, y cuando al fin apareció la tenue luz de la mañana, ya estaba levantado y me dirigía a desayunar, apesadumbrado.

Tenía la costumbre de presentarme en el comedor tan temprano como fuera posible, antes de que llegaran muchos de mis compañeros de los pantalones cortos, porque cuando lo dejaba para muy tarde el escándalo de sus objetos de nacimiento me resultaba demasiado intenso y la cabeza me latía con fuerza. Normalmente era el primero en aparecer y el primero en marcharme. Esa mañana, Tummis ya estaba allí. Nos dimos la mano.

—Con todo este asunto de Rosamud —dije—, tal vez no se celebre hoy mi Encuentro, quizá se haya cancelado.

—¿Y quedarnos los dos con pantalones cortos? No estaría mal.

—Algún día llegarán tus pantalones, Tummis, estoy seguro.

—Anoche soñé con Ormily. ¿Me dejas que te lo cuente?

Nos interrumpió una voz femenina monocorde que anunció: «Cecily Grant».

Ahí estaba el primo Bornobby con Cecily, su zapato de mujer de la talla treinta y cinco que llevaba colgado entre las piernas dentro de una bolsa de cuero atada al cinturón. El primo Bornobby tenía una gran colección de ilustraciones y grabados de mujeres en paños menores que había encontrado en los cúmulos (no se sabía cómo, siempre daba con ellos, él decía que podía olerlos, que tenía un olfato particular para eso). Bornobby siempre tenía unas ojeras de color marrón grisáceo que le daban aspecto cansado. Se lavaba con una especie de jabón perfumado y siempre se le olía venir, acompañado de un segundo olor, como si le persiguiera el fantasma de un pez nadando en el aire que le rodeaba. Recientemente había hecho un nuevo hallazgo en los cúmulos y, aburrido ya de ello, se le había ocurrido alquilárnoslo a nosotros. Era un folleto publicitario que decía:

ELEGANTES CORSÉS CHAS. THOMPSON

Para una cintura de avispa. ¡Se amoldan a la perfección!

De venta en mercerías. Un millón de ejemplares anuales.

Disponibles en largos de 13, 14 y 15 pulgadas.

¡¡Se ajustan como un guante!!

Si su mercero no puede suministrárselo,

*escriba directamente 49, Old Bailey, Londres,
indicando la talla e incluyendo un giro postal
y se le enviará el corsé de inmediato.*

—Hoy no, Bornobby —dijo Tummis—, hoy es su Encuentro.

—¿Es hoy? —dijo Bornobby—. Entonces con más razón. Vamos, Clod, echa un vistazo a estos corsés, imagínate a Pinalippy vestida así.

—Bornobby, por favor, ahora no —dijo Tummis—. No lo molestes.

—¿Y qué me dices de este? Este es especial, solo para ti, Tummis.

«CINTURÓN SUSPENSOR ELÉCTRICO» PULVERMACHER

*El vigor muscular está a la vuelta de la esquina,
Pulvermacher's Galvanic Establishment,
194 Regent Street, London W. Establecido hace más de 40 años.
Todos los aparatos están garantizados.*

—No, Bornobby —dijo Tummis—. Hoy no estoy de humor para compras.

Pero Bornobby no se daba por vencido tan fácilmente. Agarró a Tummis del brazo, pero justo en ese momento otra mano le arrancó los folletos. Moorcus.

—Gracias, caballeros. ¡Yo me haré cargo de ellos!

—¡Por favor, Moorcus! —suplicó Bornobby.

—¡Albert Powling!

Dándome la vuelta un poco antes que Moorcus, Bornobby y Tummis, vi a Albert Powling, el silbato, y al Tío Timfy, su dueño. Al cabo de un instante los demás pegaron un brinco porque Timfy empezó a soplar con fuerza su Albert.

Mi prima Pinalippy

—¡Clod Iremonger! —llamó Timfy.

Albert Powling me sacó del comedor con un silbido y me condujo escaleras arriba hasta la Sala de los Encuentros.

—¿Nervioso? —preguntó el tío.

—Un poco —admití.

—¿Sabes qué hay al otro lado de esta puerta?

—La prima Pinalippy —murmuré.

—A ver qué facha traes —preguntó Timfy—. Pálido y sudoroso. Menudo pimpollo estás hecho. Cuántas primas deben de estar llorando por la oportunidad perdida. Eres un galán, Clod, de eso no hay duda.

—¿Es la hora? —pregunté.

—Casi.

—¿Cómo es, Tío Timfy? ¿Cómo es el matrimonio?

—Yo solo estuve dos meses casado con prima Mogritt —dijo Timfy con tristeza—, antes de que ella enfermara y el único recuerdo que me quedara fuera su arpa de boca.

—Cuánto lo siento, tío. Pero aquellos dos meses ¿fue feliz? ¿Era todo lo que había deseado?

El tren chilló por debajo de la casa, el Abuelo se marchaba a la ciudad y toda la casa tembló con una fuerte sacudida, lo que no ayudó a mejorar mi estado de ánimo.

—Es la hora —dijo.

Sopló su Albert una sola vez, muy débil en comparación con la locomotora, abrió la puerta, me empujó dentro y después la cerró.

«Gloria Emma Utting.»

«James Henry Hayward.»

Dentro, en la penumbra, en el pequeño sofá rojo especial que sabía que se utilizaba para estas ocasiones, no me hizo falta mirar y me bastó el oído para saber que al fondo estaba sentada mi prima Pinalippy Iremonger con su Gloria Emma. Era el mismo sofá en el que se habían sentado mi madre y mi padre hacía años. En aquella habitación no había más asiento que ese. Nunca lo había habido, ni lo habría jamás.

¿Cómo habría elegido en el pasado cada primo Iremonger la manera de acercarse a su prima? Puede que algunos se abalanzaran. Otros, que golpearan la puerta, suplicando que la abrieran. Puede que algunos le tendieran la mano. Tal vez otros fueran directos al beso. Yo me quedé junto a la puerta. ¿A cuántos primos antes de nosotros les habría pasado esto? Que evitaran el contacto durante la media hora, cada uno tan alejado del otro como fuera posible, incluso que miraran en sentidos opuestos hasta que fuera alguien a buscarlos para dejarlos salir y pusiera fin a aquel horror. Prima y primo, tan cerca, primos cada día, primos por la noche, prima con primo, primando. Me quedé todo lo quieto y callado que fui capaz.

«Gloria Emma Utting.»

Y entonces otra voz: «Estoy esperando».

Estatua. Como una estatua. Pero, para mi horror, la voz volvió a decir: «¿Necesitas que te indique cómo llegar?».

Estatua.

«Gloria Emma Utting.»

—¿Tengo que acercarme?

La voz exigía movimiento. Así que comencé la espantosa expedición hasta el pequeño sofá, pero no atravesando la habitación, sino más bien al estilo cangrejo, pegado a las paredes, pasito a pasito, un pie después del otro, para que el trayecto fuese el doble de largo.

—Bueno, así que este eres tú, ¿no? —dijo ella.

Yo pensaba que sí.

—Voy a casarme contigo.

—Sí —acerté a decir—, pero todavía no.

Era mucho más alta que yo. Tenía un poco de pelusilla encima del labio superior.

—Estás nervioso —dijo.

—Sí. Sí —dije. ¿Qué otra cosa esperaba?

—Sabíamos que iba a pasar, no es como si no estuviéramos advertidos. Estás temblando. ¿Te encuentras muy mal?

—Sí.

—No te morirás si te toco, ¿verdad?

—No sabría decirte.

—Entonces seré viuda.

—Ni siquiera estamos casados todavía.

—Pero lo estaremos. No hay forma de evitarlo.

—Ya —dije—, no.

—¿Tendré que cuidarte?

—Espero que no.

—No sé si se me daría muy bien.

—Ya.

—¿Crees que crecerás un poco más?

—Quizá —dije—, lo intentaré.

—Bien, primo Clod, presta atención. Si nos quedamos en Heap House una vez cambies de pantalones, nos asignarán dos habitaciones y en esas dos habitaciones tú y yo deberemos vivir. Puede que sean habitaciones muy pequeñas. Puede que en realidad no sea más que una habitación con una falsa pared hecha de poco más que de cartón. Eso es lo que le pasó a mi hermana Flippah cuando se casó con el primo Crosspin, pero al cabo de un tiempo descubrió que podía desplazar la pared. Y cuanto más despreciaba a Crosspin, más empujaba la pared. Ella se quedó en una habitación que a medida que pasaban los días se volvía más y más grande, mientras que él ocupaba la otra habitación, que menguaba constantemente. Al final tuvo que dormir de pie. Me pregunto si a nosotros también nos tocará una pared móvil. ¿Cabes en un armario? Me figuro que sí. Espero que nos toque un armario. Si no, siempre podrías meterte debajo de la cama. ¿Sobre la repisa de la chimenea? No, ahí llamarías demasiado la atención. No pongas esa cara tan triste.

—Estoy triste.

—Te estoy mintiendo, cabeza de chorlito —dijo—. Yo miento. Voy a mentirte. Soy una mentirosa empedernida, no puedo evitarlo. Nunca te creas una sola palabra de lo que digo. Ese es mi consejo. Te estoy haciendo un favor al decirte esto, muchas veces la gente tiene que descubrirlo por su cuenta y riesgo.

—Eh... —dije, y añadí—: Gracias.

—Soy mayor que tú.

—Tengo quince años.

—Yo diecisiete.

—Me quedan seis meses más.

—No te quiero.

—¡No!

—Pero sé querer.

—Oh.

—He querido mucho en mi vida.

—¿Ah, sí?

—¿Quieres que te lo cuente?

—Bueno.

—Siempre me estoy enamorando y desenamorando —me explicó Pinalippy haciéndose la interesante—. Ahora mismo estoy enamorada, pero no de ti. Estoy llena de amor, pero no hacia ti. Hemos estado *juntos*. No hemos podido evitarlo, el uno con el otro, pierna sobre pierna sobre pierna. ¡Cuánta torpeza! ¡Botones por todas partes! ¡Corchetes! Jadeos. ¡Toda esa piel! Ay, pero es imposible, porque debo casarme contigo.

—¿Prima Pinalippy?

—¿Primo Clod?

—¿Estás mintiendo?

No contestó a la pregunta.

—¿Estás mintiendo? —volví a intentarlo.

—Bien —dijo al cabo de un momento—, déjame verlo. Sácalo. Vamos, vamos. Sabes que hay que hacerlo. Quiero verlo ahora. Enséñamelo.

Despacito, con cuidado, saqué mi James Henry Hayward y lo sostuve en la palma de la mano, lejos de ella pero de forma que pudiera verlo.

—Conque es un tapón.

—Sí —susurré—, un tapón universal. Encaja en la mayoría de los desagües. Se llama James Henry Hayward, ese es el nombre que le oigo decir.

—Mis tías Noona y Curdlia me han contado eso de que oyes a las cosas, y me han dicho que te lo quite de un plumazo. Un tapón llamado James no-se-qué, como tú dices, Clod Iremonger, sigue siendo un simple tapón. —Y enseguida añadió—: Un tapón no es muy romántico, ¿no crees?

—No —dije—, supongo que no mucho.

—Un tapón.

—Sí, un tapón universal.

—Voy a casarme con un tapón. Un tapón. ¿Es esa la vida que me espera? Un tapón. Me había imaginado todo tipo de cosas. Me parecías tan misterioso, tan enfermo y pálido... y encima oyes voces. Podría haber sido algo extraordinario. Me había hecho a la idea de que sería un reloj de bolsillo. Habría sido feliz con un pisapapeles, con una lupa... Pero un tapón, ¡un tapón! Un zapato bonito tal vez. Sí, ¡un zapato elegante habría sido excelente!

—¿Te parecía misterioso? —pregunté—. Un tapón sí que es misterioso.

—¿Quién está mintiendo ahora?

—Con un tapón mantienes las cosas dentro de un lugar, y al quitarlo dejas que salgan. Un tapón en un barco puede impedir que un hombre se ahogue.

—Eso se llama válvula.

—Al quitar un tapón, todo lo malo y venenoso puede desaparecer. Si quitas un tapón, ¿quién sabe qué pasará? ¿Qué se escapará? ¿Qué es lo que ha mantenido oculto? Un tapón puede conservar cosas buenas y enriquecedoras. Un tapón es una apertura, un cierre, una pequeña puerta circular. Un portal entre mundos.

—¿De verdad? —dijo Pinalippy.

—De verdad.

—Esto es lo que yo sé sobre tapones —dijo Pinalippy—: Utilizo un tapón cuando me doy un baño, pero no entro en contacto con él, un tapón es cosa de criados. El sirviente lo introduce en el desagüe, a continuación vierte el agua, y entonces es cuando yo me meto dentro. Estoy

desnuda en el agua, Clod, date cuenta, totalmente desnuda. Me lavo y salgo, y el agua, date cuenta, Clod, más sucia pero mucho más interesante que antes, el agua se escapa cuando el sirviente utiliza el tapón. Tu tapón es muy... del servicio doméstico. Supongo que ahora te gustaría ver mi objeto.

—No, no —dije—. No pasa nada.

—Quieres verlo —dijo ella con gran vehemencia.

Sacó con cuidado algo enrollado de un tubo que descansaba a su lado. Lo desplegó sobre su regazo, sobre el muslo. El muslo de Pinalippy.

—¡Aquí está! —dijo.

«Gloria Emma Utting.»

Gloria Emma, como mi tapón, era redondo. Más alargado y plano, pero menos consistente. Aquel objeto de nacimiento era muy delgado y estaba lleno de agujeros, y al principio temí que lo hubiera descuidado, o que alguna especie de polilla lo hubiera mordisqueado (la casa estaba llena), pero entonces advertí que los agujeros seguían un patrón concreto de manera intencionada.

—¿Qué es? —pregunté.

—¿No lo sabes?

—No —repuse—. Nunca lo había visto.

—¡Es un tapete!

—¿Un tapete? Un tapete llamado Gloria Emma Utting.

—Conque piensas que tiene nombre, ¿eh?

—Sí, claro que lo tiene.

—Yo nunca lo he oído.

—No puedo evitarlo.

—¿Lo oyes con claridad?

—Sí, perfectamente.

—¿Gloria?

—Gloria Emma Utting, eso es lo que dice.

—¿Algo más?

—Nada más, solo el nombre.

—Gloria Emma Utting.

—Eso es —dije—. Un tapete.

—¡Un tapete! —exclamó con orgullo.

—¿Y qué es un tapete?

—¿No lo sabes?

—Nunca había visto ninguno. ¿Para qué sirve?

—Un tapete se pone sobre una mesa.

—¿Ah, sí?

—Y la embellece.

—¿Ah, sí?

—Se le pueden poner cosas encima, un plato con tartaletas, por ejemplo, o un jarrón con flores. ¡O puede no tener nada encima, simplemente estar sobre la mesa! La transforma, eso es lo que hace un tapete. Un tapete puede hacer que hasta la mesa más vulgar y corriente resulte

encantadora.

—Pero ¿qué es lo que hace?

—Se coloca sobre cualquier mesa y la embellece.

—Pero en verdad no hace nada.

—¡Es una pieza de ornamento portátil!

—¿Y entonces se le ponen cosas encima?

—Puede hacerse. Pero no es necesario.

—En ese caso quedaría cubierto. No sé si lo he entendido bien. O puede que sí, ¿es para proteger una mesa? ¿Para que no la estropee el agua, para que no tenga migas? Creo que ya lo entiendo. Un mantelito, pero ¿por qué tiene agujeros?

—Es una pieza de extraña belleza. Muy delicada.

—¿Podría desgarrarse fácilmente?

—Sí, si no se trata bien.

—No es muy práctico, ¿verdad?

—No contiene el agua de la bañera, si es a eso a lo que te refieres.

Me parecía un objeto de lo más innecesario. ¿Podría amar a un tapete? Estaba lleno de agujeros, como si tuviera miedo de existir, como si quisiera no ser.

—Puedes tocarlo si quieres.

—¿Tocarlo?

—Si quieres.

Me puso el tapete en el regazo, no pesaba nada, era un susurro de objeto. Ella, por su parte, se sentó con mi tapón en su regazo y nos quedamos así un buen rato hasta que al final murmuró:

—Se parece un poco a un sapo.

Y así nos quedamos, acostumbrándonos al James Henry y a la Gloria Emma del otro, hasta que por fin sonó el silbato del Tío Timfy, y entonces ella me quitó su tapete y yo, mis dedos brevemente en su regazo, cogí de nuevo a James Henry. Me alegré de que aquello hubiera terminado, no creía que hiciéramos una buena pareja. Pero ella susurró:

—Creo que ha ido muy bien, ¿y tú?

Tenía lágrimas en los ojos. Y entonces, por un momento, pensé que después de todo aquello podía salir bien, pero entonces oí el suspiro: «Un tapón de bañera».

Y me di cuenta de que probablemente no sería así. Mientras me levantaba, oí decir al sofá: «Victoria Hollest». Bueno, pensé, el sofá se llama Victoria Hollest, eso no tenía nada de extraordinario. En la planta baja había una columna de balaustrada llamada Victoria Amelia Broughton, y una vez había oído a un candelabro llamarse a sí mismo Victoria Macleod, y en el cuarto de juegos había un mazo de croquet llamado Vicky Morton. Pues muy bien, otra Victoria más, allá ella. Pero entonces, Victoria Hollest, el pequeño sofá rojo, dijo: «¿Dónde está Margaret?».

Y eso, sinceramente, no era tan normal. Era más bien excepcional. Era la primera vez que un objeto me decía algo que no fuese un nombre. Esta comunicación nueva y repentina me resultó tan extraña e incómoda que se me puso mal cuerpo y me entraron ganas de vomitar allí mismo, en el sofá, o, peor aún, sobre Pinalippy y su Gloria Emma, pero logré contenerme. ¿Qué ocurre? ¿Qué me está pasando? ¿Me estaba volviendo loco? ¿Podría detenerse mi corazón, igual

que el de padre? Me tambaleé hasta la puerta. Me prometí a mí mismo que en cuanto pudiera regresaría para volver a oír a Victoria Hollest, pero de momento tenía que dejarlo estar, pues el Tío Timfy no era célebre por su paciencia.

Mi cabeza y un cubo para el carbón

Se suponía que durante el resto del día debíamos colocarnos en algún sitio por separado y pensar en nuestro futuro juntos, Pinalippy y yo. Yo debía ir a sentarme a la Sala del Elefante y Pinalippy a la Sala Blanca. Simplemente sentarnos y pensar en nuestra vida en común, en nuestros almuerzos fríos esperándonos en una bandeja. Debía permanecer allí varias horas. Así que me senté tratando de no alarmarme por el sofá parlante ni de pensar en dónde estaba o quién podría ser Margaret, y debo decir que por un momento logré pensar en Pinalippy, y que una parte de ese tiempo intenté concentrarme en el tacto de su tapete, pero aquel sofá no se me iba de la cabeza y me puse a deambular por la habitación, preocupado, tratando de distraerme. Estaba anocheciendo cuando oí que se acercaba Albert Powling, y el Tío Timfy por fin me dejó libre.

—Puedes irte, Clod, y pórtate bien. Hoy no hay tiempo para tus bromas, hoy estamos todos con los nervios a flor de piel.

Volví corriendo a mi habitación evitando los pasillos principales en los que el tráfico Iremonger se encontraba en su punto más álgido. No tenía ganas de hacer frente a los abucheos ni a los hurras por mi Encuentro, a los insultos ni a los cánticos, ni a que me quitaran toda la ropa y me lanzaran por los aires, quería evitar todo el jaleo que a menudo sigue a un Encuentro. No me presentaría a la cena aquella noche, tenía una lata de galletas Garibaldi, con eso bastaría; y no saldría hasta la mañana siguiente, cuando mi Encuentro estuviera menos reciente y, con suerte, también el entusiasmo. Llegué a casa poco después de que el tren regresara de Londres.

Mis dos habitaciones no eran muy grandes, pero eran solo mías. Clod por todas partes y manga por hombro, en general. Tal vez no fuera el más limpio de los Iremongers. No había tenido padres que me guiaran, que me inculcaran unas reglas y se aseguraran de que me ceñía a su interpretación de cómo debía crecer un Iremonger; no tenía ningún hermano al que robar ni que me robara, a quien fisgonear y con quien hablar y tener cosas en común. Soy Clod y ese era mi reino. Es posible que no fuera muy grande, ni tampoco muy lujoso, pero era mi pocilga y cada noche me revolcaba en ella.

Jamás habría tenido que cortarme el pelo ni las uñas, podría haber comido lo que hubiera querido, me habría levantado tarde, me habría regodeado en mi inmundicia de no haber sido por mi criado personal, que, a pesar de no ser más que un Iremonger sirviente, por lo que no debía tenerlo en especial consideración, venía una vez a la semana y me aseaba. Entonces tenía que asegurarme de que todo estaba bien escondido, porque era muy bueno buscando y tenía un olfato terrible. En los días de lavado me frotaban, me cortaban, me restregaban, me vaporizaban y me perfumaban, mi cabello era obligado a obedecer y, en resumidas cuentas, me volvían a dejar de punta en blanco y limpio para poder empezar a mancharme, arrugarme y ensuciarme como a mí me gustaba hasta la semana siguiente. Todo lo que no hubiera escondido bien habría dejado de existir, aunque el Iremonger personal jamás lo mencionaría, simplemente se lo llevaría de allí;

desaparecía para siempre. A veces, para tener una mayor sensación de independencia e identidad propia, encendía una pipa de arcilla o incluso daba una calada a un cigarrillo (si es que encontraba alguno) o, en su defecto, me liaba un cigarro rápido con recortes de periódico y todo tipo de restos, y solo entonces el Iremonger personal me recordaba que tales actitudes no estaban permitidas y entonces venía Briggs y, pidiéndome disculpas, me pellizcaba con fuerza en la oreja o me golpeaba los nudillos, y después tenía que repetir doce Ave Moorries (Moorrie había sido un Iremonger sensacional que cribaba a las mil maravillas y que encontró muchos tesoros perdidos antes de morir en una explosión de metano al encender un puro en los cúmulos). NOT A BEANY * —así es como Tummis y yo decíamos «*nota bene*»—: NO FUMAR EN LOS DESECHOS. Estrictamente prohibido. Pero por lo demás, la mayoría de las veces me dejaban tranquilo en mi propia pestilencia.

Esa noche, cuando sonó la campana nocturna, cuando todo estaba en silencio por el pasillo (excepto el ruido sempiterno que provenía de Cyril Pennington, un cubo antiincendios), salí en busca de Victoria Hollest.

Estaba a punto de llegar a la Sala de los Encuentros cuando oí un murmullo nuevo procedente de la sala común de los prefectos. Miré dentro y vi a una Iremonger sirviente atareada con sus quehaceres de limpieza nocturnos y, en un primer momento, no le di más importancia, puesto que suelo ignorar a los Iremongers sirvientes, aunque prefiero que llamen poco la atención, y estaba a punto de irme cuando reparé en algo extraño de aquella Iremonger. Creía que los Iremongers sirvientes nunca hacían ruido, pero esta era la mar de escandalosa. No cabía duda de que esta estaba diciendo algo sin abrir la boca. ¿Por qué hacía ruido? ¿Qué estaba diciendo? Mientras trataba de escuchar las palabras, la Iremonger sirviente, que ahora veía que era joven y que tenía una buena mata de pelo rojo bajo la cofia, vino hacia mí con la mirada enloquecida y me golpeó en la cabeza con un cubo para el carbón.



El doctor Aliver Iremonger

UN FÓRCEPS CURVO

De los diarios médicos del doctor
Aliver Iremonger, médico de familia

Miércoles, 9 de noviembre de 1875

La paciente Rosamud Poorler Iremonger, de cincuenta y siete años de edad, está muy agitada. Coloración ocular amarillenta. No logra adoptar una postura cómoda. La paciente describe dolores por todo su cuerpo. Se empeña en extender la mano para sostener algo, pero nada que se deposite en ella le sirve de consuelo. He mandado traer otros picaportes de latón, pero estos solo han conseguido aumentar su inquietud. Cree que se convertirá en algo distinto de lo que es ahora. No hay forma de calmarla, salvo con medicamentos.

Jueves, 10 de noviembre de 1875. 10:00

Gran postración física. No ha salido de la cama en todo el día. Teme verse afectada por algo en cualquier momento. La paciente se lamenta del regreso de la Vieja Enfermedad. Dice que su hermano cayó víctima a los siete años; se encogió y se convirtió en una tabla para lavar ropa. La paciente está desconsolada. Es evidente que sus miedos son exagerados. Si tan solo se tranquilizara... pero la paciente está convencida de que la terrible enfermedad está a punto de retornar y nada consigue persuadirla de lo contrario.

Jueves, 10 de noviembre de 1875. 23:00

Presenta rasgos muy alterados. Una frialdad le recorre la superficie del cuerpo. Ojos hundidos en las cuencas. El cuerpo está cambiando de color, un azul oscuro casi negro nunca antes registrado. No ha pronunciado palabra en las últimas cinco horas. La paciente duerme al fin y de manera plácida. Pulso imperceptible.



La Tia de la Casa Rosamud Iremonger

UN PICAPORTE DE LATÓN

Continúa la historia de Lucy Pennant

Una Iremonger malhumorada, de mediana edad, complexión rechoncha y llena de picaduras de insectos en las piernas me guio por unas escaleras que parecían no tener fin desde la casa de abajo hasta la de arriba. Y en cada nuevo rellano aparecía una escotilla.

—¿Por qué hay tantas escotillas? —pregunté.

—Por las avalanchas —dijo la Iremonger—. Para sellar la casa cuando los cúmulos se expanden e impedir que la inundación continúe subiendo.

—¿Y qué ocurre con los que están por debajo?

—Los que están por debajo se inundan, ¿tú qué crees? Vamos, no te demores.

Subía muy deprisa y yo debía esforzarme en memorizar la ruta para volver a bajar por mi cuenta. Cada escalera era diferente, una era de piedra, otra de metal oxidado, una de madera astillada y podrida, otra de madera limpia y lustrada, con un corredor de alfombra fijado con varas de latón que llegaba hasta el final.

—No tiene ningún sentido —dije.

—No lo tendrá para ti —dijo la Iremonger.

—¿Por qué está construida así? —pregunté.

—Así es como les gusta a los que viven aquí. —La Iremonger se limpió la nariz en la manga—. A muchos les entran náuseas las primeras veces que suben, es algo natural. Hay quien se marea siempre que sube, independientemente de las veces que haya subido o de que lo haga a diario. Si a ti te ocurriera, Iremonger, recuerda que llevas un cubo en la mano, siempre puedes recurrir a eso.

—No, no creo que vomite —dije—. Lo cierto es que me gustaría conocer más a fondo la casa.

—¡Ni lo sueñes! Quédate en las habitaciones que voy a enseñarte y no deambules por ahí. De ninguna manera. Y si te pierdes, no subas, porque llegarías a los áticos, donde viven los murciélagos, y son de los que muerden, muy peligrosos. No te pierdas. De ninguna manera. ¡Señora Piggott!

—¿Cómo de grande es la casa?

—Enorme.

—Deben de ser muy ricos, los Iremongers. Y supongo que deben de ser muy pocos.

Me había asaltado la duda al atravesar el enésimo lugar vacío.

—¡Señora Piggott!

—¿O tal vez un poco tímidos?

—¡Piggott! —resopló, y entonces se detuvo y se dio la vuelta—. ¿Has visto alguna vez a alguien de la familia, a uno de verdad?

—Sí —contesté—. A Cusper Iremonger.

—Ah, pero él no vive aquí, así que no cuenta.

—¿Y tú has visto a alguno?

—De cerca, no —dijo—. Una vez vi a uno acercándose desde la lejanía, menudo susto me llevé. Conseguí esconderme detrás de un sofá, me quedé allí varias horas hasta que me cercioré de que se había marchado.

—¿Por qué? ¿Qué habría pasado si no te hubieras escondido?

—Prefiero no pensar en eso.

—¿Por qué no?

—¡Son penetrantes!

—¿Y eso qué significa?

—¡Y rápidos!

—Pues muy bien, yo también soy rápida.

—¡Y son malvados!

—¿De verdad? ¿Qué es lo que hacen?

—Acaparan. Eso es lo que hacen. Se lo quedan todo.

—Me gustaría ver a uno.

—¡Señora Piggott!

—¿Qué pasa si me cruzo con uno mientras limpio una chimenea?

—Debes esconderte.

—¿Y si de repente aparece uno delante de mí y no he tenido tiempo de esconderme?

—Eso no pasará.

—¿Por qué no?

—Porque ahora están durmiendo, o de lo contrario no nos estaría permitido subir —dijo—. No debes pensar en ellos, ni por un momento. Limítate a hacer tu trabajo lo más rápido que puedas y luego vuelve a bajar tan deprisa como seas capaz. Y ya está, la noche habrá terminado. Y si ves algo, si algo empieza a acercarse, te escondes, ¿me has entendido? Tan rápido como puedas. No dejes que te vea y agárrate a tu cubo y, si algo se te acerca, le golpeas, mi niña, le golpeas una y otra vez.

—Pero ¿qué es lo que podría acercarse a mí?

Pero lo único que dijo fue:

—¡Señora Piggott!

Poco después me quedé sola. Al principio no me importó el espacio, ni el vacío, ni que no hubiera nadie más. Pero en realidad no estaba sola, qué va, estaba también la casa.

Vi uno de los salones y una sala matinal, el salón del desayuno y la Sala de los Encuentros, donde solo había un sofá de color rojo, y otra que llamaban Sala del Sol, que era una habitación con más ventanas de lo normal aunque daba la impresión de ser muy lúgubre, porque todos los cristales estaban cubiertos por una capa de mugre. Algo de lo que no me había percatado mientras la vieja Iremonger me daba instrucciones, con todas esas prisas, entre resoplidos, era que, aunque estaba sola en las habitaciones de arriba, aquel lugar era de todo menos tranquilo. Las tuberías estaban enfadadísimas y por toda la casa se oían los ruidos de la atareada vida

animal, de los seres diversos que habitaban y masticaban dentro de las paredes, y entendí por qué me habían enseñado a tener siempre la pala de carbón a mano, pero solo para golpear en caso de provocación clara, solo en auténtica defensa propia, y que si mataba a una rata o a una gaviota debía asegurarme de limpiar después el estropicio. Y a no deshacerme de los cuerpos, porque un cuerpo siempre era útil, podía despellejarse y la piel podía servir para hacer un abrigo, o plumas para plumillas o relleno, y su carne podía usarse, su carcasa podía hervirse para obtener pegamento; no se debía desperdiciar nada.

Mucho peor que los animales eran los demás sonidos, los ruidos de los Iremongers de Arriba durmiendo. Iremongers de Arriba, así es como los sirvientes llamaban a los miembros de la familia que vivían en la superficie. Su respiración bajaba por los conductos de ventilación y me daba en la cara. Estaba segura de que la casa estaba plagada de fantasmas, no me habría sorprendido lo más mínimo descubrir que todos los fantasmas de Londres se congregaban allí y habían convertido la mansión en un gran cuarto de juegos, aunque trataba de no pensar en eso. Sin embargo, cuando una trabaja en una chimenea, debe colocarse de espaldas a la habitación, y no hay forma de ignorar la sensación de que alguien te está observando. Mantuve la cabeza gacha, el cubo del carbón en la mano, encendí un par de velas y con su luz me pareció crear dos pequeños nichos de seguridad. Intenté recordar las canciones que cantaba de pequeña.

*Dos peniques encontré,
Y me los embolsé,
Mágica la moneda resultó,
Y mi salud devoró.*

Pero aquella cancioncilla no fue de mucha ayuda.

*Saliva, gargajo, escupitajo,
¿Adónde lleva este atajo?
A Forlichingham, al cúmulo
Atada estoy a esta situación.
Cruje, cruje el esternón,
Pero en caso de resbalón,
Tropezón y golpe en la cabeza,
Al cúmulo Filching con certeza.*

Tampoco esta me ayudó, así que dejé de cantar. «Señora Piggott», me dije, y de alguna manera esto me hizo sentir mejor.

La parte de arriba estaba llena de cosas, infinidad de enseres cuyo nombre desconocía. Me gustaba tocarlos y agarrarlos, objetos extraños en las repisas de las chimeneas o sobre las mesas auxiliares, cosas y más cosas, cosas que se ajustaban perfectamente al tamaño de mi mano. Pequeños retratos de personas de aspecto infeliz, siluetas enmarcadas de hombres y mujeres

extrañamente desarrollados, con mechones de pelo enlazados con cintas negras en el revés de los marcos. Cajas de rapé talladas, edificios en miniatura hechos con palillos, brújulas de plata, un bastón de marfil, libros diminutos con los cantos dorados.

En las habitaciones de la parte de arriba de la casa había muchas cosas tristes y alegres. Me sentía muy desgraciada por tener que renunciar a ellas, una o dos veces me las metí en el bolsillo solo para ver qué se sentía, y tengo que reconocer que era una sensación estupenda. Su peso en mis bolsillos me ofrecía un gran consuelo. Pero, por encima de todo, sentía que mi mano anhelaba algo pequeño, una especie de caja que sonaba cuando se la agitaba, e imaginaba que aquello debía de ser lo más perfecto que podría sostener en la mano.

Estaba en la Sala del Sol cuando sucedió. No sé cómo pasó exactamente. Estaba junto a la chimenea, y no recuerdo haber hecho tambalear nada, ni haber pisado con especial fuerza los tablones del suelo, pero de alguna manera debió de desprenderse, debí de desplazarlo no sé muy bien cómo, no hay otra explicación posible, porque de repente apareció ahí. Algo se golpeó contra el suelo y rodó hasta mí. Al principio me llevé un buen susto. Estuve a punto de pegar un grito, de golpearlo con la pala. Se detuvo justo delante de mí. Como si me buscara a mí. Como si quisiera que yo lo encontrara.

Era un picaporte, uno de latón. Pequeño, con una varilla de bloqueo. Sabía que debía de ser el que andaban buscando, el que pertenecía a una tal Rosamud. Pensé que se pondría muy contenta de recuperarlo. Pero entonces pensé que podría quedármelo un rato, sin abusar. Lo devolvería cuanto antes, solo quería tenerlo unos días. Puede que no fuera más que un simple picaporte, nada más que eso. Pero era algo brillante, algo a lo que agarrarse y, quieras que no, la vida es mucho mejor cuando tienes algo a lo que agarrarte. Pronto lo devolveré, pensé, por supuesto que sí, pero todavía no.

Me gustaba. Tenía algo, algo íntimo.

Retomé mis quehaceres, pero con el picaporte. Lo envolví en mi gruesa cabellera, lo enrosqué y lo retuve, lo cubrí con el pelo igual que había hecho con tantas otras cosas en Filching, y lo oculté bajo la cofia, por lo que ni siquiera quitándomela lo descubrirían. Tal vez mi cabeza pareciera un poco más irregular, pero no mucho. Solo será un ratito, me dije, luego lo devolveré. Así que seguí a lo mío, haciendo mi trabajo, sintiéndome mejor ahora que tenía el picaporte.

Estaba limpiando la chimenea de la sala común de los prefectos, un lugar muy claustrofóbico por cierto, cuando de pronto tuve la sensación de que alguien me observaba. Me volví hacia la puerta y vi que allí *había* alguien, alguien horrible.

Era un fantasma.

El fantasma de un chico bajito con cara de enfermo. Estaba segura de que había venido para atormentarme. Se quedó en la puerta, un chico horrible con la raya del pelo impecable y grandes ojeras, con una boca muy amplia y una cabeza que parecía algo pesada para sus hombros. Y me dije: no, no pienso soportarlo, la sola idea de ver un fantasma me horroriza desde hace tanto tiempo que el hecho de ver uno real no es tan terrible, pero me niego a tener a esta infeliz criatura merodeando a mi alrededor cada vez que suba las escaleras, así que voy a tener que decirle que se largue, porque no pienso aguantarlo. Así que me levanté, cogí la pala del carbón y avancé

hacia él, con las manos temblorosas, y le pegué, tal como me habían ordenado que hiciera. Le aticé con la pala. Y mi pala rebotó. Hizo contacto. Se topó con algo, no con el marco de la puerta, no, sino que golpeó al chico a la altura de la oreja. Y él incluso sangró un poquito.

Tal vez no fuera un fantasma.

Tal vez no lo fuera.

No lo era.

No, no era un fantasma. Y si no era un fantasma entonces sin duda era uno de la familia. Había golpeado a un Iremonger de Arriba. No le había hecho más que una gota de sangre, pero este Iremonger de Arriba empezó a armar un escándalo espantoso y yo no hacía más que repetirle lo mucho que lo sentía y él no soltaba su maldita oreja, como si se la hubiera rebanado.

Cuando al fin se tranquilizó un poco, le rogué que no se lo contara a nadie.

—No me delates, prométemelo.

Se quedó allí de pie sujetándose la oreja con las manos y dijo:

—Me llamo Clod. Supongo que habrás oído hablar de mí. El hijo de Ayris.

—Yo me llamo...

—Sé cómo te llamas —dijo impacientemente—, es obvio que te llamas Iremonger.

—Me llamo Lucy Pennant.

—¿Cómo? ¿Lo dices de verdad? ¿Estás segura? No sabía que los sirvientes de abajo tuvieran nombre, salvo el mayordomo y alguno más.

—Pues lo tienen, y el mío es Lucy Pennant, que no se te olvide.

—Eres muy sensible al tema, ¿no?

—¡Pues sí!

—No hace falta que te pongas así.

En un primer momento me creí muy lista por haberle dicho cómo me llamaba, me pareció un buen lugar donde guardar mi nombre, dentro de la cabeza de uno de los Iremongers de Arriba. Pero luego temí haber cometido una estupidez mayúscula. ¿Y si le contaba a la señora Piggott que una criada llamada Lucy Pennant no solo le había hablado, lo que estaba expresamente prohibido, sino que además había empleado su nombre proscrito y le había golpeado con una pala para el carbón?

—Pero tú tienes algo más diferente, ¿verdad? —preguntó.

—Eso espero —dije.

—Tienes un objeto de nacimiento.

—Sí —dije—, tengo uno, es...

—Pero los sirvientes normalmente no tienen objetos de nacimiento.

—Todos tenemos, pero se guardan abajo, en la sala de la señora Piggott.

—Entonces puede que sea el cubo del carbón —dijo, e inmediatamente añadió—: No, no es el cubo del carbón, tampoco la pala. ¿Podría ser tu cofia?

Fruncía mucho el ceño, como si de alguna manera supiera que yo tenía el picaporte bajo la cofia, pero ¿cómo lo sabía? Ya me lo había dicho la vieja Iremonger: son penetrantes.

—¿Cuánto tiempo llevas en Heap House, Lucy Pennant? No pareces conocer las reglas.

—Desde ayer por la noche.

—Y antes de ayer por la noche, ¿estabas en otro sitio?

—Siempre se está en alguna parte, ¿no?

—Bueno, sí.

—Todo el mundo está en algún lugar u otro, ¿no?

—Sí.

—Uno nunca está en ninguna parte.

—Sí, sí, cálmate. No es a ti a quien le sangra la oreja. Y recuerda que tú eres una criada y yo no. Pero volviendo al tema, hay muchos lugares, ¿no te parece? Hay muchísimos sitios, pero yo solo he estado aquí.

—Pero este *aquí* es enorme, hay grandes cantidades de *aquí*.

—Sí, supongo que es bastante grande, pero me preguntaba, Lucy Pennant, por el lugar donde te encontrabas ayer. ¿Cómo era?

—Más pequeño.

—Ya veo, qué interesante, ¿y qué más?

—¿Qué quieres saber?

—Todo.

—Eso es mucho, ¿no te parece?

—Sí, bueno —dijo—. Si no te importa. Incluso podrías empezar ahora mismo.

—¿Y qué pasa conmigo? ¿Qué saco yo con todo esto?

—No lo sé. ¿Que yo no le cuente a nadie que me ha golpeado una sirvienta?

—Enséñame la casa, soy nueva, me pierdo. Enséñamela.

—¿Estabas en Londres?

—En efecto.

—¿Conoces Londres?

—Pues claro.

—¿Podrías hablarme sobre él?

—¿Te refieres a un intercambio? ¿Tú me enseñas la casa y yo te lo cuento todo sobre Londres?

—Eh... Sí, de acuerdo. Empecemos de inmediato, esta es la sala común de los prefectos.

—Eso ya lo sé. Dime algo que no sepa.

—De acuerdo. Hay siete plantas, bueno, ocho en algunos puntos. Seis escaleras principales. No estoy seguro de cuántas traseras. Cuatro comedores, tres galerías largas. Muchos tesoros repartidos por todas partes, grandes colecciones.

—Enséñamelas.

—Dime, ¿cuál es tu objeto de nacimiento? —preguntó.

—Una caja de cerillas. Enséñame alguna de las colecciones.

—¿Qué tipo de caja? ¿Grande? ¿Pequeña? ¿Cuántas cerillas caben dentro?

—No lo sé, no la he visto, tenía una cinta alrededor que decía «sellado por su propio bien».

En realidad no tiene nada que ver conmigo.

Sonó una campana en los pisos de abajo y supe que debía darme prisa.

—Tengo que irme. Tenemos un trato, ¿verdad? ¿Términos aceptados por ambas partes?

—Sí, desde luego.

—Muy bien. Pero tendrá que ser otra noche. Ahora debo irme.

—¿Mañana por la noche?

—Mañana, sí, si quieres.

—Vendré a buscarte.

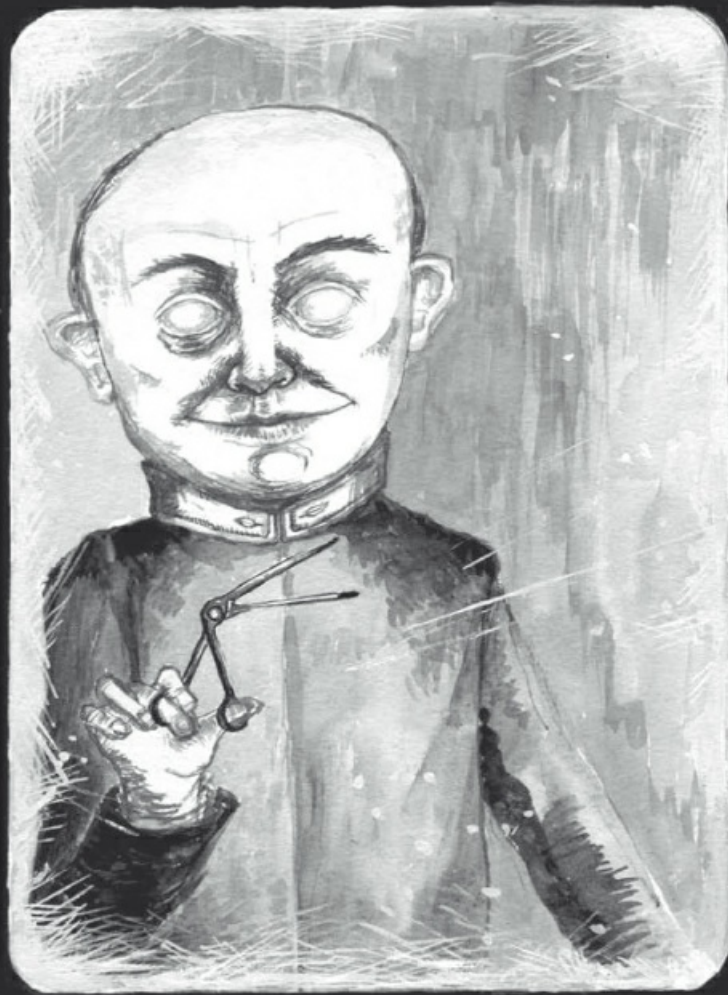
—Sí, está bien, de acuerdo.

Y pensé, ¿qué es eso que hay al final de la cadena que lleva metida en el bolsillo de la bata?

—Buenas noches.

—Buenas noches. Buenas noches, Lucy Pennant.

Sí, aquella fue la primera vez que vi a Clod Iremonger.



El Gobernador Supremo de Objetos
de Nacimiento Idwid Iremonger

UNAS PINZAS DE LA NARIZ

Continúa la historia de Clod Iremonger

Lucy Pennant en mis pensamientos

Se llama Lucy Pennant. Se ocupa de las chimeneas en algunas de las habitaciones después de que nosotros nos tumbemos en posición horizontal en nuestros lechos. Nunca había hablado con muchos Iremongers pertenecientes a la rama familiar encargada de limpiar, pulcros hasta decir basta, que huelen a jabón, que abrillantan, que blanquean y friegan, que decoloran o ennegrecen, que planchan y que almidonan dejando la ropa crujiente y que de día viven ocultos en algún lugar por debajo de Heap House, con el recogedor y la escoba a punto. Eran criaturas nocturnas, supongo. No les gustaba que bajáramos las escaleras y entráramos en las habitaciones del servicio, y cuando alguien lo intentaba, el Tío Timfy tocaba su silbato como solo él sabía hacer y el señor Sturridge le quitaba las ganas a cualquiera. Por eso apenas los veía. Y carecían de sonidos, por lo general sus objetos no pronunciaban ningún nombre al pasar. Y podía pasar meses sin dedicarles ni un solo pensamiento, como si hubieran sido las propias ratas las que trataban de limpiar nuestra porquería, las que sacaban brillo a nuestro palacio y recogían toda la ceniza y las pieles muertas. Pero ahora había visto a uno de ellos, cazado a la luz de las velas: una mariposa nocturna brillante.

De vuelta en mi habitación, en mi espacio, susurré: «Esta noche he visto a Lucy Pennant. Me ha golpeado con una pala para el carbón. Viene de Londres. He escuchado su objeto de nacimiento pero no he podido entender su nombre».

¿Qué más? Tenía los ojos verdes. Era solo un poquito mayor que yo. Un poco más alta. A lo mejor crezco, pensé, pero quizá no sea tan importante. Pinalippy me había pedido que creciera, pero prefería no pensar en ella en ese momento. Quería pensar en Lucy Pennant. Me había tomado por un fantasma. La había asustado. Creo que nunca antes había asustado a nadie. Tenía que descubrir el nombre de su objeto de nacimiento. Conocía mucho mejor a una persona cuando sabía cuál era su objeto de nacimiento y cómo se llamaba.

Un secreto para Tummis

A la mañana siguiente, el primo Tummis llamó a mi puerta temprano.

—Tummis —dije—. Tummis y Hilary, entrad y cerrad la puerta. Tengo que contaros algo importantísimo. Algo maravilloso. Cierra la puerta.

—¿Qué sucede, Clod?

«Hilary Evelyn Ward-Jackson.»

—Te gotea la nariz. Hola, Hilary.

Tummis se frotó la nariz con el puño de la camisa.

—Creo que Regadera podría volver esta noche —dijo—. Puede que sí, ¿no crees? He intentado encontrarla, lo cierto es que he dado algunas vueltas, pero no he encontrado ningún rastro y no quería que me pescara Moorcus, porque anoche le tocó estar de guardia. Esta noche le toca a Duvit, así que quizá tenga más suerte. En cualquier caso, creo que Regadera volverá a casa cuando se haya cansado de estar por ahí.

—Estoy seguro de que lo hará —dije.

—Clod, cuéntame lo tuyo, eso es lo que estoy deseando saber.

—Tummis —dije—. ¿Alguna vez has esperado y esperado, rascándote, con paciencia, arañándote, limpiándote la nariz, mirando hacia la puerta a la espera de que se abriera y apareciera ante ti una historia excepcional? Tu propia historia, eso sí, no la de otra persona, no un papel menor en la ópera de algún otro cuerpo. Sino tu historia. Tu propia historia. ¿Has soñado alguna vez con tu propia historia en la que tú fueras el protagonista?

—Qué cosas tienes, Clod. No son horas.

—Tu propia historia, Tummis, piénsalo, la tuya. ¿Cuál sería?

—¿Una historia de Tummis? ¿Cómo sería?

—Mi historia ha venido a mi encuentro, Tummis. Creo que sí.

—¡Oh, Clod!

—¡Oh, Tummis!

—Tienes que contármelo todo. ¿Cómo es ella? ¿Cómo fue el Encuentro? Sé que parece bastante agresiva, pero ¿ha dejado de serlo?

—¡Detente! No sigas por ahí, Tummis Gurge Oillim Mirck Iremonger. Pinalippy no es mi historia. No estoy hablando de Pinalippy. Mi historia no tiene nada que ver con ella.

—No es posible.

—Y tanto que sí, Tummis (Te gotea la nariz).

—(Gracias). ¿Y qué historia es esa?

—Bueno —dije, y entonces dudé, no quería echarlo a perder. De repente pensé que era algo muy delicado, muy pequeño y nuevo, y no quise contárselo a Tummis, aún no, a pesar de que normalmente se lo contaba todo. De repente sentí que entre nosotros empezaba a abrirse una gran brecha, como si él se estuviera alejando, eso es lo que sentí, pero aun así no cerré la brecha. La dejé estar—. Todavía no he encajado todas las piezas, no quiero estropearlo antes de estar seguro. Pero lo que sí que te puedo decir es que tiene algo de color rojo.

—Así que tiene algo rojo...

—Un poco de rojo y también un poco de verde.

—¿Te refieres a un color turbio? ¿Parduzco?

—No exactamente.

—Entonces, ¿cómo es?

—No puedo decirlo exactamente.

Por debajo de nosotros, el tren partió hacia Londres con su habitual estrépito.

—Dímelo, Clod, por favor.

«Percy Hotchkiss.»

—Es Aliver —dijo muy bajito—, viene a hacerme la revisión.

—Cuéntamelo, Clod, deprisa. Por favor.

Alguien llamó a la puerta.

—Clod —dijo una voz—, ¿puedo entrar un momento?

—Oh, rayos —susurró Tummis nervioso—. Vaya por Dios.

La puerta se abrió y apareció el Tío Aliver.

—Me había parecido oír voces —dijo—. Tummis, ¿acaso deberías estar aquí?

—No, Tío.

—Vas a fatigarlo, Tummis, se cansa con facilidad.

—Hoy me encuentro bastante bien, Tío —dije.

—Pobre Clod, eres tan frágil como un diente de león.

—¿Qué es un diente de león?

—Ahora no debes preocuparte por eso. Algunos de nosotros, Tummis, no somos tan robustos como tú, que eres un gran campanario, un armario en toda regla.

—¿Es como el Monumento, Tío? —pregunté—. ¿Es como la estatua que se construyó para conmemorar el Gran Incendio de Londres en 1677, de sesenta y un metros de altura, que se levanta en la intersección de Monument Street y Fish Street Hill?

—En efecto —dijo—, se parece mucho. Veo que has estado leyendo, Clod.

—Sí, Tío, muchos libros sobre Londres.

—Lo siento, Tío —dijo Tummis—, verás, ayer fue su Encuentro y...

—No quiero volver a verte aquí.

—No, Tío.

—Fuera.

Y allá que se fue la querida cigüeña, herida y llena de mocos.

Un Tío llamado Aliver

El Tío Aliver, portador de jarabes y pócimas, de pastillas de sabor repugnante que parecían excrementos de animal y que realmente olían como si lo fuesen, el Tío Aliver el doctor, el fontanero de las entrañas humanas, cuyos pensamientos estaban todos dirigidos hacia dentro, el que con solo mirar a una persona podía saber lo que tenía debajo de la piel, su goteo y su coagulación, su negrura y su azulado, cuyo imaginario era todo forúnculos y sarpullidos; que era compañero de dolores e hinchazones, de calambres, de resfriados y hongos, de ampollas y testículos retorcidos, de dientes podridos y pies podridos y tripas podridas y nudos en el estómago y uñas encarnadas e infecciones cutáneas; cuya compañía, sociabilidad, interacciones, sus holas y comoestás, sus tequiero, estaban todos y cada uno de ellos destinados a los enfermos. A la gente sana, joven, vivaracha y que dormía bien por las noches, no la comprendía en absoluto. No le interesaba lo más mínimo. Aliver únicamente podía reconocer a una persona por sus dolencias. Era muy amigo y admirador de todos ellos, desde los resfriados a los callos, a los catarros, a las cataratas, a los cánceres, a los abscesos, a los quistes, a la catalepsia y al

cretinismo, y se sentaba con ellos y se preocupaba mucho por ellos. Se mostraba cariñoso, afable y paciente con quien estuviera enfermo, mientras que con las personas sanas era brusco y ciego y desconcertante y horrible. Cuando sus pacientes se recuperaban, les daba la espalda, ofendido y abatido, echando de menos la enfermedad que él, tristemente, había ayudado a erradicar. El Tío Aliver había estado casado con la Tía Jocklun (cuchillo de tarta) y su matrimonio no fue feliz hasta que la pobre Tía Jocklun contrajo la enfermedad del pulmón negro y entonces no se apartó de su lado hasta que ella lo dejó para siempre.

Conmigo, el Tío Aliver solía mostrarse muy atento y entusiasmado, se preocupaba mucho por mí y estaba muy encariñado con mi cabeza; yo deseaba que no lo estuviera tanto. Los días que me despachaba rápido y se mostraba brusco, yo sabía que estaba mejor. Era un médico de primera categoría y lo sabía todo sobre la inestabilidad del aparato humano.

—Parece que no has dormido lo suficiente —me dijo el Tío Aliver aquella mañana.

Me palpó la cabeza y escuchó mi corazón. Me dio las pastillas que necesitaría durante la semana y con eso y alguna que otra pregunta breve, solía poner punto y final a sus visitas.

—Pobre Rosamud, Clod, sufre mucho. Se le está cayendo el pelo. La piel se le ha oscurecido.

—Desde luego, pobre tía.

—Toda la casa se está viendo afectada por su enfermedad. No te imaginas lo atareado que he estado. Mi hermano Wrichid creyó ver su propio bastidor deslizándose por su alcoba, pero creo que lo más probable es que se deba al clarete. El señor Groom ha informado de un cuajado repentino de alimentos, de la leche al mazapán, y parece ser que a un cerdo que hay colgado en la cámara frigorífica le han salido unas extrañas líneas azules por todo el pellejo. Por no mencionar el nacimiento del último hijo de la prima Lolly; va a llamarle Kannif, como su padre, un hombre de salud muy delicada. Y la Tía Abuela Ommaball Oliff, tu venerable abuela, siempre de mal humor, entregó al pobre niño como objeto de nacimiento una viruta de lápiz, pero una sola vuelta, por lo que es poco probable que sobreviva a esta noche. Y por supuesto los cúmulos están levantados y eso puede poner los nervios de punta a cualquiera. No había visto tanta inquietud desde que perdimos a Rippit. Pero tú, Clod, por lo menos tú te mantienes constante, constantemente Clod.

—He estado tratando de escuchar al picaporte, pero no ha habido manera.

—Y aun así debe de estar en alguna parte. Clod, tal vez te llevemos a dar una vuelta por la casa, de arriba abajo, a ver si consigues oír algo. No vamos a montar un espectáculo, no es necesario que Timfy se entere. Pero sí, puede que lo hagamos. Vale la pena intentarlo. ¿Estarías dispuesto a ello? Te saltarías la escuela.

—Desde luego, Tío.

—¿Y cómo fue tu Encuentro, por cierto? Me había olvidado de preguntarte. ¿Una muchacha agradable?

—Estuvo bien, supongo. Y, Tío, en el Encuentro...

—Un tapete, según creo.

—Un tapete, sí. Y, Tío, pasó algo más. El sofá de la Sala de los Encuentros habló, dijo muy flojito que se llamaba Victoria Hollest.

—¿Victoria Hollest? —dijo el Tío con desinterés.

—Sí —dije—, y no le habría dado más importancia si no fuera porque dijo algo más, algo distinto a su nombre: preguntaba dónde estaba una persona llamada Margaret. Estoy bastante seguro de que eso es lo que oí, pero podría volver a escuchar si quieres.

—¡Clod! Pero ¿cómo se te ocurre? —exclamó con renovado entusiasmo—. Deberías habérmelo contado enseguida. Será mejor que eche un vistazo a tu objeto de nacimiento.

Esto solo sucedía una o dos veces al año, y Tío Aliver siempre dejaba bien claro que no era algo que disfrutara, porque había otros doctores encargados de los objetos de nacimiento. Saqué mi tapón y lo deposité sobre su mano abierta, estirando al máximo la cadena. De un bolsillo sacó una lupa y la usó para observar mi tapón, después se guardó la lupa, sacó unas tenacillas y dio la vuelta al tapón.

—Inspira —dijo, y yo inspiré—. Exhala —añadió, y yo exhalé.

Dio unos golpecitos al tapón con los dedos, lo que me puso muy nervioso.

—¿Le ocurre algo a mi James Henry? —pregunté.

—Creo que no, pero puede que necesites que te vea otra persona.

Me devolvió mi tapón.

—¿Cómo te encuentras?

—Bastante bien, Tío.

—Quiero oír todo lo que tú escuches por la casa, Clod.

La casa parlante

Subimos por unas escaleras de mármol y bajamos por otras de hierro. Miramos en pequeños armarios, en grandes vestíbulos, girando por aquí y por allá, al azar, tratando de oír al picaporte Alice Higgs llamando desde alguna parte, de cazar esas dos palabras entre la cacofonía del edificio. Pero ¿cómo captarlas entre tantos murmullos? La casa hablaba y charlaba, susurraba, rugía, cantaba y trinaba, graznaba, se agrietaba, escupía, reía nerviosamente, se agitaba, jadeaba, pitaba y gemía. Voces jóvenes, agudas y animadas, voces viejas, rotas y trémulas, de mujeres, de hombres; tantas, tantas voces, y ninguna de ellas procedía de una persona, sino de las cosas de la casa parlante, por todas partes: la barra de una cortina, una jaula, un pisapapeles, un frasco de tinta, un tablón del suelo, una barandilla, una pantalla de lámpara, un tirador de campana, una bandeja de té, un cepillo, una puerta, una mesilla de noche, un lavabo, una brocha de afeitar, un cortapuros, una seta de zurcir, una alfombra y una moqueta. Sí que me topé con un pomo parlante, pero era de azabache de Whitby y abría la puerta a la Sala del Duelo (donde se limpia y se viste a los Iremongers fallecidos, una habitación que originariamente había formado parte de una casa funeraria en Whitechapel), y ese pomo decía Marjorie Clarke. También fuimos a visitar a Victoria Hollest, el lugar donde el día anterior había tenido lugar el Encuentro con Pinalippy, pero en ese momento en la sala no había nada a excepción del sofá rojo, que, en efecto, seguía preguntándose muy flojito: «¿Dónde está Margaret?».

—¿Eso es todo? —preguntó Aliver.

—Sí, Tío, y «Victoria Hollest», esas cinco palabras.

—Entonces tal vez deba retrasarse cualquier futuro Encuentro. Tal vez debiéramos reemplazar el sofá, pero hace más de cien años que los Iremongers se sientan en él y, además, solo contamos con tu palabra.

Así que continuamos con la ronda. Incluso atravesamos una puerta en la que a un lado ponía EFA y, al otro, ODÓN (para representar la separación entre los sexos, así nombrada por la desafortunada pareja que fue expulsada del Jardín del Edén, aunque nosotros usamos la variedad Iremonger de sus nombres). Pude entrever los aposentos de las primas y, a decir verdad, no eran tan distintos del lado Odón de las cosas, las aulas eran casi idénticas, excepto por los objetos diferentes que decían cosas diferentes. Fue en una de las aulas, en la de las primas mayores, en el pupitre donde se sentaba Pinalippy, que me miraba de una manera peculiar (y muchas otras chicas la miraron primero a ella y después a mí), cuando se produjo el segundo incidente. El Tío habló con la maestra, la maestra ordenó silencio y me dispuse a escuchar, y estuve a punto de no oírlo, pero al arrodillarme junto a la mesa de la prima Theeby escuché, justo por debajo del ruido de su funda de botella de agua caliente (Aimy Aiken), que apenas era escandalosa, a un tintero de porcelana llamado Jeremiah Harris decir, además de su nombre: «Estaría muy agradecido».

El Tío me preguntó si estaba absolutamente seguro. Lo estaba.

—Probablemente no sea nada —dijo el Tío a la maestra—, pero envíe este tintero a la casa de abajo. Etiquételo primero.

En ese momento me sentí muy importante, con todas las primas mirándome, hasta que oí a la prima Horryit murmurar:

—Ya puestos, mandadlo también a él a la casa de abajo.

Horryit estaba considerada la más guapa de todas las primas Iremonger. Tenía un objeto de nacimiento bastante escandaloso llamado Valerie Borthwick, aunque no tenía ni idea de qué era Valerie. Horryit iba a casarse con el primo Moorcus al mes siguiente.

A continuación, en la galería larga encontré un sacudidor de alfombras que, además de Esther Fleming, decía: «Tosferina». Y en el gran comedor del Abuelo había un decantador, Alexander Fitzgerald, que decía: «Preferiría no hacerlo». Pero por ninguna parte se oía «Alice Higgs». Al final, el Tío Aliver dijo que ya estaba bien por hoy. Nos sentamos en los escalones de mármol de la gran escalera, casi abajo del todo, entre el portero adormilado de la Abuela y el Tatarabuelo.

—¿Qué les pasa a los objetos, Tío? —pregunté.

—No tengo ni idea, Clod, puede que necesitemos ayuda. ¿Cómo te sientes? No te he fatigado mucho, ¿verdad?

—No, señor.

—Gracias, Clod. —Y luego, creo que a causa de la presión del día, de que todos aquellos objetos estuvieran haciendo tantos sonidos nuevos, el Tío Aliver dejó escapar un suspiro y a continuación dijo algo que tal vez no debería haber dicho—: Clod, tu abuelo me ha pedido que cuide especialmente de ti.

—¿El Abuelo? —pregunté—. ¿El Abuelo me ha mencionado?

—Sí, Clod, habla de ti a menudo. A veces estoy atendiéndole y suelta: «Dime, Aliver, ¿cómo está nuestro Clod últimamente? Tenemos grandes esperanzas depositadas en él».

—¿De verdad? —pregunté—. ¿De verdad dice eso? Hace más de un año que no veo al Abuelo. Por supuesto oigo las idas y venidas del tren. La Abuela no quiere verme, ha dicho que quizás en verano, pero no es seguro. Y siempre había pensado que la Abuela me tenía más cariño que el Abuelo.

—Él no se ha olvidado de ti. Justo el otro día me dijo: «Creo que Clod debería cambiar de pantalones pronto». Yo me mostré de acuerdo. Y tu abuelo dijo: «Entonces debo verle antes».

—¿El Abuelo quiere verme? ¿De verdad ha dicho eso?

—Sí, Clod, así es. Eres un caso especial, puedes oír cosas y por eso debemos cuidarte como es debido. Debemos mantenerte a salvo hasta que tu abuelo revele sus planes.

—El Abuelo... —musité—. ¿Cuándo lo veré? No lo veré a solas, ¿verdad? ¿Estarás tú también allí, Tío Aliver?

—No debes alterarte, tal vez ya he hablado demasiado. Ahora vuelve a tu cuarto, Clod, descansa un poco. Firmaré una disculpa y la enviaré a la escuela. Y, Clod, no te echas a perder con Tummis Iremonger, Tummis no es la clase de amigo que deberías tener, así que mantente alejado de él, una persona así no puede hacerte ningún bien. En su lugar podrías cultivar, por ejemplo, la amistad de tu primo Moorcus.

—Pero Tummis... —protesté.

—Le diré a tu abuelo lo bueno que eres. Quieres que lo haga, ¿a que sí? Un buen informe.

—Sí, Tío, por supuesto.

—Entonces vete, mi pequeño germen. He de enviar una nota a la Casa de Laurel. Ve con cuidado.

En la Sala del Sol

Así que, con cuentagotas, contando los minutos, arrastrando los segundos, el resto del día menguó lentamente. Estoy harto del sol, me dije a mí mismo, y me puse a pisotear el suelo como si improvisase una especie de baile. Me eché alguna que otra siesta, apagué trozos del día, corrí las cortinas de mis ojos y traté de retener unos minutos prestados, robarle tiempo al día y dárselo a la noche, solo que, cuando dormía, el Abuelo acechaba mis sueños y me despertaba sudando. Por fin pudo oírse el grito de la locomotora del Abuelo por toda la casa. No queda mucho, no queda tanto. Esperé a Lucy Pennant, vestido y preparado, aunque a mi alrededor todos los Iremongers se hubieran desvestido después de dar por acabado el día y seguramente estuvieran en pijama y bajo las sábanas y con redecillas para el pelo y para el bigote y para los mosquitos. Esperé con el pelo recién cepillado frente al espejo, los calcetines subidos y los zapatos apretados, tumbado en la cama a la espera de que la casa se calmara. Oí a un criado yendo y viniendo por el pasillo asegurándose de que no se necesitaba nada más, de que todos nos habíamos ido a la cama. Mientras esperaba y esperaba debí de quedarme dormido. Me desperté de repente: algo acababa de pasar a toda velocidad por delante de mi puerta con un graznido.

Fuera lo que fuese aquello, me había despertado. ¿Cuánto tiempo había dormido? No tenía ni idea. ¿Era demasiado tarde? No lo sabía. Me atusé un poco la ropa, me rehíce la raya del pelo y, recordándome que si quería tener alguna oportunidad de verla debía darme prisa, abrí la puerta

de mi habitación. ¿Qué había fuera? Solo la noche. Me adentré en ella.

Al principio no pude encontrarla. No estaba en la sala común de los prefectos, aquella chimenea ya estaba limpia. Tampoco en ninguna de las aulas. Finalmente, al final de un profundo pasillo donde la noche era tan densa que mi velita a punto estuvo de ahogarse en la oscuridad, di con ella, y allí estaban las palabras silenciosas que salían de su cofia, entre el resto de los objetos de aquella habitación, Patrick Wellens y Jenny McMannister (una rejilla de chimenea y una campana de vidrio) y algún que otro leve susurro. Estaba en la Sala del Sol, pero no limpiaba la chimenea, sino las ventanas.

—¿Qué estás haciendo?

—¡No te me acerques así! A menos que quieras llevarte un palazo en la oreja.

—Pensaba que te ocupabas de las chimeneas.

—Quería mirar afuera.

—¿Puedes hacer esto? Quiero decir, ¿es correcto? Es decir, ¿no te meterás en un lío?

—¿Quién se encarga de las ventanas en esta casa? Son alucinantes.

—Me figuro que debieron de pensar que no merecía la pena. Todo vuelve a cubrirse tan deprisa...

—Solo quería ver el exterior, no puedo abrir la ventana, está atornillada.

—Para que no entren las gaviotas.

—Había pensado que si les daba un buen lavado quizá podría ver algo, lo que fuera, cualquier cosa, ahí fuera.

—Al otro lado probablemente están peor, lo sabes, ¿no?

—No lo había pensado.

—Ese es uno de los problemas, vivir en un basurero es lo que tiene, hay tanto polvo y hollín y ceniza que terminan posándose en todas partes. Si sales un minuto fuera y vuelves a entrar y te suenas la nariz, tus mocos serán bastante negros. El polvo lo alcanza todo, llega a todas partes, no solo en la casa, también en las personas.

—Entonces no tiene mucho sentido limpiar la ventana.

—Yo diría que no mucho.

—Pero tal vez haga que la habitación esté un poquito más iluminada. ¿No te parece?

—Supongo que más oscura no estará.

—Entonces vamos a intentarlo.

—¿Yo? No puedes estar refiriéndote a mí, soy un Iremonger.

—Claro que sí, puedes ayudarme.

—Ah —dije—. En ese caso, de acuerdo.

Y así lo hice, o mejor dicho, lo hicimos. Limpiamos una ventana. La fregamos con trapos viejos, y los trapos, que nunca fueron precisamente blancos, muy pronto se volvieron completamente negros, y por muchos trapos nuevos que usáramos, enseguida todos se volvían negros. Por muchas horas de aquella noche que fregáramos, aún quedaba bastante por hacer. Y mientras frotaba a su lado, tan cerca, escuché esas palabras apagadas, tal vez un poco más amortiguadas que la vez anterior, pero por fin entendí la primera palabra:

—¡Alec! —dije—. ¡Creo que dice Alec!

—¿Qué has dicho? —preguntó.

—Ale... —reulé—. Eh... Alegría limpiando.

—Idiota —murmuró—. A todo esto, ¿dónde estabas? Ya creía que no ibas a venir.

—Tenía la intención de venir mucho antes, te lo aseguro, pero no he podido. La próxima vez seré mucho más puntual.

—Más te vale, no puedo quedarme aquí toda la noche esperándote.

—No, no, jamás esperaría tal cosa.

—Tengo mucho trabajo.

—Sí, lo sé —dije, y nos quedamos un rato callados, frotando.

—Siento lo de tu oreja —dijo rompiendo el silencio.

—Está mucho mejor, gracias.

—La campana no tardará en sonar, debería ir bajando. Más vale que mañana te des más prisa. Si quieres que te cuente alguna cosa.

A esas horas ya teníamos las manos mugrientas, pero me daba absolutamente igual. Nos alejamos un poco para apreciar los cristales. Yo los seguía viendo tan sucios como siempre, aunque a ella le dije que sin duda se veían algo más luminosos, y pareció alegrarse. Me hizo prometerle que volvería a la Sala del Sol durante el día para comprobar si había funcionado, y le prometí hacerlo.

—¿Sabes que tengo prohibido hacer lo que hemos estado haciendo?

—¿Limpiar las ventanas?

—Bueno, también tengo prohibido hacer eso, pero me refería a que no debo hablar contigo.

—¿Por qué no?

—No está permitido. Es una regla de la casa.

—¿Quién lo dice?

—El Abuelo.

—¿Quién es el Abuelo?

—Umbitt Iremonger de los cúmulos de basura.

—Yo también soy uno de los vuestros —dijo—. Una Iremonger. Por parte de madre.

—Yo soy un Iremonger de pura raza, de madre y de padre.

—Entonces ya sé en qué te convierte eso.

—¿En qué?

—En alguien que crece con un aspecto extraño y retorcido.

Eso me dolió un poco.

—No soy muy alto, ¿verdad?

—Eres un poco inseguro, ¿me equivoco?

—¿Para mi edad? Tengo quince años y medio, cuando cumpla dieciséis tendré que casarme.

—Pues que tengas buena suerte.

—No quiero casarme. Preferiría no hacerlo.

—Pues di que no.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Es una regla. Todo el mundo se casa a los dieciséis. Bueno, casi todo el mundo.

—Te gustan las reglas, ¿eh?

—No, no me gustan. Pero por algo están ahí, no puedo saltármelas.

—¿Por lo menudo que eres?

—Porque soy un Iremonger.

—Yo ya tengo dieciséis y no estoy casada. Ni creo que me case. Una vez estuve cerca. Iba a casarme. Me escapé de chiripa.

—¿De verdad? ¿De verdad casi te casas? ¿Te importa que te pregunte con quién?

—Con los cúmulos, mendrugo.

—Oh.

—¡Oh, dice!

—¿Me lo explicarás?

—¿Qué hay al final de esa cadena que llevas ahí?

—Es mi James Henry Hayward.

—¿Tu qué?

—Mi Ja... Mi tapón, mi objeto de nacimiento. ¿Quieres verlo? Te lo enseñaré.

—Hace un momento lo has llamado de otra manera.

—Eh... En fin, supongo que puedo decírtelo. Oigo voces.

—¿Cómo dices?

—De los objetos, verás, algunos objetos tienen voces, tienen un nombre, me dicen sus nombres. Esa campana de cristal que hay ahí, ¿la ves?

—Sí.

—Se llama Jenny McMannister.

—¿De qué estás hablando? Estás enfermo, ¿es eso?

—Sí, estoy enfermo. El Tío Aliver me da unas píldoras.

—¿Te ocurre algo muy grave? Al principio lo pensé, me dio esa impresión. ¿Eres peligroso? No pareces muy peligroso.

—No, qué va, no soy en absoluto peligroso.

—Más te vale no serlo, porque si lo fueras te daría una paliza.

—No soy peligroso —dije—. Simplemente oigo cosas.

—Bueno, pues puedes oírlas lejos de mí. No me asustes o tendré que volver a sacar la pala.

—No, no, ni en sueños.

—Ahora será mejor que vuelva abajo, antes de que me echen de menos.

—Pues entonces buenas noches. Gracias por hablar conmigo. Mañana vendré antes.

—Eso espero.

Y se marchó con sus cosas de la limpieza, pero al llegar a la puerta se dio la vuelta.

—¿Cómo me llamo? —preguntó un tanto alterada.

—Lucy Pennant, desde luego.

—Gracias —dijo, y desapareció.

—Y Alec algo... —susurré.

Y eso fue todo. Menuda noche. Me sentí muy ligero en el camino de vuelta a mi habitación, incluso hice oscilar a mi James Henry en su cadena. Recorrí el último tramo al trote y, mientras subía las escaleras a toda prisa, por un instante vi que un ave se movía deprisa en las sombras por encima de mí.

—¡Regadera! —la llamé.

Pero con las mismas se marchó, desapareció de mi vista y subió a las habitaciones de la parte superior de la casa. Será mejor que no se meta en los áticos, los murciélagos la harían polvo.

Me fui a la cama pensando que era una pena no tener ningún recuerdo de Lucy Pennant, alguna cosita, algo que me ayudara a sobrellevar el día, algo con lo que recordarla. Aunque lo mejor hubiera sido un retrato, alguna efigie.

El Tío Idwid

A la mañana siguiente, muy temprano, justo después de haberme vestido, al poco de que la locomotora del Abuelo partiera para pasar el día fuera, escuché a Percy Hotchkiss adentrándose en mi pasillo y, con él, algo desconocido llamado Geraldine Whitehead. El Tío Aliver llamó a la puerta y entró; parecía muy nervioso, y a su lado iba un hombre al que nunca antes había visto y que, aun así, sentía como si lo conociera de toda la vida, había algo en él que me resultaba muy familiar. Vestía el uniforme especial, con una hoja de laurel dorada trenzada en el cuello. Era un hombre pequeño, el poco pelo que tenía lo llevaba aplastado sobre su gran cráneo blanco y se le marcaban visiblemente las venas de las sienes. ¿Quién era? ¿Por qué tenía la sensación de que lo conocía?

—Te presento a tu Tío Idwid Iremonger —dijo un agitado Tío Aliver—. Creo que no lo conoces. Es el hermano gemelo de tu Tío Timfy.

—¿Cómo está el pequeño Timfy? —preguntó Idwid—. Es mi hermano *pequeño*, ¿sabes? Llegó después que yo, unos veintidós minutos. —Todo esto lo dijo sonriendo, parecía un hombre risueño. Su voz, a diferencia de la de su gemelo, era muy amable. Había oído hablar del Tío Idwid pero nunca lo había visto. Era un gobernador, uno de los cargos más altos de entre todos los Iremongers, pero vivía en la ciudad y no venía nunca a la casa.

—¿De modo que este es el chico? —dijo el Tío Idwid, y cuando abrió la boca se revelaron unos dientes impecables, aunque no me miraba al hablar, su rostro apuntaba hacia otro lado. Solo entonces pude ver que sus globos oculares estaban mal, como si fueran lechosos. El Tío Idwid era ciego. Sonreía ampliamente por toda la habitación y respiraba profundamente, como si quisiera absorber todo el aire—. Siéntame, Aliver, por favor.

El Tío Aliver lo condujo hasta una de mis sillas.

—Acércame a él, acércame mucho, y tú, Clod, acércate a mí. Siéntate conmigo, ¿quieres?

Tuve que sentarme a su lado, muy cerca. Ni sus pies ni los míos tocaban el suelo.

—Qué agradable es volver de nuevo a Heap House —dijo—. Bien, ¿qué es lo que oigo? —Se llevó sus pequeñas y cuidadas manos a las orejas y tarareó un poco para sí, luego chasqueó los labios—. ¡Oigo a James Henry Hayward! ¡Hola, hola! ¡Acércate, James Henry Hayward, acércate a mí! —Abrió las manos—. Sé que estás ahí, ven, quiero conocerte. Déjalo salir, Clod, deja que lo vea, te lo ruego.

No podía dejar de sonreír: él podía oír, ¡como yo! Aliver asintió y despacio coloqué mi tapón entre sus manos. Idwid se lo acercó mucho a la nariz y lo olfateó, le dio unos golpecitos y lo acarició por todas partes.

—James Henry Hayward —dijo mi tapón con un tono bastante jovial.

Idwid lo puso boca abajo y le hizo cosquillas en la parte inferior.

—¡James Henry Hayward! —exclamó con una especie de risa nerviosa.

Nunca antes lo había oído reír. Y a medida que James Henry gritaba su nombre cada vez más rápido, de pura alegría y felicidad, me fui dando cuenta de otra voz que se acercaba, y esa voz decía en un frío murmullo: «Geraldine Whitehead».

Entonces vi que Geraldine Whitehead era una herramienta metálica con un hocico largo y delgado, una especie de pinza extraña y escuálida. James Henry enmudeció de inmediato.

—¡Mi tapón! —chillé.

—Calla —dijo el Tío Idwid sin perder la sonrisa—. Calla, no pasa nada, mis pinzas lo están revisando, solo será un momento.

—Geraldine Whitehead —dije—, así es como se llaman.

—Sí, en efecto, ¡eres un muchacho listo! Me han contado que tú también oyes todos los nombres —dijo Idwid—. Geraldine Whitehead son unas pinzas especiales diseñadas para extraer pelo nasal y también pelo de la oreja. Muy buenas y muy útiles. Ahora déjame ver.

Con mucho cuidado agarró mi tapón con su Geraldine Whitehead y con la misma delicadeza lo soltó y se guardó las pinzas, y James Henry dijo: «James Henry Hayward».

—Aliver —preguntó el Tío Idwid—, ¿has examinado recientemente a Clod?

—Sí, gobernador, hace muy poco.

—¿Y estás seguro de que no tiene ninguna grieta? ¿Lo has revisado?

—En efecto, gobernador, ni una sola.

—¿Y le has escuchado? ¿No está hueco?

—No está hueco, gobernador, en efecto, le he escuchado.

—En tal caso —dijo Idwid muy satisfecho—, he sido llamado en buena hora. Es algo excepcional, mi querido Clod, tener un Escuchador. Yo soy un Escuchador y me he convertido en Gobernador Supremo de los Objetos de Nacimiento.

—No sabía que hubiera nadie más. Nadie me lo había dicho.

—Clod, nos haremos compañía el uno al otro.

—Celebro que haya venido, señor.

—Estamos hechos el uno para el otro.

—¿Le ocurre algo malo a James Henry? —pregunté.

—Yo diría que no, pero estaremos pendientes de él —dijo Idwid sonriendo—. Dime, joven Clod, ¿qué has estado oyendo? ¿Has oído a Victoria Hollest preguntando por Margaret? Y ¿qué más? Cuéntamelo, por favor.

—Oigo voces —dije—. Creo que siempre las he oído. Objetos que gritan nombres, siempre nombres. No sé qué significa exactamente...

—Significa que eres muy listo.

—Solo oigo nombres, no todo tiene un nombre.

—De eso no hay duda.

—Pero algunas cosas sí, hay cosas que susurran sus nombres y otras que los gritan, y muchos objetos de nacimiento tienen nombre, pero no todos...

—¿Dices que no todos? Qué interesante...

—El cubo antiincendios que hay en el vestíbulo tiene un nombre, y también un poste de la barandilla de la escalera de mármol. Por toda la casa hay diferentes objetos con diferentes nombres.

—¡Qué feliz me haces, Clod! —dijo Idwid sin soltar mi tapón—. ¡Qué emoción haberte encontrado! Voy a quedarme aquí hasta que todos los objetos se hayan calmado, porque, verás... —Se inclinó hasta pegar su reluciente cara lunar a la mía y dijo—: Los objetos se han puesto un poco nerviosos. No es nada por lo que alarmarse, pero de vez en cuando se les meten ideas en la cabeza y necesitan que se les recuerde delicadamente lo que son. Yo puedo ayudarlos. Clod, mi pequeño orejudo, oiremos mucho el uno del otro, mucho, y todo será espléndido. Ahora, Clod, parece ser, según afirma tu Tío Aliver aquí presente, que la inquietud entre ciertos objetos comenzó con la pérdida de un picaporte llamado...

—¡Alice Higgs! —grité al darme cuenta de algo de repente. No es Alec. ¡En absoluto es Alec! ¡Qué estúpido había sido!

—¿Alice Higgs? ¿Y qué sabes de Alice Higgs, el picaporte?

—Que era de la Tía Rosamud y lo ha perdido.

—¿Nada más? —preguntó.

—Nada —dije, aunque estaba temblando.

No debía decírselo, pero quería decírselo. El Tío Idwid tenía algo que hacía que quisieras complacerle mucho, muchísimo. Estuve a punto de contárselo todo. Pero, a pesar de lo mucho que me gustaba, debía mantener en secreto el paradero de Alice Higgs, al menos de momento.

—Bien, bien, encontraremos a esa Alice Higgs dondequiera que esté. Por mucho que se haya ocultado, la encontraremos. No hay ningún lugar donde un picaporte llamado Alice Higgs pueda esconderse de mí. Yo, Idwid Percible Iremonger, encuentro todas las cosas, tanto si quieren ser encontradas como si no. Cada vez que algo se pierde, me llaman a mí.

En ese instante dejó de gustarme tanto. Me devolvió mi tapón.

—Muchas gracias —dijo.

«James Henry Hayward», susurró.

—Adiós, James Henry Hayward, pronto volveré a oírte. Y adiós, querido Clod. Seguiremos hablando, tú y yo, tenemos muchísimo de lo que hablar. Nosotros, los que oímos tanto, tenemos mucho que contarnos. Guíame, por favor —dijo muy bajito, y el Tío Aliver lo levantó y entonces el pequeño hombre reluciente se marchó y yo me quedé en mi habitación con mis propios pensamientos, pensamientos sobre Lucy Pennant, y solo ahora, en mi necedad, comprendí que ella guardaba a Alice Higgs bajo la cofia. Debo recuperar el picaporte antes de que lo encuentre el Tío Idwid, porque si Idwid oye a Alice Higgs antes, quién sabe lo que podrían hacerle a Lucy.



Los cocineros de Heap House, el señor Orris



... y la señora Odith Groom

UN MOLDE DE GELATINA DE PELTRE Y UN CORTADOR DE PAN DE AZÚCAR DE HIERRO FUNDIDO

Extracto del libro de menús del señor Orris y la señora Odith Groom, jefes de cocina
de Forlichingham Park, Forlichingham, Londres

Entrada del 12 de noviembre de 1875

LISTADO DE PÉRDIDAS: Ladrón en la cocina. El extintor grande de latón de cinco galones y medio. Espátula. Dos ruedas de repostería. Cuatro cucharadas Iremonger (doce onzas). Faltan trece tubos de glaseado de la mejor alpaca. Un ladrón entre nosotros. No sabemos quién es. Lo descubriremos. Llevamos cuchillos afilados encima. Odith uno de carnicero, Orris su gubia de cocina.

LISTADO DE PRODUCTOS ECHADOS A PERDER: Doce abadejos a pesar de estar cocinados al curry. Cerdos colgados manchados y con gusanos, uno presenta una brillante tonalidad turquesa. Siete pares de faisanes sólidos como la porcelana, imposibles de descongelar. Champiñones, destrozados; zanahorias, gomosas; manzanas, ennegrecidas y huecas; tocino curado, encharcado; copos de avena, polillas en vez de copos, sofocadas dentro del frasco. Quedaba tan poco que el montaplatos apenas ha subido nada a la parte de arriba de la casa.

Almuerzo de arriba: Manitas de cerdo en escabeche, repollo en escabeche, lechuga con sal.

Almuerzo de abajo: salchichas de gallinejas, tripa rescatada, caracol y cucharada.

Cena de arriba: asado de cormoranes, picotijera y águila pescadora negras, nabo hervido.

Almuerzo de abajo: roedor ahogado y cucharada.

NOTA: Hoy hemos visto una copa moverse por voluntad propia, hemos sido testigos. ¿Se acerca el fin del mundo? No se puede confiar en nada, en nada de nada. Solo en Orris. Solo en Odith.



La criada de Heap House Florence Balcombe

UNA TAZA BIGOTERA

Continúa la historia de Lucy Pennant

Cuando me desperté a la mañana siguiente, después de sueños horribles en los que mi caja de cerillas me prendía fuego, me encontré a todo el dormitorio alarmado. Las Iremongers se acurrucaban en los rincones, murmurando, ninguna de ellas había ido a trabajar.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—¿Que qué ocurre? —repitió alguien—. ¿Dónde has estado?

—Arriba, limpiando las chimeneas. En mi cama, intentando pegar ojo. Lo de siempre.

—Ha llegado gente nueva, gente de la ciudad. Nos van a interrogar a todos, vinieron anoche con Umbitt.

—¡Algo pasa! —exclamó una.

—¡Algo terrible! —gritó otra.

Y entonces todas se pusieron a imitar a un hatajo de aves de corral con un escándalo de chillidos, graznidos, picotazos y aspavientos.

—¡He visto a uno de los Iremongers de la ciudad gritando al señor Sturridge! —dijo una.

—¿Y qué ha dicho el señor Sturridge? —pregunté—. Imagino que no le habrá sentado nada bien.

—¿Ah, sí? ¡Pues que sepas que no hizo nada! Se limitó a bajar la cabeza.

—¡Y Piggott está furiosa! ¡Un Iremonger la vio sollozando!

—¡La señora Piggott! ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—¡Las cosas! —dijeron a coro—. ¡Ay, las cosas!

—¿Qué cosas? —pregunté.

—Anoche, Lorky Pignut —dijo una Iremonger alisándose el vestido y dando un paso al frente, nombrándose a sí misma portavoz, con aires de importancia, sacando pecho—. Tú debías de estar ocupándote de las chimeneas, fue después de que sonara la campana. Ocurrió al final del pasillo que lleva a los cuartos de la ceniza. Sonó un alarido espantoso, al principio era el grito de un solo Iremonger, pero después se oyeron más gritos de otros Iremongers, así que fuimos todos corriendo para ver qué ocurría, en camisón, solo nos dio tiempo a calzarnos los zuecos, y salimos pitando pasillo abajo, y de todas las habitaciones surgían Iremongers sirvientes, también sirvientes personales, todo el mundo; estaba todo lleno de caras blancas y, a base de codazos, conseguí ver a qué se debía tanto alboroto. Y entonces, ay, sí, yo lo vi ¡con mis propios ojos! ¡Y también grité!

—¡Espantoso! —dijeron a su alrededor las Iremongers, erizando las plumas.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Qué había?

—Había... —empezó la Iremonger y, muy despacio, con la cara pálida y las manos temblorosas, dijo—: ¡Había una taza bigotera!

—¿Una taza bigotera? —pregunté—. ¿Qué demonios es eso?

—A decir verdad, al principio nosotros tampoco lo sabíamos. Nunca habíamos visto nada parecido. Pero una taza bigotera tiene una repisa especial sobre el borde para que a un caballero...

—A un distinguido caballero, querrás decir —interrumpió otra.

—Así es, para que a un distinguido caballero —prosiguió la primera, reclamando su lugar—, no se le estropee su bigote bien recortado y perfilado cuando bebe té. Eso es una taza bigotera, para tu información. ¡Y anoche había una! En el pasillo. Una taza con una repisa extraña sobre el borde, de porcelana blanca, sin dibujos. Nadie sabía de dónde había salido, nadie la había visto antes.

—Pero ¿qué tiene eso de terrorífico?

—Pues si tanto te interesa, Looky Pineknot, ¡resulta que se movía!

—¿Se movía? —pregunté.

—Se movía por voluntad propia, yo lo vi, de lo contrario no lo habría creído, pero giraba sobre su base, daba vueltas y más vueltas en círculos. A veces se detenía un rato y luego brincaba hacia delante, como un petirrojo o un gorrión o algún tipo de pajarito. A veces llegaba rodando casi hasta los pies de algunos Iremongers, que gritaban y forcejeaban para apartarse de ella. Un Iremonger la amenazó con un atizador y con eso consiguió que se alejara un poco.

—Debía de haber alguna criatura dentro, un ratón, quizás, o una musaraña —dije—, o puede que un bicho más grande.

—¡No, no! —dijo—. Solo había una taza, una simple taza, nada más, y esa taza se comportaba de manera salvaje y tintineaba sin control. Hasta que llegó la señora Piggott rugiendo: «¿Qué pasa aquí?», y entonces, a medida que se abría la multitud de Iremongers para dejarla pasar, la taza aprovechó su oportunidad y salió rodando y tintineando y se estampó contra el extintor que siempre hay ahí y se alejó con gran estrépito por el pasillo en dirección a las cocinas. ¡La señora Piggott se quedó sin sangre en las venas! Y empezó a gritar: «¡Cogedla! ¡Cogedla!».

—Tendríais que haberlo visto, ¡menudo jaleo! —interrumpió otra Iremonger—. Había Iremongers subidos a sillas y a mesas, gritando, mientras la taza se movía a toda velocidad de un lado a otro de un modo terrible, hasta que finalmente el señor Groom, el cocinero, agarrando una cacerola de cobre al revés, logró atraparla. Y Groom se quedó ahí sentado, sobre la cacerola, pero todavía se oía el ruido de la taza golpeándose de lado a lado, montando un escándalo espantoso. Desesperada por salir.

—Y ahora, ¿dónde está? —pregunté.

El tren partió hacia Londres y ahogó sus palabras por un instante.

—Sigue allí, debajo de la cacerola, pero en lugar del señor Groom han colocado un gran peso de cocina.

—¡Doce libras! —añadió otra Iremonger con evidente emoción, dando un paso al frente para acto seguido volver a retroceder.

—Y ahí se ha quedado, de vez en cuando se la oye tintinear, pero está mucho más tranquila que antes, casi podría decirse que afligida.

—Me encantaría verla —dije.

—La vigilan a todas horas, siempre hay por lo menos cuatro mozos de cocina con ella, todos armados con algo contundente y pesado, como un rodillo, una pala gruesa de madera o un asador, por si la taza vuelve a escaparse.

—Me encantaría verla, lo digo en serio.

—¡Pero no puedes, Iremonger! —dijo la señora Piggott desde la puerta—. ¡Poneos en fila! ¡Vamos! A los pies de vuestras camas. ¡Inspección general!

La señora Piggott llevaba un colador de té en la mano. Habría asegurado que era el colador de té de mi amiga, la Iremonger que había grabado y olvidado su nombre. Su cama estaba vacía, no se la veía por ninguna parte en el dormitorio. ¿Dónde se habría metido?

Debíamos colocarnos delante de nuestras camas y esperar a que nos llamaran. Se había armado tal revuelo que en todos los dormitorios de abajo ocurría lo mismo, una inspección general, todos los sirvientes iban a ser interrogados. Uno por uno nos irían llamando al despacho del señor Sturridge, donde tenían lugar las entrevistas. Pasaron lista, se constató la presencia de nuevos sirvientes, que se añadieron y marcaron en el registro.

Nos preguntaron por el paradero de mi amiga desaparecida, quién había sido la última en verla, y una de las Iremongers dijo que la había visto desparasitando en los cuartos de la ceniza, al parecer había tenido que arrastrar hasta allí algunas cosas al finalizar su turno en los cúmulos. Llegaron más hombres, Iremongers oficiales de la ciudad, con sus trajes oscuros y sus sombreros y todos con la hoja de laurel dorada en el cuello. Venían de la Casa de Laurel. Ordenaron a unos mozos que se llevaran su cama, su taburete y su ropa de recambio, todo. En cuanto al destino de sus pertenencias, oímos claramente: «Incineradora». Poco después entró otra Iremonger con una fregona y un cubo y empezó a fregar el suelo donde había estado colocada la cama de la Iremonger.

—¿Qué está pasando? —susurré a la limpiadora—. ¿Dónde está? ¿Lo sabes?

—No lo sé. Cállate. No se puede hablar.

Al cabo de un rato apareció un chico Iremonger con algo de cal y limpió la pared.

—¿Sabrías decirme lo que está pasando? —le pregunté.

—No puedo hablar. Tengo instrucciones específicas de no abrir la boca.

Cuando se fue, entró un tercer Iremonger con un gran tanque de metal a la espalda y una bomba pulverizadora.

—¡Cerrad los ojos! —bramó.

Roció algún tipo de líquido en el aire, sobre todas nosotras y sobre nuestras camas, y pareció que estaba lloviendo en la habitación, y cuando quisimos protestar, un Iremonger de la ciudad comenzó a girar una manivela de mano, un claxon que emitía un sonido terrible y espantoso.

—¡Basta de cháchara! ¡Silencio! ¡Silencio durante la limpieza! —ordenó.

Así nos rociaron. Y allí nos quedamos, empapadas, pero no solo nosotras y nuestra ropa, sino también nuestras camas y las paredes, todo mojado.

—Muy bien, señoritas, no pasa nada —dijo el Iremonger de la ciudad—, toda esta pulverización no tiene ninguna importancia. Es una simple medida de precaución. No os alarméis, por favor. Es por vuestra seguridad. Por favor, poneos en pie y dejad que os seque el aire, no pasa nada. Y ahora debo pedirlos un favor. Arrastrad vuestras camas y llenad este hueco

de aquí. Es como si estuviera fuera de lugar, ¿no os parece? —Nos hizo mover las camas y enseguida tuvimos la impresión de que nunca había estado allí—. ¡Muy bien! ¡Estupendo! ¡Ahora, aireaos!

—Disculpe, señor —dije.

—¿Qué? —dijo el Iremonger—. ¿Qué quieres?

—Limpio chimeneas, señor. Arriba, por las noches.

—¿Y?

—La Iremonger que antes dormía aquí, ¿dónde está?

—¿Cómo? ¿Y eso a ti qué te importa?

Ahora sí que parecía interesado, sacó un cuaderno del bolsillo y murmuró: «Chimeneas».

Cuidado, me dije a mí misma, seguro que estos hombres enfundados en trajes negros pueden hacer lo que quieran con una persona, como tirarla a los cúmulos sin pestañear.

—Ella... Ella me tomó prestado un pañuelo —dije—. Me gustaría recuperarlo.

—¡No es posible! —dijo—. El pañuelo ya no está.

—¿Pero ella está bien?

—Está desaparecida, sospechamos que en los cúmulos.

—Pero estaba en los cuartos de la ceniza. Desparasitando. Ya había entrado en la casa. No podía estar fuera en los cúmulos.

—¿Qué te propones? ¿Hacer nuestro trabajo?

—Solo limpio chimeneas, señor, arriba, ya se lo he dicho.

—Bien, entonces no tienes nada de lo que preocuparte. Esto no va contigo. Se te reembolsará el pañuelo. Y ahora, todas vosotras, esperad un poco más, por favor. A ser posible en silencio.

Y con las mismas se marchó.

—No ibais a preguntar por ella —susurré al resto del dormitorio—. Ha desaparecido y no habéis movido ni un solo dedo. Os habéis quedado ahí paradas como unos pasmarotes. Solo hacéis lo que se os dice.

—¿Y crees que tú sí que has sido valiente, Iremonger? —preguntó la chica que estaba a mi lado.

—Pues yo no recuerdo que hayas hecho mucho —dijo otra.

—He preguntado, eso es lo que he hecho.

—Desde aquí no ha parecido gran cosa.

—No ha parecido nada de nada.

—No, no es mucho —admití.

—Pues no, yo diría que no.

—Pero la encontraré, descubriré qué ha pasado con ella.

—Ojo con la heroína.

—Lo haré —dije—. Os lo aseguro.

—Limpiarás las chimeneas y cerrarás el pico, eso es lo que vas a hacer.

—No dejaré que se desvanezca. Tengo amigos arriba.

Se carcajearon al oír mis palabras.

—¡Es verdad! Esperad y veréis.

Más carcajadas

—Es una lianta —dijo una.
—Y ¿merece la pena? —se preguntó otra.
—Cuánto jaleo por una Iremonger de los cúmulos.
—Vamos, Iremonger, qué tontería por nada.
—Eres una deshollinadora, eso es algo a lo que agarrarse —dijo otra con una voz más suave—, y nos gusta mucho escuchar tus historias.
—¿Acaso te acuerdas de ella? —preguntó otra amablemente.
—Por supuesto que sí.
—¿Puedes decirnos qué aspecto tenía?
—Llevaba un vestido negro y una cofia blanca, y zuecos en los pies —dije, estrujándome los sesos por recordarla.
—Como todas nosotras.
—Su nariz era grande y tenía los ojos marrones.
—Y ¿cómo se llamaba, si puede saberse?
—Iremonger —susurré.

Nos tuvieron allí esperando toda la mañana, junto a nuestras camas, secándonos. Por fin, una a una nos fueron llamando y nos escoltaron para ser interrogadas. Las Iremongers que se marchaban no volvían, así que las que quedábamos solo podíamos conjeturar sobre lo que estaría pasando. Despacio, muy despacio, el día fue transcurriendo. Otro Iremonger, un Iremonger lavaplatos, asomó la cabeza para decir con un hilo de voz que la taza bigotera había conseguido escapar, que uno de los mozos de cocina, ansioso por verla, había levantado el cacharro, solo un poquito, y la taza había salido disparada; ahora el chico estaba en los cúmulos, y todos andaban buscando la taza. Menudo jaleo, pensé, cómo es esta gente. Deseaba que nunca encontraran aquella taza bigotera. Y en ese momento pensé en Clod, que, aunque era un poco extraño y aparecía cuando menos te lo esperabas, aunque tenía la cabeza grande y la piel pálida, aunque era bajito y peculiar, demostraba algo de bondad. Tal vez Clod, tal vez el extraño Clod podría ayudarme a descubrir qué había ocurrido con la Iremonger que había grabado su nombre. La encontraré, con su ayuda. Juntos la encontraremos.

—¡Iremonger!

Me tocó subir al despacho del señor Sturridge. Junto a la puerta había una enorme pila de objetos. Un fanal, que era el objeto particular del mayordomo, y toda una serie de cosas extrañas: un pisapapeles de cristal, un sacapuntas grande con asa, un plumín, un sujetalibros, un trozo de rodapié, una pastilla de jabón carbólico sin envolver, una hebilla de cinturón y un rascador de botas. Supuse que eran los objetos de nacimiento de otras personas, pero no tenía ni idea de qué hacían ahí fuera.

Me ordenaron entrar. El señor Sturridge esperaba en un rincón, era tan alto que su cabeza rozaba el techo, por lo que daba aspecto de columna, y la impresión de que si se marchara, la salita entera se derrumbaría. Se le veía muy triste, casi ofendido. Alrededor de su escritorio había varios Iremongers de la ciudad y detrás, sobre un lecho de grandes almohadones, descansaba otro tipo de Iremonger que nunca antes había visto. Era bajito y reluciente, tenía la cara redonda y un

uniforme muy elegante con una hoja de laurel dorada en el cuello, parecía un hombre muy feliz y satisfecho, con una gran sonrisa en el rostro. Lo más curioso de él eran sus ojos, blancos y lechosos, sin nada oscuro. Un hombre ciego.

—Esta habitación —dijo— sigue siendo muy ruidosa, muy habladora. ¡Ahí! ¿Qué es eso? —Se enderezó e inclinó la cabeza primero hacia un lado y después hacia el otro. Levantó las manitas—. ¡Silencio todo el mundo! No quiero oír ni pío. Ya lo tengo, ¡ahí, ahí! ¡Ahí! —señaló—. ¿Qué hay ahí?

—Es un aplique de pared, señor —dijo un Iremonger de la ciudad.

—En tal caso, ese aplique de pared que hasta ahora había permanecido callado, que se había mostrado ciertamente tímido, ahora está hablando. Te oigo, te llamas Charlie White. ¡Lo sabía! Sabía que algo me hacía cosquillas en las orejas, ¡sabía que había oído algo! ¡Espera, detente! ¡Charlie White, cállate!

El hombrecillo ciego sacó una herramienta metálica del bolsillo y empezó a agitarla hacia el aplique.

—¡He dicho silencio, Charlie! ¡Y silencio tendré!

Un Iremonger de la ciudad se acercó para ayudarlo.

—Señor Idwid, señor, gobernador, ¿podemos serle de alguna ayuda?

—Claro que pueden, en efecto. Muy amable por su parte. ¡Es ese Charlie White de ahí! He despertado a Charlie White y está tan alterado que no conseguiré oír nada más mientras Charlie White se empeñe en tantas *charlas* y *gaitas*. Y sé, vaya si lo sé, que aquí dentro hay algo más que Charlie White y mi Geraldine. ¡Mayordomo!

—Sí, señor —dijo Sturridge.

—Acaba de entrar alguien. ¿Quién es?

—Es otra Iremonger, señor —dijo el alto caballero, y se percibía cansancio en su voz.

—¿Y va sin equipar, nada más que con su propia vestimenta?

—En efecto, señor.

—Ven aquí, por favor, nueva Iremonger —dijo inclinando el cuerpo hacia delante y ladeando la cabeza de manera que su oreja izquierda apuntaba enteramente en mi dirección—, no hay nada que temer. Vamos a ver, ¿qué tenemos aquí? —susurró, y sus labios carnosos se curvaron en una enorme sonrisa—. Acércate, ¡creo que puedo oírte!

Traté de retroceder, pero uno de los Iremongers de la ciudad me empujó uno o dos pasos hacia delante, acercándome a la oreja del hombre ciego que, de alguna manera, parecía saber que escondía algo, aunque no me explicaba cómo podía saberlo.

—Más cerca, por favor —me llamó—. ¡Acércate más!

Volvíeron a empujarme hacia el escritorio, pero justo cuando estaba a punto de tocarlo, cuando estaba pegada al escritorio y cuando el Iremonger de la ciudad que había detrás de mí empezó a acercar mi cabeza hacia el escritorio, el hombrecillo gritó:

—¡Charlie White, tus balbuceos no me dejan oír nada! ¡Dunnult!

—Gobernador —dijo el Iremonger de la ciudad que aguardaba a su lado.

—Llevaos ese aplique.

Mientras lo sacaban de la pared, el pequeño hombre reluciente volvió a recostarse, murmurando para sí, extendiendo cada tanto la mano en el aire, hacia mí.

—¡Ahí hay algo! ¡Te oigo! No me refiero a ti, Charlie, no eres tú. Cálmate, Charlie, ¡cállate!

Tardaron un buen rato en extraer el aplique de la pared, pero finalmente lo consiguieron, llevándose gran cantidad de yeso por delante, y justo cuando el hombrecillo hubo retirado sus pulcros dedos de las orejas, alguien entró corriendo.

—¡Hay un Engendro, gobernador! ¡Un Engendro! Faltan dos escobas, un extintor ha desaparecido, también varias varillas de deshollinador, tres lámparas de arpillera y el mango de la bomba de agua. Los Groom acaban de entregar su informe. Dos ganchos de la cámara frigorífica se encuentran en paradero desconocido. En las cocinas faltan un cazo, un colador, un prensa ajos... ¡Un reguero de desapariciones, un mapa de pérdidas!

—¡No pienso permitir que se produzca ningún Engendro mientras yo esté al mando! —repuso el hombrecillo, y por un instante se le borró la sonrisa, aunque reapareció enseguida.

—Más de treinta artículos, señor.

—Lléveme allí, Dunnult, ahora mismo, mi querido amigo, lléveme en este mismo instante.

En menos de un minuto ya se había ido, y, con él, todos los Iremongers de la ciudad, y yo me quedé con el señor Sturridge en su salita.

—¿Sigues aquí, Iremonger? —preguntó el mayordomo—. Prosigue con tus quehaceres. ¡El circo ha terminado! —dijo con desagrado.

—Sí, señor, gracias, señor.

Me escabullí inmediatamente y muy pronto estuve sumida en mis tareas diarias. Me mantuve bien mezclada con el resto de los Iremongers durante todo aquel largo día, y cada vez que oía hablar de Idwid Iremonger, o del gobernador Iremonger, me apresuraba a apartarme de su camino. Solo volví a tenerlo cerca una vez, en la sala de las botas, donde yo hacía un turno de lustrado. Entró brevemente, pero no tardó en salir protestando por el intenso ruido que colmaba aquel lugar, aunque lo cierto es que solo estábamos otros dos Iremongers y yo limpiando zapatos en una mesa de caballetes. Ni se molestó en mirarnos.

—¡Demasiado ruido! ¡Demasiado ruido aquí en medio! —chilló—. ¿Quién ha vuelto a asignar al servicio doméstico a sus puestos?

—El señor Sturridge, gobernador —repuso el tal Dunnult.

—No sabe cuál es su sitio, espere a que regrese Umbitt. Entonces —gran sonrisa—, ¡bien que lo pondrá en su sitio!

—Sí, señor.

—¡Continúe guiándome, vamos, guíeme!

—Sí, por supuesto, gobernador. Por aquí.

—¡Una aguja en un pajar! Y nadie distingue a un sirviente de otro. Y cuarenta y dos objetos en paradero desconocido.

Y para allá que se fue, supongo, escaleras arriba. No volví a verlo, por lo menos no ese día. Pero sí más adelante.

El tren regresó, como siempre. Cenamos, como todas las noches. Y estuve preparada a la misma hora de siempre, junto a mis compañeros de chimenea. Subí las escaleras y empecé mi turno en cuanto sonó la campana. Le esperaré en la Sala del Sol, pensé, seguro que me busca allí. Pero entonces me pregunté si no sería mejor acudir a la sala común de los prefectos. Hice algunos

amagos poco entusiastas de limpiar las chimeneas, pero no conseguía concentrarme. Agucé el oído. Intuía que aquella noche los ruidos se habían multiplicado, y mientras escuchaba la chimenea en la Sala del Elefante, atenta a un zumbido que bajaba por el conducto y, creyendo reconocer algo (un sonido distante que bien pudo haber sido un «¡Ajj, Umbitt!»), de repente apareció él, a mi lado.

—¡Te dije que no te acercaras a mí sin hacer ruido!

—Ay, sí, perdona —dijo—. Tenía mucha prisa. Quiero decir, estaba muy preocupado... Es decir, que me alegro mucho de verte. Llevo todo el día esperando, y habría bajado yo mismo a los sótanos si no fuera porque sabía que él estaba allí y no quería llamar la atención. Estaba *muy* preocupado. ¡Me alegro mucho de verte!

—Vale, de acuerdo —dije—, es suficiente. No hace falta que te acerques tanto.

—Oh, disculpa —dijo, estaba realmente nervioso.

—La verdad es que yo también me alegro de verte —dije.

—¿Lo dices en serio? ¿Es cierto?

—Ya está bien.

—No puedo evitarlo. —Se palpó la raya del pelo, se enderezó un poco, intentó sonreír, no lo consiguió, trató de comenzar una frase, tampoco, extendió la mano hacia mi cabeza, volvió a esconderla, se desinfló un poco, parecía estar posponiendo el ser valiente para más tarde—. Te enseñaré un poco más la casa, si me lo permites. Ven conmigo.

Debería haberle hablado allí mismo del hombre ciego que me había oído, debería haberle contado que era una ladrona, también debería haberle contado lo de la Iremonger desaparecida, pero dudé y dejé que me arrastrara por aquel estrambótico palacio.

—Querida Lucy Pennant —dijo deteniéndose ante una habitación, a mi parecer de un modo bastante aleatorio—, esta de aquí se llama la Sala de Corte.

—¿Y qué pasa dentro? ¿Que te hacen pedazos?

—No, aquí dentro es donde a la familia le cortan las uñas.

—Muy interesante. ¿Y qué más? Enséñame más cosas.

Seguimos avanzando, aunque no mucho; Clod primero, escuchando con gran atención (o eso me pareció), hasta que de pronto me empujó detrás de un jarrón alto. Oí una especie de arañazos que se acercaban a toda velocidad, seguidos de un fuerte alarido, al que por poco no contesté con otro mío, pero Clod me tapó la boca con la mano y entonces apareció una gaviota. Era un ave grande y estridente, y avanzó correteando por los tablones del suelo, picoteando aquí y allá. Pasó casi rozándonos.

—No es más que Regadera —dijo Clod—. Fuera, Regadera, largo de aquí.

—¿Regadera?

—La gaviota de mi primo Tummis, es una gaviota tridáctila de patas negras —me explicó—, y se ha escapado. Vete a casa, Regadera, ¡a casa!

Pero Regadera no se fue a casa, en su lugar desplegó las alas y se puso a dar saltitos, primero con una pata y después con la otra, como si bailara, y entonces dejó salir un más que desagradable graznido gutural, como si cantara una canción.

—¡Nos van a pillar por su culpa! —dije—. ¡Vete, pájaro, largo!

Clod sacó algo del bolsillo.

—Es todo lo que tengo, mi última galleta Garibaldi. Voy a lanzarla lo más lejos posible y, en cuanto lo haga, tendremos que salir corriendo en dirección contraria. ¿Estás preparada?

—¡Preparada!

La tiró, el ave se fue saltando tras la galleta y salimos disparados. En mitad de otro pasillo, Clod se detuvo de repente y me hizo esconderme con él detrás de una pantalla de chimenea.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—¡Shhh!

Nos quedamos allí sentados un buen rato. Yo no oía nada en absoluto, y cuando estaba a punto de decirle que allí no había nada, de pronto apareció alguien. Pasos. Y vi a un muchacho alto, con el pelo muy brillante y sedoso, caminando en bata. Se detuvo un instante, se limpió la nariz en el puño del camisón y dijo en voz baja:

—¿Regadera? ¿Estás ahí?

Luego salió corriendo.

—Es Tummis —dijo—, está buscando a Regadera. Es un buen tipo, ¿vamos a saludarlo? Se quedaría muy sorprendido al verte. Pero ya debe de estar con Regadera y seguro que hará mucho ruido. Antes andábamos juntos muy a menudo, hubo una época en la que salíamos noche tras noche en busca de un polluelo de avestruz.

—¿Un avestruz? ¿Aquí?

—La verdad es que nunca tuvimos mucha esperanza de encontrarlo, es culpa del primo Moorcus. Me encantaría que una noche conocieras a Tummis. Pero creo que antes debería ponerle sobre aviso.

Debo decírselo ahora, pensé, ¿me ayudará? ¿Puede ayudar? Es un Iremonger de arriba, eso tiene que servir para algo. Pero de todas formas, ¿qué estoy haciendo con un Iremonger? Cualquiera en Filching me diría que es una idea pésima. No puedes confiar en un Iremonger, todo el mundo lo sabe, hay que mantenerse apartado de ellos, siempre y en todo momento. Si una pasa demasiado tiempo con un Iremonger, nada bueno puede ocurrirle, parece lógico, cualquiera en Filching lo sabría con los ojos cerrados, y, aun así, ahí estaba, con Clod.

—Entra, por favor, Lucy —dijo ante otra puerta—. Esta habitación se llama Smogatorio.

—¿Y por qué se llama así?

—Aquí, en el Smogatorio, es donde los Iremongers adultos vienen a smogar.

—¿Smogar?

—Eso es, a smogar. ¿Quieres que esmoguemos tú y yo, Lucy, en esta habitación? Al fin y al cabo, para eso está. ¿Nos ponemos a smogar en un sofá de cuero?

—No lo sé, generalmente no me lo piden así. Normalmente un chico se acerca a ti, ¿no? Cada vez más, y entonces, bueno, o lo haces o no lo haces. Y no estoy segura, Clod, me caes bien y todo eso pero...

—Te sientas en una de esas sillas, son muy cómodas, viene un hombre, te da una pipa y te la enciende, y tú esmogas, haces esmog. A veces esta habitación está tan esmogada que es imposible ver la pared que tienes delante, a veces hay tanto esmog que todo el suelo está oscuro, es un lugar muy lleno de humo, nublado, denso. ¿Te apetece un esmog?

—Vale, de acuerdo, smogaré.

Sacó una pipa de un estante y la compartimos. Durante un rato la pipa de arcilla pasó de mi boca a la suya.

—Me gusta smogar —dije.

—A mí también. Cuánto me gusta un buen esmog.

—Es excelente.

—Muy cierto.

—Tienes mucha razón.

—Y bien, Lucy, aquí estamos, y cómodos además. ¿Podrías contarme algo?

—¿Qué? ¿Qué quieres que te cuente?

—Bueno... Puedes contarme... ¿Hay algo que quisieras contarme?... De tus propios labios... Sobre ti, me gustaría saber, aún tenemos tiempo, aún queda noche.

Debería haberle contado todo lo sucedido abajo, pero no podía, todavía no, y se sentó muy cerca de mí, y no me importó, y nos pasamos la pipa entre nosotros y estuvo bien durante un rato, tan bien que no quería que terminara. ¿Qué hará?, me preguntaba, ¿qué hará cuando se lo diga? No se chivará, ¿verdad? Estos Iremongers están obsesionados con la propiedad, pero no creo que lo haga. En aquel momento me gustaba bastante, sentado a mi lado, con la cabeza cerca, sí, me gustaba en cierta manera; si las cosas hubieran sido diferentes, si hubiéramos estado en casa, por ejemplo, en la vieja pensión, quizás habríamos hecho cosas juntos. Y entonces pensé, ¿y por qué no lo hacemos de todas formas? Así que empecé a hablar mientras compartíamos la pipa de arcilla, y le conté todo excepto lo más importante, para ponernos en marcha, para empezar a construir algo, como quien dice.

Le hablé del orfanato y de la otra muchacha pelirroja que había allí, la abusona, le conté alguna que otra cosa sobre la casa en la que había vivido antes, y sobre las numerosas familias que residían en los distintos pisos, y le conté que yo habitaba en el sótano con padre y madre, que madre lavaba ropa y padre era el portero de la finca. Y entonces le hablé de la gran enfermedad y de que los objetos parecían enfermar y después fue la gente la que enfermó, y que se cerraron muchas puertas y descansillos y que un día, al volver a casa del colegio, madre y padre se quedaron «paralizados o algo así», dije, y dudé, «se quedaron inmóviles como objetos, totalmente rígidos, y dejaron de ser ellos mismos».

—¡Nadie me había contado nada de esto! —dijo al fin—. Ni siquiera me han llegado rumores.

Nos quedamos un rato callados, y luego añadió con un hilo de voz:

—¿Entonces tú tampoco tienes padres, como yo?

—Pero tú tienes muchísimos primos y tías y tíos.

—Podría vivir perfectamente sin ellos, menos sin Tummis —dijo—. Lucy, yo también sé cosas sobre Londres, aunque nunca lo he visto.

—Conque crees que conoces Londres, ¿eh?

—¡El Monumento, Elephant and Castle, Lincoln's Inn Fields, Threadneedle Street! ¡La Strand! ¡High Holborn!

—Pero ¿sabes qué aspecto tienen?

—¡Seven Dials! ¡Whitechapel! ¡La Torre de Londres! ¡Harley Street!

—¿Y qué prueba todo eso?

—Lo que sé. Las máquinas de coser White se consiguen en el número 48 de Holborn Viaduct, los polvos de tinta de Horle, en el número 11 de Farringdon Road. W. Waller, vestuario teatral y fabricante de pelucas, en el 84 y 86 de Tabernacle Street, Finsbury Square. El extracto

de ternera de Liebig Company, en el 9 de Fenchurch Avenue. Todo eso es Londres.

—Pero eso no son más que palabras vacías, no significan nada.

—Polvo para natillas Bird, no necesita huevos, ¡de venta en todas partes!

—Ya basta.

—¿Qué más? Hay muchísimas más cosas, una guinea la caja, pastillas de Beecham para los trastornos nerviosos y biliares.

—Vale, vale.

Seguimos esmogando en silencio.

—¿Sabes algo, Lucy Pennant, sobre mi Tía Rosamud? —preguntó.

—Nada en absoluto —dije mientras me ruborizaba.

—Bueno, verás, cómo te lo digo... Mi Tía Rosamud, esto, ella era... No, no es eso... No le tengo mucho aprecio a la Tía Rosamud... A ver cómo digo esto... Cuando nacemos, los Iremongers, a los nacidos aquí en Heap House se nos hace entrega, a cada uno de nosotros, de algo, algo a lo que agarrarse... No, esta no es manera de explicarlo. Volveré a empezar. ¿Lucy?

—¿Qué?

—¡Lucy!

—¿Sí?

—No hagas ruido. Detrás del sofá, ¡rápido!

Otra vez volví a no oír nada, pero Clod se llevó las manos a las orejas y se puso terriblemente pálido. Y volvió a tener razón. Mucho antes de que yo pudiera oírlo, él había sabido que se acercaba algo. Lo que fuera que fuese parecía muy grande, ya que produjo un gran estruendo mientras se acercaba, y fue como si toda la habitación se estremeciera, y se acercó cada vez más hasta que todo tembló, y nos llegó un horrible hedor a gas. Clod tenía tanto miedo que parecía a punto de ponerse a chillar, así que lo abracé para mantenerlo callado. Pero tal y como aquel estrépito había llegado, se fue apagando hasta desaparecer, y por fin solté a Clod, que alzó la vista muy asustado.

—¿Qué ha sido eso?

—Eso —dijo con un hilo de voz—, era alguien cargando con algo muy ruidoso llamado Robert Burrington.

—¿Quién es Robert Burrington?

—No lo sé exactamente, es la primera vez que oigo su nombre, no sé qué está haciendo ni quién lo tiene, pero no creo que debamos quedarnos aquí, no es seguro.

Volvió a agarrarme de la mano, me sacó deprisa y corriendo del Smogatorio, bajamos por unas escaleras y pasamos de puntillas por delante de un hombre de uniforme dormido sobre un escritorio y de un reloj monstruoso y entramos en un sitio nuevo y enorme donde nunca antes había estado y cuya existencia ignoraba.

—Eh... Querida Lucy...

—¿Querida Lucy?

—Esta es la Sala de Mármol, obviamente.

—Es muy lujosa, ¿no?

—Esta es la Gran Vitrina. Aquí se guardan todos los objetos de nacimiento de los Iremongers que han fallecido. Te hablaré de un par de ellos si te apetece. ¿Ves ese borrador de pizarra en el tercer estante? Era de mi padre. Junto a él hay una pequeña llave que sirve para

abrir un pianoforte, era de mi madre.

—¿Me estás enseñando a tus padres?

—Sí.

—Gracias, Clod —dije muy sinceramente—, me siento halagada.

Y lo estaba.

—No los conocí, a ninguno de los dos, pero a menudo vengo aquí a mirar sus objetos, me pregunto por ellos, como si pudiera entenderlos mejor estudiando estos recuerdos. Y todas estas vidas antiguas. Ahí arriba está el bastón-espada del Bisabuelo Adwald.

—¿Y qué es eso de ahí?

—Es el diente de narval del Tío Bisabuelo Dockinn, y junto a él está la concha de Nautilus de su mujer, Osta. Y ahí está el coral rojo que pertenecía a la Bisabuela Loopinda.

—¿Y de quién era el relojito que hay ahí?

—Es el reloj de bronce dorado de Emomual, que murió hace más de cien años. Y ahí está el sable de su hermano Oswild. Son de una época anterior, cuando los objetos de nacimiento eran cosas preciosas, no cepillos ni tinteros, ni papel secante ni desatascadores, sino olifantes de marfil tallados y esferas armilares bañadas en oro y relojes de cuco y patas de elefante. Pero ya no son así porque la Abuela dice que necesitamos objetos cotidianos, porque vivimos en una época utilitarista.

—¿La vitrina siempre está cerrada con llave?

—Oh, sí, siempre, solo la abren cuando muere alguien.

—El patuco de un bebé, ¡qué triste!

—En realidad no, era del Tío Abuelo Fratz, que vivió hasta los noventa y tres. Lo que sí que es triste es ese gorro de tela de ahí, y esa peonza, y ese cortapuros, todos murieron jóvenes, y el salero y el pimentero que ves ahí.

—¿Gemelos?

—Exacto. Tifus.

—¿Y los objetos que hay guardados en esa pequeña cómoda oscura junto a la más grande? El pastillero, la comba, el jarrón de cristal y el ojo de cristal. ¿Qué es todo eso?

—Pertenecían a los Iremongers que se han suicidado.

—Pobre gente. No, prefiero la vitrina grande. Es de vidrio grueso, ¿verdad?

—Tan grueso como el que se usaba en las escafandras que llevaban los hombres que se aventuraban bajo el agua, hay una marca en la esquina inferior derecha: PREBBLE & SON FABRICANTES DE VIDRIO PARA BUCEO. Bien, estas son la Sala de Mármol y la Gran Vitrina.

—Gracias. Muchas gracias.

—Ya te he enseñado varias salas, ¿no?

—Así es.

—Y ahora te voy a preguntar algo, y voy a ser muy directo.

—Dime.

—Creo que tienes el picaporte de mi Tía Rosamud escondido en el pelo debajo del gorro.

—Yo... ¿Cómo?... Bueno... No digo que no sea cierto.

—Sé que lo tienes, Lucy, y no está bien.

—¿Cómo lo sabes? Tal vez no lo tenga.

—Lo estoy oyendo.

—¡Es un picaporte! No puedes oír...

—Ahora se escucha muy débil... Es casi un susurro, lo oigo hablar, decir su nombre.

—Eso no son más que chorradas, ¿me tomas el pelo? No intentes asustarme.

—Está diciendo «Alice Higgs», aunque se oye tan débil que resulta casi imperceptible.

—Eso lo dirás tú. No demuestra nada.

—Pues quítate el gorro.

—¡No!

—Lucy, por favor. Te estás poniendo en grave peligro.

—El que se lo encuentra se lo queda, ¡y lo he encontrado yo!

—Y ellos te encontrarán a ti, y estoy seguro de que se te llevarán.

—¡Es lo único que tengo! ¡No tengo nada más! ¡Nada! ¡Ni una sola cosa, Clod, ningún objeto! No vas a quitármelo, ¿verdad? Es un peso, un pesito perfecto.

—Tengo que quitártelo y devolvérselo a la Tía Rosamud, así se calmarán las aguas, o eso creo; recuperaremos la normalidad, los Iremongers de la ciudad regresarán a la ciudad y todo volverá a estar bien, y yo vendré a verte cada noche, sin falta. Y tú estarás a salvo en cuanto me des el picaporte, pero, si no me lo das, seguirán buscándote, y te encontrarán, y entonces, oh, Lucy, si te descubren con ese picaporte no tengo ni idea de lo que te harán, pero será terriblemente espantoso, y sea lo que sea, significará seguro una cosa: que si te encuentran con eso escondido en el gorro, no te lo perdonarán, y entonces, seguro, sin ninguna duda, no subirás más y yo nunca volveré a verte. Y la sola idea de que eso pase me resulta insoportable. Dámelo, Lucy, dámelo, Lucy Pennant, ¡deja que te ayude!

Una declaración en toda regla. Vi que mis manos habían empezado a desatar la cofia, pero me frené.

—Con una condición —dije.

—¡Vamos, Lucy, tienes que darte prisa! ¡Sabes que no puedes quedártelo!

—Tienes que hacer algo por mí.

—¡Lo que sea! ¡Pídeme lo que quieras, pero dame el picaporte!

—Estoy buscando a una amiga mía, una Iremonger de abajo, que estaba fuera, en los cúmulos, o en el cuarto de las cenizas, y ha desaparecido. Se ha armado una buena y quiero saber adónde ha ido, temo que esté en peligro, Clod. Tienes que ayudarme.

—¡Haré lo que sea! Pero primero dame el picaporte.

—¿Te enterarás de qué le ha pasado?

—Sí, haré todo lo que esté en mi mano. ¿Cómo se llama? ¿Cómo pregunto por ella?

—Esa es la parte fácil —dije—, es la Iremonger que ha desaparecido.

—¡De acuerdo! —dijo, y extendió la mano.

—Ha perdido su nombre, lo dejó grabado en alguna parte de la casa, pero no puede recordar dónde.

—Probablemente lo habré visto. Deberías haberme preguntado antes. Mucha gente ha escrito su nombre por todas partes.

—¡Qué dices!

—Algunos lo marcaron a fuego con una lupa, como Jaime Brinkley, 1804, pero ese está en una butaca que llegó aquí con el nombre ya grabado.

—Una mujer, Clod. ¿Has visto algún nombre de mujer?

—Helen Bullen, aula 2B.

—¿Dónde está?

—En una regla en el aula.

—No creo que sea ella.

—Propiedad de Prunella Mason, no tocar. Está en una cómoda en la Galería Larga.

—No, creo que no.

—Florence Balcombe, 1875.

—¿Dónde lo has visto?

—Eh... en una de las escaleras del ala trasera. Grabado en un peldaño.

—¡Eso es! ¡La has encontrado, Clod! ¡No me puedo creer que la hayas encontrado!

Y en ese momento me puse tan contenta que le di un beso, un beso en los labios. Se echó hacia atrás, desconcertado, como si le hubiera pegado un puñetazo.

—¡Tenemos su nombre! —dije—. Ahora necesitamos encontrarla. Preguntarás por ahí, ¿verdad, Clod? ¿Te enterarás de lo que le ha pasado?

Me quité la cofia y el pelo me cayó por la espalda, y oí que Clod murmuraba:

—Voy a echar a volar... Oh, ¡me estamparé contra el techo!

—¿Qué?

—Nada, no me hagas caso, Lucy Pennant —dijo—. Tienes el pelo muy rojo. Me has besado.

Y volvió a palidecer.

—Solo ha sido un beso, Clod.

—¡Albert Powling! —susurró—. ¡Deprisa!

Nos escondimos detrás de la Gran Vitrina, que ahora tenía doce patas cuando hacía tan solo un momento se apoyaba sobre ocho. Pasos, y más pasos, pasos diferentes. Y también palabras.

—He oído algo —dijo una voz de hombre.

—Sí, Tío Timfy, ¿qué habrá sido?

Esta voz era más joven.

—Creo que eran voces. ¿Stunly? ¿Duvit?

—Sí, Tío.

—Os quiero muy alerta, no quiero que estos Ires de la ciudad nos digan quién es qué. Aquí soy yo el que dice quién es qué. Me da igual que Idwid haya vuelto, me importa un comino Idwid. Siempre me trata con condescendencia. ¿Y qué si es gobernador? Soy yo el que se ocupa de Heap House, soy yo el que tiene ojos que ven. Soy un Tío de la Casa, eso es lo que soy, y exijo respeto. Bien, ya habéis hecho vuestras rondas, ¿quién falta? ¿Quién está fuera debiendo estar dentro?

—Tummis, Tío.

—Y Clod.

—Pues que se olviden de los pantalones mientras yo pinte algo aquí. ¿Dónde está Moorcus?

—¡En una misión!

—¿Y eso qué quiere decir?

Sonó un crujido, y pasos en las losas de mármol.

—Otra vez ese pajarraco.

—¡Cogedlo! ¡Atrapadlo!

Y desde nuestro escondite oí musitar a Clod: «Oh, no».

Un chillido agudo.

—¡Lo tenemos, Tío!

—Bien hecho, muchachos, bien hecho.

—Hilary Evelyn Ward-Jackson —susurró Clod—. ¡Oh, no!

Más pasos, llegaba más gente.

—¡Mirad lo que he encontrado!

—¡Tummis Iremonger!

—¡Regadera! ¡Regadera! ¡Al fin te encuentro!

—¡Retorcedle el pescuezo! —gritó el hombre al que llamaban Tío.

Y entonces se oyó un ruido parecido a un palo partiéndose por la mitad.

—¡Regadera! —gritó alguien roto de dolor.

—Muy bien, Moorcus. ¡Lleváoslo, arriba, que lo vea el mismísimo Umbitt!

Todos se marcharon. Y salimos de nuestro escondite jadeando y temblando. La gaviota estaba en el suelo.

—Oh, mi pobrecito Tummis —dijo Clod.

—Y pobre Regadera —añadí.

—Todo esto tiene que parar, no está bien —dijo—. Dame el picaporte, Lucy, dámelo de una vez por todas.

Me solté el pelo y se lo di.

—¿Nos veremos mañana? —pregunté.

—Sí, sí —dijo Clod, presa del pánico—. ¿Conoces la Sala de los Encuentros?

—¿La del sofá rojo?

—Exacto, mañana por la noche nos veremos allí sin falta.

—¿Por qué allí?

—Tiene que ser ahí, me gustaría mucho verte allí. ¡Ay! Todo va de mal en peor. Voy a llevarle esto a Rosamud, seguro que sirve de algo, sé que ayudará. Mañana por la noche, Lucy, ¡querida Lucy! —gritó, y entonces me agarró de las manos, me besó con fuerza en los labios y se fue.

Supuse que no debía de tener mucha experiencia besando, pero no me importó. Podía volver a probarlo si quería.

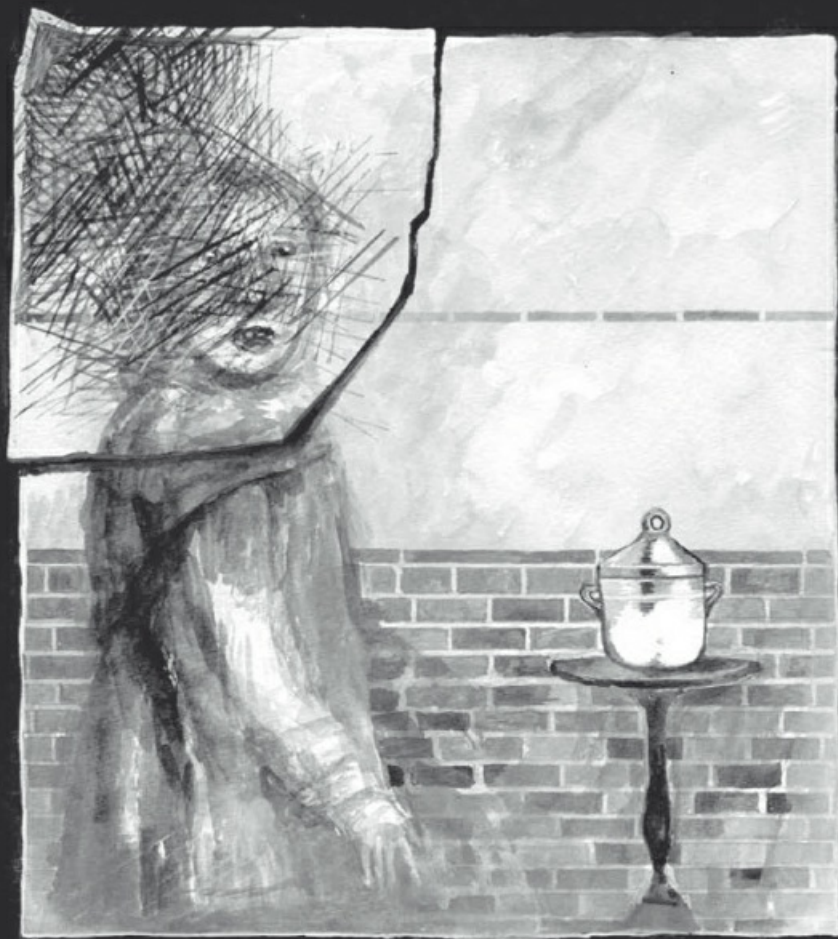
Yo también salí corriendo, de vuelta a mis cubos y a mis trastos, y bajé a toda prisa las escaleras. Se me había hecho muy tarde, tardísimo, porque una luz muy débil había empezado a colarse por las ventanas, como si un atisbo de día tratara de atravesarlas. Me figuré que entre tanto caos nadie se habría molestado en estar pendiente de mí. Mientras bajaba, todo estaba tan silencioso como era de esperar, tan solo se oía algún ruido procedente de las cocinas, donde se preparaba el desayuno, pero nada fuera de lo habitual. Lo he conseguido, pensé, estoy a salvo, no corro ningún peligro, ya pasó todo. Clod me ayudará, me lo ha prometido, en el fondo es un buen tipo. Sí, me gusta. Y al reconocerlo y pensarlo me entró una alegría repentina y curiosa. Me gusta Clod Iremonger. No podía dejar de sonreír. Guardé los cubos en su sitio y me dirigí al dormitorio, a salvo; todo va mejor, ahora trata de dormir un poco. Volveré a verlo mañana, todo estará bien. Florence Balcombe, me dije, Florence Balcombe y Clod Iremonger. Abrí la puerta, todo estaba en silencio y todos los bultos dormían en todas las camas. Recorrí en silencio la

hilera de camas y sentí que todo estaba bien. Muy bien. Casi había llegado a la mía. Estaba a punto de alcanzarla. Y entonces vi algo que me pareció un poco raro: había alguien sentado junto a mi cama, en el taburete; debía de haberme equivocado de cama, debía de ser la de alguna otra Iremonger, sin duda, una Iremonger levantada que se preparaba para empezar su jornada, alguna otra Iremonger, no te preocupes, mi cama debe de estar más adelante, y seguí avanzando un poco más, y esa persona que aguardaba junto a la cama me observó al pasar, y entonces esa persona, quienquiera que estuviera sentado en el taburete, dijo:

—Buenos días, Iremonger. Te estaba esperando.

Y yo, horrorizada, contesté:

—Buenos días, señora Piggott.



La desdichada Alice Higgs

UN CUBO DE HIELO

Continúa la historia de Clod Iremonger

En el sacacorchos

Éramos como ciertas pulgas o abejas o moscas pequeñas o escarabajos chillones, o pequeñas cucarachas, u hormigas escarabajo, o polillas cornudas que viven por un breve espacio de tiempo, que revolotean, zumban, se arrastran, comen, viven, aman y después mueren en un instante fugaz y pasan a ser meras motas de polvo. Toda una vida enhebrada en tan poco tiempo. Ah, Lucy es un gran pensamiento, ¡el mejor de todos! Los mejores pensamientos que había tenido en mi vida eran todos sobre Lucy Pennant. Esta noche volveré a verla, me dije, cuando oscurezca, no queda tanto, y ella estará en la Sala de los Encuentros, y nos sentaremos juntos en Victoria Hollest y le diré lo que pienso de ella. Y entonces volveré a besarla.

«Aaaaaaalliiiss Hiiiiiiiigssssss.»

«James Henry Hayward.»

—Ya te tengo, Alice, vamos —le dije al picaporte que guardaba en el bolsillo de mi chaleco. Lo acaricié con suavidad. Parecía muy débil, muy tembloroso.

Se tardaba por lo menos media hora en llegar hasta la Enfermería. Debo darme prisa en devolverle este picaporte a la Tía Rosamud, antes de que me encuentre el Tío Idwid o, lo que es peor, de que encuentre a Alice Higgs en mi poder. No podía tomar la ruta directa, porque en cualquier momento la escalera principal se convertiría en un estruendo de objetos de nacimiento. Comenzaba un nuevo día, la familia Iremonger se despertaba, las plantas intermedias ya estaban llenas. Iría por la parte de atrás, subiría por la escalera de caracol de piedra que llamábamos el Sacacorchos hasta la puerta situada a mitad de escalera que daba a la Galería Larga (antiguamente un puente cubierto sobre el río Fleet) y después subiría por el lado opuesto hasta alcanzar finalmente la Enfermería, que en una vida anterior había sido unos baños turcos cerca de la plaza de St. James.

Empecé a ascender por el Sacacorchos, a girar y girar mientras mis pasos rechinaban y chocaban y decían hola-quétal-aquí-estoy en los viejos peldaños de piedra. Necesité un sinfín de vueltas para llegar hasta la puerta situada a mitad de escalera, pero al fin la tuve delante. Sin embargo, cuando traté de abrirla, no cedía. Había algo al otro lado, algo que tenía un nombre. Al principio no lo entendí, la puerta era muy gruesa. ¿Habría alguien vigilándola? ¿Habría apostado Idwid a un centinela? Quizá, pensé, era el avestruz de Tummis que venía a darme una sorpresa. Entonces el pomo giró y la puerta empezó a abrirse, y en ese momento el nombre me llegó con suficiente claridad:

«Robert Burrington.»

Eso bastó. Eso me hizo reaccionar. Y, aterrorizado, incapaz de pensar con lucidez, en lugar de volver a bajar (la decisión correcta) seguí subiendo y subiendo, hacia lo más alto del Sacacorchos, que no era un lugar recomendable. Sigilosamente. Al principio muy despacio y silencioso, todo lo que fui capaz, y la puerta, pensé, ¿seguirá abriéndose la puerta? Mientras me arrastraba hacia arriba, desde abajo me llegó un ruido metálico. Recé para que no fuera más que mi eco, pero lo cierto es que parecía ir en aumento, aquel eco parecía tener vida propia y obedecer por completo a su propio instinto. Capté el nombre en mitad del espantoso clamor y el nombre avanzó cada vez más rápido hacia delante, como la locomotora del Abuelo a través de los cúmulos:

«Robert Burrington. ¡Robert Burrington! ¡ROBERT BURRINGTON!»

Quienquiera que llevara encima el objeto que gritaba «Robert Burrington» estaba trepando por la escalera de caracol en la oscuridad detrás de mí. Así que seguí subiendo, entre jadeos y resoplidos, mientras aquel profundo estruendo me pisaba los talones. Ya no había más puertas salvo de la de arriba del todo, que daba al espacio donde antiguamente estaba la campana del campanario, pero esta había sido trasladada al interior de la casa, y ahora era la campana que nos convocaba a las comidas.

En la parte más alta se encontraba la puerta de los áticos, y era esa puerta, aquella terrible puerta situada fuera de los límites, hacia donde ahora nos dirigíamos James Henry Hayward y yo y también, aunque más débil, Alice Higgs, resbalando y tropezando en aquellos viejos peldaños desgastados por infinitas pisadas a lo largo de los siglos, hundidos, acanalados, alisados, traicioneros incluso al paso más lento. Seguí subiendo, dando vueltas y más vueltas hacia arriba, con el ensordecedor rugido de Robert Burrington cada vez más próximo y más fuerte, pero ahí estaba al fin la puerta, arqueada y antigua, tan solo una vuelta por encima de mí, así que continué, tambaleándome a gatas, aterrorizado con los bramidos de ese Robert y ese Burrington, y por fin vi la puerta, podía tocarla, y ahí, justo una vuelta por debajo, los rugidos de Robert Burrington, y un jadeo, y un Robert, y otro jadeo, y un Burrington, y finalmente la puerta cedió y salí de aquella garganta de piedra para entrar en un peligro diferente.

Los áticos de Heap House

Los áticos de Heap House no debían visitarse jamás: aquellas estancias podridas estaban infestadas de murciélagos. Había decenas de miles, que mordían a cualquier cosa viviente con gran determinación y podían causar infecciones monstruosas. En el transcurso de mi vida había visto por lo menos siete casos en los que un Iremonger había sucumbido a la rabia tras sufrir la mordedura de un murciélago. De modo que accedí a estas regiones, presionado por algo que chillaba Robert Burrington, y crucé la puerta del campanario muerto de miedo, ignorando el letrero mohoso que decía PROHIBIDO INTRUSOS.

Cerré de un portazo tras de mí. Me sumergí en la densa, apestosa y húmeda oscuridad. Algo crujía sobre mi cabeza. No debía despertarlos, no debía hacer el menor ruido. Avancé con la mayor cautela posible, me resbalé una vez y sentí que una humedad espesa y fangosa me recorría

el brazo, pero no desfallecí y atravesé desesperado aquel campo de estiércol tratando de encontrar algún lugar donde esconderme.

Había un gran montículo, ligeramente iluminado, bastante alto y con forma de embudo, por lo que decidí acucillarme y esperar allí. Todavía no oía a Robert Burrington. La puerta del ático permanecía cerrada y a oscuras. Tal vez el propietario de Robert Burrington no venga, pensé, tal vez conocía bien los áticos y se lo estaba pensando dos veces antes de entrar, porque era alguien sensato y no quería meterse en semejante lugar, sí, tal vez no fuera tan estúpido como para poner a prueba los inestables pisos superiores. Y solo entonces, mientras rumiaba aquello, oí un leve crujido seguido de un sonido, y el portador de Robert Burrington apareció junto a la puerta. Apenas alcanzaba a distinguir la silueta de un hombre, un hombre larguirucho con un sombrero de copa negro, más alto y delgado que cualquier otro hombre que hubiera visto antes, puede que midiera casi dos metros y medio a lo alto, pero mucho menos a lo ancho. Esperé detrás del montículo. ¿Qué iba a hacer?

«¿Robert Burrington?»

Y pude distinguir la respuesta amortiguada procedente del fondo de mi bolsillo. Como si mi tapón estuviera deseando responderle.

«James Henry Hayward.»

Metí el tapón más al fondo.

«¿Robert Burrington?»

«Al... Al... Al...», fue todo lo que logró decir el pobre picaporte.

«¿Robert Burrington?», volvió a oírse.

Mientras el hombre alargado esperaba, algo muy curioso comenzó a suceder. Lentamente empecé a escuchar otros nombres que venían de él, otros nombres por debajo del más ruidoso y sin duda dominante Robert Burrington. Oí hablar a Edith Bradshaw y a Ronald Reginald Fleming y a Alasdair Fletcher, había un Edwin Brackley y una señorita Agatha Sharpley, y un Cyril Pennington. Cyril Pennington era el cubo antiincendios de mi rellano, por alguna razón este hombre lo había cogido. Nunca había oído tantos nombres en una sola persona, y aun así, si escuchaba con atención, después de la primera hubo una segunda oleada de nombres. Pesqué un Matron Sedley y un Tom Packett y una Jenny Rose Finlay y un Stoker Barnabus y, muy débilmente, un Nobby. Sí, algo decía muy flojito «Nobby». Y todavía había más nombres, los fui descifrando poco a poco, como si se esforzaran en ser oídos, como si inhalaran y exhalaran. Entre ellos me llegó otro nombre que me resultaba familiar. Un ligero murmullo: «Florence Balcombe».

Florence Balcombe, ¿por qué habría de oírla junto a los objetos? No tenía ningún sentido, pero en cualquier caso, entre las oleadas de nombres, volví a oírlo: «Florence Balcombe».

Me quedé tan sorprendido al oír el nombre de Florence Balcombe que por poco me olvido del aprieto en el que me encontraba, pero James Henry llamaba como si quisiera hablar con todos ellos. Y entonces, por encima de todos los demás nombres, de nuevo: «¡Robert Burrington!».

Y mi propio tapón gritó: «¡James Henry Hayward!». Metí la mano en el bolsillo y lo empujé más al fondo, cubriéndolo con mi pañuelo para amortiguar su grito.

«¿Robert Burrington?»

¿Habría oído aquel hombre espigado a mi tapón? ¿Podría oír? Seguía allí inmóvil, y entonces me pareció que olfateaba algo. Me quedé quieto y en silencio, una estatua, una estatua, pensé, soy una estatua, estoy hecho de mármol, nada en el mundo podría moverme.

«¿Robert Burrington? ¿Robert Burrington? ¿Matrona Sedley? ¿Alasdair Fletcher?»

¿Pueden oírle los murciélagos?, me preguntaba. Ay, por favor, que le oigan. Pero no llegaba más que un leve murmullo desde la inmensa y peligrosa techumbre que se alzaba sobre mi cabeza. El hombre larguirucho seguía junto a la puerta y algo en su interior preguntó con más fuerza: «¿Robert Burrington? ¿Robert Burrington? ¿Edith Bradshaw? ¿Nobby?».

De otra parte de la habitación surgió una nueva voz.

«Freddie Turner.»

«¿Robert Burrington?»

«¡Freddie Turner!»

Algo pasó volando por encima de mi cabeza, algo que en la tenue luz me pareció un clavo de bota aunque sin duda era algún tipo de insecto, pero fuera lo que fuese enfiló directamente hacia el hombre alargado. Lo golpeó y, al hacerlo, sonó un ligero ruido metálico seguido de un grito:

«¡Freddie Turner!»

«¿Robert Burrington?» Mucho más fuerte.

«¡Freddie Turner!» Ahora un susurro.

«¡Burrington!»

«¿Freddie?»

«¡Burrington!»

«Fred...», y todo volvió a quedar en silencio.

Todo menos un alarido repentino procedente de mi tapón de baño.

«¡James Henry Hayward! ¡James Henry Hayward!»

¡Mi tapón lo estaba llamando! Y como respuesta llegó un gran rugido desde la puerta: «¡Robert Burrington! ¡Robert Burrington!».

Lo que ocurrió a continuación pasó a tal velocidad que solo fui capaz de recomponerlo más tarde. Cuando volví a mirar la puerta, el hombre alargado ya no estaba allí, la puerta estaba vacía. Al principio no lo veía, pero, aterrado, empecé a retroceder, me escabullí de espaldas y a rastras, como un escarabajo dado la vuelta, arañando con los dedos excrementos de murciélagos, deslizándome por aquella plasta calcárea, y, mientras me movía, el techo empezó a agitarse frenéticamente sobre mi cabeza como si se hubiera levantado un vendaval en el ático. Intenté ponerme en pie, pero no hacía más que tropezar y resbalarme, y entonces vi la gran figura alargada acercarse a gran velocidad.

El principal objeto que sostenía el hombre se anunció a sí mismo aún con más estrépito si cabe, como si acabara de abrirse la boca de un volcán, o como el rugido de un cañón, un bramido: «¡ROBERT BURRINGTON!».

De repente me llegó un hedor repentino a gas, y también a algo parecido al alquitrán, y entonces el hombre alargado se abalanzó hacia delante.

«¡ROBERTROBERTEDITHMATRONEDWINMISSNOBBYFLORENCEBURRINGTON!»

Y de pronto todo quedó completamente a oscuras.

Estoy muerto.

Ahora estoy muerto.

Ahora estoy muerto, pensé.

Ahora estoy muy pero que muy muerto, pensé, y aun así, pensé, y aun así, razoné, y aun así, comprendí: estoy pensando esto. Y aun así me siento respirar y aun así parece que sigo en el mismo sitio, y aun así delante de mí están mis pies, y aun así aquí están mis piernas y aun así aquí está mi pecho, todavía con el chaleco, y sin embargo, ¿no estoy muerto? Y entonces, ¿qué es esta horrible negrura frente a mí, y estos alaridos, aleteos y chillidos que vienen y van, que se abalanzan de un lado a otro? ¿Y entre los aleteos y los chillidos queda aún algo de Robert? ¿Algún indicio claro de Burrington? Por supuesto, por supuesto que sí.

Al acercarse a mí con tal estrépito, el hombre alto había despertado a los residentes del techo, que ahora lo cubrían de arriba abajo. Mientras Robert Burrington se enfrentaba a los murciélagos, pude incorporarme al fin y ponerme de pie y alejarme de los terribles gritos y aullidos, y encontré una escalera y subí por ella y luego vi una claraboya y la empujé, y entonces me encontré jadeando sobre los tejados de Heap House y de repente ya no oía nada, nada en absoluto.

En lo alto de todas las cosas

Allí fuera no oía nada, nada en absoluto, porque lo oía todo. Todo me llamaba, cada objeto con voz rugía y ululaba y cantaba, susurraba, reía, se burlaba, estornudaba, hablaba y desvariaba, y no lograba discernir ni un solo sonido entre tantos, todo era una estampida espantosa, un muro de sonido, un gran maremoto ensordecedor. Yo era una criatura casera, criada para estar dentro. Mi mejor baza era ver el mundo a través de una ventana, no salir al exterior ni acercarme a tantas, tantísimas cosas. Allí fuera, en el tejado de Heap House, con un vendaval de cúmulos arremolinándose a mis pies, me quedé sordo.

Los tejados de Heap House eran la gran provincia de los pájaros, y el adobe de este paisaje altísimo eran las plumas y los excrementos. Y no solo las gaviotas tenían plumas, también las palomas, sucias palomas de ciudad con una sola pata o con un solo ojo. Y, aunque no revestían el peligro de los murciélagos, era mejor no molestar a las gaviotas. Tenían muy mal carácter. Después de todo, aquel era su hogar, no el mío. Lo mejor que podía hacer era trepar una o dos cúpulas en busca de la escalera de caracol exterior que discurría a lo largo del edificio, de arriba abajo, y que estaba construida con bibliotecas traídas de todo Londres. Miré alrededor. Miré hacia abajo. Solo veía basura. Montañas y socavones de basura, cumbres y valles de basura, profundidades de basura. Era todo un espectáculo observar cómo se desplazaban y se movían, apestaban y crujían, jadeaban y canturreaban. ¡Todo un espectáculo! Para un Iremonger es imposible no estar orgulloso de los montones; orgulloso y, desde luego, temeroso. Podría haberme quedado allí para contemplarlos en toda su gloria, quizás habría sucumbido a la Ceguera de los Cúmulos que ya había acabado con tantos otros Iremongers. Mi prima segunda Roota, de tan infeliz que se sentía en el colegio, acosada y marginada, ridiculizada y magullada, blanco de palos y piedras, subía a estos tejados día tras día en busca de consuelo, hasta que al final se enamoró de los cúmulos y les entregó su corazón; y un día, llena de cardenales y con la

cabeza y el corazón heridos, salió a deambular por los tejados y, al clavar la mirada en aquella extensión inabarcable de oleadas de basura, se entregó por completo a ellas y se lanzó desde los tejados. Surcó toda aquella basura planeando con gran estilo, elevándose en un primer momento, hasta que la elegancia dio paso a una precipitada caída en picado.

Entonces, de repente, vi algo más que los cúmulos, algo que se movía. La escotilla por donde había escapado volvió a abrirse y comenzó a aflorar un sombrero de copa, como una chimenea atravesando un tejado. Sobresalía cada vez más, y es que, aunque abollado y lleno de arañosos, el sombrero seguía colocado en la cabeza del hombre alto.

El hombre alto, el hombre alto venía a por mí.

Eché a correr lo más deprisa que pude. Recé para que no me hubiera visto. ¿Cómo habría sobrevivido a los murciélagos? Corrí como alma que lleva el diablo, sorteando a las gaviotas que me graznaban en señal de protesta, hasta que llegué por fin al Bosque en el tejado.

El Bosque en el tejado

El Bosque era como llamábamos a todo el conjunto de chimeneas provenientes de todo Londres que el Abuelo, en su sabiduría, había reunido, desde pequeñas chimeneas a grandes tubos de órgano, chimeneas y más chimeneas, y solo algunas de ellas estaban conectadas con los pasadizos verticales que había debajo. Había miles de fichas de dominó muy firmes y me lancé a la carrera entre todas ellas, gritando a pleno pulmón, porque detrás de mí, a través de la niebla de gaviotas y demás criaturas, avanzaba el hombre alto con un gran sombrero, cara alargada e inabarcables brazos y piernas.

Tomé un camino situado en algún punto en medio del Bosque y seguí adelante, apartando a los pájaros que se interponían en mi camino. No me quedé en aquel sendero de chimeneas, sino que fui cambiando, adentrándome, girando primero a la izquierda y después a la derecha, luego otra vez a la derecha, y otra, y luego a la izquierda, conté tres, cuatro, cinco y ahora me daba la vuelta, retrocedía un poco, izquierda, izquierda, continuaba un rato por aquí, volvía a cambiar de camino, tomaba otro y a la izquierda, seguía un poco más y giraba rápido, ¿hay alguien?; pájaros y chimeneas, deprisa, detrás de esa, ¿cuál?, esta. Era una chimenea múltiple de gran altura con cinco salidas, y allí me agaché, entre resoplidos y jadeos. Me guardé a James Henry más al fondo por si las moscas, y esperé y jadeé, esperé, jadeé y me preguntaba quién sería esa persona. ¿Qué era? ¿De dónde venía? ¿Cómo había llegado a ser así de extraño y alargado?

Ahí estaba otra vez. No en mi mismo camino, sino tres o cuatro más allá, pero era más alto que las chimeneas y su parte superior sobresalía por encima de ellas. Parecía haberla tomado con algunas de las chimeneas y las iba derribando; se asomaba a las que eran más grandes para echar un vistazo en el interior, introducía sus largas manos en los estrechos interiores y de vez en cuando sacaba nidos de pájaros o una o dos gaviotas, y cuando los pájaros chillaban y le mordían, se los quitaba de encima de un manotazo, ileso e imperturbable. Elegía chimeneas, una por aquí, otra por allá, miraba dentro y pisoteaba alrededor, acercándose cada vez más hasta que su silueta tapó mi propio camino. Tan solo estaba a dos chimeneas de distancia, su sombra

oscurecía todo, pero entonces movió otra vez aquellas largas piernas, y yo esperé, temblando, con la cara pegada al suelo arcilloso, y cada vez que pensaba que se había marchado, volvía a ver su sombrero alto sobresaliendo por encima del Bosque.

Finalmente me convencí de que debía intentarlo, de lo contrario me explotaría la cabeza. Me asomé lo mínimo, no lo vi por ninguna parte, miré por el sendero de chimeneas de este a oeste, pero no lo vi. Di un paso más, seguía sin verlo. A lo lejos se elevaba la cúpula oxidada que marcaba la cima de la escalera de caracol que me devolvería sano y salvo al interior de la casa, pero entre donde yo me encontraba y la escalera de metal había calles y caminos enteros de chimeneas y él podría estar esperándome detrás o junto a cualquiera de ellas.

No lo veía. Era ahora o nunca.

Se ha ido, me dije, quienquiera que fuese, definitivamente se ha ido.

Eché a correr.

Y entonces, de repente, volvió a aparecer.

Esperaba en fila con las demás chimeneas, sentado. Vi su largo cuerpo, su sombrero de copa tan alto como una chimenea, es más, en un primer momento pensé que era una chimenea, solo que con un conducto de humos más grueso. Pero este conducto tenía los finos brazos cruzados y se levantaba sobre unas largas piernas, un cuerpo alargado y, lo peor de todo, una cara estirada. Antes siempre lo había visto a oscuras o a lo lejos, pero ahora nos separaban muy pocos pasos y permanecía muy quieto entre los tiros de las chimeneas. Aguardando su momento. Fue entonces, tan cerca, cuando lo vi bien por primera vez. En todo su horror.

Aquel hombre desgarrado no era una persona.

No era en absoluto una persona.

Era... un gran conjunto de cosas. Estaba hecho de metal, de tuberías y muelles, de engranajes y pistones, un ser mecánico compuesto de muchas, muchísimas cosas reunidas, con algún tipo de motor en su interior. El sombrero de copa era una tubería larga con una tapa y expulsaba un poco de vapor, y tenía numerosos objetos pequeños fijados a otras tuberías de metal más largas, como percebes en la quilla de un barco: un sacacorchos, una pipa de arcilla, una lupa, una madeja de cuerda, un delantal, un gran gancho le colgaba del sombrero y se balanceaba delante de su rostro a modo de monóculo. Por fin veía con claridad qué era su cara: no era un rostro de verdad, sino una placa de latón pulido, y en la placa ponía: LABORATORIO UNDERWRITERS – CERTIFICADO DE INSPECCIÓN, EXTINTOR DE MANO DE 5 GALONES Y MEDIO, N.º DE CLASIFICACIÓN 650859 (había confundido esto con los ojos). En lo que hasta ese momento creía que era la boca pude leer en letras grabadas mucho más grandes: DAR LA VUELTA EN CASO DE INCENDIO. Lo que previamente había tomado por la nariz del hombre alargado era en realidad la manguera del extintor, un trozo de tubería negra y gruesa rematada por una boquilla de bronce. Pues bien, esto, este espantoso conjunto, era el hombre desgarrado y yo estaba delante de él, estupefacto... estupefacto y fascinado. Me pregunté si se habría detenido. ¿Se ha roto? Aunque pensándolo bien, seguro que en realidad nunca se había movido, seguro que solo me lo había imaginado. Pero independientemente de que se moviera o no, ahora estaba sin duda inmóvil. Mi imaginación me ha jugado una mala pasada, me dije. Y extendí un dedo para tocarlo. Y al hacerlo volvió a ponerse en marcha.

La boquilla empezó a moverse, como si olfateara, o eso me pareció, y mientras olfateaba apenas pude distinguir un zumbido procedente del interior de la criatura, y después un golpe sordo. Empezó a levantarse.

No perdí ni un segundo y salí disparado gritando a pleno pulmón, chillando, aterrorizado, y me abalancé a la cúpula oxidada. Mientras corría, una cesta que los pájaros debían de haber sacado de los cúmulos me pasó rozando en dirección contraria a la que yo huía, y voló dando vueltas hacia la espantosa criatura, desesperada por unirse a ella. Pero no solo fue la cesta sino que, de pronto, otras cosas empezaron a moverse también, decenas de cosas saltaban de un lado a otro, golpeándose contra el amasijo de objetos cuyo nombre principal era Robert Burrington, y el gran amasijo que era Robert Burrington se hacía cada vez más grande. Me di la vuelta: había vuelto a erguirse y se arrastraba con grandes zancadas, creciendo a medida que avanzaba, destrozando chimeneas a su paso, palpando el aire con sus grandes manos alargadas hechas de rastrillos y pistones y tubos, y movía la nariz-boquilla muy alerta y agitada, y creo que, si en ese momento un pararrayos no se hubiese abalanzado directamente sobre el impaciente conjunto, provocando que Robert Burrington tropezara, es muy probable que me hubiera dado alcance, pero se quedó ahí un momento tratando de asimilar su última adquisición y yo pude llegar a la cúpula, a las escaleras de metal oxidadas, donde me agarré a la barandilla. Empecé a bajar los escalones saltando, sin dejar de gritar y gritar, y entonces alcancé la puerta, la atravesé y fui a parar a una de las plantas superiores de Heap House.

Volvía a estar dentro. Podía oír. Podía oír mis propios gritos.

No parará, esa cosa no parará, esa amalgama de cosas, es imposible detenerla, bajará en cualquier momento, destrozará el techo; es imposible detenerla, los murciélagos no han podido frenarla, crece y crece, todo lo quiere, todo lo absorbe y todo se abalanza hacia ella. Sabía que yo tenía a James Henry y sabía que yo tenía a Alice Higgs y los quería a toda costa. Nada la detendrá. Nunca se detendrá. ¿Cómo pueden hacer eso las cosas? ¿Cómo pueden moverse por sí solas?

No te quedes aquí, me dije, aléjate de esa puerta tan cerca de la escalera exterior. Esa puerta no tardará en abrirse, estoy seguro, y todos esos objetos se precipitarán dentro, olfateando en busca de James Henry y Alice Higgs. Corre, deprisa, muévete, la casa retumba, ¿no te parece? ¿Eh? ¿Ya está en lo alto de la escalera? ¿Ya viene a por mí?

Venga, vamos, Clod, a la Enfermería, devuélvele a Rosamud su picaporte y entonces, por Dios, consigue ayuda, pide ayuda. Me separé de la puerta y eché a correr. Hacia la Enfermería.

La Enfermería

Estaba recuperando la audición, el estruendo aún retumbaba en mi cabeza, pero cada vez menos. No podía oír a Robert Burrington, seguía dándome la vuelta cada tanto para detectar el ruido metálico de aquella cosa de cosas, pero todavía no había llegado, aunque estaba convencido de que no tardaría. Debo devolverle el picaporte Alice Higgs a la Tía Rosamud. Todo había empezado con el picaporte, y quizá todo termine con él. Tal vez cuando restituyera el picaporte a

su propietaria toda la conmoción en la que se hallaba Heap House se detendría, todas las piezas de Robert Burrington se dispersarían, todo volvería a su cauce tranquilo y, lo más importante: por la noche vería a Lucy Pennant. No se hable más, a la Enfermería.

No podía entrar en la Enfermería como si tal cosa y anunciar mi llegada a voz en grito, debía proceder con cuidado y en silencio. No conseguiría nada hasta que la matrona Iremonger, con su gran pañuelo blanco atado en la cabeza, se alejara del escritorio que había en la entrada. Se sentaba allí con siete relojes prendidos al revés en su pecho. Esperé. Vamos, vamos, volviendo la cabeza, pendiente en todo momento de la llegada de Robert Burrington. Vamos, vamos. Por fin algún Iremonger enfermo reclamó su presencia y allá que se fue la matrona, pisando con fuerza las baldosas del suelo con sus zuecos. Y entonces accedí a la Enfermería en busca de la Tía Rosamud.

Encima de cada puerta colgaba un letrero con el nombre de un paciente, y confié en encontrar rápidamente a mi tía. No estaba en el primer pasillo en el que me colé, ni en el segundo; el tercero estaba atestado y tuve que resguardarme detrás de un gran cesto de ropa sucia. Eran muchos los nombres que llamaban en esa planta, algunos entre gemidos, otros entre lamentos, algunos susurrados, otros doloridos, algunos lloraban. Había recuperado el oído y me llevó un tiempo aislar unos de otros, librarme del estrépito, pero al fin, entre muchos otros, capté las palabras: «¡Geraldine Whitehead!».

El Tío Idwid estaba al otro lado de la puerta de donde provenía el mayor alboroto. Pero eso no era todo, aún había más, algo mucho más importante, porque entre aquella mezcolanza de nombres capté otro, y ese nombre era lento y serio, afilado y malicioso: «Jack Pike».

El Abuelo estaba dentro. El Abuelo en persona estaba allí, aunque a esas horas el Abuelo tendría que estar en la ciudad. Solo entonces caí en la cuenta de que, por primera vez en mi vida, aquella mañana no había oído la partida del tren.

El propio Abuelo y su escupidera portátil Jack Pike y también el Tío Idwid y sus pinzas de la nariz Geraldine Whitehead se encontraban los cuatro juntos al otro lado de la puerta que tenía delante. Y entonces oí un chillido, un aullido espantoso, un grito desgarrador: alaridos, arañazos, terribles berridos. Y lo peor de todo era el nombre que gritaba en el sufrimiento más absoluto: «¡Percy Detmold! ¡Percy Detmold! ¡Percy Detmold!».

¿Qué le estaban haciendo al pobre Percy Detmold, quienquiera que fuese? ¿Qué ocurría dentro de aquella habitación? Me puse de puntillas, miré por el ojo de la cerradura y vi al Abuelo, sentado con su enorme espalda vuelta hacia mí y a su lado al Tío Idwid, con Geraldine Whitehead en la mano. Pero no había nadie más en la habitación, absolutamente nadie, y aun así continuaban los gritos, que iban a peor cada vez que Idwid hundía sus pinzas en algo que quedaba fuera de mi campo de visión. Idwid se movió y vi que todo aquel dolor y tristeza procedían ni más ni menos que de un colador de té. Descansaba sobre la mesa muy rayado y abollado, mientras Idwid lo atacaba con su Geraldine.

—¡Percy, Percy Detmold!

Un colador de té, un colador de té rabiando de dolor.

—Te quedarás como estás, Percy Detmold —dijo Idwid con una voz que ya no era tan agradable; podía distinguir al Timfy que había en él.

—¡No eres más que un simple colador de té! No sabes nada sobre tazas bigoterías, nada de nada. Solo eres un colador de té, y así es como debe ser. ¡Ya está bien! ¡Ahora te las verás con Umbitt!

—¡PERCY DETMOLD! ¡PERCY DETMOLD!

¿Por qué torturaban de esa forma el Abuelo y el Tío Idwid a aquel objeto? ¿Qué ocurre en mi casa? ¿Qué estaba pasando? ¿Qué se podía hacer para que todo volviera a ser como antes? Deshazte del picaporte, me dije, por lo menos deshazte del picaporte, y rápido, antes de que lo oiga Idwid, al picaporte o a mi James Henry.

Había una hilera de puertas con los nombres incorrectos (Nareen, mi Tía Bisabuela, y mi Tía Shorly, y mi prima segunda Lorry), pero casi al fondo, en un pasillo trasero apenas iluminado, vi el pequeño letrero: IREMONGER, ROSAMUD, y entré, cerrando inmediatamente la puerta.

Era una habitación sencilla: un taburete, una mesa, una cama y un bulto en la cama que seguramente respondería: «Presente» si yo le preguntaba: «¿Rosamud?».

Me acerqué al taburete, era bastante alto y en uno de los laterales tenía grabadas las palabras: PROPIEDAD DEL STRANGERS CLUB, LONDRES. Coloqué a Alice Higgs sobre el taburete, pero hasta mis fatigados oídos no llegó una sola palabra pronunciada por Alice.

—Hola, Tía Rosamud —dije—. Soy yo, Clod. ¿Cómo está? ¿Cómo ha estado estos últimos...? No tengo claro cuánto tiempo ha pasado. Tengo algo para usted, Tía Rosamud. Aquí lo tiene. Encima del taburete. ¿Está ahí?

No hubo respuesta, ni movimiento, ni sonido alguno.

—¿Está ahí, Tía Rosamud? ¿Está ahí? Tengo algo para usted. Se alegrará mucho de verlo. Pero ¿dónde está? ¿Qué parte de la cama es exactamente? No recuerdo que fuera usted una almohada, no, nunca ha sido una almohada.

No conseguía localizarla. Había tantas sábanas y mantas apiladas y arrugadas por aquí y por allá, también muchas almohadas, pero no daba con Rosamud entre todo eso. No veía a la Tía Rosamud. En mi mente solo podía imaginarla tal como la recordaba, enfadada y armada con su picaporte, y cuando empecé a recordarla de esta manera, el montículo que había en la cama fue cobrando sentido. Pude distinguir una sábana de una funda de almohada, una manta de un edredón, y entonces, a partir de aquel montículo, poco a poco empecé a apreciar una figura. Ahí estaba por fin la Tía Rosamud, había estado metida en la cama todo ese tiempo, pero me dio la impresión de que su cuerpo (no cabía duda) estaba hecho de sábanas y edredones y almohadas. Estaba hecho de ropa de cama, ropa dispuesta de cualquier manera, tirada sobre la cama con una vaga semejanza a la pobre Rosamud, pero al fijarme vi con claridad que Rosamud, la pobre Rosamud, se había convertido en un montón de trapos.

—¡Tía Rosamud! —la llamé—. ¡Tía Rosamud, no es más que ropa de cama!

Creo que llegado a ese punto había empezado a gritar, creo que sí, porque tenía la sensación de que era cierto que la ropa de cama era Rosamud y que la ropa de cama acababa de moverse por voluntad propia y que una solitaria pluma de pato había sido lanzada al aire para celebrar la ocasión. Mi tía Edredón, mi tía Colcha, querida tía Funda de Almohada, mi pobre querida tía Sábana, ay, socorro, ¡socorro!

Tiré de toda la ropa de cama intentando encontrar a mi tía dentro, la revolví y quedé atrapado en ella, hecho un lío, pero al final logré arrancarla toda de la cama y allí no había ninguna tía, ni una sola. Debe de haberse marchado, pensé, debe de estar en cualquier otra parte. Lo único que había en la cama era un cubo de metal, un frío cubo, como los que solían usarse para guardar el hielo picado, con una tapa: un cubo de aspecto triste que me resultaba familiar. Como si lo hubiera visto antes, como si lo conociera muy bien y le tuviera un poquito de miedo. Entonces me pareció oír un ruido, un pequeño ruido que iba ganando confianza, y ese ruido era: «Rosamud Iremonger».

—Tía —la llamé—. ¡Tía! ¿Dónde está? La oigo perfectamente. ¡Tía! ¡Tía!

—Rosamud Iremonger.

—La oigo pero no la veo. ¿Dónde se ha metido? Vamos, déjeme verla. Soy yo: Clod. Pero ¿dónde está, tía?

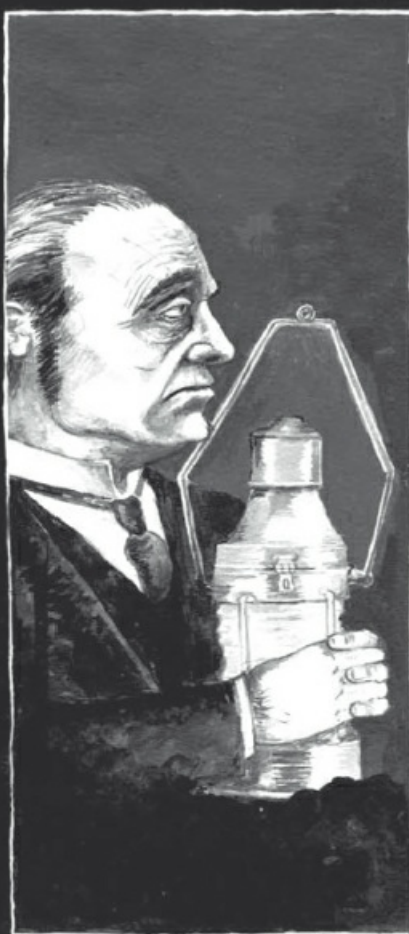
—Rosamud Iremonger —repitió la triste voz.

Y entonces dejó de esconderse. La voz procedía del cubo que había sobre la cama. Era el cubo el que hablaba. Mi Tía Rosamud era un cubo. Y entonces escuché otra voz.

—Hola.

No era el cubo el que hablaba, esta nueva voz venía de alguna parte, del taburete: había alguien sentado en el taburete de mi tía, una niña pequeña muy sucia con un vestido andrajoso, muy flaca y pálida, con grandes manchurrones bajo los ojos, un pobre estornino, una alondra recogida en los cúmulos. No había visto a esa mocosa en mi vida, y aun así había algo que me resultaba muy familiar, como había sucedido con el cubo. La niña desaliñada tenía la cabeza grande y un cuerpo delgado, como si este fuera un apéndice que saliera de ella. Pero la cabeza era muy sólida y prominente, una cabeza redonda; de haber sido un objeto, se parecería a un... Y entonces la niña lo dijo, pronunció su nombre: «Alice Higgs».

Y en ese momento me desmayé.



El ama de llaves Claar Piggott
El mayordomo Olbert Sturridge

UN CORSE Y UN FANAL

Continúa la historia de Lucy Pennant

Buenos días, señora Piggott —dije a la figura sentada sobre la silla junto a mi cama. —¿Te lo parecen a ti, Iremonger? —repuso el ama de llaves mientras se acercaba a mí—. Yo diría que es una muy mala mañana para ti. Incluso diría que es la peor de las mañanas para ti. ¿Dónde has estado?

—Arriba —dije—, limpiando las chime...

Antes de poder terminar la frase, la mano blanca y huesuda de la señora Piggott me abofeteó con fuerza.

—No —dijo—. No pienso tolerarlo. No te servirá de nada. ¿Dónde has estado?

—Arriba, señora Piggott.

—Eso ya lo sé. ¿Arriba *dónde*?

—Por favor, señorita, ocupándome de las chimen...

La mano me propinó un nuevo tortazo.

—Te lo voy a preguntar otra vez, y quiero que medites muy bien la respuesta. Soy una persona afectuosa, soy afable y jovial, pero me embarga la emoción, y esa emoción puede sobreexcitarse y calentarse demasiado; puede llegar a hervirme la sangre, y no creo que tú quieras eso, ¿verdad, querida?

—No, señora Piggott, no quiero eso.

—Veamos, Iremonger... No te llamaré Chimeneas, porque hemos inspeccionado tus chimeneas y las hemos encontrado deficientes, algunas ni siquiera las has tocado, pero ya habrá tiempo de hablar de eso... ¿Dónde, por favor, y qué? ¡Habla!

El resto de las Iremongers del dormitorio ya se habían despertado y nos miraban desde sus camas, absorbiendo la escena, oliendo la sangre.

—Señora Piggott...

—¿Sí?

—La verdad es que...

—¿Sí?

—Me he perdido.

—Nunca antes te habías perdido, ¿cómo es que te has perdido esta vez?

—Oí un ruido, un ruido terrible, metálico, un traqueteo, un bufido, un gran estrépito, y entonces salí corriendo.

—¡Eso es un Engendro! —gritó—. ¡Has visto un Engendro! Han buscado un Engendro por todas partes, sabían que había uno, deben detenerlo antes de que se vuelva demasiado grande.

—¿Un Engendro, señora Piggott? —pregunté.

—Un gran conjunto de tuberías y silbatos, de tubos de latón, de asas y tornillos de todo tipo, sin orden ni concierto, hecho con mil pedazos de esto, lo otro y lo de más allá, todo junto, confabulado en una sola cosa que cada vez se hace más grande. Se ha informado de uno, ha sido avistado en alguna parte de la casa pero lo han vuelto a perder, está escondido. ¿Dónde lo has visto, hijita?

—Junto a la Sala de Corte, en la tercera planta.

—¿Junto a la Sala de Corte? ¿Y puedo saber qué hacías allí? Tienes prohibido ir allí. Está ocurriendo algo horroroso, algo furtivo y despreciable, algo traicionero, tan cierto como que yo me llamo Claar Piggott. No me gustas ni un pelo, Iremonger, en este preciso instante estás empezando a desagradarme, ya casi lo has conseguido, y es probable que en cuestión de segundos te desprecie. Ven —dijo pellizcándome la nuca y empujándome hacia delante—. Si has visto un Engendro debemos informar de ello. Tú te vienes conmigo. —Me pellizcó más fuerte.

—¡Mi cuello! —grité—. ¡Me hace daño!

—Esa es precisamente mi intención, tesoro.

Me arrastró con ella al despacho de Sturridge. Muerta de miedo, traté de zafarme, pero bien podría haberme ahorrado el esfuerzo, porque aquel hombre ciego no estaba allí. Acompañaban al mayordomo varios Iremongers de la ciudad con la cara hasta el suelo, algunos con relucientes cascos de bombero de latón en la cabeza.

—¡Ha visto un Engendro! —anunció la señora Piggott nada más entrar.

—¿Dónde? ¿Cuándo? —gritaron nerviosos aquellos hombres.

—En la tercera planta —dijo la señora Piggott—. En la Sala de Corte.

—¿Hace cuánto tiempo, Iremonger? Rápido, dínoslo, ¿cuánto hace que la viste?

—Hará unas dos horas.

—¡Dos horas! —gritó uno de los hombres—. ¡Ya se habrá movido!

—Pero debemos ir a mirar de todas formas. Ver qué es lo que falta. Hacernos una idea de su tamaño.

—Tal vez se dirija hacia arriba.

—Puede que todavía esté ahí. Siempre es una posibilidad.

—Coged los martillos, las palancas, los pesos, la pólvora. Aseguraos de llevar los fusibles. ¡También los imanes! ¡Deprisa, subamos!

Los hombres se armaron con todo tipo de instrumentos pesados y salieron corriendo de la salita y yo me quedé en la única compañía de la señora Piggott y el señor Sturridge.

—Esta casa se cae a pedazos, Olbert —comentó el ama de llaves al mayordomo—. ¿Cómo han podido permitir que se produzca un Engendro? ¿Qué daños causará?

—Podría armarla buena, pero también ellos con todo su arsenal. No comprenden esta casa, no sienten amor por ella.

—Y luego está la Iremonger. Olbert, ocúpate de ella, ha estado deambulando por la casa de arriba, desatendiendo sus chimeneas.

—¡Una nueva fechoría! —respondió con rotundidad el mayordomo—. Vivimos días y noches inciertos, oh, Iremonger errante. Pero ¿qué haces paseándote por bulevares en los que no te corresponde estar? ¿Qué te propones con estas excursiones? Dime, caminante mía, ¿adónde has ido a explorar? ¿Has visto algo nuevo, algo magnífico? Iremonger Park es ciertamente

magnífico. ¿Has encontrado algo emocionante? ¿Algo te ha dejado sin aliento o maravillada? Cuéntame, te lo ruego, me gustaría mucho escucharlo, nunca me canso de recopilar buenas opiniones sobre esta poderosa mansión.

A pesar de la solemnidad de sus palabras, que parecían esculpidas en piedra, fue mucho más amable que el ama de llaves, siempre tan estridente, y me lanzó una mirada que creí bondadosa. Adoraba tanto aquel lugar que quise contarle algo bueno sobre él, quise hacerle feliz. Quise ponerlo de mi parte.

—He visto, señor Sturridge, la Sala de Corte, con todas esas tijeras colgando; debe de haber cientos de ellas, señor.

—Sí, desde luego, es un lugar muy afilado. Algunas de las uñas de los Iremongers de más edad crecen un poco ásperas y a algunas se les permite alcanzar longitudes que posibilitan su doblado, algunas están tan afiladas como un buen cuchillo, pero en la Sala de Corte hay dientes capaces de recortarlas, de llamarlas al orden. Muy bien, ¿qué más has visto?

—La sala de fumadores, llena de asientos de cuero.

—¿Has estado en el Smogatorio?

—Huele a lugares lejanos.

—Muy cierto. A Turquía, a África, a perfumes de Arabia. Tienes razón. ¿Y qué más has visto?

—Sobre todo he visto un lugar inmenso con suelos de mármol y una gran vitrina llena de maravillosos tesoros.

Esta última revelación, sin embargo, no fue bien recibida.

—¡Ha estado en la Sala de Mármol! ¡Una deshollinadora en la Sala de Mármol! —tronó el mayordomo.

—Te dije que no me gustaba —dijo Piggott—. ¡Una invasión en toda regla!

—Nunca antes ha entrado una vulgar deshollinadora en la Sala de Mármol, es el propio Briggs el que se ocupa de esas chimeneas. Nunca se ha permitido. ¡Está prohibido! ¡Es inaceptable!

—Lo siento, señor Sturridge, señora Piggott, no quise...

—¡Deshollinadora ingrata y sucia, sabandija entrometida! —chilló la señora Piggott.

—¡Nunca en la vida! ¡Oh! ¡Jamás de los jamases! —gritó el mayordomo, con la frente empapada en sudor—. Tú no mereces este lugar, *tú*, en un lugar como este; la sola idea hace que me desmorone como una ruina antigua, ¡has mancillado el mármol! Oh, oh, mis cimientos se tambalean, mis contrafuertes se arquean, ya no hay nada firme. ¡Todo se derrumba!

—Serenidad, Olbert, no te vengas abajo ahora, ¿dónde está tu medicina?

—En la tercera planta —jadeó—, segunda cámara.

En lugar de salir corriendo de la habitación, el ama de llaves buscó la dirección en el cuerpo del propio mayordomo, y fue directa al segundo bolsillo de su chaleco. Sacó lo que a mis ojos parecía un clavito (aunque lo mismo podría haber sido un pequeño regaliz), lo dejó caer por el gaznate de aquel hombre y este empezó a chuparlo, recuperándose visiblemente. La señora Piggott sacó el fanal de Sturridge de un armario y se lo dio, y él se aferró a su objeto de nacimiento como si le fuera la vida en ello. Pero mientras chupaba y apretaba con fuerza el fanal en la ahora tranquila habitación, el ama de llaves se volvió hacia mí.

—Mira lo que le has hecho al pobre mayordomo, ladronzuela nocturna, fíjate qué disgusto.

—Es un escarabajo del reloj de la muerte —murmuró Sturridge—. ¡Devora mi madera!

—Te hemos acogido, te hemos dado un hogar, esta familia te amaba y te cuidaba, lo ha hecho todo por ti. Tenías una cama y un techo y una función y un cargo, se han invertido grandes afectos en ti. Y ¿cómo nos lo pagas? Has escupido en nuestro amor, has maldecido nuestra bondad, la has pisoteado hasta romperla. Tu presencia nos ensucia, nos deshonra.

—Esta casa, la casa entera te odia —añadió el mayordomo—. Todas las plantas, todas las habitaciones, todos los armarios. Hasta la última puerta te odia, el suelo, las ventanas te odian, ¡te odian!

—Eres una mancha de sangre en la ropa de cama, ¡no desaparecerás ni con vinagre!

—¡Ya basta! —grité, porque vi que estaban dispuestos a seguir y no podía soportarlo. Temblaba y me estremecía de miedo, pero también de ira, y no tenía intención de dejar que continuasen machacándome ni un segundo más—. Han tenido su turno y se les ha agotado. Ahora me toca a mí. Siento haber visto su precioso salón de mármol, lo siento, supongo, pero ahora ya no puedo hacer nada al respecto, ¿no? No puedo deshacer lo que ya está hecho. Por tanto no necesito escuchar nada más de lo que tengan que decirme, basta de insultos, envíenme de vuelta a Filching, háganlo, vamos, háganlo ahora mismo, esta misma mañana, no me importa, a decir verdad: lo prefiero. Me marchó de este lugar, ¡ya he tenido bastante! ¡Habría preferido no venir nunca!

—¡Se marcha! —gritó Piggott.

—¡Que habría preferido no venir nunca, dice! —retumbó Sturridge.

—Pues sí. Ahora quiero recuperar mis cosas y pueden meterme en el tren y acabar con todo esto. Pero antes de irme, necesito algo.

—¡Y además tiene *condiciones*! —dijo el ama de llaves con voz de pito.

—Quiero que la Iremonger que se perdió, la de mi dormitorio, venga conmigo. Sí, se vendrá conmigo, muchas gracias.

El rostro acalorado de Piggott sonrió, revelando sus dientes desgastados.

—¿A qué Iremonger te refieres? ¿De quién estás hablando?

—Lo sabe muy bien, la dueña de la cama que ya han retirado, y de las sábanas y las cosas que han quemado.

—No sé a quién te refieres, querida. ¿Qué pruebas hay de la existencia de esta persona de la que hablas? ¿Qué indicios?

—Se sentaba a mi lado en las comidas, era mi amiga.

—Pruebas. Hechos concretos. Datos.

—Tenía un nombre.

—¡Ah! ¡Conque tenía un nombre! ¿Y no sería, por casualidad, es posible que tal vez fuera...? —Tenía la voz melosa, pero en ningún momento dejó de apretar los dientes—. ¿Iremonger?

—No, no se llamaba así —dije—. ¡Se llamaba Florence Balcombe!

Eso sí que surtió efecto. Funcionó a las mil maravillas. Se quedó helada. Inmóvil como un títere, con la boca abierta hasta el suelo, los ojos grandes y feos y, salvo por un ligero balanceo, bastante paralizada. Me pregunté si se habría roto, como mis padres. En ese momento el mayordomo corrió a socorrer al ama de llaves. Del cinturón de la señora Piggott colgaba una especie de bolso-monedero que el señor Sturridge se apresuró a abrir. Sacó de ahí un frasquito de

metal (donde ponía BARNIZ PARA LATÓN), retiró el tapón, agitó el frasco bajo la nariz de la mujer y esta volvió en sí. Después el mayordomo se colocó detrás de ella y desató algo, pensé que la estaba desvestiendo, soltándola un poco para que pudiera respirar, pero lo que estaba haciendo en realidad era desatarle un corsé que llevaba atado a la espalda, debajo del delantal, y que era su propio objeto de nacimiento. Se lo dio y ella respiró profundamente y se recuperó del todo e inclinó la cabeza hacia delante, con el rostro envenenado.

—Te echaré a la calle —dijo el ama de llaves—, para mí ya no eres más que basura.

—Sí, Claar —dijo el mayordomo—, llevas razón, deshazte de ella.

—¡Claro que sí! —dije—. Échenme, empújenme al tren, pero no pienso irme sin Florence.

—¿Florence? ¡Te aseguro que aquí no hay ninguna Florence!

—No conocemos a ninguna.

—¿Qué han hecho con Florence? Vendrá conmigo en el tren. Ya lo creo que sí.

—¿El tren? ¿Subir al tren? —dijo Piggott—. De aquí no se va nadie. Nadie puede irse. No puedes entrar y salir de aquí según te plazca. ¿Te crees que esto es una taberna?

—Nadie puede irse —dijo el mayordomo.

Una afirmación. Un hecho.

—Ningún Iremonger sirviente se marcha de este lugar —repuso Piggott—. Una vez llegas, te quedas; y lo único que cambia es tu nivel o tu puesto, y siempre va hacia abajo. Heap House alberga lugares oscuros, oscuros y profundos. Aquí abajo hay cuartos sombríos donde la gente puede perderse y caer en el olvido.

—Hay ciertos lugares en esta mansión que solo el mayordomo conoce —dijo el mayordomo—. Ciertas profundidades donde solo yo me aventuro. Compruebo hasta dónde se adentra la casa bajo tierra. Hace tiempo era más profunda, pero se anegó. Los cúmulos se desangran sobre nosotros. Esta gran casa es muy vulnerable, hay grietas, grietas por todas partes, las conozco todas como si fueran viejas amigas y tomo buena nota de su progreso. Cualquiera podría caer por alguna de esas grietas, Iremonger. Ve con cuidado.

—Hay otro nombre para Heap House, podría llamarse «El Fin». Ahí es donde estás tú y ahí es donde te quedarás. En el fondo más profundo del pozo negro de El Fin.

—¡No podéis retenerme aquí!

—Podemos retenerte aquí.

—Te retendremos aquí.

—Quiero irme. Les exijo que me dejen marchar.

—Entonces deja que se marche, Claar. Deja que se hunda.

—Sí, Olbert, dejaré que se marche, que ruede, que caiga, que se precipite a lo más hondo.

—Exacto, Claar, ya lo he dicho, deshazte de ella.

—Iremonger —dijo Piggott mirándome con severidad—, desde ahora no eres más que chatarra.

—¿Y eso qué quiere decir? ¿De qué está hablando?

—¡Chatarra!

—¡Chatarra!

—¡Chatarra!

—¡Chatarra!

—¿Qué están diciendo? Hablen claro.

—Que te irás fuera, a los cúmulos, ya no trabajarás más en la casa —dijo Claar secamente.

—Me voy a casa —dije.

—Si con casa te refieres a los cúmulos, entonces, sí, en efecto, irás justo allí, solo sirves para eso.

—No podéis obligarme.

—¡Te equivocas! —sonrió el mayordomo—. ¡Podemos! ¡Debemos! ¡Lo haremos!

—Lo contaré. Lo contaré arriba. Conozco a alguien de arriba, ¿qué me dicen a eso? Y me ayudará. No lo tolerará. Exijo verlo, sí, eso es, llévenme hasta él ahora mismo, él se lo explicará, no permitirá que ocurra. Me meterá en el tren.

—¿Quién? —dijo el mayordomo, temblando—. ¿Quién es él?

—¡Un Iremonger de arriba! —exclamé.

—¿Has hablado con un Iremonger de arriba?

—¡Muchas veces, todas las noches! Incluso nos hemos cogido de las manos. ¡Incluso nos hemos besado, señora Piggott!

—No te creo —dijo Piggott.

—¡Y me gustó! —grité—. ¡Y él me gusta! Me gusta mucho.

—Nombra al superior —dijo el mayordomo—. Dinos su nombre.

—¡Clod!

—¿El señorito Clodius? —jadeó Piggott.

—Clodius, el hijo de Ayrís, ¡su propio nieto! No te creo —dijo el mayordomo.

—¡Su objeto de nacimiento es un tapón de bañera!

—Presentaré mi dimisión —musitó el mayordomo.

—No harás tal cosa, Olbert.

—Esto nunca había pasado, Claar.

—Y no volverá a suceder, Olbert.

—Me temo, muy a mi pesar —tartamudeó el mayordomo—, que esta horrible niña dice la verdad.

—También yo lo creo, Olbert, el señorito Clodius siempre me ha parecido poco fiable, a pesar de su sangre, al igual que el señorito Rippit. Pero no es una cuestión de verdadero o falso. Nadie se enterará.

—Ojalá pudiera ser así...

—Será enviada fuera, Olbert. ¿Trescientos metros?

—¿Con este tiempo?

—¿Por qué no?

—Sí, Claar, envíala a trescientos metros... ¡No! A quinientos. Empezaremos con quinientos, y, si vuelve, entonces que sea un kilómetro, o incluso dos. Dale una cuerda que sea tan larga como el Támesis, y extravía el extremo final. ¡Envíala a las profundidades! Y dale un ancla pequeña y debilucha, algo sin mucho peso ni carácter, ligero como una pluma.

—Bien dicho, Olbert, tu espíritu ha vuelto. ¡Menudo carácter!

—¡No me asustan! —grité—. ¡Ninguno de los dos me asusta!

—Entonces deja que te asusten los cúmulos, Quinientos.

—Quiero volver a Filching.

—Muy bien, pues corta la cuerda y camina hasta allí —dijo Piggott.

—Ahora tienes que irte, Iremonger Quinientos —dijo el mayordomo tocando una campana—. Eres chatarra.

—¡No! —grité—. No pueden hacer esto. ¡No pueden!

—Ya está hecho —dijo el mayordomo.

—Te perderás, querida, aquí eres lo bastante grande, y sabe Dios cuán ruidosa, pero allí fuera no serás ni lo bastante grande ni lo bastante ruidosa. Serás un grano de arena. Perdido bajo una ola súbita.

Llamaron a la puerta.

—Ah, aquí están —dijo el mayordomo.

—Señor Sturridge —dijeron dos Iremongers personales, asintiendo.

—Esta Iremonger debe ser enviada fuera. Quinientos metros.

—¿Quinientos metros, señor?

—Eso es lo que he dicho. Inmediatamente. Antes de la campana de las doce.

—Sí, señor.

—¡Déjenme ir!

No lo hicieron.

Los Iremongers personales me entregaron rápidamente a otros dos Iremongers enormes y malolientes que nunca antes había visto, Iremongers que llevaban delantales sucios de cuero y que, a su vez, me condujeron escaleras arriba hasta dos puertas negras. Las puertas se abrieron y nos embistió un hedor nauseabundo que nos impregnó la ropa, y todo parecía empañado y muy agobiante. Me expulsaron de un empujón. A un patio. El aire era frío pero denso, mi piel se volvió pegajosa de repente. No volveré a estar limpia, pensé, nunca más volveré a estarlo. Miré hacia arriba, en lo alto, entre oscuras nubes cargadas de lluvia se vislumbraba una franja minúscula de cielo.

—¡Estoy fuera! —dije—. Fuera. Algo es algo. Es algo, ¿no?

—Hay lugares peores que los sótanos más oscuros de la casa —dijo un Iremonger—. ¿No lo sabías?

—Cierra el pico —dijo otro—. No se puede hablar. Está prohibido.

Aquel patio era muy ruidoso, del otro lado del muro llegaban sonidos extraños, aunque por el momento eran invisibles: los cúmulos golpeando entre sí. El muro que tenía delante era muy alto y grueso y estaba coronado con cristal y alambre y todo tipo de cosas puntiagudas.

—La campana del mediodía sonará dentro de poco. ¿Estáis preparados? —gritó el hombre vestido de cuero.

Pude ver que ya había muchos otros Iremongers fuera, todos con trajes de cuero, con cascos en la cabeza, sujetando cubos y horcas, con grandes redes y palas, y todos llevaban guantes pesados. Estos Iremongers eran de gran tamaño, hombres y mujeres grandes, musculosos, de rostros arrugados, narices rotas, cicatrices, algunos lucían costras gruesas.

—¡Escuchadme bien! —gritó uno de los hombres vestidos de cuero—, pegaos al muro. No os perdáis de vista hoy. Comprobad vuestros arneses. Varias veces. Las anclas tirarán de vosotros a la menor vacilación. No os alejéis, quedaos cerca. Vuestras cuerdas no superan los treinta metros, pero no las estiréis.

—Aquí tiene otra, un paquete urgente de Sturridge.

—¿Esta? No es gran cosa. Se llevará un buen zarandeo. Eres nueva, ¿verdad? No te había visto fuera antes.

—Sí —dije—. Soy nueva, sí, señor, y...

—Hoy no es un buen día para empezar en esto, tómalo con calma, ¿de acuerdo? Y mantente pegada al muro.

—Disculpe, Capitán, viene con instrucciones particulares. Su cuerda tiene que ser de quinientos metros. Capitán, orden expresa, y también con un ancla particular.

—¿Quinientos? ¿Con este tiempo?

—Así es, Capitán, me temo que sí.

—Bien, Iremonger, si tienes que ser Quinientos, Quinientos serás. A mí esto me huele que apesta, pero a nadie le importa lo que yo piense. Tendremos que ponerle el traje de goma. Y conseguirle un ancla fuerte.

—Disculpe, Capitán, su ancla ya ha sido escogida.

—¿De verdad? Imagino que alguien fuerte y pesado. ¿Quién es su ancla?

—Este de aquí.

—¿Ese? ¿Está seguro?

—Segurísimo.

—¡Esto un crimen! —dijo—. Cerciórese de que las cuerdas están bien aseguradas, átelas usted mismo, teniente.

—Sí, Capitán.

—¡Pues hágalo, hombre! —dijo el Capitán alejándose por la fila.

—Acércate, Ancla. Vamos a engancharte.

El Ancla era un niño de unos diez años como mucho, a mi juicio. Una piltrafa grasienta y enclenque, de aspecto abatido y algo tembloroso.

—Lo único que hice fue levantar una cacerola, eso es todo. Solo quería verla, ¿qué hay de malo en eso? Todo el mundo quería verla, ¿o no? Para asegurarse de que realmente se movía, y así era. Una taza. ¡Estoy fuera en los cúmulos por haber soltado a una taza! ¿Te parece justo? ¿Te parece correcto?

—¿Fuiste tú? —pregunté—. ¿Tú eres el mozo de cocina?

—Lo era... Y sí, he sido yo, ¿y qué? He liberado a una taza.

—¿Quieres cerrar tu asquerosa boca? —dijo el teniente—. Por mí como si liberas toda la Puerta Nueva. Lo importante es que eres el ancla. Así me lo han comunicado y así será. Aquí tienes un casco, átatelo fuerte. Pero con lo pequeño y ligero que eres, yo que tú me llevaría un peso; toma este bloque de cinco kilos. Te ayudaré a cargar con él una parte del camino. ¿No te parece un gesto bonito por mi parte?

—Voy a llorar de gratitud —repuso amargamente el mozo.

—¡Trato de ayudar! —dijo el teniente.

—¿Para quién hago de ancla?

—Para mí —dije—. Estaremos bien. Ahí fuera no se está tan mal, ¿no?

A ambos les dio la risa al oírme, pero era una risa sin alegría.

—¿Cuál es tu longitud? —preguntó el muchacho.

—Es una Quinientos —dijo el hombre vestido de cuero.

—¡No!

—Sí, Quinientos.

—Has hecho buenos amigos, ¿eh? —dijo el mozo de cocina—. ¿Qué diablos hiciste?

—Besar a un Iremonger de arriba.

—Sí, claro, y yo voy y me lo creo —dijo—. Un momento, no bromeas, ¿verdad?

—No, no bromeo.

—No es justo —dijo—. ¿Y por qué tengo que pagar yo también por eso? ¿Por qué tengo que salir con este tiempo? Yo no he besado a nadie. A nadie. Y lo más probable es que no lo haga nunca. ¿Dónde está tu novio ahora, querida?

—Cierra el pico, Ancla, revisa tus correas.

—Como empieces a arrastrarme hacia fuera —dijo el chico— tendré que cortar la cuerda. No me dejarás otra alternativa. No es nada personal, es así con todos. Sin rencores. Me llevaré el peso y aguantaré, pero si me sacas, corto la cuerda.

—¡Queréis callaros de una vez! —rugió el Capitán acercándose con pasos pesados—. Y tú —añadió, señalándome—, ponte el traje. La campana está a punto de sonar.

Colgados de ganchos en el patio había una serie de cascos de latón enormes y, junto a ellos, lo que en un primer momento me habían parecido cuerpos extraños de hombres desinflados, pronto comprendí que eran trajes de cuero de goma de cuerpo entero, mucho más gruesos y desagradables que los que había visto en Filching. Debía ponerme uno. Las gruesas costuras estaban completamente a la vista. Tenía arañazos por todas partes, como si lo hubiera embestido alguna bestia y lo hubiera desgarrado con sus afiladas garras. También había muchos parches donde, era de suponer que el atacante, fuera lo que fuese, había logrado morder el traje, atravesar su grueso espesor, y me preguntaba qué le habría ocurrido a la persona que se lo había puesto antes que yo.

—No —dije en ese momento—. No pienso hacerlo. ¡Me niego!

—No lo pienses. Lo mejor es no pensar y ponerte a ello sin más.

El teniente me aupó y me dejó caer dentro del traje como a un gato en un saco. Me retorcí, grité, pero no sirvió de nada. El teniente agarró el casco y lo atornilló en la parte de arriba. Estaba encerrada dentro, no tenía escapatoria. Dio unos golpecitos en el cristal del casco, sonrió y me saludó. Luego me desenganchó y cargó conmigo dentro de aquel traje de cuero que todavía estaba mojado en la parte de las botas, y que apestaba a animal muerto. No podía ver gran cosa, a través del cristal redondo del casco todo estaba empañado. Me ajustó algo alrededor de la cintura, aunque no pude ver el qué. Volvió a golpear el casco y abrió la ventanita de cristal.

—¡Quinientos metros! —gritó—. Debes volver con lo que logres rescatar. ¡Es obligatorio! Tan rápido como puedas. Para que no tengas que volver a salir. Pero si vuelves con las manos vacías, tendrás que volver a salir. ¿Me has entendido?

Asentí.

Todos los demás Iremongers de los cúmulos formaron una fila a mi alrededor y me empujaron. A mi espalda, mi ancla sujetaba toda la cuerda; era mucho más pequeña que el resto de las anclas. Detrás de él se situaba el teniente con un peso en las manos.

—¿Todos listos? —gritó el capitán.

—¡Cúmulos! ¡Cúmulos! —gritaron los Iremongers.

—Sed fuertes, muchachos. ¡Pegaos a la pared!

Sujetaba un largo silbato de metal en cuyo lateral pude reconocer las palabras PATENTE DE LA POLICÍA METROPOLITANA. J. HUDSON & CO. ²⁴⁴ BARR STREET, BIRMINGHAM. Es decir, que no era suyo, por lo menos no de entrada, se lo habían arrebatado a alguien, o había sido encontrado en los cúmulos.

—¡Calma! ¡Calma! —gritó.

Todos estaban listos, alzando palos y cubos.

—¡Tranquilos!

Dentro de la casa sonó una campana.

El capitán sopló su silbato.

—¡Vamos! —gritó el capitán—. ¡Abrid la puerta!

La puerta se abrió. Los Iremongers de los cúmulos cargaron hacia delante y yo avancé a trompicones con ellos tan rápido como pude, dejando atrás a mi ancla en alguna parte.

Y me adentré en los cúmulos.



El patriarca Umbitt Iremonger

UNA ESCUPIDERA DE PLATA (PARA USO PERSONAL)

Continúa la historia de Clod Iremonger

El visitante en el rincón

Cuando desperté, mi tapón descansaba sobre mi pecho. Susurraba muy débilmente, como si estuviera asustado. Abrí los ojos y me descubrí en una cama. En la Enfermería. Inmediatamente pensé en Lucy, luego me acordé de Robert Burrington avanzando entre las chimeneas, de los alaridos del colador de té llamado Percy Detmold y después, de lo peor de todo, de un cubo en una cama, y...

—¡Alice Higgs! —grité.

—Aquí no hay nadie con ese nombre.

Había alguien sentado en un rincón de la oscura habitación. Un gran hombre vestido de negro, con una chistera como la chimenea de Robert Burrington. Pero no era él, no era lo bastante delgado, ni tampoco lo bastante alto.

—¿Quién está ahí? —pregunté.

Entonces oí su objeto de nacimiento.

«Jack Pike.»

Jack Pike era la llamada particular de una escupidera de plata. Umbitt. Mi abuelo, el centro de todas las leyes, de todos los terrores. Para nosotros los Iremonger, el Abuelo era los planetas y sus movimientos, ningún sol podía salir jamás, ningún amanecer, ningún color, ningún movimiento, ningún aliento era posible sin su aprobación. El Abuelo era el permiso para existir en persona, enfundado en ropa oscura, en un traje completamente negro.

—¿Es...? —murmuré apenas audible—. ¿Es él?

—¿No reconoces a tu propio abuelo? —dijo la voz grave.

—¡Abuelo! ¡Oh! ¡Mi abuelo!

—¿Tan raro es que un abuelo visite a su pobre nieto malherido? —preguntó todavía oculto en su rincón.

—Sí, señor, quiero decir, no, señor. Quiero decir, ¿cómo está usted, señor?

—Clod, no hagas como si no me conocieras.

—Es muy amable por su parte que haya venido a visitarme, Abuelo.

—Sí.

—¿He estado enfermo? ¿He estado mucho tiempo enfermo?

—En la historia del mundo, no. En la historia de Clod Iremonger, varias horas.

—¿Ha oscurecido ya? ¿Vuelve a ser de noche?

—Está oscuro en esta habitación. Aquí es de noche. Las cortinas y las persianas alteran el tiempo.

—Entonces, ¿todavía es de día? ¿Qué hora es?

—Es hora de que hablemos, Clod. Esa es la hora exacta.

—He visto a una muchacha, Abuelo, a una muchacha hambrienta y un cubo.

—¡Clod Iremonger, concéntrate! ¿Ves lo que hay en esa mesa a tu lado?

Palpé un paquete de papel marrón.

—Ábrelo, por favor —dijo el Abuelo.

Levanté el paquete, tiré del cordel y lo abrí para revelar su contenido. Era algo que estaba doblado, algo nuevo y limpio y oscuro. Lo saqué un poquito, y con solo tocarlo supe lo que era.

—¡Pantalones! —grité.

—Tus pantalones han llegado.

—¿Tan pronto?

—Pareces decepcionado.

—No, señor —dije—. Pensaba que no los recibiría en otros seis meses.

—El tiempo se ha adelantado.

—¿Y me casaré con Pinalippy?

—Pronto, muy pronto —dijo—. Pero antes has sido llamado y debes prepararte. Tu presencia es requerida en la ciudad.

—¡En la ciudad! Pero me habían dicho que me quedaría aquí, que nunca dejaría Heap House. Que mi enfermedad...

—Te han dicho muchísimas cosas —dijo—, por tu bien y por el de los demás.

—Abuelo, ¿puedo preguntar algo? —dije, y la cabeza me daba vueltas, me dolía y me retumbaba a medida que en su interior se desmoronaban y resurgían edificios de pensamientos.

—Adelante.

—¿Quién era la muchacha que he visto? ¿La harapienta de la habitación de Rosamud?

—Eso no, todavía no. Haz otra pregunta.

—Abuelo, si tengo que ir a la ciudad, ¿significa que estoy bien?

—No —dijo—, eres frágil, Clod. No eres como los demás niños, te rompes con facilidad, puedes romperte en mil pedazos. Pero, a diferencia de otros, posees ciertas sensibilidades, una cierta comprensión, una visión, digamos, diferente, del mundo.

—¿Porque estoy enfermo?

—Porque oyes cosas.

—Sí, oigo cosas, señor, las oigo de verdad.

—¿Qué es lo que oyes?

—Me han dicho que no debo escuchar.

—Pero no puedes evitarlo, ¿verdad?

—No, señor, no puedo evitarlo en absoluto.

—¿Y qué es lo que oyes?

—Vocecitas, susurros.

—¿Dónde?

—En todas partes, en muchísimos sitios, por aquí y por allá, cuando la casa está en silencio no siempre es fácil oír tantos susurros. Son las cosas, señor. Pueden hablar, pero no está bien, yo no debería escucharlas, y a veces duele escucharlas.

—Dime, cuéntame: ¿qué es lo que habla?

—Cualquier cosa, cualquiera.

—¿Por ejemplo?

—Podría ser un zapato, por ejemplo.

—¿Un zapato?

—Un zapato, sí, señor, podría ser; o un tapón. Podría ser un tapón que dijera «James Henry Hayward» o alguna otra cosa que dijera «Jack Pike» o «Alice Higgs».

—Esto —dijo—. Dime, ¿qué dice esto?

El Abuelo sacó una moneda del bolsillo y la lanzó sobre la cama. La recogí. La miré con mucha atención. La escuché.

—Es una moneda, Abuelo, no dice absolutamente nada.

—¿Y esto? —preguntó, lanzando un guijarro sobre la cama.

Me lo llevé al oído.

—Dice «Peter Wallingford. De lunes a viernes de diez de la mañana a cuatro de la tarde, solo con cita previa, llamar tres veces». Eso es lo que dice. No me lo estoy inventando.

—Lo sé.

—Mi tapón habla, su escupidera habla.

—Pues claro que hablan, Clod. Lo sabemos perfectamente. Hemos sabido que eres un Escuchador desde que eras un bebé. Algunos bebés no pueden dormir a causa de los gritos de los objetos. Siempre hemos sabido eso de ti. No era necesario que Aliver montara tanto escándalo al respecto, prácticamente podríamos haber prescindido de su intervención. Ya lo sabíamos.

—Y el Tío Idwid también puede oír. Señor, el Tío Idwid... —No pude contenerme—. Percy Detmold... Señor. Alice Higgs es una niña y no un picaporte. ¿De verdad he visto lo que he visto? ¿Qué les ha pasado a la Tía Rosamud y al mundo?

—¡Calma! ¡Tranquilízate, Clod! Déjame explicarte. Ha llegado el momento de hacerlo.

Las cosas no son lo que parecen

Se oyó un silbido y entonces se encendió una lámpara de gas. No pude ver cómo lo había hecho, porque el Abuelo apenas se había movido de su rincón, pero el caso es que la lámpara se encendió. La habitación se volvió fría y húmeda y azul, un pequeño escondrijo en lo más profundo del océano que olía a gas, a densidad y a peligro. Y aquella gran figura oscura, aquella montaña de derrubio, el montículo de desechos más grande de todos, el Abuelo en persona, todavía con la chistera puesta, con su rostro de anciano como de escombros destrozados, marchitos y desgastados, el emperador de la basura, volvió a hablar:

—Comencemos.

De repente todo era movimiento. Las cosas empezaron a resbalar de sus bolsillos, a derramarse por fuera, a desparramarse por el suelo, toda clase de objetos que correteaban y se chocaban unos con otros. Y no eran escarabajos ni pequeñas criaturas: eran cosas, objetos, pedazos de esto y de lo otro que pululaban alrededor de los pies del Abuelo, que descendían con premura por las perneras de su pantalón, por encima de sus zapatos. Mientras el Abuelo permanecía sentado completamente inmóvil, completamente recto, en torno a él giraban todo tipo de cosas a toda velocidad. Tacitas, cuchillos, tenedores, servilletas, agujas, alfileres, tornillos, clavos, botones; todos ellos cobraron vida y al fin formaron una fila a ambos lados de las grandes botas del Abuelo donde, una vez recuperada la calma, aguardaron su turno.

De un bolsillo interior de su chaqueta empezó a aparecer una gran losa negra, una pizarra del tejado de alguien. Los gruesos dedos del Abuelo no la tocaban, la losa se movía por voluntad propia, dando vueltas y vueltas mientras avanzaba por el suelo y trepaba por el marco de la cama, hasta quedar postrada a los pies de mi cama.

—Pero ¿cómo...? —dije—. ¿Cómo ha...? ¿Qué ha...?

—Las cosas no son lo que parecen —dijo el Abuelo.

—¡Se mueven solas!

—Este rectángulo —señaló el Abuelo—, esta losa de pizarra negra será nuestro teatro, nuestro escenario, nuestra escena. Te mostraré la historia de tu familia y de sus objetos. ¿Estás preparado, chico?

—Sí, señor.

—Érase un objeto —dijo el Abuelo desde su rincón—, había una navaja de bolsillo plegable.

Un objeto que encajaba en esa descripción dio un paso al frente, se arrastró como un anciano con una pierna mala: avanzando con la hoja primero y tirando del mango después. Alcanzó rápidamente la pizarra y se quedó allí un momento antes de balancearse adelante y atrás, arañando la superficie, como si la navaja fuese un hombre absorto en sus pensamientos paseando de un lado a otro.

—Este objeto es el primero de todos los objetos de nacimiento, pues fue presentado como un regalo de bautismo, y pertenecía a tu tata-tatarabuelo, Septimus Iremonger. —En ese instante, la navaja pareció hacerme una reverencia—. Él fue el primer recaudador de nuestra familia, que antes que eso había sido una familia de chatarrereros sin patrimonio de ningún tipo. Aceptó aquella posición nada popular y empezó a exprimir a la gente, tanto el dinero como las propiedades. Era un genio exprimiendo. —Al oír esto, muchos objetos pequeños (botones de arcilla y botones de tela de aspecto triste) comenzaron a dar saltos en el suelo y a girar alrededor de la navaja, que los hostigaba, los pinchaba, los arañaba y los clasificaba en montones—. Allí donde otros fallaban, nosotros, bajo la dirección de Septimus, prosperábamos; donde ellos perdían el control, nosotros nos alzábamos. Nosotros crecíamos, ellos encogían, nosotros adquiríamos más espacio, ellos cada vez menos, a nosotros nos sobrevivían más hijos, a ellos se les morían. Así no nos ganábamos sus simpatías, claro está. Pero no nos importaba. Compramos todas las deudas, cualquier deuda, hasta la última deuda, los compramos a ellos, ellos pasaron a ser nuestros. Nos han llorado, nosotros conocemos bien lo que son las lágrimas; nos han rogado, dejad que rueguen: de nada les servirá; nos han escupido, deberían ser multados por ello; nos han maldecido, se les ha castigado por eso; nos han agredido, han sido encarcelados por eso. Y cosas

peores. Fue Septimus quien lo empezó todo, hace mucho, mucho tiempo, fue el gran Septimus quien encontró dinero en un montículo de desechos, al fondo de un cúmulo de Londres, buscando entre la porquería lo que otros se negaban a tocar de puro orgullo, encontrando pequeñas cosas de valor que otros habían descartado. Se hizo un corte con su cuchillo y la sangre Iremonger se mezcló con la basura. Y así ha sido desde entonces.

En respuesta a la última frase del Abuelo, una serie de navajas aparecieron sobre la pizarra, algunas eran grandes, otras pequeñas, algunas oxidadas, otras pulidas, pero todas se inclinaron ante mí y acto seguido abandonaron el escenario, dejando la pizarra de nuevo completamente vacía.

Nunca confíes en las cosas

—A petición de Septimus, como último deseo, compramos todos los pequeños cúmulos de desechos de la ciudad y los trasladamos aquí —dijo el Abuelo, y al tiempo que hablaba, en el centro de la pizarra se formó un pequeño montículo de desechos—. Nos llevamos todo lo que estuviera roto. Nosotros, a quienes también se nos rechazaba, los Iremonger, abandonados, una familia despreciada, se llevó su equivalente en términos de objetos. —El montículo de desechos era ahora del tamaño de la pizarra y se extendía más allá de sus límites, cubriendo gran parte de las mantas de la cama, no paraba de crecer—. Adoramos todo aquello repugnante y maloliente, destrozado y agrietado, oxidado, desvencijado, las cosas descompuestas, apestosas, feas, venenosas, inútiles, a todas ellas las queremos, a todas les profesamos un gran amor. No existe mayor amor que el amor Iremonger por las cosas repudiadas. Todo lo que poseemos es marrón y gris y amarillento, y manchado y polvoriento y maloliente. Somos los reyes del moho. Estoy convencido de que somos los dueños del moho. Somos los magnates de todo lo que es mohoso.

El montón de desechos ocupaba buena parte de mi cama, me cubría las piernas y seguía extendiéndose, desbordándose a los lados de la cama y amenazando con llenar toda la habitación. Ya no podía ver al Abuelo, pero sí oírlo.

—Establecimos nuestro hogar aquí, en el centro de los cúmulos —prosiguió—, construimos esta mansión a partir de fortunas rotas. Mientras ellos menguaban, nosotros crecíamos; mientras ellos se deshacían de cosas, nosotros crecíamos; mientras ellos suplicaban, nosotros crecíamos. Cada vez que cualquier persona de Londres tiraba algo, nos aprovechábamos de ello. Cada hueso de pollo es nuestro, cada papel estropeado, cada almuerzo inacabado, cada objeto roto. Y nos miran, a nosotros, los que vivimos más allá, y nos odian, nos consideran despreciables e Iremongerescos, ogrescos y chacalescos, de viles pensamientos y faltos de amor. Nos desterraron del resto de Londres, aprobaron una ley oficial que prohíbe que cualquier Iremonger abandone el distrito de Filching. Que así sea, en Filching nos quedamos, entre los muros del distrito, engrosados con nuestros desechos. ¿Sabes qué dicen los londinenses, Clod? Dicen que todo Londres se derrumbaría si los Iremonger abandonaran Filching. En resumidas cuentas, nos odian; en definitiva, para ellos apestamos a muerte y a putrefacción.

Para entonces, el montón de desechos era tan enorme que invadía toda la habitación y continuaba creciendo sin parar, todo el espacio a ambos lados de la cama estaba lleno de basura, basura burbujeante, basura que crecía y superaba el nivel del colchón y anegaba todo a mi alrededor.

—Y tú también hueles a ella, Clod Iremonger, apestas.

—¡Abuelo, ayúdame! ¡Haz que pare!

—Aquí hemos crecido, en una marea fétida, aquí, donde los objetos se mueven en las sombras, donde se arrastran como bestias salvajes.

La basura ya me llegaba al pecho, miles de trozos asquerosos, derrubios, escombros destrozados, fragmentos rotos, cosas viejas y apestosas me presionaban con fuerza, como si quisieran introducirse en mí.

—¡Abuelo!

—Aquí, en Filching, el más pobre, sucio y misterioso de entre todos los distritos, aquí, en Heap House, Heap House, Londres, aquí estamos nosotros y aquí estás tú.

Me cubría hasta el cuello y seguía subiendo, y subiendo.

—¡Abuelo! ¡Me voy a ahogar!

Me llegaron a la barbilla, y siguieron subiendo todavía más.

—¡Abuelo!

—¡Aquí donde las cosas hacen ruido por las noches!

Y de golpe toda la basura desapareció y de nuevo volvimos a estar solos el Abuelo y yo, en una habitación de la Enfermería.

Así funcionan las cosas

—Clodius Iremonger, presta atención a esta última parte, por favor, quiero que te concentres bien —dijo el Abuelo en un tono más amable—. La basura no era lo único que llegaba a Filching. Reclutaban a muchos pobres y nos los traían aquí: los desnutridos, los desafortunados, los criminales, los endeudados, los extranjeros, ese tipo de gente de la peor clase, cansados y miserables, borrachos y quejumbrosos, gente patética que hurga en los cúmulos por nosotros, cribando y clasificando y suministrando. Los pobres, los desgraciados. Siempre ha habido pobres y desgraciados.

En respuesta a este discurso, unos pequeños y tristes harapos se anudaron en formas que recordaban vagamente a figuras humanas encorvadas y vinieron a agolparse sobre la pizarra.

—Sabios Iremongers, nacidos antes que tú o que yo, ayudaron a estas personas. Podían ganar dinero en los cúmulos, pero lo bastante poco como para mantenerlos atados a ellos. Y estos seres, siempre sometidos, llegaron a desarrollar una relación tan sumamente intensa con los objetos, respirándolos, cortándose con ellos y mezclándolos con su sangre, que todo empezó a torcerse.

Uno de los pequeños fardos se abrió en este momento y enseguida no fue más que un botón de latón abollado.

—A veces, al despertar, descubrían profundas arrugas en sus rostros que, examinadas desde más cerca, parecían ser grietas, y, en ocasiones, al cabo de un tiempo, simplemente dejaban de trabajar. La gente se paralizaba como piezas de maquinaria oxidada, y nadie sabía por qué ni qué estaba ocurriendo, solo que jamás volvían a su ser. En un principio difundimos el rumor de que aquella gente simplemente había desaparecido. Hicimos circular murmullos de asesinatos y bajamos el precio de la ginebra. Pero entonces las personas paralizadas hicieron algo más que detenerse: empezaron a transformarse, a cambiar, a convertirse en cosas. Era común que alguien se fuera a la cama perfectamente sano, junto a su mugriento marido o mujer, y que al despertar hubiera desaparecido y que en su cama no quedara más que una palangana. La gente seguía desapareciendo. Hay un asesino entre nosotros, les decíamos. Pero entonces por qué, preguntaban algunos de los vecinos más curiosos, por qué en esos casos, cuando se realizaba el inventario oportuno de las posesiones de la persona desaparecida, ¿por qué siempre aparecía un objeto extra, una cacerola, o un plato, o una taza o un cuenco esmaltado, o un candelabro o un guante? ¿Qué podíamos contestar a eso? Esta enfermedad atacaba en oleadas, a veces dos personas en un mismo mes podían pasar a convertirse en objetos. Y luego podían sucederse estaciones enteras sin que se produjese una sola desaparición (o transformación). Pero nosotros lo sabíamos, nosotros, los Iremonger, lo sabíamos: la gente, Clod, ay, querido Clod, se estaba transformando en cosas.

En este momento cobraron vida dos nuevos harapos, se abrieron como los pétalos de una flor y se convirtieron uno en un modesto morillo de chimenea y el otro en un reposapiés, y a continuación estos objetos tan grandes bajaron al suelo de un salto y empezaron a corretear como animales domésticos antes de desaparecer bajo la cama.

—Para tranquilizar a los trabajadores de los cúmulos, para ayudarlos a superar sus dificultades, puesto que eran muchos los que pasaban graves apuros, nos convertimos en una especie de organización benéfica. Algunas familias desesperadas, que nunca han escaseado, disponían de un gran exceso de miembros, numerosos hijos o, con menor frecuencia, ancianos (pues que un trabajador de los cúmulos celebre su cuadragésimo cumpleaños es algo excepcional). No sabían qué hacer. La gente vivía tan hacinada, en suburbios tan espantosos, la densidad de población era tal, que se anunció que las familias superpobladas podrían ceder a algunos de sus miembros y, a cambio, serían recompensadas. Y así fue como muchos niños, algunos ancianos y algunos enfermos fueron enviados a la Casa de Laurel y a cambio a la familia se les entregó dinero y un comprobante. Se les dijo que cuidaran bien de aquel comprobante, porque si lo perdían no se les permitiría canjear a sus parientes en el futuro, tanto si tenían el dinero como si no.

—Eso es terrible, Abuelo.

—Son negocios, Nieto.

Aunque no entendía cómo lo hacía, los harapos que quedaban amontonados pasaron de ser bultos desordenados a comprobantes de cartón relucientes. En cada uno aparecía escrito un nombre con tinta y debajo del nombre había una firma y un número. Me incliné para leer uno de cerca.

RECIBIDO: *Thomas Knapp* (4 años)

POR LA SUMA DE: £11 2s. 5d.

COSTE DE RECUPERACIÓN: £31

FIRMA: *Frederick Knapp (padre)*

—¡Thomas Knapp! —dije—. Yo conozco ese nombre.

—¿Ah, sí? No es imposible, chico.

—¡Thomas Knapp es lo que dice el calzador del ayudante de mayordomo Briggs! Le he oído decirlo.

—¿De verdad?

—Estoy seguro, pero, ¿por qué, Abuelo? ¿Por qué dice eso?

—Paciencia, hijo, ahora llegaremos.

—Thomas Knapp, eso es lo que dice.

—Sacamos a las personas cedidas de los suburbios para obtener un mayor provecho de ellas. Los primeros fueron llevados a la Casa de Laurel y, pasado un tiempo, algunos Iremongers perspicaces que trabajaban con estas personas cedidas (a las que a menudo se conocía simplemente como «comprobantes»), a las que alimentaban con las sobras, descubrieron que había una forma más sencilla de mantener a la gente aletargada, útil y productiva, pero irreflexiva. Una cierta dosis de basura de Londres molida en polvo o hecha papilla puede impedir que una persona piense demasiado, puede liberarlo de la memoria. Una mezcla de aceite de ricino, aceite de motor, desechos del suelo de Londres, agua del Támesis, estopa, salitre. Este polvo puede añadirse fácilmente a la comida de los pobres, al pan o, simplemente, endulzándolo un poco, puede servirse en una cuchara. Esto ha supuesto una gran ventaja para nosotros. Y aun así...

—¿Y aun así, Abuelo?

—Y aun así. Ha habido complicaciones, tenemos un gran problema.

Los comprobantes se marcharon volando. La pizarra se replegó y regresó al abrigo del Abuelo. El anciano parecía muy intranquilo.

—Una fuga, una fuga iniciada recientemente en nuestra región pero que se está expandiendo en otros lugares. La gente respira un aire diferente, bebe agua del Támesis, inhala ciertas basuras, gente de Chelsea, de Kensington, de Knightsbridge y de la City han sucumbido a la enfermedad de los cúmulos. Hay un gran malestar y son muchos los que han señalado a la familia Iremonger con dedo acusador. Y por eso hemos tenido que explicarles cómo protegerse. La enfermedad, como suele pasar, no afecta a todo el mundo. Hay una manera de protegerse contra ella. Se ha descubierto que se transmite cuando una persona se acerca a otra ya convertida en un objeto. No se convertirá, siempre y cuando la persona mantenga ese objeto siempre cerca, o pueda sujetarlo de vez en cuando; estar cerca de él suele ser suficiente. Existe una forma de conectar a una persona de carne y hueso con una persona de objeto. Hay que disolver una parte (una simple migaja basta) de la persona-objeto en estado líquido y luego inyectarla en la persona de carne y hueso, y una gota de sangre de la persona de carne y hueso debe ser absorbida por la persona-objeto. A partir de ese momento, ambas deben mantenerse relativamente cerca la una de la otra, y así la persona de carne y hueso estará a salvo de esa atroz enfermedad, pero solo si mantiene su objeto particular cerca.

—¡Nuestros objetos de nacimiento!

—En efecto, joven Clod, nuestros objetos de nacimiento.

—Entonces por eso, oh, cielos, por eso Thomas Knapp... Pero entonces... ¡James Henry! ¡Era una persona! ¿*Quién* era James Henry?

—Alguien, nadie, no importa. Tú eres importante, Clod, James Henry no lo es. El Tío Idwid ya tiene una edad, por eso te necesitamos, un nuevo Escuchador, para oír qué objetos tienen..., tuvieron una historia, digámoslo así. Para separar al mero objeto del objeto parlante. Para mantenernos a salvo.

—Me gustaría mucho devolver a James Henry Hayward a su familia.

—Clod, Clod, no puedes hacer eso.

—Pero, Abuelo, insisto: quiero devolverlo.

—En esta gran familia de Iremongers, Clod, con el paso del tiempo, de las generaciones, los objetos de nacimiento y sus propietarios han desarrollado un extraño vínculo. A medida que crecen el uno con el otro, se ha descubierto que uno de los dos debe permanecer como objeto. En el caso de que devolvieras tu tapón a alguna familia...

—*Su* familia.

—... es muy probable que te convirtieras en un objeto. Si dejas que tu tapón tome el control, te arriesgas a que James Henry Hayward pase a llevar a Clodius Iremonger en el bolsillo de su chaqueta.

—¿Qué debo hacer?

—Cuidarlo, tal vez. Tratarlo con delicadeza.

—No me encuentro bien.

—Sí, sí —dijo el Abuelo bostezando—. Te entiendo. Y estoy seguro de que confías en tu tapón, ¿verdad? Pero lo cierto es que no podemos saber quién es este James Henry Hayward y cómo reaccionaría si tuviera la oportunidad de hacerlo. En una lucha entre tú y él, ¿cuál de los dos prevalecería? Tu querido primo Rippit nos fue robado por su objeto de nacimiento, un abridor de cartas llamado Alexander Erkmann, nos robó a Rippit.

—Pero Rippit murió en los cúmulos.

—Eso es lo que os hemos contado, pero no fue lo que sucedió; nos lo robó su abridor de cartas, que, escondido en nuestro tren en su forma humana, se llevó a Rippit, aunque no sabemos la forma que tenía tu primo en ese momento. Se lo llevó lejos, a Londres. El abridor era su sirviente personal, una criatura híbrida que de tanta pena se perdió en los cúmulos. Mi pobre Rippit nunca ha sido encontrado, y todo por permitir que su objeto tomara las riendas.

—Pobre, pobre Rippit perdido.

—Por eso nunca debes confiar en una cosa, Clod.

—Pero, Abuelo, si nos separamos de nuestros objetos, entonces... ¿qué ocurre?

—La muerte, Clod, en ese caso solo nos espera la muerte. La muerte para ambos, para la persona y para su objeto. Cuando uno muere, ambos lo hacen. Estamos ligados el uno al otro, solo puede haber uno de los dos en todo momento. Así es como funciona.

—Entonces la Tía Rosamud es un cubo.

—No, Clod, no. Alice Higgs ha vuelto a ser un picaporte, y tu tía se está recuperando, le devolviste el picaporte justo a tiempo. Conseguí convencer a Alice Higgs para que volviera a ser de latón.

—Alice Higgs es una niña pequeña.

—Alice Higgs es un picaporte de latón. Hemos estado a tiempo de solucionarlo. Pero no te alarmes. No podías saberlo, pero tienes un tío que es un tintero arriba, y mi propio hermano, Gubriel, es un pelapatatas. Mi madre, mi propia madre, un guardadientes. Y mi antiguo profesor, tan pródigo en castigos, ahora no es más que un trozo de bastón. Así funcionan las cosas, Clod, no podemos hacer nada.

—¡Es horrible! ¡Es monstruoso!

—Al principio puede parecerlo. Por eso se lo ocultamos a los más jóvenes de la familia, hasta cierto punto, pero si consideramos que un joven Iremonger promete, es trasladado a la ciudad, a Filching, solo a Filching, no más lejos, y se le informa debidamente y se convierte en una pieza importante de la gran máquina Iremonger.

—¡No quiero tener nada que ver con esto!

—Pero ya tienes que ver con esto, Clod. Tu colaboración nos ayudará a proteger a nuestra familia.

—No lo haré.

—Claro que lo harás, por supuesto que lo harás. Y aprenderás a amarlo o acabarás muy mal. ¿Cómo crees que mi tío, mi hermano, mi profesor y mi propia madre se convirtieron en lo que se convirtieron? Lo hicieron con mi ayuda. Sé entenderme con los objetos, y puedo terminar con ellos, como acabas de ver. Nunca he conocido a un objeto que no pudiera aplastar. Ni a una persona, Clod, ni a una persona. La gente cree que tiene voluntad, pero no la tiene.

—Estoy asustado, Abuelo.

—Y esto, Clod —dijo el Abuelo mientras se ponía en pie—, es un punto de partida excelente. Pero tengo que dejarte, llego muy tarde al tren y los negocios no esperan a nadie. Ahora debes vestirte, Clod, y debes ir a hacer una visita a tu abuela.

—¿Tengo que ir a ver a la Abuela? ¿Está seguro?

—Vístete con tu ropa nueva. Tu abuela desea verte. Y mañana por la mañana, sin falta, vendrás conmigo a la ciudad. Con pantalones.

—¡Mañana!

—Estoy muy contento de que hayamos mantenido esta charla, Clod, muy contento. Ahora, vístete.

«Jack Pike.»

«James Henry Hayward.»

Y se fue.

Media hora después, el tren rugió de camino a Londres.



La callada niña Ormily Iremonger

UNA REGADERA DE HOJALATA

Una carta escrita por Tummis Gurge Oillim Mirck Iremonger, residente saliente de
Forlichingham Park, Londres

mi querida familia y amigos, esta carta-listado.

A A mi madre y padre, mis dibujos y mis pinturas, mi modelo de pájaro.

A mi hermano Gorrild, mis gemelos de ópalo.

A mi hermana Monnie, algunas plumas y las cintas que tanto le gustaban.

A mi hermano Ugh, mis libros Robinson Crusoe, de D. Defoe, El progreso del peregrino, de J. Bunyan, La balada del viejo marinero, de S. T. Coleridge.

A mi hermano Flip, mis soldaditos de plomo, todos menos los Guardias de Coldstream.

A mi hermana Neg, los Guardias de Coldstream y mi bate de crícket.

A mi primo Bornobby, la condonación de la deuda de diez chelines y cuatro peniques que me debía, y la devolución del catálogo de corsés de Jos. Horles & Sons, Burlington Arcade.

A mi primo Clod, mi álbum de sellos, mis libros de pájaros (Familiar History of Birds, de E. Stanley, Birds by Land and Sea, de J. M. Boraston, A History of British Birds, de T. Bewick, Harmonia Ruralis, de J. Bolton), a menos que Ormily quiera alguno (tal vez podéis compartíroslos), mi dintel (y su caja de cerillas), para que los cuides, por favor.

Para mi prima Ormily, mi amor, esta única pluma de mi gaviota, Regadera (creo que era de ella). Querida Ormily, queridísima Ormily y tu encantadora regadera de hojalata, os beso a ambas.

No tengo nada más.

Lo siento mucho.

T.



El estudiante indolente Tummis Iremonger

UN GRIFO (CON UNA C DE CALIENTE GRABADA)

Continúa la historia de Lucy Pennant

El capitán tocó el silbato.
—¡Abrid la puerta! Los Iremongers de los cúmulos se abalanzaron y yo salí con ellos tan rápido como pude.

A los cúmulos.

Me caía, una y otra vez. Me levantaba pero enseguida volvía a tropezar. Me decía a mí misma que tenía una cuerda fuerte atada a la espalda, y que, al final de esa cuerda, bien pegada al muro, estaba mi ancla y todas las demás anclas, sujetándonos, manteniéndonos aferrados.

Durante algún tiempo avanzamos a trompicones por el espacio que quedaba cubierto por la sombra de la casa. Allí estábamos protegidos, pero una vez fuera de la sombra, una vez la dejabas del todo atrás, estabas desnuda, ¿no? Más sola si cabe. Pero yo no me sentía tan sola, por lo menos no al principio, porque a mi lado, barriendo el terreno igual que yo, estaban todos esos otros Iremongers de los montones. Todavía no estaba sola. Mira abajo. No mires abajo. Mira abajo.

Ahí estaba.

Estaba en los cúmulos. Se extendían ante mis ojos hasta perderse en la lejanía. Junto a la pared, los cúmulos eran poco profundos, sentías que pisabas tierra firme y, a decir verdad, a lo largo de esos primeros metros los cúmulos no eran nada profundos, podías vadearlos, y pensé que todo iría bien, estarás bien, pero entonces fuimos dejando atrás aquella zona porque había que seguir moviéndose, había que seguir caminando porque de lo contrario te hundías, te caías, cada vez que te parabas te hundías un poco, y tenías que trepar y no podías dejar de moverte. Apenas habíamos alcanzado profundidad, pero si me detenía un instante me hundía hasta la espinilla, y tenía que volver a subir como pudiera, tratando de encontrar algo en lo que apoyarme, un trozo de madera o de metal, algún ladrillo, para volver a sacar las botas. Sigue moviéndote. Sigue moviéndote. No mires abajo. Mira abajo.

Era como caminar sobre una criatura, pensé. Solo que la criatura, fuera lo que fuese, no estaba viva, había muerto hacía algún tiempo y nosotros debíamos hurgar en su gran cuerpo podrido, duro en algunos sitios y blando en otros, y resbalábamos, y a veces nos hundíamos un poco. Pero no estaba sola, y además todavía teníamos el muro detrás.

Los Iremongers de los cúmulos pululaban de acá para allá, recogiendo cosas con grandes mitones o pinchándolas con palos, saltando de un lugar a otro como si conocieran aquel camino de piedras como la palma de su mano, como si el suelo no tuviera nada de raro, como si fuera sólido y fiable y estuviera bien cartografiado. A cada nuevo tímido pasito me deslizaba un poco más allá. Vi a dos de los Iremongers de los cúmulos cargando con una viga, arrastrándola de

vuelta al muro, otro tenía una especie de máquina antigua, y otro simplemente sujetaba una vieja jabonera; parecía muy feliz con ella. Sigue moviéndote. Sigue moviéndote. No mires abajo. Mira abajo.

El problema de la basura es que nunca se está quieta. Se movía de un lado a otro delante de mis narices. Había un enorme armario, tal vez un viejo tocador, podía verlo a lo lejos: una de sus puertas se abría y se cerraba, como un aleteo. A veces salía a la superficie, pero luego se hundía y dejaba de verlo, se sumergía en las profundidades, de pronto aparecía en lo alto de una montaña de escombros y acto seguido ya se había hundido en un valle. Cuanto más te alejabas, más se desplazaban los objetos. Pronto fueron quedando cada vez menos Iremongers, y al cabo de un rato debíamos de ser tan solo cinco, y a mi alrededor todos esos Iremongers tenían cuerdas que empezaban a estar totalmente tensas, ya habían alcanzado su límite, no como la mía. Aún me quedaba mucho terreno por recorrer.

Había pájaros por todas partes, a algunos les costaba luchar contra el viento y se lanzaban en picado o eran arrastrados muy lejos. Vi a uno sumergirse y volver a salir con una rata en el pico. Debo seguir avanzando sin entorpecer la cuerda, no debo dejar que se enrede. Cada tanto tenía que darme la vuelta y levantar la cuerda para asegurarme de que estaba bien. Y entonces le pegaba dos buenos tirones para que el ancla supiera que seguía allí, y, para asegurarme yo también de que el ancla seguía allí, él tiraba otras dos veces, lo que quería decir que todo iba bien. Algo es algo. Significaba que todavía estaba allí.

No oía gran cosa, el casco era demasiado grueso. Estaba segura de que las gaviotas que volaban a mi alrededor a la espera de ver qué remolcaba de entre los cúmulos probablemente estarían chillando, pero no podía oírlas. Lo único que oía era mi propia respiración, mis propios resoplidos. Cuanto más duraba aquella penosa aventura, más me oía. Con cada nueva exhalación el cristal del casco se empañaba un instante, por lo que la condensación solo se reducía ligeramente cuando inhalaba, y solo entonces podía ver la masa que se agitaba por delante.

Me llevé varios golpes. Al principio no entendía que era la basura. Pensaba que el Iremonger de los cúmulos que estaba a mi lado se había chocado conmigo, pero entonces vi que lo que había impactado contra mí era en realidad el esqueleto de una vieja mecedora de madera, podrido y carcomido, mojado e inservible. En cierto momento me enredé con una especie de cadena y caí, y mientras batallaba por recuperar el equilibrio el suelo se abrió bajo mis pies y, de repente, vislumbré una pequeña caverna por debajo, una apertura en los cúmulos, una grieta, y en mitad de la grieta había un gran agujero más profundo donde cientos de objetos se despeñaban sin descanso. Sigue moviéndote. Sigue moviéndote. No mires abajo. Mira abajo. Allí. Mira.

Durante un segundo, muy abajo, en las profundidades, vi pequeños pedazos de casas e incluso un carruaje entero abollado y una puerta, y me situé justo en el borde de esta brecha cada vez más amplia, incapaz de apartar la vista. Mirando hacia abajo, al fondo. Encaramada sobre ella. Era muy profunda. Fue en ese momento cuando me pareció ver a alguien. Había alguien en el fondo, alguien se movía entre la basura sumergida. Alguien vive allí abajo. ¿Era un animal o algún tipo de pez oscuro? ¿O era una persona?

¡Plaf! Algo me agarró y tiró de mí.

Un Iremonger de los cúmulos me sujetó y me obligó a retroceder. Fui consciente de que, de no haber sido por él, habría penetrado en aquel lugar, en las profundidades que parecían llamarme. Pero algo tiró de mí hacia atrás y el Iremonger de los cúmulos responsable de aquel

tirón me golpeó fuerte en el brazo para sacarme de mi ensimismamiento y pude ver, que no oír, que gritaba dentro de su casco, dentro del cual la niebla era espesa y blanca. Y continué avanzando, alejándome de la grieta, hacia delante. En dos ocasiones la misma bota vieja apareció a mi lado, como si me siguiera, por lo menos creo que era la misma bota, negra y ligeramente abierta a la altura del dedo gordo, que le hacía parecer una boca. Tengo que avanzar por este estercolero o cortarán la cuerda. Me tiré primero de una pierna y después de la otra, se me hundían los pies. Me enterraba y volvía a emerger, una y otra vez. Entonces vi algo pequeño y brillante rozando la superficie: tuve la impresión de que era un pequeño reloj enganchado a una cadena. Traté de cogerlo pero se empeñaba en bailotear delante de mí. Fui tras él, me acerqué mientras el viento lo sacudía. Me lancé a por él, casi era mío, toqué la cadena, pero volvió a desaparecer, lo perdí de vista, de pronto se extravió por debajo de la superficie. Y entonces me di la vuelta y vi que finalmente me había quedado sola, que los demás Iremongers de los cúmulos estaban muy por detrás de mí. Qué mal lo pasé en ese momento. Grité dentro del casco. El cristal estaba tan empañado que durante unos segundos no pude ver nada y, cuando al fin se despejó, pensé en lo mucho que había oscurecido. El cielo estaba muy negro. La tormenta no tardaría en llegar.

Oscuro. Estaba más oscuro que cualquier agujero de carbón que hubiese visto nunca, y las nubes que se alzaban en lo alto apenas dejaban pasar la luz. Y hacía mucho frío, más que cualquier día de invierno en el que se te escapa un vaho espeso por la boca y todos los charcos se hielan y duele tocar el metal y te acurrucas y tiembles aunque lleves muchas capas de ropa encima y crees que nunca volverás a entrar en calor. Más frío que eso. Y se esfumó la esperanza, no quedó esperanza de ningún tipo. Y me invadió la sensación de estar muerta. De estar perdida para siempre y para todo el mundo. Enterrada viva en lo más profundo sin que nadie lo supiera. Y una sensación de inutilidad, de estar rota y sola. En la fría oscuridad. Así es como me sentía.

Me han apagado, pensé.

Me han extinguido.

He dejado de estar encendida.

Era como estar perdida, excluida, expulsada, escupida, sepultada, arrojada a un gran agujero. Pequeña. Muy pequeña. Fui consciente en aquella negra frialdad de lo pequeña que era, de que nunca sería nada grande. Tan solo una migaja. Una astilla. Un objeto perdido. Así me sentía yo. Algo así. Aunque no exactamente. Todavía no. Quedarte sola en los cúmulos era como estar muerta, completamente muerta, extinguida, acabada, jamás recordada por nadie, como si ni siquiera hubieras existido, nunca, como si fueras una desconocida en todas partes. Como todo eso. Salvo que estás viva, salvo que respiras, salvo que te encuentras en ese lugar muerto, con toda esa masacre a tu alrededor, cada vez más cerca. Ahí era donde estaba. En las profundidades de aquello. Por allí caminaba, jadeando y terriblemente infeliz, enfundada en aquel grueso traje de cuero con el inmenso casco de metal aprisionándome la cabeza y todo me quedaba tan enorme que tenía que revolverme en el interior del traje para poder mirar por la ventana del casco. Miles de cosas muertas y yo. Cientos de miles de cosas de diferentes tamaños, amontonadas. Montañas de basura.

Lo siento, pensé, lo siento muchísimo. Por todo lo que estaba roto. Vosotros, objetos feos, ¿cómo habéis terminado así? ¿Quién os ha hecho esto? Siento que nadie se preocupe por vosotros. Lo siento. Pero yo no puedo cuidar de todos vosotros, no daría abasto. No puedo. Esa

es la verdad. Me borraríais del mapa en un periquete. Acabaríais conmigo en un segundo.

Justo delante de mí había una vieja escalera de madera, totalmente reventada, a la que le faltaban algunos peldaños. Tuvo que haber sido una escalera larga, pero de eso hacía ya mucho tiempo. Me pregunté adónde habría llevado. Ahora subía a ninguna parte, pero permanecía en su lugar, agitándose un poco en el viento que cada vez soplaba con más fuerza, pero sin llegar a hundirse. Pensé que era parte de un lugar. Lo más parecido a un lugar que podía conseguirse allí fuera. Tal vez no lo bastante sólido, pero sí algo más sólido. Estiré el brazo para darle alcance y empecé a trepar por ella y al hacerlo los escalones comenzaron a tambalearse, y la barandilla a estremecerse, hasta que me alcé por encima del suelo de los cúmulos y pude ver que la escalera seguía conectada a algún edificio que todavía aguantaba sobre los cúmulos, era su parte más alta, como el mástil de una embarcación. Hasta allí me encaramé y allí, sobre un peldaño, me senté. Tenía náuseas. A mi alrededor revoloteaban las gaviotas. Están vivas, pensé, os saludo, hola. Estoy aquí. Sigo aquí. Yo también sigo viva.

Así que me tomé un descanso, eso es. Mientras pudiera. En aquella vieja escalera. Desde allí podía ver Iremonger Park a lo lejos, era una isla negra, la mancha más grande y oscura. Entorné la vista y distinguí unas figuras que se movían junto al muro, como hormigas, como moscas, podía ver la puerta, seguía abierta. No cerréis esa maldita puerta, pensé, no os atreváis a cerrarla. No mientras yo siga aquí fuera, bastardos. Eso sería mi final, por siempre jamás. Bien, me quedé allí sentada. Y entonces fue cuando lo vi.

Había alguien más en los cúmulos, no la sombra oscura y profunda que había visto por debajo, sino otra persona completamente distinta. Iba vestida muy elegante. Como si se dirigiera a algún lugar especial. Tardé un momento en darme cuenta de lo extraño que era ver a alguien tan bien vestido en mitad de un montón de basura. Chistera, frac, pajarita, camisa blanca: iba hecho un pincel. Sin embargo, había algo extraño en sus pantalones, eran muy ajustados en la mitad inferior y al principio no distinguía lo que eran. ¿Quién es, me preguntaba, qué diablos hace aquí fuera? Se hundirá como no vaya con cuidado. Era alto, resultaba evidente incluso ahí fuera, en los cúmulos, tan alto que en un primer momento pensé que debía de ser un adulto. Algún loco Iremonger de pura sangre que había salido a pasear en los cúmulos, con la tormenta que se avecinaba. Solo cuando estuvo más cerca vi que se trataba de un niño, de un niño alto. Lo supe por los pantalones extraños que llevaba, que no eran en absoluto pantalones de vestir, sino pantalones cortos, pantalones cortos oscuros como los que vestía Clod y piel desnuda por debajo de la rodilla. Oh, Clod, pensé entonces, Clod, ¿quién es este tipo que se pasea entre los cúmulos? Tú lo sabrías, ¿verdad? Seguro que sí. Oh, dile que vuelva adentro, pensé, ay, díselo, díselo, por favor, no debería estar aquí fuera con este tiempo. Esto será su fin. Yo me he portado mal, me he portado muy mal a ojos de ellos, pero incluso a mí me han equipado, me han proporcionado este casco y este traje de cuero, incluso un ancla, por muy débil que sea. Entonces me di cuenta: no tenía ninguna cuerda. Y si no tenía cuerda, tampoco tenía ancla. Nada lo ataba a la tierra. No estaba conectado. Va a morir. Creo que lo dije en voz alta, esas palabras, mientras me revolvía en mi traje de cuero, generando vapor en el interior del casco de cristal. «Va a morir.»

Pero la figura seguía avanzando, y parecía moverse con gran facilidad entre los cúmulos, saltando de un sitio a otro, dando grandes zancadas, precipitándose hacia delante, ahora a la izquierda, ahora a la derecha, como si nada. Si me rebasa, pensé, si continúa más allá de donde yo estoy, entonces es que se ha vuelto loco, no hay nada entre este lugar y Filching, y Filching

está a kilómetros de distancia, sabe Dios que nunca llegará tan lejos. Caminaba agitando los brazos, como si fuera un gran pájaro tratando de alzar el vuelo, pero sin conseguirlo. Algunas gaviotas revoloteaban a su alrededor, zambulléndose, como si jugaran con él. Había momentos en los que, atrapado como estaba en una masa de plumas blancas, parecía saludarlas, jugar con ellas. Pero cada vez que las gaviotas se lanzaban en picado podía ver (porque cada vez estaba más cerca) que aquellos juegos lo ensuciaban, que su ropa estaba cada vez más mugrienta, más llena de porquería y desgarrones. Comprendí que lo estaban hundiendo. Eso era lo que pretendían.

—¡Eh! ¡Parad! —grité—. ¡Dejadlo en paz!

No me oían. Tampoco él me oía. Solo yo me oía. Tengo que conseguir llegar hasta él, me dije, tengo que hacerlo. Se acerca la tormenta, los cúmulos se están levantando, romperán a hervir en cualquier momento. Tengo que llegar hasta él, tengo que conseguir que me oiga.

Traté de desencajar el casco, pero no cedía, traté de abrir la ventanilla, pero mis gruesos guantes eran demasiado grandes y gordos, demasiado grasientos y resbaladizos, no podía aflojar el tornillo ni quitarme los guantes porque formaban parte del traje, estaban cosidos a él. Tengo que romper el cristal, me dije, antes de que sea demasiado tarde. Mira, míralo. Abría los brazos hacia las gaviotas, que levantaban el vuelo entre un ataque y el siguiente, y él volvía a ponerse de pie con los brazos abiertos, agitándolos para que volvieran. Y volvían. Debía de haber un centenar de gaviotas revoloteando, picoteando y arañando el aire, y cada vez que volvían se abalanzaban sobre él, lo agarraban, lo levantaban del suelo unos segundos en el aire, para volver a dejarlo caer sobre algún cúmulo. Era un espantapájaros pálido, desgarrado, ensangrentado y aun así (¡qué imagen tan ridícula!), aun así no perdía la chistera, como si lo correcto para tales horrores fuera ir bien vestido.

Agité los brazos confiando en que me viera, incluso me puse a brincar en los peldaños de la escalera hasta donde me atreví. Pero él estaba muy ocupado con las gaviotas como para fijarse en mí. Lancé cosas a los pájaros, pero todo cuanto les arrojaba caía siempre demasiado lejos, no conseguía acercarme. Tengo que romper el cristal del casco, pensé, tengo que romper el cristal. En la esquina superior derecha del extremo de la escalera, al final de todos los peldaños, había un escalón partido y puntiagudo, con un soporte metálico. Y contra esto empecé a golpear el cristal del casco. ¡Plaf! ¡Plaf! ¡Plaf! Nada. Ni un rasguño. Tenía que ir con cuidado de no chocarme muy fuerte o me travesaría la cara con aquella punta afilada y terminaría mis días empalada para siempre en lo alto de unas escaleras que no iban a ninguna parte. ¡Plaf! ¡Plaf! ¡Plaf! Una grieta, ¡una buena grieta! ¡Plaf! ¡Plaf! ¡Bum! El filo atraviesa el cristal y me hace un corte en la mejilla. Retiro los trozos con mis gruesos guantes y lo llamo, me desgañito.

—¡Holaaaa! ¡Holaaaa! ¡Eh, tú, el de ahí! ¡Aquí! ¡Aquí!

No me oía. Aunque ahora yo sí podía oír que, mientras saltaba entre las embestidas de las gaviotas, estaba cantando, cantando bajo aquella tormenta repugnante, en aquel lugar repugnante.

—¡Homily, homily, homily, homily!

Al principio eso es lo que entendía.

—¡Holaaaa! ¡Eh! ¿Me oyes?

—Homily, homily... —Pero no decía eso, se parecía mucho pero no era eso—. Ormily, Ormily. —Sí, eso era—. ¡Ormily, Ormily, Ormily!

—¡Hola! ¡Hola! ¡Estoy aquí!

Entonces enmudeció y me miró. Yo agitaba los brazos como una loca hacia él. Me devolvió el saludo, incluso se quitó el sombrero para saludarme, y en cuanto lo hizo una gran gaviota se lo arrebató, llevandoselo para siempre. Entonces le vi el pelo.

Era claro y suave y muy fino. Y supe quién era. Era el amigo de Clod. Se llamaba Tummis. Era Tummis Iremonger, muy lejos de su casa, en la tierra de los cúmulos.

—¿Eres Tummis? —grité.

—¿Quién eres tú?

—¡Una amiga de Clod, de Clod Iremonger! ¡Aguanta un minuto! ¡Aguanta! —grité—. Voy a por ti. Tengo una cuerda.

—¡No! —chilló—. ¡No la quiero! No pienso volver.

—No puedes quedarte aquí fuera. ¡La tormenta!

—¡No me dejan casarme con Ormily! ¡No me dejan!

—¡Ya llego!

—¡Y a Clod lo van a mandar lejos!

—¡Aquí estoy!

—Ay, Ormily.

—¡Ya casi!

—¡No pienso volver!

La tormenta empezó a formarse a su espalda, una gran ola se alzaba a lo lejos, una gran ola negra de ladrillos y vidrio, de huesos y escombros, que se dirigía hacia nosotros.

—¡Aguanta, Tummis! ¡No queda nada!

Casi lo había alcanzado, estaba muy cerca, unos pocos pasos más y habría llegado, pero mientras forcejeaba sentí que algo me arrastraba hacia atrás, algo tiraba de mí por la cintura, impidiéndome avanzar, arrastrándome de vuelta a la casa. Alguien me remolcaba, mi ancla y seguro que no solo mi ancla, sino otras personas más fuertes que mi ancla me arrastraban de vuelta a la seguridad del muro. Alargué la mano hacia Tummis.

—¡Agárrate, Tummis! ¡La ola, la ola!

Tummis miró hacia atrás y en ese instante tuvo miedo y por fin estiró el brazo hacia mí, y mientras lo hacía, sentí cómo me arrastraban. Tummis se tambaleó tratando de alcanzarme.

—¡Vamos! ¡Vamos! —le grité.

Extendió la mano como queriendo darme algo, no su propia mano sino algo reluciente, algo que le permitía alargar el brazo.

—¡Vamos, Tummis! ¡Deprisa! —grité, porque quienquiera que estuviera tirando de mí, lo hacía con todas sus fuerzas, tanto que apenas lograba mantener los pies en el suelo.

Estiré la mano y conseguí agarrar aquella cosa brillante, era algo metálico.

—¡Te tengo! —grité—. Aguanta, tirarán de nosotros, ¡no te sueltes!

Volvió a tambalearse hacia mí pero entonces se cayó. Estaba atrapado en algo, su pie había quedado atrapado e intentó soltarse.

—Me... —gritó—. Un buzón me tiene agarrado por el tobillo. No puedo soltarme.

—¡Tummis! ¡Tummis! ¡La ola!

Pero en ese momento la cuerda pegó un tirón espectacular y me arrastraron, tiraron de mí, me alejaron de él y me quedé con aquella cosa de metal en la mano. Di tumbos de un lado a otro, golpeándome con las cosas, mientras tiraban de mí y me remolcaban. Y entonces una gran sombra se cernió sobre él y se oyó un estruendo espeluznante. Y eso fue todo. Me di la vuelta y dejé de ver. Cuando al fin pude volver a mirar, Tummis había desaparecido. Se había hundido.

Aún gritaba cuando me arrastraron dentro, cuando alcancé la seguridad del muro. Seguía aferrada a esa cosa de metal. Era un grifo, un maldito e inútil grifo. Con una C grabada, supongo que se refería a CALIENTE. Eso era todo lo que quedaba de él. Solo eso. Un maldito grifo. ¿De qué servía? Varias de las anclas más grandes habían tirado de mí, la tormenta les producía pánico y todos trataban de volver a cruzar las puertas, porque los cúmulos ahora sí que se estaban levantando de verdad, y las olas habían empezado a romper contra el muro de la casa, todo era mucho más peligroso que cuando había salido.

—¡Dentro! ¡Dentro! ¡Dentro! —gritaban—. ¡Debemos entrar!

El Capitán corría de un lado a otro tocando el silbato, en su rostro se adivinaba el pánico.

—Es grande, muy grande. ¡Hacía años que no veía una tan grande!

—¡Hay alguien ahí fuera! —grité—, ¡todavía queda alguien!

Me condujeron al otro lado de la puerta, pero no me soltaban.

—¡Por favor! —grité—. ¡Tenemos que volver! ¡Tenemos que encontrarlo!

—No, no —dijo el Capitán—, no es seguro, ni de broma. Tenemos que entrar ya. Hoy no es día para estar fuera, te lo aseguro.

—¡Pero él sigue allí! —chillé, y entonces tuve una idea para conseguir que me escuchara—. Es un pura sangre —dije—, un auténtico Iremonger, ¡uno de verdad! Se llama Tummis Iremonger. ¡Está ahí fuera! ¡Mire! Creo que este es su objeto de nacimiento.

—¡Dame eso! —dijo el Capitán—. Ay, Dios. Ay, señor. —Pero después añadió—: ¡Cerrad las puertas!

—¡No puede hacer eso!

—¡Es mi deber! Debo hacerlo o los muros cederán. ¡Es mi obligación! ¡Por la casa!

—¡Un Iremonger! —grité—. ¡Tummis Iremonger!

—¡Cierra el pico, señorita! —exclamó el Capitán—. Es demasiado tarde. No podemos hacer nada.

—¡Tummis Iremonger está ahí fuera! Escúcheme, ¡por favor!

—Escúchame tú, mocosa —dijo—. No, no lo está, ya no. Todo lo que hay fuera está muerto, acabado, finiquitado. Lo siento, de veras que lo lamento, pero es lo que hay. Nada puede sobrevivir a eso. No cuando se solivianta, y menos aún cuando lo hace de esta manera.

—¡Tummis! —aullé—. ¡Tummis Iremonger!

—Con esta tormenta yo no saldría ni a por mi propia madre, ni siquiera a por Umbitt Iremonger en persona, ni a por la mismísima reina, por el amor de Dios. Ahora entra de una vez y sé razonable. A saber a quién más pillaré una tormenta como esta. Apuesto a que a más de uno. Habrá más muertes antes de que termine este día. Esperemos que la casa se mantenga en pie, aunque es posible que no lo consiga y se derrumben algunas partes. Te lo garantizo. Lo único que podemos hacer es confiar en que no nos toque a nosotros, óyeme bien. ¡Cuidado!

En ese momento aparecieron volando unos escombros por encima del muro que fueron a parar al patio. Delante de nosotros estalló un amasijo de cristales y en el lugar que habíamos ocupado hacía un instante cayó una cama de hierro oxidada y retorcida.

—¡Adentro! ¡Vamos! ¡Y cerrad la puerta ahora mismo! ¡Portazo y cerrojo!

Estábamos todos dentro, todos los Iremongers de los cúmulos, todas las anclas y yo, todavía enfundados en nuestros trajes de cuero y nuestros cascos, en la parte de abajo de la casa, bajo la superficie, rodeados de basura por todas partes, chorreando sobre nosotros en los pasillos de servicio de Heap House.

—Traed una fregona —anunció el Capitán—, que venga una fregona en este instante.

Pero en vez de una fregona llegó corriendo un Iremonger: llegó Piggott y llegó Sturridge, acompañados de Idwid Iremonger, con la oreja puesta, tirándose del lóbulo, y a su lado había otro hombrecillo que era igual que él, solo que los ojos de este último sí que funcionaban y su ropa era menos elegante y de su cuello colgaba un silbato, y aparecieron otros Iremongers trajeados, Iremongers oficiales a los que no conocía, y todos estaban nerviosos, todos temblaban. Y entonces caí en la cuenta de que sí que reconocía a uno de los Iremongers oficiales, a uno que llevaba una hoja de laurel roja prendida en la solapa. Lo había visto antes. Estaba segura. ¡Eso es! Era el que se llamaba Cusper Iremonger, el que me había ido a buscar al orfanato. Mira tú por dónde. Pero ¿qué hace aquí?

—Se ha abierto una brecha —dijo el mayordomo.

—No —dijo el Capitán—, tal vez más tarde. Todavía no. Permítanme informarles de que la puerta está cerrada y el muro está aguantando bien. Por el momento. Pero lamento informar de que se ha producido una baja ahí fuera. Desconozco cómo ha logrado salir un miembro de la familia sin equipo de seguridad, pero aun así salió, eso me han dicho, aunque todavía está por confirmar. Tengo esto. Pero no, por lo visto, a la persona a la que pertenecía.

Extendió la mano y enseñó el grifo. Piggott se lo arrebató.

—¡Es del señorito Tummis! ¿Cómo ha podido ocurrir algo así?

—No lo sé, no es mi deber ocuparme de ellos. Debe de haber escapado. Lo siento mucho, lo lamento profundamente, pero no es de mi incumbencia. ¡Lo que sí puedo decirles es que no hay ninguna brecha, la puerta está cerrada a cal y canto y por el momento resiste! Les aseguro que no hay ninguna brecha.

—¡No hablamos de la tormenta! —terció bruscamente el del silbato—. ¡Ni del tiempo, pasmarote!

—Lamento decir, me gustaría no tener que hacerlo —dijo Cusper—, pero he dejado entrar a uno.

—¡Prosigue, mastuerzo! —ordenó el del silbato—. ¡Vamos, cuéntaselo a todos!

—Esa no es la manera de hacer las cosas, querido Timfy —dijo el ciego Idwid—, no ayuda en absoluto. Explícales, Cusper, si es que puede oírse algo por encima de esta tormenta, de este estruendo constante en mis oídos.

—¡No me digas cómo tengo que hacer las cosas, hermano! —gritó el del silbato.

—Por favor, Cusper —le instó Idwid.

—Creo que podría estar con usted, pienso que es posible que se encuentre entre su gente, Capitán —continuó Cusper—. Bajo un casco, entre el cuero, uno de... uno de esos de ahí. Se le ha dejado entrar. Ha sido culpa mía. Una desgracia.

—¿Qué, exactamente? —preguntó Idwid—. ¿Qué es lo que has dejado entrar? Díselo al Capitán. ¡Oh, mis oídos!

—A... a... a... una no-persona, es decir, eh... A uno que no es de los nuestros, a... Eh... Un extraño.

—Escúpelo ya, hombre —ladró el del silbato—, acabemos de una vez con esto antes de que vuelva Umbitt. No me gustaría estar en tu lugar ahora mismo, ni por todo el amor ni por todo el dinero del mundo. Te expulsará de la casa. Se deshará de ti. Eso es lo que yo haría. ¡Créeme!

—Tranquilo, Timfy —dijo Idwid—. Cálmate, hermanito. ¡Ay, mis oídos!

—¡Hermanito, dice! ¡Hermanito!

—Yo... Verán... —farfulló Cusper—. Me... llevé a la persona equivocada. Tenía prisa. No debería haber sido así. Mal. Muy mal. Oh, qué estúpido. Yo... Y los nombres... Esos nombres feos... no se me dan bien... Buscaba a una niña, dije, en el orfanato... con el pelo rojo.

A medida que balbuceaba su explicación, mantenía la cabeza gacha, le sudaba la frente, señaló a alguien a su espalda y entonces una niña dio un paso al frente, una que no iba vestida con la ropa de servicio de los Iremongers sino con el viejo uniforme del orfanato, con una gorrilla de cuero en la cabeza. Era ella, por supuesto que era ella. La habría reconocido al instante en cualquier lugar. La abusona del orfanato, con la que me peleaba, la que decía que no había sitio para dos pelirrojas, a la que había mordido, la que me había arañado, ella, ella, la que siempre me obligaba a andarme con ojo. Esa misma. Nunca había sabido cómo se llamaba.

De modo que desde el principio no tenía que haber sido yo. No soy una Iremonger. No soy en absoluto una Iremonger, nunca lo he sido y nunca lo seré. Ni un ápice. Madre no lo era, no lo era en absoluto. No debería haber venido. Se ha cometido un error. La otra pelirroja era la Iremonger, no yo. Bien, qué queréis que os diga, no me sorprende. Era una Iremonger de los pies a la cabeza.

—¡La encontraré! ¡Se la mostraré! —dijo la niña del pelo rojo—. Déjenme buscar. Soy yo quien ha de hacerlo.

—¡A callar! —vociferó Piggott—. Será identificada, y de inmediato. Con la máxima discreción. Nunca un no-Iremonger había entrado en Heap House, nunca tendría que haber llegado tan lejos, propagando la enfermedad. Aquí solo entra la familia. Parientes todos. Íntimos. Y ahora, vamos, querida, sal de una vez, polluelita mía, déjate ver. Ven con Claar. ¿Cuál de todos eres?

No podía retroceder, ni tampoco volver a salir. Detrás de mí la puerta estaba cerrada. No podía dar ni un paso. Allí estaban todos aquellos Iremongers, esperándome, y algunos de ellos ocultaban algo en la espalda (¿qué era lo que sujetaban?), fuera lo que fuese no era nada bueno, de eso estaba segura.

—¡Quitaos los cascos! —dijo Piggott.

—Disculpe —dijo el Capitán.

—¡Obedeced ahora mismo! —gritó el que tenía el silbato.

—Vamos, niñita, no seas tímida. Sal, deja que te veamos.

—¡Mis oídos! —chilló Idwid.

—Por favor, le ruego que me disculpe —dijo el Capitán—, no pueden oírles. No pueden oír a través de los cascos. No entienden lo que se les está preguntando.

—¡Entonces quitadles los cascos, hombre! ¡Ahora mismo!

—¡Las anclas lo harán! Las anclas son las más ágiles. Cada una conoce muy bien a su traje de cuero. Son todos tan diferentes, verán, los cascos, cada uno es particular...

—No me venga con monsergas, cascos fuera, ¡ya! —bramó el mayordomo.

—Ven aquí, niña, ven con Claar. Ven conmigo. Quiero conocerte.

La esposa del cocinero, la señora Groom, relamiéndose los labios dejó entrever por un instante algo alargado y reluciente que solo podía ser un cuchillo.

—Quiero despellejarte —dijo—, hornearte, hervirte, escalfarte, desplumarte. ¡Destriparte!

—¡Odith! —exclamó Piggott—. ¡Todavía no!

—¡Mis oídos!

Yo estaba en el suelo agachada entre el resto de los trajes de cuero que ahora se retorcían y revolcaban con sus anclas y cascos, todos luchando por ser el primero en conseguirlo. No pienso quitarme el mío, pensé, no si puedo evitarlo, incluso con el cristal roto. Era la única protección que tenía. Vi a mi ancla a mi lado, el mozo de cocina, mirándome, frunciendo el ceño. Sacudí la cabeza, por favor, por favor no digas nada. No lo hizo. No se chivó.

—¡La señora Groom! —susurró—. ¡Te cocinará viva! Cuando se le mete algo en la cabeza no para hasta conseguirlo.

—Ayúdame.

—Es pescadera. Destriparía a su propio hijo.

—Ayúdame.

No me ayudó, pero tampoco me delató. Tal vez lo hubiera hecho, quién sabe, nunca lo sabré porque lo cierto es que no tuvo oportunidad de hacerlo, ya que en ese momento uno de los pesados cascos que habían sido depositados en el suelo, en lugar de quedarse quieto, empezó a deslizarse por el suelo por su cuenta a toda velocidad, precipitándose por el pasillo contra algo que esperaba en uno de los pasadizos de la cocina, concretamente contra una pared. Todas las miradas estaban clavadas en aquel casco, todos lo vieron engancharse a algo que se movía en la pared trasera. No, no era un simple algo, era la pared entera la que se movía. ¿Era la tormenta? ¿Podía ser la tormenta rompiendo el muro? No, no era eso, no lo era porque vi que el hombrecillo del silbato profirió un grito cuando su silbato trató de escapar de él, y si no lo hubiera llevado al cuello colgado de una cuerda, lo habría perdido. Entonces se escapó un segundo casco, y luego un gran Iremonger de los cúmulos cayó al suelo y empezó a deslizarse hacia esa misma pared de la cocina. Y no hizo falta más. Eso fue suficiente, porque en ese instante Idwid gritó:

—¡Un Engendro! ¡Un Engendro! ¡Menos ruidoso que la tormenta!

Y por todas partes estallaron gritos:

—¡Un Engendro! ¡Un Engendro!

Y eché a correr.



La matriarca Ommaball Oliff Iremonger

UNA REPISA DE CHIMENEA DE MÁRMOL

Continúa la historia de Clod Iremonger

Franela gris

Estaba sentado en la Enfermería con James Henry en mi regazo, disculpándome con él, preguntándole quién era, prometiéndole que encontraría a su familia, acariciándole y rogándole que me perdonara, pero no me dirigía a él como objeto, sino como persona.

—Te ruego que me perdones, de verdad te lo pido. Te llevaré a casa, no sé cómo pero te devolveré. ¿Dónde está tu familia? ¿Qué aspecto tienen esos Hayward? Si te llevo allí con ellos, ¿me convertiré en un objeto? ¿Y qué crees, James Henry, querido compañero, si me permites que te lo pregunte, qué crees que sería yo si fuera un objeto? ¿Sería algo grandioso, como un lucero? ¿O algo útil, como un desatascador? El hecho de que seas un tapón de bañera dice cosas buenas de ti. Está muy bien ser un tapón de bañera. Es muy agradable y fácil de llevar. Ay, perdona, James Henry, ya estoy otra vez con lo mismo, por supuesto que preferirías no ser un tapón de bañera, ¿verdad? Preferirías ser James Henry Hayward, en carne y hueso, equipado con todo lo necesario, en casa, con los tuyos. ¿Qué aspecto tienes? Siento muchísima curiosidad. ¿Tienes la cara redonda? ¿O solo pienso eso por la redondez del tapón? Lo siento mucho, lo siento muchísimo, James Henry. Antes no lo sabía, pero ahora sí lo sé. Y, por todos los cielos, cómo desearía que no fuera así.

«James Henry Hayward.»

—Lo sé, lo sé.

Me quedé allí sentado dándole vueltas y más vueltas a toda aquella información, exprimiéndome la cabeza con todas las palabras que había pronunciado el Abuelo, y además sus cosas y su olor seguían impregnando la habitación en cierto modo. Debería irme, pensé. Debería irme muy lejos, a algún lugar. Pero ¿adónde? ¿Y qué puedo hacer con mi tapón? Y con todas las cosas que hay repartidas por toda la casa, arriba y abajo, por las alas este y oeste, con toda esta prisión abarrotada, con todas esas personas atrapadas en objetos: un cubo antiincendios que es una persona, un sofá que es una persona, un tapón que es una persona, un poste de la escalera, un barómetro, una regla, un silbato, una escupidera, una caja de cerillas, todos personas, ¡todos personas! ¡Una caja de cerillas! ¡Lucy Pennant! Lucy Pennant, me mandan lejos. He recibido la llamada de la ciudad. Debería enorgullecerme de que haya ocurrido. Si el Abuelo me hubiera visitado tan solo unos días antes, me habría marchado dando saltos de alegría. Pero ya no. Ya no.

Debía marchar al día siguiente. Tenía que subir al tren. Ese tren que tantas veces había oído aullar, al llegar y al partir, que siempre me conmocionaba, que siempre sacudía a todos los Iremongers de la casa, aunque todos lo estuvieran esperando. Ay, Lucy, Lucy Pennant.

Ya tendría que haberme levantado. Una matrona había entrado para decirme que me pusiera algo elegante. Iba a ver a mi abuela. Era de recibo ponerme pantalones. Pantalones de franela gris. ¡Adiós, rodillas! ¡Adiós, espinillas y pantorrillas! Antes todo esto me habría hecho feliz, llevaba mucho tiempo deseando tocar mi propia franela gris, de examinarla en detalle y decir con viril orgullo: «Espiguilla». Tendría que haberme alegrado de decir: «Adiós, pana». Pero ya no. ¡Ay, mis objetos! Pero ¿y si el Abuelo tuviera razón? ¿Y si James Henry fuese un pequeño malvado, un cafre en forma de tapón que, a la primera de cambio, me metiera en el bolsillo y me pellizcara y mordiera?

Tenía que prepararme: vestirme, peinarme, hacerme la raya del pelo, pasarme un palillo por los dientes y subir al corredor de arriba. Pero me quedé allí sentado, con los pantalones doblados a mi lado. Iba a visitar a la Abuela, a la anciana señora de la repisa de chimenea. Y después, pensé, después iré a la Sala de los Encuentros y me sentaré en Victoria Hollest, que sin duda estará preguntándose dónde está Margaret, es decir, dos personas de carne y hueso. Lo siento mucho. Y pasaría un rato allí sentado con Lucy. Ahora ya debería estar a salvo, ¿no? Le diría que ya no había de qué preocuparse ahora que Alice Higgs había vuelto a ser un picaporte. (Ay, Alice Higgs, lo siento mucho, ¿cómo pudieron hacerte eso? ¿Qué clase de persona soy?) Pero ¡perder a Lucy!

Cogí los pantalones. Me preguntaba qué pasaría cuando me los pusiera.

Imaginaba que lo más seguro era que empezara a salirme bigote nada más enfundármelos, tal vez en cuanto la franela gris tocara la piel de Clod. Que podría dejarme crecer las patillas y que estas se unieran al bigote y entonces afeitarme la barbilla, o simplemente patillas, que podría convertirme en un hombre barbudo e hirsuto en traje, como muchos de los Iremongers de la ciudad que se dejaban las caras tan peludas que parecían una casa cubierta de hiedra. ¿Me saldrá pelo? ¿Seré tan barbudo que mi propia pelambreira será una barrera entre el mundo y yo? ¿Será mi pelo tan largo y espeso que para que Lucy Pennant vuelva a besarme tendrá, como el príncipe de *La bella durmiente*, que armarse con una guadaña porque al buscarme en una habitación al principio no verá más que un bosque de barba? Solo había una manera de descubrirlo.

Me puse los pantalones.

Me los enfundé, como si me amputara las piernas.

A partir de ahora, pensé, el mundo entero será para ti de franela gris. Aquel gesto me pesaba: con él ponía punto y final a la infancia. ¿Cómo me sentía? ¿Superior? ¿Viejo? ¿Sabio? ¿Más pesado? ¿Más fuerte? ¿Me noté erguido y asertivo e importante por derecho de nacimiento, bien parecido y de torso ancho?

No, en absoluto.

La verdad es que me sentía prácticamente igual. La única diferencia era que tenía un poquito más de calor.

Pero dale tiempo, me dije. Un par de horas, o una semana. Ya me he vestido de franela gris, y eso significa que el tejido entrará en mí, que de alguna manera asfixiará mi antiguo yo de pana para que mi propia piel también se vuelva de franela gris. La lana se está mezclando con mi sangre, sus hilos van abriéndose paso en mi interior.

Por fin estuve preparado: cepillado, gemelos abrochados, raya al medio (todavía imberbe), zapatos encerados, chaleco puesto, chaqueta puesta, atado y estrangulado de todas las formas habituales, terminado y encintado, un Iremonger empaquetado. Y el pobre James Henry en el bolsillo.

Bueno, me dije, no te demores más, debes ir a ver a la Abuela.

Sangre y mármol

Al salir de la Enfermería, los Iremongers enfermos que me vieron pasar se inclinaron ante mí, algo que no había ocurrido nunca. Uno de ellos, demasiado insolente para hacer tal cosa, incluso aplaudió mi nuevo atuendo, aunque una matrona no tardó en mandarlo callar. Ahora que llevaba pantalones era una autoridad que inducía terror y respeto; antes, cuando vestía de pana, tan solo era un mozalbete y podían pellizcarme la barbilla y alborotarme el pelo. Ya no. Ahora era un hombre hecho y derecho, y salí al mundo sintiéndome completamente adulto y sombrío.

En los pasillos de la casa me crucé con varios primos que, al verme, se detuvieron y se quedaron mirándome muy desconcertados, como si fuera la primera vez que veían unos pantalones. Eso me gustó. Lo admito. Bajé las escaleras principales hacia el ala de la Abuela. Me estaba esperando, de lo contrario el portero no me habría dejado acceder a los dominios de la Abuela.

Iba a volver a verla, a mi Abuela.

Cuando nació la Abuela (hace tanto tiempo que seguro que las personas de entonces eran muy diferentes a la gente moderna de hoy), el cabeza de familia de la época era el Bisabuelo Adwald. Era un tipo duro. Desde el primer momento se supo que la Abuela, Ommaball Oliff Iremonger, se casaría con el Abuelo, y Adwald quería que todo estuviera en orden para su heredero, no quería una esposa complicada, el típico incordio femenino. Por eso colocó a la Abuela donde el Abuelo siempre pudiera encontrarla. Anunció que su objeto de nacimiento, al que yo siempre había oído decir Augusta Ingrid Ernesta Hoffmann, sería una gran repisa de chimenea de mármol. Hasta donde yo sabía, la repisa era el objeto más grande que jamás se había entregado. Era una cosa tan grande, la repisa aquella, que se había necesitado un pequeño ejército de Iremongers musculosos para moverla (y corría el rumor de que uno ellos incluso llegó a perecer en el proceso, aplastado bajo su peso). La repisa estaba sostenida por dos cariátides de generosos pechos. Unas doncellas bonitas, un poco adormiladas, con finas túnicas que resbalaban por sus cuerpos sin llegar a caer del todo. Eran figuras a escala algo más grande que un cuerpo humano real, mujeres grandes y bellas. Siempre me había parecido que no estaba bien que unas mujeres tan bonitas como ellas estuvieran encerradas en el mármol. Solía anhelarlas, soñar que despertaban y salían de su prisión, que me buscaban por la casa, que me visitaban en mi habitación.

Me resultaba extraño que unas formas tan vívidas, que semejante belleza tuviera que ser de piedra. Sabía que nunca habían estado vivas y, sin embargo, siempre me habían parecido llenas de vida. Sentado de niño en la habitación de la Abuela, condenado al silencio, sin derecho a

emitir ningún ruido, más de una vez me había parecido verlas respirar. Me habría encantado pasar más tiempo a solas con ellas, pero la Abuela siempre estaba ahí. Y esa era precisamente la idea: la Abuela nunca salía de esa habitación.

Era una estancia grande con seis ventanas que iban del suelo al techo. La Abuela había nacido en esa habitación y poco después metieron aquella gran cosa de mármol. Durante su larga, larguísima vida, nunca había salido de la habitación, ni una sola vez. En aquella habitación, en aquel único espacio, estaba todo lo que la Abuela podía necesitar. Su cama estaba allí, su váter, discretamente oculto detrás de un panel, y todas las cosas de la vida de la Abuela: su infancia, su niñez, sus años escolares, su matrimonio, recuerdos de sus hijos, su vejez, toda su vida, cada sombra de ella. Dado que no podía salir al mundo, el mundo debía desplazarse hasta ella. Todas las mejores piezas del botín de los Iremonger llegaban a manos de la Abuela, tenía las mejores porcelanas, tenía un jarrón chino de la dinastía Qing, tenía plata rusa, tapices de Gobelinos de París y numerosos y célebres artistas victorianos decoraban sus aposentos. El papel pintado era de William Morris, había un gran cuadro de una mujer joven con un vestido amplio obra de Lord Leighton. Pero no solo había cosas modernas, también había otras más antiguas: un cuadro de Joshua Reynolds, un retrato de Van Dyck de un caballero condenado, un dibujo de un cortesano de Hans Holbein. Siempre había pensado que la Abuela atesoraba todas las épocas en su habitación. Se aburría pronto de los objetos, había cosas con las que apenas jugueteaba uno o dos días, otras, en cambio, permanecían durante años, y siempre estaba rediseñando sus alcobas. Pedía un cuadro de Venecia, pedía sedas procedentes de China, exigía todo tipo de cosas, y el Abuelo hacía todo lo posible por complacerla, porque de lo contrario se ponía de muy mal humor hasta que no satisfacían sus exigencias. Y a pesar de que nunca podía salir de la habitación debido a la inmensa repisa de chimenea de mármol, su ira podía sentirse por toda la casa; su temperamento era tan grande como la propia mansión. Demandaba cosas, tiraba de su campanilla, tiraba una y otra vez, tenía al mayordomo todo el día con ella, y también al ama de llaves, exigía disponer de dieciséis sirvientes en su habitación, recibir a todos los tíos y tías de Londres. De modo que el Abuelo siempre hacía todo lo posible por ella.

Para complacerla, casi al inicio había sido el propio abuelo el que confirió a su esposa la tarea de elegir los objetos de nacimiento de cada uno de los miembros de la familia. ¡Y cómo disfrutaba con esta misión! A menudo se quejaba de lo mucho que le fatigaba, de cuánto la desgastaba, de que terminaría matándola, pero, en el fondo, le encantaba, le apasionaba, porque de esta manera era ella la que elegía la vida (ella, que había llevado una vida tan confinada) de todos cuantos vivían en Iremonger Park, tanto los importantes como los humildes. Así, mi Abuela entregaba cepillos para el pelo y tapones para la bañera (y cajas de cerillas, mi queridísima Lucy), hueveras y topes de puerta. Era indudable que, desde que la Abuela había tomado las riendas, había distribuido cosas más bien normales y corrientes a unos y otros, piezas de uso cotidiano, representando así la naturaleza mediocre de su familia, por completo ajena e ignorante de su efecto en los propietarios, condenando, por ejemplo, al pobre Tío Pottrick al hacerle entrega de una sogá como objeto de nacimiento; aquello le había arruinado la vida. Pero ella no sentía remordimientos, ¿por qué iba a hacerlo? Estaba atrapada para siempre en una única estancia, ¿acaso algún dolor podría superar al suyo? En ocasiones, según me han contado, su confinamiento le enfurecía hasta tal punto que arrojaba objetos de gran valor por la ventana, destrozaba copas de cristal y relojes de pie y bustos de alabastro. La única constante de aquella

habitación era la gran repisa de chimenea de mármol. Todo lo demás era transitorio. Cierta vez, después de largos y leales años de servicio, la Abuela, presa de un ataque de furia tempestuoso y después de arañar el suelo de madera hasta que se le rompieron las uñas y comenzaron a sangrarle, abrió una de las ventanas dobles y lanzó por ella a su propio sirviente personal, que fue a parar al adoquinado que había debajo. La vida estaba en constante cambio, y solo la Abuela y la repisa permanecían igual.

Tenía la sensación de que, desde hacía mucho tiempo, la Abuela libraba una guerra personal con su repisa, que se mantenía joven y bella en todo momento. La Abuela había sido una niña que había contemplado ese mamotreto, que había jugado alrededor de él, que se había disfrazado como él, y que, con la ayuda de una escalera de mano, había colocado sus cosas en lo alto. Luego la Abuela había crecido y se había casado con el Abuelo, y entonces el Abuelo la visitaba y sospecho que había habido momentos en los que la Abuela había sentido grandes celos de sus cariátides, como si su voluptuosidad se burlara de ella, siempre tan delgada, la Abuela, de pecho plano, de cintura estrecha, un saco de huesos. Con el paso de los años la Abuela había envejecido y se había vuelto frágil, había encogido, pero aquellas muchachas de mármol seguían siendo grandes y poderosas y redondeadas, mientras que ella con la edad se encorbaba y quebraba y perdía los dientes y le dolía esto y lo otro. Podía ordenar que la repisa permaneciese cubierta durante meses. Una vez incluso pidió que la tapiaran con ladrillos durante todo un año. Con el tiempo empezó a arañarla con todo tipo de cosas, a marcar y a machacar su propio objeto de nacimiento. Con un martillo y un cincel había añadido arrugas por aquí y por allá a sus señoras casi desnudas, y, aun así, a pesar de todo, creo que las quería mucho. Y es que aquel armatoste de mármol, a diferencia de todas nuestras bombas de pie y botellas de agua caliente, de nuestros zapatos y reglas de bolsillo plegables, de nuestras regaderas y taburetes, era extraordinariamente hermoso.

Hacía casi un año que no visitaba a la Abuela, la última vez que había estado allí apenas me había dedicado tiempo, me había dicho que para ella yo era una tremenda decepción. En aquella ocasión le echó la culpa a mi padre, dijo que mi padre nunca había sido gran cosa, que había sido un terrible error para mi madre, incluso llegó a decir que él la había matado, que, de no haber sido por Padre, Madre aún estaría viva. Cuánta razón había tenido, me dijo, al entregarle un borrador de pizarra con el que poder borrarse a sí mismo. Después, entre lágrimas, me había dicho que reconocía algo del rostro de Madre en el mío, pero que era una versión deprimente del de ella, una mala imitación, una falsificación defectuosa. Me había echado sin contemplaciones diciendo que no quería volver a verme nunca más, que yo era el producto de una historia horrible, que hubiera preferido que mi madre nunca hubiera nacido, porque la agonía de perderla había sido demasiado insoportable.

Y así fue como me prohibieron visitar a la Abuela o acercarme siquiera a su ala de la casa. Como si yo no existiese. En su lugar, le gustaba tener cerca a Moorcus y a Horryit. Eran visitantes asiduos. La Abuela les había regalado muchos tesoros, decía que eran los más guapos y les daba mucha importancia, decía que eran el futuro de la familia Iremonger, le había dicho a Horryit, y Moorcus no perdía ocasión de repetirlo, que algún día, a ser posible uno todavía lejano, pero inevitablemente algún día, Horryit sería la encargada de elegir los objetos de nacimiento, y que se le daría de maravilla.

De modo que ahí estaba yo otra vez, ante la puerta de la Abuela, solo que ahora llevaba pantalones. Llamé, pero tan flojito que temí que no me hubiera oído. Aguardé fuera un poco más. Acaba con esto de una vez y así más tarde podrás ir a la Sala de los Encuentros y encontrarte allí con Lucy. Seguía sin haber respuesta. Volví a llamar, esta vez más fuerte.

—¿Quién es? —oí la voz impaciente de la Abuela.

—Soy Clod, Abuela, su nieto Clodius, el hijo de Ayrís.

—Límpiate los zapatos.

—Sí, Abuela.

—Y entra.

—Sí, Abuela.

Los pasos de la Abuela

La habitación había cambiado mucho desde mi última visita. Las cortinas eran nuevas y había varios cuadros nuevos. La cama era diferente, y puede que la bañera también (ahora se accedía a ella subiendo unos peldaños). La Abuela estaba sentada en un sillón de respaldo alto, parecía muy pequeña en un asiento tan grande. Iba vestida toda de negro y calzaba unas botas gruesas muy desgastadas, también negras. Esto no tenía nada de particular, a menudo pedía a algún Iremonger sirviente que se pusiera sus zapatos para que vieran mundo, aunque ella no lo hiciera. Se había puesto una aparatosa cofia blanca que hacía que su cabeza fuera el doble de alta. Llevaba por lo menos diez collares de perlas, algunos ajustados alrededor del cuello delgado y arrugado y otros más sueltos que se acumulaban en su regazo; todo aquel peso le obligaba a inclinar la cabeza hacia delante, y me recordó a una tortuga. Fuera se oía la tormenta y por la ventana se colaban los últimos destellos de luz. Contra el cristal de las ventanas rebotaban pequeños objetos: guijarros, correas de cuero rotas, trocitos de porcelana, hojas de diario. Pero mi abuela permanecía sentada ajena a todos los chasquidos y tintineos que se sucedían en sus ventanas.

—Hola, Abuela, ¿cómo está? —la saludé—. Me alegro mucho de volver a verla.

—Acércate, muchacho, dame un beso.

Di un paso adelante, mis zapatos crujieron en la madera, a lo largo del suelo, hasta alcanzar los pies de ella. Y entonces me llegó aquel olor a viejo y a humedad, ligeramente dulzón, un poco mohoso, algo rancio: mi abuela.

—Dame un beso —volvió a decir.

Me incliné y la besé suavemente en la mejilla y, aunque mis labios rozaron la superficie de algo, ese algo, el pellejo viejo y accidentado de la Abuela, apenas parecía estar allí, era como besar una telaraña. Coles de Bruselas. Así era su olor.

—Siéntate, Clodius, siéntate.

Me senté en el borde de un sofá que quedaba cerca, un sofá estilo Imperio completamente recto y duro que no se hundía nada. Me planté allí y traté de no mirar aquellos viejos ojos amarillos.

—Ponte recto, Clodius.

—Sí, Abuela.

Miré a mi alrededor, sobre todo la repisa de chimenea y a sus mujeres de mármol, tan encantadoras como siempre. Y entre los gemidos de la tormenta y los tictacs de los numerosos relojes de la Abuela, oí que el mármol me decía: «Augusta Ingrid Ernesta Hoffmann».

Así que, pensé aquella tarde, usted también es una persona, señorita Hoffmann (no podía imaginarla como a una simple Augusta; establecer una relación de confianza con el objeto de nacimiento de mi abuela era impensable). ¿Qué tipo de persona fue antes de convertirse en una repisa de chimenea de mármol? Alguien sin duda especial, pensé, tuvo que ser alguien extraordinario para transformarse en un objeto tan llamativo. Fuera, un vestido viejo, vacío, manchado y rasgado golpeó contra una ventana, y me estremecí. La Abuela no le hizo ni caso.

—Bien, Clodius, qué alegría que visites a tu anciana abuela. Pero dime, ¿cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que viniste?

—Ya hace casi un año, Abuela.

—Así es. Has crecido. Tal vez no muy bien, no erguido del todo, sino inclinado, como una mala hierba que busca el sol a través de una grieta en una ventana con cortinas. Ha pasado mucho tiempo.

—Tendría que haber venido antes, Abuela, pero...

—No tendrías que haber venido antes. No te habría recibido. Pero hoy estás aquí porque te he hecho venir. Era mi deseo. Quería verte antes de que te marcharas. Volver a vislumbrar algún rastro del rostro de Ayris. Mi hija. Mi querida hija muerta.

Volvió a callar y, mientras tanto, yo me quedé sentado muy recto escuchando todos esos relojes y sus ritmos, los silbidos y graznidos de la tormenta y la repisa de chimenea, que decía su nombre con una voz cristalina y joven. Tic. Tic. Tic. Plaf. Tap. Crac. ¿Era alguno de esos tics el tictac del viejo corazón de la Abuela bombeando y vertiendo el viejo pero purísimo líquido Iremonger por todo su ser, hasta su último rincón Iremonger? Tic. Tic. Tic. Crac. Plic. Plas. Unas cuantas mantas viejas pasaron zumbando enredadas en la tormenta y por un momento quedaron suspendidas frente a la ventana, como si quisieran echar un vistazo antes de volver a caer, a caer de verdad, no como la túnica que apenas cubría a las mujeres de mármol.

—Llevas pantalones, Clod.

—Sí, Abuela, los estreno hoy.

Tic. Tic. Tic.

Plic. Plas. Crac.

—¿Cómo te sientes?

—La verdad es que pican un poco, Abuela.

—Se te ha hecho entrega de tus pantalones, y antes de tiempo además, y lo único que se te ocurre decir en este día tan importante es que pican un poco. No es suficiente, Clod. Tienes que esforzarte más.

—Sí, Abuela. Lo siento, Abuela.

Tic. Tic. Tic. ¡Plaf! ¡Splash! Un libro pequeño golpeó contra la ventana, como si fuera un pájaro desesperado por entrar.

—Pinalippy, Clodius. Según tengo entendido has visto a Pinalippy.

—Sí, Abuela. Hemos celebrado nuestro Encuentro.

—Ya lo sé, Clodius. Lo sé todo sobre ti. Que no te vea no significa que no esté informada. ¿Cómo era Pinalippy?

—Oh... Muy simpática. Abuela. Gracias.

—¡Muy simpática! ¡Muy simpática! Lo que hay que oír. Es sosa, Clodius, sosa como una fregona. Su piel no es agradable. Tiene pelusilla encima del labio, pelo negro en los brazos. Sus movimientos son más bien masculinos. Es alta y gruesa. No tiene gracia. ¡No tiene nada de melódico!

—No, Abuela.

—Bien, vas a casarte con ella.

—Sí, Abuela, lo sé.

—Lo siento por ti. Pero creo que es fiel. Y duradera. No se te morirá, Clodius. Ese tipo de cosas viven mucho tiempo. Te sobrevivirá.

—No lo dudo, Abuela.

Tic. Tic. Tic. Plaf. Ting. Crac. Ahora las cosas rebotaban contra la ventana con más frecuencia, poniéndome cada vez más nervioso.

—¿Cómo está tu tapón de bañera?

—¿Mi tapón? ¿Le gustaría saludarle? Quiero decir, ¿verlo?

—No seas repugnante. Por supuesto que no me gustaría ver semejante cosa. Fui yo, Clod, quien lo eligió para ti. Especialmente para ti. Me presentaron un gran número de objetos que podría haber seleccionado. Pero en tu caso señalé el tapón de bañera.

—Sí, Abuela, se lo agradezco.

—Fue una decisión difícil. Medité mucho tiempo sobre ello.

—¿De verdad, Abuela? Gracias, Abuela.

—Fue agotador.

Tic. Tic. Tic. Crac. Crac. Crac. Y de repente un estruendo cuando lo que parecían los restos de un gato se estrellaron contra las ventanas.

—Hace un tiempo aterrador, ¿verdad, Abuela?

—Evidentemente no estaba en condiciones de elegir objetos de nacimiento. No con la muerte de Ayris tan reciente.

No dije nada. Tic. Tic. Plaf. Bzzzz.

—Hay días en los que la recuerdo tan claramente que casi puedo verla. Jugaba aquí, en esta habitación. Era una niñita, de pie en ese rincón. Casi creo que puedo verla apoyada en mi repisa de chimenea.

Tic. Tic. Crac. Tic. Plaf. Tic. El viento aullaba. Debería decir algo, pensé, debería decir algo sobre esto.

—Siento mucho no haberla conocido nunca. A mi madre.

La Abuela hizo un ruido como si estuviera soplando una vela muy obstinada. Y después volvió a quedarse en silencio otro rato y los diferentes sonidos llenaron la habitación. Pronto iré a la Sala de los Encuentros, pensé, veré a Lucy antes de que vuelva a salir el sol. Fuera ya está muy oscuro, esta horrible tormenta se ha llevado toda la luz. Tic. Tic. Crac. Grrrr. Grito. La puerta se abrió y di un respingo, pero no eran más que cinco sirvientas que al entrar hicieron una reverencia a mi abuela.

—Si le parece apropiado, señora, ¿podemos cerrar ya las persianas? —preguntó una de ellas.

—¿Tan temprano? —preguntó—. ¿Por qué?

—Son más de las siete, señora.

—¿Ya? —Miró uno de los relojes—. No pensaba que fuera tan tarde.

—Y la tormenta, señora.

—Pues háganlo, pero no armen ningún escándalo.

Se entregaron a su tarea, nerviosas e inquietas. Cada vez que se abría una ventana (porque las ventanas debían abrirse para poder plegar las persianas y bajar los cerrojos deslizantes), cada vez que esto sucedía la tormenta se colaba en la habitación y danzaba por todas partes. Saltaba y reía y desordenaba el espacio, cogía cosas, las arrojaba de un lado a otro, hacía temblar los cuadros. La insolencia de la tormenta llegó incluso al extremo de alborotar la gran cofia de la Abuela. El viento agitaba mis pantalones nuevos y me desdibujó la raya del pelo. La tormenta me escupía, llovía en mis mejillas. Su estruendo me saturaba la cabeza y su aliento infecto me sacudió de arriba abajo. Pero, sobre todo, el ruido.

Por fin todas las persianas estuvieron cerradas y tras ellas las ventanas; la habitación quedó sellada y, como si de una feliz victoria se tratara, los relojes sonaron mucho más contundentes y seguros de sí mismos. ¡Tic! ¡Tic! ¡Tic! Me limpié con el pañuelo ante la mirada reprobadora de la Abuela. Las criadas encendieron las lámparas, a continuación se dispusieron a ordenar la estancia y, finalmente, con sus reverencias y genuflexiones y señora esto y señora lo otro, se marcharon. Y volvimos a quedarnos solos, y entonces, por primera vez, mi Abuela dejó entrever una leve preocupación.

—Tu abuelo se retrasa —dijo—. Todavía no he oído el tren. No creo haberlo pasado por alto.

—No, Abuela —dije—. Me parece que no ha regresado todavía.

—En ese caso, llega tarde. No me gusta que llegue tarde.

—Tal vez se deba a la tormenta, Abuela.

—No es propio de Umbitt verse afectado por una tormenta, aunque debo reconocer que esta es terrible. Estoy segura de que volverá a casa muy pronto. Y mañana, Clodius, ¿irás a la ciudad?

—Sí, Abuela, cogeré el tren de la mañana.

—Nunca he estado en la ciudad.

—No, Abuela.

—Ahora no tengo ningún interés en ir. ¿Qué podría ofrecerme la ciudad? ¿Qué podría ganar con ello, allí, tan lejos? No le veo ningún sentido. Aquí estoy mucho mejor, aquí tengo todo lo que necesito. Hubo veces, hace ya mucho tiempo, en las que pensaba que me habría gustado ir, pero ahora no, ya nunca. Me avergüenzo de esas tonterías. Incluso yo, Clodius, fui joven una vez. ¿Te resulta extraño?

—No, Abuela, en absoluto.

—A mí me resulta extraño.

¡Tic! ¡Tic! ¡Tic!

Llamaron a la puerta, la Abuela torció el gesto como si alguien acabara de mostrarle algo muy feo, puede que hasta indecente.

—¿Y ahora qué pasa? ¿Quién anda ahí?

—Soy la señora Piggott, señora —repuso la voz del ama de llaves desde el pasillo.

—¿Piggott? ¿Por qué? ¿Qué sucede, Piggott?

—¿Me permite entrar?

—Mi nieto ha venido a visitarme, Piggott. Estamos compartiendo una velada espléndida.

—Por favor, señora —dijo Piggott todavía en el pasillo—. Me complacería enormemente poder informarle de algunas novedades que se han producido en la casa.

—No creo que sea la hora de mi boletín informativo.

—Circunstancias, señora, circunstancias imprevistas.

—¡Deje ya de machacar la puerta, Piggott! ¡Entre de una vez, preséntese!

La señora Piggott que apareció en la habitación no se parecía en nada a la señora Piggott que yo conocía. Esta no era la señora Piggott almidonada y planchada, sino una muy arrugada y llena de manchurrones, y, lo más sorprendente de todo, con un pequeño corte en la frente.

—¡Piggott! —exclamó la Abuela—. ¡Cómo se atreve!

—Lo siento muchísimo, señora —dijo—, pero he creído que debía, que era mi deber... —Entonces me vio y, en lugar de dedicarme la habitual reverencia, dejó escapar un pequeño grito —. ¡Señorito Clodius! ¡Está aquí! ¡Es usted! ¡Usted mismo! ¡Señora, ay, señora!

—¡Piggott! —dijo la Abuela—, no pierda la compostura, no es propio de usted.

—No, señora.

—Cálmese.

—Sí, señora.

—¿A qué se debe este arrebato?

La señora Piggott movía frenéticamente las manos, tocaba el piano aunque no hubiera ninguno, llegó hasta mi abuela y, de rodillas, compartió su información, en voz baja, por el pabellón auditivo derecho de mi anciana pariente. Durante un rato solo la oí susurrar en voz queda, pero no podía entender nada por encima del barullo de los relojes, aunque de vez en cuando la abuela hacía algún comentario.

—¡Ya sé que el tren llega tarde, Piggott!

Más susurros.

—¡También sé que hay un Engendro!

Más susurros.

—¿Cómo de grande?

Más susurros.

—Hay que dividirlo. Diga a esos caballeros de la ciudad que haré que les corten en pedacitos si no fragmentan el Engendro en este mismo instante. No quiero volver a oír hablar del asunto. ¡No acepto excusas!

Más susurros.

—¿Tummis?

Y más.

—¿Está segura?

Y más.

—¿Él solo?

Y más.

—¿Con este tiempo?

Y más.

—¡Ah, qué falta de carácter! ¡Un no-Iremonger!

Y más.

—¿Y Olish e Iktor?

Y más.

—¿Lo tienen?

Y más.

—Bien, lo lamento. Lo lamento mucho.

Una breve pausa, y de nuevo más susurros.

—¿Qué?

Y más.

—¡No!

Todavía más.

—No puede ser.

Un poquito más.

—¿Cómo lo hizo?

Otro poco más.

—¿Entre nosotros?

Y un poquito más.

—¿Que ha hecho *qué*?

Algunos más.

—¡De los nuestros!

Algunos más.

—¿Quién?

Algunos más.

—¡Él!

Afirmación con la cabeza.

—¡Solo!

Un murmullo.

—¿Que ellos *qué*?

Otra vez.

—¡No, no y no!

Silencio.

—¿Dónde está ahora?

Un hilo de voz.

—¡Perdida!

Otro hilo de voz.

—¡Pues encontradla!

—Sí, señora —dijo la señora Piggott en voz alta esta vez.

—¡Atrapadla!

—Sí, señora.

—¡Matadla!

—Sí, señora.

—¡Me da igual el Engendro, me da igual la tormenta! Quiero que la atrapen y quiero que la maten. Ahora mismo, Piggott. No quiero volver a verla hasta que esté hecho. La meteré en el lavadero, querida Piggott.

—Sí, señora.

—Le haré comer sosa cáustica.

—Sí, señora.

—Y, ¿Piggott?

—¿Señora?

—El otro implicado, el otro en discordia.

—¿Señora?

—Yo misma me ocuparé personalmente.

—Sí, señora.

—Y, ¿Piggott?

—¿Sí, señora?

—Debe reinar el orden, no estoy dispuesta a tolerar caos bajo este techo. Que toquen las campanas como siempre. Pero, tal vez, dadas las circunstancias, que se adelante la campana de la noche.

—Sí, señora.

—Ahora, váyase. ¡Vamos!

La señora Piggott, temblando, hecha un manojo de nervios, escapó de la presencia de mi abuela.

—¡Qué ineptitud! —profirió la abuela hacia el ama de llaves saliente, con tanta fuerza que pareció que su propia voz había cerrado la puerta. La Abuela se quedó un rato callada.

—¿Ha mencionado a Tummis, Abuela? —pregunté—. ¿Va todo bien?

—No te preocupes por Tummis, Clodius.

—Espero que pronto reciba sus pantalones.

—No te preocupes por eso.

Me miró largo y tendido, con gran atención. ¡Y menuda mirada! Sentí que se introducía por mis orificios nasales y por mis agujeros de las orejas, para espiarme y recopilar información. Entonces inspiró profundamente, como si volviera a dirigir esa mirada expedicionaria de nuevo para sí, de vuelta a su cuerpo, donde la inhaló y la meditó, antes de decir algo con un tono que no era en absoluto tranquilo ni pacífico, sino más bien amargo e, incluso, o así me lo pareció, lleno de repulsión.

—¿A qué te dedicarás allí fuera, Clodius, en la ciudad?

—Todavía no lo sé exactamente. A lo que el Abuelo desee que haga.

—Por fin una buena respuesta. Eres un Iremonger, Clodius.

—Sí, Abuelita.

—Confío en que sabrás comportarte como tal.

—Sí, Abuelita.

—Debes hacer que tu familia esté orgullosa. Estoy convencida de que tienes algo, Clodius, dentro de ti, en alguna parte, aunque lo disimules. Aunque solo sea por tu madre, tienes que ser un gran Iremonger. No nos decepciones.

—No, Abuela. Lo haré lo mejor posible.

—Tienes que hacer mucho más que eso, lo mejor posible no es ni la mitad de lo que se necesita. Volverás a empezar hoy mismo, en este mismo momento. ¡Un nuevo capítulo! Debes dedicar todos tus pensamientos, del primero al último, a tu familia. Cada milímetro de ti, Clodius, es para los Iremonger. Posees un don, eso me han dicho. Y está bien, es perfectamente lógico que el hijo de Ayris tenga un don. Cuentas con tu estirpe, Clodius, pero tienes que hacer mucho más para ser merecedor de tu sangre, Clodius Iremonger. Tienes que amarla, amarla, amar esta sangre. ¿La amas, Clodius? ¿Amas tu sangre?

—Sí, Abuela —musité—. Es una buena sangre, ¿verdad?

—¡La mejor! ¡No hay sangre mejor que la nuestra! Ni siquiera la familia Sajonia-Coburgo-Gotha puede presumir de un líquido como este. Su sangre es bastante fina. La nuestra es más espesa. No puedes escapar a tu sangre, Clodius. Inténtalo y te saldrá el tiro por la culata, dale la espalda a tu familia y tu propio cuerpo se pondrá en tu contra. Conozco a un Iremonger, a uno de menor categoría, que se la jugó a los suyos. Y ¿sabes qué le ocurrió?

—No, Abuela. No lo sé.

—Se le pudrieron las piernas. Se llenó de pus.

—Pobre hombre.

—Nuestra sangre esconde grandes secretos. Profundos misterios. No puedes escapar a tu sangre.

—No, Abuela.

¡Tic! ¡Tic! ¡Tic!

—¿Sabes por qué escogí un tapón para ti?

—No, Abuela.

—Porque, Clodius, todo depende ti. La fortuna de la familia recae en tus pequeños hombros, ¿lo sabías? No, no, no creo que lo supieras. Se te ha ocultado durante mucho tiempo. Demasiado, en mi opinión. Tú, como todos los grandes Iremongers, tienes una relación especial con las cosas. Más o menos en cada generación surge un Iremonger con un don particular, y esto siempre nos ha permitido seguir adelante. Porque hay muchos más allá de nuestras tierras que querrían vernos aplastados. Tus gritos constantes cuando todavía eras un bebé te identificaron a muy temprana edad. Personalmente, quise que te ahogaran al nacer por lo que me habías hecho. Pero Umbitt no lo consintió, y por eso estás aquí. Has vivido y has crecido (de aquella manera) y ahora mírate, con pantalones y a punto de viajar lejos. Te hice entrega de un tapón. Y como tapón, tendrás que mantenernos a salvo, ser una barrera entre nosotros y el amenazante sumidero. ¿O acaso, por contra, como cuando se quita un tapón, dejarás que caigamos y nos derrumbemos? ¿Permitirás que fluyamos hasta la nada, que nos inundemos entre borbotones y desaparezcamos?

Hizo una pausa para dotar a sus palabras de un efecto aún mayor. ¡Tic! ¡Tic! ¡Tic! Me pregunté: ¿es cosa mía o cada vez suenan más fuerte los relojes?

—Poner fin a una familia como esta —prosiguió, intentando esbozar una sonrisa— es una cosa terrible, Clodius, hacerlo sería como vaciar a tu propia madre, a tu propio padre, a tus tías y tíos, derramarlos, a los primos con los que has compartido juegos, a tu propia esposa Pinalippy, abandonarlos a la nada. Y toda esta fortuna y este patrimonio que con tanto esmero hemos amasado se desvanecerán, se destruirán, y nuestra estirpe será perseguida y maldecida, escupida,

denigrada, rota... si lo hicieras. Si traicionas a tu propia sangre. —Se inclinó un poco más hacia delante, con la cara roja, las manos temblorosas, las perlas tintineando—. No quites el tapón, Clodius, ¡ni se te ocurra!

—No lo haré, Abuela. ¡No lo haré!

—¡Quieres quitar el tapón!

—¡No!

—¡Lo quitarás!

—¡No, no lo quitaré!

—¡A tu propia familia!

—¡No, Abuela, no, no!

—Entonces dame un beso, niño, dame un beso.

Y de nuevo tuve que hacer aquel horrible viaje por la alfombra, y, de nuevo, al inclinarme, mis labios apenas tocaron nada. Pero cuando estuve muy cerca, me agarró la mano y, entonces, con nuestros rostros casi rozándose, dijo:

—No nos abandones, Clodius.

—No, Abuela.

—¿Me quieres, niño?

—Sí, Abuela.

—No hagas daño a las personas que quieres.

—Le prometo...

—¡Me lo prometes! —dijo en un tono casi feliz—. Eso es. Es justo lo que necesitaba. Que me prometieras, aquí, en esta habitación, ante mi repisa de chimenea de mármol alrededor de la cual jugaba tu propia madre, que hicieras la solemne promesa de que Clodius Iremonger sostendrá a su familia, servirá a esta familia en la medida de sus posibilidades, le dedicará su vida. ¿Lo juras?

—Sí.

—Entonces dilo, júralo.

—Lo juro —dijo temblando y sudando.

Me soltó la mano. Regresé al borde del sofá con la sensación de que había pasado mucho tiempo desde la última vez que me había sentado allí. La tormenta volvió a tronar, ¿o era mi propio corazón acelerándose, tratando de escapar de su jaula? Lo había jurado ante mi abuela, y lo había dicho en serio, lleno de convicción. En ese momento era un Iremonger, uno de verdad, era mi única identidad. Me esforzaría cada día por la familia. Pero ¿por qué había insistido tanto la Abuela? ¿Por qué me había presionado y había gastado tantas palabras conmigo? Era como si intuyera que tenía dudas. Había dudado por un instante, sí. Como si ella supiera todo lo que se debatía en mi interior: mi miedo por James Henry, mi pena por los objetos, pero, sobre todo, lo que sentía por Lucy Pennant, una mera sirvienta, una deshollinadora. La Abuela, la que todo lo veía, me había dicho que debía olvidarme de todo eso, que tenía que madurar de una vez. Ahora llevaba pantalones, me marcharía a la ciudad. Después de todo no iré a la Sala de los Encuentros, me dije, no estaría bien ir a la Sala de los Encuentros. En aquel momento decidí no ir.

—Me portaré bien, Abuela —dijo finalmente.

—Eres un buen chico.

—Es muy estimulante llevar pantalones.

—Lo es, Clodius, en efecto. Bien dicho. Antes de que te vayas, tengo algo para ti. Para un Iremonger como tú. Un pequeño regalo de despedida.

Señaló una mesa redonda sobre la que descansaba un paquetito envuelto en papel de seda y atado con una cinta.

—Cógelo, niño —dijo—. Ábrelo, dime qué tienes ahí.

Desenvolví el pequeño objeto. Era un pequeño espejo de mano plateado.

—Gracias, Abuela —dije.

—Tiene una inscripción —dijo—. Léemela.

—PARA SABER SIEMPRE QUIÉN SOY.

—Eso es, muy bien —dijo—. Te lo iba a dar hoy de todas formas, aunque no tenía ni idea de lo apropiado que resultaría. No olvides nunca, Clodius, que eres un Iremonger de la mejor sangre.

—Gracias, Abuela.

—No hay de qué, querido niño. Ahora puedes irte.

—Gracias, Abuela. Adiós, Abuela.

—¿Tantas ganas tienes de dejar a tu anciana abuela? Pero así es la juventud, siempre en movimiento.

—Adiós, Abuela.

—Adiós, Clodius, haz grandes cosas.

Había llegado a la puerta, quería estar cuanto antes al otro lado, lejos de mi abuela y de todas sus cosas y de todas sus palabras.

—Ah, ¿Clodius? —me llamó.

—Sí, Abuela —dije con cierta impaciencia.

—Te quiero.

¿Era necesario aquello? ¿Era necesario que me clavara para siempre a la propiedad Iremonger? Sí, claro que sí.

—Te quiero, Abuela —respondí.

—Vamos, espabila —dijo, y me dedicó una sonrisa tan amorosa que por un momento me pareció una dulce anciana, muy afable y frágil, por un instante perdí de vista a la otra abuela, la que no conocía el perdón, la implacable, la feroz limitadora de las vidas de los demás. Incluso los ojos se le habían llenado de lágrimas. Mi mismísima Abuela.

Lejos de su habitación el ruido era aún mayor. De vuelta en la casa, el rugido de la tormenta lo llenaba todo. Habían bajado todas las persianas pero las cosas no cesaban de rebotar contra ellas. Encontré algunos cristales rotos a lo largo del corredor de la Abuela. Toda la casa retumbaba.

—¿Ha llegado ya el tren? —pregunté al portero al llegar a la escalera principal.

—Todavía no, señor.

—Es muy tarde.

—Así es, en efecto, señor, es muy tarde.

—¿Se han producido muchos daños?

—No me gustaría estar en los áticos ahora mismo, se ha oído un desplome ahí arriba. Ha habido ráfagas de polvo, señor, han caído incluso aquí, en la escalera principal. Usted mismo podrá ver un cúmulo más adelante, señor, a mitad de camino.

Lo vi: un pequeño amasijo de tierra y gravilla que se había colado por una grieta en el techo, no muy grande, nada de lo que preocuparse, probablemente.

—He oído que ha habido un Engendro. ¿Lo han atrapado?

—Creo que todavía no. Esta noche la casa está llena de ruidos, y algunos de ellos podrían pertenecer a un Engendro y otros podrían ser la tormenta, no sabría decirle con certeza. En cualquier caso, hay personas de la ciudad persiguiendo al Engendro, por lo que solo será cuestión de tiempo.

—Y dime, portero, ¿han bajado ya las ratas? —pregunté.

—Sí, señor, hace dos horas. Justo después de que usted entrara a ver a la señora. Han desfilado en gran número, nunca había visto tantas. Todas de la misma opinión, todas han bajado por la escalera. Yo me he quedado aquí, apartado de su camino, incluso me he encaramado al escritorio. Han tardado casi doce minutos en pasar. No sabía que hubiera tantas.

—¿Adónde van?

—Me atrevería a decir que fuera, señor, ¿no le parece? No quieren quedarse aquí.

—Fuera, ¿dónde?

—Fuera en los cúmulos, por supuesto.

—¿En los cúmulos? ¿Con la que está cayendo?

—Ciertamente, señor, prefieren arriesgarse ahí fuera que quedar atrapadas aquí dentro. Nada las retiene en la casa esta noche. No les parece un lugar seguro. Menudo jaleo han montado, diría que son demasiado asustadizas. No han dejado de chillar. No querían quedarse aquí. Por nada del mundo. No es seguro. No es seguro. Así lo creen ellas.

—Y tú, Iremonger, ¿crees que es un lugar seguro? —le pregunté.

—¿Yo? ¿Me pregunta a mí? No soy ningún experto, señor, muy al contrario, pero no subas a los áticos, eso es lo que me he dicho, no subas a las plantas superiores, no vayas allí, ni al ala este, que se tambalea incluso con la menor de las brisas, ni tampoco bajes, me he dicho, no vayas abajo, dentro de un rato se habrá inundado, es inevitable. Por eso he decidido quedarme aquí. A media altura. Creo que es lo más seguro. Y usted, señor, si me permite la pregunta, ¿dónde preferiría pasar una noche como esta?

—No lo sé, Iremonger, no sé si subir o bajar, si te digo la verdad.

—Será mejor que no se quede aquí, podrían considerar que pierde el tiempo. Es mejor no perder el tiempo, señor, en mi opinión. No es propio de alguien como usted, señor.

—Creo que iré a ver a mi primo Tummis, portero, debo despedirme.

—Muy bien, señor.

—Buenas noches, portero.

—Buenas noches, señorito Clodius, esperemos que sea una noche segura.

Mi amigo Tummis

El tráfico de Iremongers era superior al habitual, de un lado a otro correteaban Iremongers en librea y el corredor de Tummis estaba lleno de tías y tíos con rostros sombríos. La alfombra estaba húmeda porque la tormenta se filtraba, y se había formado un buen charco junto a la

puerta que daba acceso a las habitaciones de Tummis y su familia. Sus padres, el primo segundo Iktor (válvula de flotador) y Olish (varilla de alfombra), y los hermanos de Tummis, todos más pequeños que él (sifón, escobilla, tope de puerta, pasador y medialuna) estaban reunidos fuera. ¿A qué se debía tanto alboroto? Quizás él también haya recibido sus pantalones. Debe de ser eso, siempre se armaba una buena por los pantalones. Qué maravilla, pensé, que Tummis también tenga sus pantalones. Debemos darnos la mano, elogiar la vestimenta nueva del otro, el tacto del patrón en espiguilla, la belleza de los dobladillos. Su aspecto no será el mismo sin la pana. Me preguntaba adónde enviarían a Tummis, qué habrían encontrado para él.

—Buenas tardes a todos —saludé luciendo mi mejor ceño fruncido al estilo Iremonger para los momentos reservados a importantes asuntos familiares.

—Oh, Clod, no deberías estar aquí —dijo una tía.

—¿Puedo ver al primo Tummis? Me gustaría estrecharle la mano.

—No, Clod, no puedes, y ahora vete.

—Yo también he recibido mis pantalones —dije—, como podéis ver. Así que no podéis echarme.

—Oh, ¿de verdad? Te felicito. Pero, por favor, Clod, ahora no.

—Me gustaría desearle lo mejor y todo eso.

—No, Clod, ya basta.

—¿Por qué no? Es lo que se hace en estos casos.

—Clod, ¿cuántas veces hay que decírtelo?

—Un simple saludo en esta ocasión tan especial.

—¿De qué ocasión estás hablando, Clod?

—Hablo de los pantalones, Tía Pomular.

—¿Pantalones? ¿Pantalones? ¿Qué tienen que ver los pantalones con esto?

—Hoy Tummis se ha puesto los pantalones, ¿no? ¿Qué pinta tiene? ¿Le quedan bien?

—Clod, ay, Clod. Tummis no lleva pantalones.

—¿Ah, no? Entonces ¿qué ocurre?

—Ay, Clod.

—¿Qué pasa?

—Tummis se ha perdido, Clod.

—¿Que Tummis se ha perdido, Tía Polumar?

—Así es, querido Clod, me temo que sí.

—Entonces será mejor que lo encontremos, ¿no?

—Se ha perdido en los cúmulos, Clod, perdido del todo, en la tormenta. Salió él solo. Le dijeron que no iba a casarse con Ormily. Moorcus se lo dijo, aunque no era cierto. Se enteró de que tú ya llevabas pantalones. Salió fuera. Muy elegante. Incluso iba canturreando, según dicen. Y los cúmulos, los cúmulos estaban tan revueltos que se lo llevaron.

—No —dije—, no, no y no.

—Sí, Clod, me temo que sí.

—No.

—Me temo que sí.

—No, no puede ser.

—Por favor, Clod, es mejor que dejemos tranquila a la familia más cercana. Van a colocar su grifo. Por lo menos lo encontraron, parece ser que un Iremonger sirviente intentó ayudarlo, lo tienen, y eso es algo. Un consuelo.

—Oh, Tummis —susurré—, ¿por qué lo has hecho?

—Respetemos la privacidad de su familia más cercana.

Y entonces, entre la multitud de Iremongers adultos allí congregados, vi a la prima segunda Olish, la madre de Tummis, abatida y con los ojos rojos, con un grifo en el regazo, un grifo que no necesité mirar para saber que tendría grabada una C de CALIENTE.

—Iremos a la Sala de Mármol —dijo la Tía Pomular—, vamos a acompañar a Iktor y a Olish a que coloquen a Tummis en su estante.

—Oh —dije—, mi pobre Tummis.

—Clod, será mejor que te vayas. Tu presencia solo conseguirá alterar aún más a Iktor y a Olish, y encima llevando pantalones.

—Creo que voy a matar a Moorcus.

—No harás tal cosa, Clod, no hables así.

—¿Qué castigo le impondrán?

—Clod —dijo Pomular—. ¿Es que alguna vez le han impuesto algún castigo? Además, no fue del todo culpa de Moorcus. Tummis salió a los montones por decisión propia. Él quiso hacerlo. No iremos a la Gran Vitrina, sino a la Pequeña Cómoda.

—Oh, Tummis, ¿cómo has podido?

—Por favor, Clod, vete a casa. Vete a casa.

—¡Esperad! —exclamé—. ¡Un momento! Tía Olish, Tío Iktor, un momento, por favor. ¿Puedo coger su grifo?

La Tía Olish se llevó el grifo al pecho como si no tuviera ninguna intención de soltarlo. Mi petición parecía haberla ofendido en lo más profundo, y era comprensible, porque era una petición horrible. Era de buena educación dejar siempre a un Iremonger afligido a solas con el objeto de nacimiento de su difunto, pero, aun así, necesitaba oírlo, tenía que oírlo.

—¡Clod! —gritó Pomular—. ¿Qué estás diciendo?

—Por favor, Tía, solo un segundo. Temo que pueda volverse una persona en cualquier momento... O... puede que al revés, no, es mejor si se transforma..., mucho mejor.

—¡Cómo te atreves! —gritó el Tío Iktor.

Pero le arrebaté el grifo a la Tía Olish y me lo llevé al oído, para escucharlo. Vamos, vamos. Habla. Déjame oírte. Pero no decía nada.

—Puedes hablar —dije—. Sé que puedes. Hilary Evelyn Ward-Jackson, eso es lo que dices, vamos. Te he oído un montón de veces.

—Clod Iremonger, devuélveme el grifo en este instante —gimió la Tía Olish.

No decía nada.

—¡Ten cuidado con él! —gritó—. ¡Devuélvelo!

No decía una sola palabra.

—Oh, Tía Olish —dije casi sin voz mientras me lo arrancaba de las manos—, ya no es más que un grifo.

—¡Es el objeto de nacimiento de nuestro Tummis!

—Tía Olish, Tío Iktor —dije—. Tummis ha muerto.

Y salí corriendo.

Un motor en mi interior

No solo la tormenta azotaba la casa, había algo más. Llorad, llorad, Iremongers. La casa rebosaba culpa. Todos estaban pálidos y temblorosos; ocurría siempre que un Iremonger desaparecía en los cúmulos. Pero esta desaparición de desapariciones era *mi* desaparición. Tummis. Tummis ha muerto. Y con él la persona que una vez fue Hilary Evelyn WardJackson.

Nunca había querido oír los nombres de los objetos. Nunca había pedido tal cosa. En aquel momento odié más que nunca los cuchicheos de todas aquellas cosas, despreciaba mi capacidad de oír todas aquellas palabras encerradas. Cuánto deseaba ser como cualquier otro, oír solo lo que los demás oían, no los nombres de toda esa gente perdida. No quería saber que Tummis estaba muerto, quería tener la esperanza de que todavía pudieran encontrarlo. Quería que volviera. Pero sabía que no lo haría.

Sabía que no podía hacerlo.

Y por si esto fuera poco, la tormenta era tan ruidosa que se me había metido en la cabeza. Se había asentado dentro y se arremolinaba junto a mis pensamientos, jugaba con ellos, se imponía sobre ellos, me arañaba por dentro. Todavía podía oír los objetos moviéndose en los cúmulos, los cúmulos asesinos. Algunos objetos superaban los muros y rebotaban contra las persianas, como si se burlaran de que hubiéramos perdido a Tummis.

Tal vez mate a Moorcus. Tal vez deba matarlo. ¿Qué debo hacer?

Me fui a casa.

Por toda la mansión sonaban ruidos de portazos. Me puse a dar vueltas por mis pequeños aposentos. Todo iba mal, todo me irritaba. Todo me provocaba. Quería arrancarme el corazón. Debo controlarme, pensé. Debo pensar en mis pantalones. Lo cierto es que no me soportaba, odiaba mis pantalones. La tormenta persistía, era imposible de olvidar, ni por un instante; solo se burlaba, se burlaba, se burlaba con insistencia, martilleándome la cabeza, hostigándome. Pensé en destrozar una ventana y en dejarla entrar. Ay, Tummis, Tummis. Lo siento, lo siento muchísimo. Él era mi Tummis, ¿o no? Mío y de la pobre Ormily. ¿Cómo estaría la pobre Ormily aquella noche? ¿Qué hacer? ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Cómo encontrarme a mí mismo sin la ayuda de Tummis? Entonces me acordé del espejo de la Abuela. Lo saqué. PARA SABER SIEMPRE QUIÉN SOY.

Gracias, Abuela.

Ahora me acuerdo. Por un momento lo había olvidado. En alguna parte hay un motor, encendiéndose. Vapor. Expulso vapor.



El prefecto Moorcus Iremonger y el inesperado
Rowland Cullis

LO DE MOORCUS

Continúa la historia de Lucy Pennant

Corrí. Aproveché que todos se habían dado la vuelta con la llegada de aquel gigantesco monstruo de chirridos y salí huyendo. No podía ver por dónde iba por culpa del traje de cuero y del casco que todavía llevaba en la cabeza. Me iba chocando con cosas, estuve a punto de terminar empalada una o dos veces, me caí por unas escaleras, y rodé y rodé y acabé con moratones por todas partes. Comprobé que seguía viva y que no se oía a nadie más por los alrededores. Así que me detuve, no sabía cómo de lejos había llegado, no sabía dónde estaba, pero dondequiera que fuera, era evidente que no iba a llegar a ningún sitio vestida con el cuero y el casco. Me arrastré bajo una mesa, un pequeño refugio, y tiré de aquel armatoste infernal para quitármelo de una vez. El traje de cuero tenía cortes en distintos sitios y poco a poco logré desgarrarlos hasta abrir un agujero, y, a base de mucho esfuerzo, fui ensanchando el agujero hasta que pude escapar por fin a gatas. Y ahí se quedó, desinflado y vacío.

Estaba en la cocina, rodeada de enormes sartenes colgadas en ganchos, decenas de cuchillos en los estantes. Entonces me acordé de la señora Groom y de su cuchillo: me despellejaría, eso es lo que había dicho. Tengo que salir de aquí, pensé, tengo que irme de aquí o de lo contrario será como tumbarme en una sartén y gritarles: «¡Estoy aquí! ¡Engullidme!». Abandoné el traje de cuero y el casco, como si de alguna manera tuviera que dejarlos ahí: coméoslo con patatas, pensé, y un poco de perejil si queréis. Y hui, muerta de miedo. Pero empecé a distinguir unas voces cada vez más cerca:

—Por aquí, Odith, apuesto a que está por aquí. ¿Tienes el cuchillo?

—¡Mira, ahí está la piel! ¡El cuero!

Encontré un refugio momentáneo en una despensa donde apenas cabía: las baldas estaban abarrotadas de frascos de mil colores. Imaginé una damajuana turbia con la etiqueta de LUCY PENNANT y a mí misma nadando en su interior. La gente pasaba de largo a toda prisa, pero nadie entraba. Se oían ruidos muy fuertes a lo lejos, abajo, en los corredores del sótano, donde sin duda aquella masa (*¿qué era?*) los tenía muy preocupados, y de repente se oyó un estruendo descomunal, tan grande y estrepitoso que pareció como si toda la casa se hubiera echado a temblar. Los frascos repiqueteaban y temblaban tanto que creí que me estallarían en la cara. Un tarro de mostaza piccalilli llegó bailando hasta el borde y, antes de que me diera tiempo a detenerlo, se precipitó con malicia hacia el suelo. Eso bastó. Salí y me escabullí al comedor de los sirvientes. No había nadie más, solo bancos y taburetes. Entonces supuse que aquella masa chirriante, fuera lo que fuera, debía de haberse llevado el tejado por delante. Y, efectivamente, durante un buen rato oí a varias personas desgañitarse sin descanso, no sabía si de dolor o de conmoción. Tal vez solo fuera por el simple hecho de ver una cosa tan extraña y antinatural

como esa. Pasos, más pasos y un montón de personas aceleradas, pensé, tantas que podrían atraparme en cualquier momento, estoy más que segura. No sabía qué hacer. Estaba paralizada de miedo. Sal de aquí. No, quédate aquí. ¿Qué hago? ¿Qué puedo hacer? Encontré un armario. Era uno de esos armarios del comedor donde se guardaban los manteles y demás, muy polvoriento, descuidado y abandonado; el lugar perfecto, por lo menos un rato. Para poder pensar.

El armario era profundo y bastante alto. Me metí allí dentro y simplemente respiré, nada más. Si te encuentran en este pequeño espacio, pensé, si te encuentran ten por seguro que te sacarán de aquí y te despellejarán, porque te quieren muerta, Lucy Pennant, vienen a por ti. Ese ruido probablemente se debiera a ellos ocupándose de esa gran masa estridente, así que ahora tú serás la presa ahora, ha llegado tu turno. Qué extraño ser tan importante de repente.

Imagina, pensé, que es un juego, uno de los juegos a los que jugábamos en Filching: el escondite. En la vieja pensión siempre había sabido dónde esconderme. Pues bien, en este viejo palacio hay muchos sitios en los que esconderse, debe de haber cientos de ellos. Estarás bien. Sobre todo, calma, tranquilízate.

No sé cuánto tiempo me quedé allí, agazapada. Puede que solo fuera media hora. Me mantuve alerta con el ojo pegado a la cerradura y entonces lo vi. O mejor dicho: *las* vi. Cosas. Cosas que aparecían. Al principio solo eran monedas viejas y clavos, un goteo de cosas que rebotaban como si alguien las estuviera lanzando, pero luego aparecieron otras más grandes dando tumbos y enseguida muchas otras más, incluso una vieja bañera de estaño; cosas, mil cosas con vida propia. Vi una taza de té que apareció dando vueltas, tenía algo extraño en el labio... ¡La taza! Ahí estaba la taza bigotera por la que se había armado tantísimo escándalo. Enseguida fueron apareciendo otras cosas que formaron una gran masa allí, en el comedor; y entonces se agruparon en una esquina y una vieja tetera cerró la puerta muy deprisa y en silencio, y luego otras cosas la aseguraron con cuñas, ropa, tablones y cosas así. Sonaron más ruidos y los objetos empezaron a deslizarse y arremolinarse para congregarse en una especie de torbellino donde se retorcían y arremetían unos con otros, dando vueltas por el aire (tazas, platillos, sartenes viejas), y nada más ensamblarse en una sola masa, desde mi escondite, distinguí dos piernas, piernas hechas de esto y de lo otro pero que se movían como auténticas piernas. Y también pies: uno con un cucharón haciendo las veces de punta del zapato, el otro con un viejo colador. Alcanzaba a verle hasta el abdomen, las piernas estaban hechas con cosas alargadas y finas, postes, tubos y varillas, pero entre ellos se alojaban cuchillos y tenedores, antiguos pares de gafas rotas, lapiceros, plumas, todos unidos en forma de persona, tan juntos que apenas pude ver que el vientre era la bañera. Pero esta persona hecha de objetos, ahora enlazados, chillaba y gemía y se retorció como si estuviera muy asustada. Se oyó un ruido fuera y la masa retrocedió hacia una pared, entre temblores y chirridos quejumbrosos. La pared del fondo era una estantería que iba del suelo al techo donde se guardaban platos y cuencos, tazas de estaño y cubiertos, y otras cosas que se usaban en el comedor. Recordé que las baldas superiores estaban a más de tres metros y medio de altura y en su mayor parte, vacías; y que para alcanzarlas hacía falta una escalera de mano. El hombre-objeto, esa cosa-persona, se quedó junto a los estantes, temblando y gimiendo, había alguien al otro lado de la puerta tratando de entrar, empujando con fuerza. El amasijo de mil objetos dejó escapar un quejido muy agudo y, de pronto, no sé cómo, se detonó a

sí mismo y todos esos trozos consolidados volvieron a separarse, esparciéndose por todas partes, en todas las estanterías. Era su manera de esconderse: separarse para esconderse. Y ahí quedó otra vez la taza bigotera, sobre un estante; fue la última en dejar de moverse.

La puerta se abrió de par en par. Vi cómo los zuecos de Iremongers se precipitaron dentro, armando barullo. No se percataron de todas esas cosas nuevas que ocupaban las estanterías del fondo, ni siquiera se dieron cuenta de que una bañera había conseguido meterse debajo de un mueble bar. Y en ese momento, entre la multitud de zuecos aparecieron unos pies nuevos, dos pares, con unas botas llenas de arañazos, y oí a los dueños de aquellas botas.

—¡Se ha escapado! ¡La masa se ha escapado!

—¿Dónde está? ¿Dónde habrá podido meterse?

—Se ha escondido en algún lugar, pero la encontraremos.

—¿Tú crees, Odith, que ha podido utilizar el montaplatos?

—Bueno, supongo que es una posibilidad, Orris, y si lo ha hecho, ahora estará arriba.

—Quería que tú probaras el primer bocado, Odith. Menuda carne, ¿eh? Pero lo encontraremos. Lo colgaremos en la cámara frigorífica, dejaremos que gotee un poco. Lo colgaremos, ¿eh, Odith?

—Nos darán permiso para hacerlo, ¿verdad? Una cosa como esa...

—No les quedará más remedio.

—Haré que traigan la sopa.

—¡Menuda nohecita!

—El Engendro se ha dispersado, por lo menos algo es algo.

Los oí servir la sopa y poner las mesas, y a continuación la procesión de los Iremongers de camino a la cena, como siempre, como si nada hubiera pasado. Pero aquella noche bendijo la mesa el señor Briggs en lugar del mayordomo y tampoco me llegó ningún ruido procedente de la señora Piggott.

Todos esos Iremongers sirvientes murmuraban entre sí, hablaban sobre el Engendro dispersado que, sin que lo supieran, seguía estando entre ellos, en aquella misma sala, formando parte de ella; en ese momento dispersado, pero acechante. También hablaron del pobre Tummis, perdido fuera. Y de ahí pasaron a hablar de otros Iremongers que se habían perdido en los cúmulos antes que él. Cada vez que intentaban describir a los Iremongers sirvientes que se habían perdido solo eran capaces de mascullar: «Iremonger bajito», o «Iremonger cojo», o «Iremonger con el lunar en la mejilla» o «Iremonger que trabajaba en los escurridores de la lavandería». Y pronunciaban todas esas palabras entre sorbos.

—Por la mañana habrá que sacar las palas.

—La puerta ya está bastante abollada. Aguantará, ¿verdad?

—Debería, debería.

—Pero aunque no aguante, bloquearán el pasillo y las habitaciones de alrededor se llenarán con los cúmulos, pero estaremos bien, estaremos a salvo, no nos alcanzará.

—Nunca conseguirán superar las segundas puertas.

—Eso no ha ocurrido nunca.

—Ni ocurrirá esta noche, estoy seguro.

Al cabo de un rato distinguí la voz de la pelirroja del orfanato a muy pocos metros de mi escondite.

—Me han dicho que voy a encargarme de las rejillas de las chimeneas, ¿eso está bien?

—Oh, sí, muy bien, es un buen puesto.

—Estamos muy contentos de que estés aquí.

—Ya estás en casa, ¿eh?

—Sí, ya estás en casa.

—Creo que tenéis razón —dijo la pelirroja—. Soy una Iremonger. Lo ha dicho Cusper, que, por cierto, se la va a cargar. No es mi problema. Se lo ha buscado él solito. Pero aquí estoy por fin. Reconozco que me siento como una Iremonger. Esa es la verdad. Me pregunto si habrán atrapado ya a esa rata roja. A saber lo que harán con ella.

—La culpa es suya.

—Se la va a cargar.

—No me extrañaría nada.

—¿Quién podría culparlos? Se lo ha buscado ella solita.

—Colarse así.

—Es asqueroso, eso es lo que es.

—Y pensar que hablé con ella.

—Y pensar que ella habló conmigo.

—Como si fuera una más de nosotros.

—Me entran ganas de lavarme a fondo. Cuando me enteré me froté a conciencia, no me importa reconocerlo. Incluso me comí un poco de jabón.

—Bien hecho.

—Solo de pensar en ella me pica todo.

—En cualquier caso, ahora te tenemos a ti, y eso es un consuelo.

—¿Nos hablarás de ti?

—¿Qué queréis saber?

—Todo.

—Sí, todo, todo.

—Todo sobre ti.

Y así siguieron, y sus palabras me ponían enferma, hasta que Briggs tocó su campana, algo más temprano de lo habitual, creo. Terminadas todas las cucharadas (y suponía que relamidas hasta dejarlas relucientes), despejaron las mesas y por fin se desvanecieron los últimos pasos, y todo volvió a quedar en silencio.

Aguanté un rato más en mi escondite. La puerta estaba abierta y una o dos veces entró algún que otro Iremonger, solo un momento, a dejar platos, antes de volver a marcharse. Pero no podía quedarme allí para siempre. Lo sabía muy bien. Tenía que conseguir llegar a la parte de arriba de la casa. Las estancias de abajo eran demasiado peligrosas. Mejor ir más arriba, allí tendría alguna posibilidad. Y Clod estaba arriba. Lo vería en la Sala de los Encuentros, como él había propuesto, así lo habíamos planeado, antes de que todo se fuera al garete.

Abrí la puerta de mi armario y salí muy despacio.

Y allí delante estaba lo otro.

Había vuelto a agruparse. Sus partes se habían rearmado. Se había constituido sin hacer ruido. Ahora era mucho más bajito, como un niño. Un niño hecho con cosas. Gruñía y arañaba. Y me oyó, no sé cómo, pero se dio la vuelta y su cara, que me parecía que estaba hecha con una bandeja de té abollada y clavos y pernos y tornillos y tuercas y trozos de vidrio y cerámica de todo tipo, se movía de un lado a otro en un gran remolino imparable, y durante un instante me pareció ver una cara completa, con sus ojos y su nariz y todo lo demás, pero no eran más que cosas, solo cosas.

—No me hagas daño —dije.

Ladeó la cabeza.

—Van a por mí, ¿sabes? A mí también quieren hacerme picadillo.

Se acercó un poco. Hacía ruidos: un viejo tenedor oxidado raspaba una tapa de sartén oxidada, y esos arañazos eran como si hablara, como una especie de discurso, como si estuviera tratando de decirme algo. Ahí estaba otra vez la taza bigotera, en el centro del pecho, dando vueltas y vueltas y más vueltas, girando más deprisa que el resto de los objetos.

—Deberíamos salir de aquí —dije—. Aquí abajo no estamos seguros.

Algunas tapaderas, tapas de sartén y tapones de rosca que formaban parte de su ser comenzaron a sacudirse, como bocas abriéndose y cerrándose. ¿Tendría hambre?

—No tengo nada —dije—, no llevo nada encima. Tenía un picaporte, pero ya no.

Se acercó más y vi que había cuchillos, cuchillos pequeños y sucios en lo que habría sido el cabello, si aquella criatura hubiese sido humana. Chocaban unos con otros, produciendo sonidos cortantes y rasposos. Tiene hambre, pensé, tiene hambre y no entiende. Me tendió una mano, una mano retorcida hecha con tuberías y mangos viejos y trozos de cepillo viejo, un peine, o dos o tres, un dedo que era un viejo frasco de ungüento, otro era la boquilla de una tetera, otro un trozo de cánula de pipa, otro la mitad de una flauta irlandesa, el pulgar era la lente de latón de una linterna mágica y el meñique, el casquillo de un cartucho de escopeta.

—¿Qué quieres?

Más arañazos, más gemidos, más tapas abriéndose y cerrándose, cuchillos cortando el aire. Tengo que irme, pensé, va a retrasarme mucho y entonces nos encontrarán. ¿Cómo podía deshacerme de aquello, de aquella masa tan triste y desconsolada? Abrí un cajón. No contenía más que unas cuantas servilletas. Una de ellas salió volando, la tapa de una cacerola se abrió y la servilleta se precipitó dentro. Abrí más cajones, abrí cajones por toda la pared del comedor, y pronto el aire se cargó de cosas que se abalanzaban sobre la persona-cosa tambaleante, y esta se hacía cada vez más grande. Y me pareció que chirriaba, como si asintiera, como si se riera. Vamos, pensé, ahora es tu momento, si esa cosa te sigue te atraparán en un instante, sal ahora mientras sigue creciendo, corre, corre. Arriba. Clod.

Pasos. Gente. Corrí. No se hable más: iré abajo. A las profundidades, lejos de ellos. Todavía podía oírlos, se acercaban. Bajé y bajé. No sabía dónde estaba, solo que era un lugar muy profundo, más profundo de lo que había estado nunca, seguro que más abajo de la estación. Lejos de los pasos. Y gritos, allí también había gritos.

—¡Cerradlas! ¡Cerradlas! ¡Cerrad las escotillas! ¡Cerrad las escotillas! Va a inundarse, ¡subid todos! ¡Subid todos!

Seguí corriendo, seguí bajando, adentrándome en los cuartos traseros.

—¡Fuera! ¡Fuera! —gritaban—. ¡Por aquí! ¡Subid! ¡Cerrad las escotillas! ¡Subid todos! ¡Subid!

Pero yo seguí adelante, cada vez más abajo, alejándome de las palabras.

Estaba sola, no había nadie más. Ni un alma. Entonces... Entonces... Entonces me detuve. Estaba sola, completamente sola. A lo lejos oí un último: «¡Cerrando!».

Y entonces sonaron portazos, escotillas cerrándose de golpe, y luego golpes de martillos y después nada, solo un retumbe distante. Entonces entendí lo que pasaba. Las primeras puertas dobles, por donde yo había accedido al patio, habían cedido y estaban bloqueando partes del sótano, estaban bloqueando toda la escalera, y si una se quedaba en el lado equivocado, bueno, pues mala suerte. ¿Qué le vamos a hacer? Y yo estaba en el lado equivocado.

Por eso no me habían encontrado. Ahora las habitaciones estaban vacías, vacías de Iremongers, que se creían a salvo y construían barricadas en todas las puertas. No podía salir. No había forma de salir. De un momento a otro los cúmulos inundarían las habitaciones. Podía oír los golpes, los embates, los destrozos y los estruendos, e inmediatamente supe que esos sonidos no eran los de los Iremongers atrincherando las puertas. Eran los sonidos de los cúmulos, irrumpiendo en la casa.

Piensa, Pennant, vamos, Lucy, tiene que haber alguna manera.

Y tanto que la había, y más de una: muchísimas. En todos los cuartos oscuros subterráneos. Chimeneas. Aquí abajo debe de haber por lo menos diez. Tengo que trepar por el conducto de alguna de las chimeneas, así es como lograré salir y llegar arriba.

Había una chimenea solitaria y fría hecha de pizarra y de aspecto más bien funesto en la Sala del Azul de Prusia, donde iban a parar todas las botas y zapatos viejos de Londres conseguidos en los cúmulos; allí se cocinaban para hacer el pigmento llamado Azul de Prusia. Era una habitación oscura y pegajosa, donde todo resbalaba y brillaba y apestaba, como si lo hubieran barnizado y rociado con laca de arriba abajo.

El fuerte hedor en la Sala del Azul de Prusia era como nadar en vinagre. Me coloqué junto a la miserable chimenea. Tenía la boca abierta de par en par. Bien, dejaré que me trague, que me engulla. Me metí dentro y empecé a trepar por las paredes, hacia el interior de la casa.

No había mucho que ver. No había mucho que respirar. Ni una luz, nada de nada. Avancé despacio. Me corté por todas partes. Mientras subía me salían al paso pequeños salientes en el ladrillo que arañaba con dedos ensangrentados. La tormenta silbaba desde arriba, como si tratara de espantarme. Un lamento prolongado que casi parecía humano, como si hubiera una mujer rota atascada encima de mí, encajada en la chimenea, pegando gritos.

—Cierra el pico —dije.

—¡Uiiiiiiiiiiiiiii!

—No me asustes.

—¡Uiiiiiiiiiiiiiii!

Sí que me asustaba.

Me resbalé y deshice gran parte de lo avanzado, y tuve que valerme de las rodillas para evitar volver al punto de partida. Tenía las rodillas ensangrentadas, los brazos ensangrentados, los codos ensangrentados, los dedos ensangrentados. Pero no desistí y seguí subiendo. Hacia la parte de arriba de la casa. Abajo, donde había comenzado mi escalada, ahora se escuchaban golpes y aluviones, y entendí que los cúmulos debían de haber traspasado las puertas y que si me

resbalaba lo más probable era que acabara hundida y arrastrada por ellos. Y esos cúmulos, pensé, esos cúmulos empezarán a subir también por la chimenea, la llenarán desde abajo; y entonces noté que desde arriba caía algo de lluvia, pero no solo lluvia, sino un goteo de clavos y tornillos procedentes de pequeños cúmulos que caían del cielo, que hacían diana en el tiro de la chimenea y me golpeaban en la cabeza. Me hacían pequeños cortes. Por debajo de mí, los cúmulos subían; por encima de mí, los cúmulos goteaban; y en algún punto medio: yo, sucia y ensangrentada.

Entonces sentí algo más. Algo negro sobre mí, que se me derramaba encima. Una negrura nueva en toda esa otra negrura. Humo negro. Alguien había encendido un fuego para calentarse en aquella noche llena de aullidos y ese fuego empezaba a abrasarme. ¡Cuánto les habría gustado a los Groom encontrarme en la chimenea ya cocinada! Me arrancarían la piel crujiente a tiras y luego, sin duda, disfrutarían de unos buenos chicharrones a la Lucy, de un poco de Pennant ahumada. El humo estaba dispuesto a llenar el conducto negro, no quería compartirlo con nada ni con nadie, era una cosa espesa y grasienta que me apretujaba, me vestía, me cubría y me absorbía. Ahora solo podía respirar humo, dentro de mí solo había negro, me ennegrecía. Seguí subiendo, tosiendo y humeando. De pronto sentí una ráfaga de aire y me lancé a por ella, trepé hasta un aire más fresco, pasando de una posición vertical a otra horizontal, estaba en un conducto diferente, lejos de la chimenea central, una ramificación. Me arrastré por ella haciéndome nuevos cortes, pero me dio igual. El conducto descendió de repente, pero yo no me lo esperaba y me precipité hacia abajo, y caí y caí sin posibilidad de detenerme. Había una luz, una luz que avanzaba a gran velocidad, o quizá yo me abalanzaba hacia ella e, ironías de la vida, aterricé en una rejilla de chimenea.

Estaba en el dormitorio de alguien.

Alguien, algún Iremonger de sangre pura, dormía en la cama a escasos pasos. Mi accidentada llegada no había despertado a aquel montículo durmiente. Por su tamaño supuse que debía de ser un adulto. Con gorro de dormir. No le veía la cara. No veía si era hombre o mujer. Dormía a pierna suelta, a pesar de la tormenta que sacudía las ventanas y la casa. Entré en la habitación con mucho cuidado.

La chica del orfanato me había llamado «rata roja» y seguro que en aquel momento mi aspecto se ajustaba perfectamente a su descripción. Pelirroja, ensangrentada, envuelta en hollín y suciedad y llena de heridas, pero seguía en pie, todavía respiraba un soplo de vida.

Tenía la impresión de que era una mujer. Una Iremonger dormida. Había una lamparita encendida, una tenue luz que me permitió echar un vistazo alrededor. Un espacio limpio. Nada fuera de lugar. Lo único extraño era una pequeña sartén sobre la mesilla de noche. Una pequeña sartén y a su lado un cepillo de plata y un espejo, y una fotografía donde aparecía un tipo con chistera sujetando una bacinilla de latón; el marco era de plata. ¿Qué hace una sartén de hierro fundido aquí, estropeando la puesta en escena? Entonces caí. Era su objeto de nacimiento, tenía que ser eso. Aquella anciana bajo las mantas dejaba su sartén a mano día y noche, dormía a su lado para acariciarla y asegurarse de que estaba a salvo. Vaya, una Iremonger.

Bien, ¿verdad que no me gustan los Iremonger? ¿Verdad que no se han portado bien conmigo precisamente? Y entonces me dije: me lo voy a quedar. Para mí, muchas gracias. Me puede servir para pegar, como una especie de arma, y es tu objeto de nacimiento, Iremonger roncadora, tonta, que eres tonta de remate. ¡Maldita sea! Me lo quedaré, sí, claro que sí. Cogí la sartén de la mesilla de noche. Era bastante pesada para su tamaño. Me gustaba su peso. Sentía

que tenía algo, que poseía algo lo bastante bueno. Mía. Y dejé a la mujer profundamente dormida. Por la mañana se pondría a chillar como una gallina. Si es que había un mañana, porque ya no estaba tan segura. Y ahora: Clod. ¿Dónde estás, Clod? ¿Dónde estás esta noche? ¿Detrás de cuál de estas puertas daré contigo? ¿En la Sala de los Encuentros? Pues a la Sala de los Encuentros.

Sala de los Encuentros. Estaba donde siempre. Encima de la escalera. Fácil de encontrar. Victoria, pensé. Pero allí no había nadie. Solo el sofá rojo, nada más. Bueno, a esperar. Solo tengo que esperar. Esperaré un rato. Ahora vendrá. Seguro que viene.

Me escondí detrás del sofá. En el suelo. Bajé la sartén. La apoyé en el suelo. Debajo del sofá. Y ahora a vigilar, a vigilar desde ahí abajo.

La tormenta arreciaba. El ruido se oía por todas partes. La casa temblaba. Y yo allí esperando, esperando en la Sala de los Encuentros, detrás del sofá rojo, en el suelo. Vamos. Date prisa.

Entonces se abrió la puerta. ¡Ha llegado! ¡Arriba! No, no. Lucy, no seas estúpida, asegúrate de que es él, deja que él se muestre primero. ¿Eres tú, Clod? ¿Eres tú?

Pasos acercándose. Entrando. ¿Clod? ¿Es él? No, no lo es. No es Clod. Es alguien en pantalones grises. En medio de la habitación, junto al sofá. Paseándose de un lado a otro. Esperando. Vamos. Vete. Pero los pantalones no se iban. Se detuvieron, incluso se sentaron en el sofá. Volvieron a levantarse. Se arrodillaron. Pantalones metió las manos por debajo del sofá, ya me tiene, ¡me ha encontrado! Pero no. Sacó mi sartén, cogió mi sartén. Pantalones volvió a sentarse, con mi sartén en el regazo. Pantalones se levantó otra vez, se paseó de nuevo por la habitación. En un momento dado, incluso le dio una patada a la puerta. Al hacerlo se arañó el zapato. Volvió a sentarse. Acarició el sofá. Y entonces, por fin, se paseó otro poco y salió. Se fue. La puerta volvió a cerrarse. Me levanté. Este sitio no es seguro para mí. Clod, ¿dónde estás? La puerta volvió a abrirse. Me agaché. Miré agazapada bajo el sofá. ¿Clod? Los mismos zapatos, los mismos pantalones. Como si los pantalones vigilaran la habitación. Este lugar no es seguro, no.

Los pantalones volvieron a marcharse. Esperé. Nada, salvo la tormenta. Me levanté, fui a la puerta, abrí la puerta y salí de aquella trampa. ¿Pasos a mi espalda? Eso me ha parecido. ¡Vamos! ¡Vamos! Otra puerta. ¿Cuál? Esta de aquí. Entra. Me metí dentro. Pisadas que pasan de largo, carreras. Ya estaba a salvo. Ha estado cerca. Muy cerca. Tengo que encontrar a Clod. ¿Dónde está? Búscalo. Habitación por habitación si es necesario. Bien, empecemos por esta.

Al principio no era mi intención, no me lo había propuesto, creo que con la sartén habría bastado, pero ya no la tenía, alguien me la había quitado. Buscaba a Clod pero de repente estaba allí, en una habitación con otro Iremonger dormido, así que lo cogí. Lo cogí sin más, me lo metí en el bolsillo del uniforme. Cuando más tarde fui abriendo aquellas puertas, con mucho cuidado, en silencio, y vi todas esas cabezas que no podían ser la de Clod, todas durmiendo, allí, junto a las figuras durmientes, me di cuenta de que sobre todas esas mesillas de noche había cosas. Objetos. Objetos de nacimiento. No tenía intención de hacerlo, por lo menos en un principio. Algo increíble. Lucy Pennant, me dije, qué mala eres. Pues sí, ¿y qué? Fui de cama en cama, recolectándolos. Ya tenía cuatro antes de enamorarme de la idea: un alfiler de corbata, una

huevera, una sogá, una seta para zurcir. Entonces se transformó en pasión. Me los metía en los bolsillos, qué sensación, qué peso. Despiertan muchas sensaciones estos objetos. Fui de dormitorio en dormitorio, en silencio, con mucho cuidado, y me llevé los objetos, uno por uno. Cuántos Iremongers dormidos, tan vulnerables en mitad la noche. Me costó dar con el objeto de un muchacho hasta que vi que lo llevaba puesto, un zapato de mujer, eso debe de ser, pensé, y se lo quité con bastante facilidad. Fuera, la furiosa tormenta no cesaba. Cada tanto tenía que detener mis hurtos y esperar en la oscuridad cuando algo caía por uno de los conductos de humos a la rejilla de la chimenea, igualito que yo, o cuando el traqueteo de las persianas hacía que el Iremonger se incorporara gritando: «¿Quién anda ahí?».

Y yo, tan cerca, con la mano sobre la mesilla de noche a punto a llevarme ese objeto, veía que la mano soñolienta del Iremonger se alzaba, lo acariciaba una o dos veces, buscando consuelo, encontrando consuelo, y volvía a quedarse dormido.

Con tanto trajín me llevé algunas picaduras, porque había insectos por todas partes. A veces, al agarrar un objeto, una cucaracha salía huyendo del interior. Soy muy valiente, me decía. Y la tormenta no amainaba. Las tuberías se sacudían, me parecía que cuanto más avanzaba en mi juego, más temblaba y gorjeaba la casa. En cierto momento oí un golpazo tremendo y un par de sirvientes aparecieron corriendo por el descansillo, y a continuación sonaron golpes y ruidos sordos. Unas persianas se habían soltado y se estrellaban contra los muros. La ventana duró muy poco, hizo un gran estruendo al romperse y luego, mientras los pobres sirvientes intentaban solucionar aquello, una bandada entera de gaviotas entró a toda velocidad, chillando, graznando y cagando y, tras ellas, decenas de objetos por los aires. Al principio solo eran papeles, algunos periódicos y unos cuantos libros cuyas cubiertas parecían aletear en la tempestad, pero luego aparecieron cosas más grandes: cuencos enormes y ladrillos y sombreros, pedazos de otras casas, un marco de ventana roto, escombros, una cacerola, un asiento que parecía haber formado parte de un auditorio, todo aquello asaltó la casa y en ese momento los sirvientes se replegaron, no podían detenerlos, se escondieron detrás de una cortina con las cabezas asomando, vi que atrincheraban la puerta con una mesa volcada.

—¡La casa ha sido vulnerada! —gritó uno de los sirvientes—. ¡Busca ayuda! ¡No podré contenerlo mucho más tiempo!

El otro salió escopeteado, mientras las gaviotas brincaban y volaban por todas partes. Una gaviota, grande, con la punta del pico roja, se colocó delante del pobre sirviente mientras este presionaba la mesa contra la puerta, que ya había empezado a latir como si fuese una persona y no un millar de objetos tratando de abrirse paso desde el otro lado. La gaviota se acercó al hombre exhibiendo un buen humor espantoso y un tanto perezoso, ladeó la cabeza, se inclinó ligeramente hacia delante y empezó a picotearle el zapato, luego se adelantó un poco más y le agarró el cordón del zapato con el pico.

—¡Fuera! —gritó el hombre.

Con otro picotazo, la gaviota desató el cordón y tiró de él, como si quisiera arrastrar al hombre por el pie con todas sus fuerzas.

—¡Fuera de aquí! ¡Vete!

Pero la gaviota tiró con más fuerza y las demás se acercaron a contemplar aquel deporte y una de ellas, entre graznidos y chillidos, fue a la otra pierna y comenzó a picotear el otro cordón.

—¡No puedo más! ¡Ayuda! ¡Auxilio!

El otro sirviente volvió y me estremecí al ver a Sturridge, que cargó todo su colosal peso contra la puerta y le dio una patada tan fuerte a una de las gaviotas que la reventó contra la pared.

—¡Despertad a todo el pasillo! —bramó el mayordomo—. Ponedlos a salvo en el otro lado. ¡Hay que acordonar este descansillo! ¡Moveos! ¡Moveos!

Y aprovechando el alboroto, me escurrí y bajé al piso inferior.

Bajé sigilosamente la escalera principal. Un Iremonger con el uniforme oficial, con hojas de laurel trenzadas en oro, dormía profundamente sobre un escritorio. Si los cúmulos se salen con la suya, se ahogará soñando. Oí pasos en los escalones de mármol. Me oculté detrás de la silla de aquel hombre, detrás de su figura sentada tras la mesa. Alguien pasó corriendo, se detuvo un instante ante el escritorio y volví a ver esos pantalones con el mismo zapato arañado. Pantalones se detuvo un momento y luego volvió a acelerar el paso. El uniforme oficial seguía durmiendo. Entré en su corredor. Este debe de ser un lugar importante, pensé, vamos a ver qué encontramos por aquí. Los pomos de las puertas eran de porcelana decorados con flores bonitas, giré uno de ellos y entré. ¡La habitación del tesoro! Cuadros en marcos dorados, mesas pulidas, a rebosar de todo tipo de cosas. Una enorme repisa de chimenea de mármol con mujeres de mármol casi desnudas sujetando la repisa. ¿Qué lugar es este? No había dado ni dos pasos cuando una voz de vieja me gritó:

—¿Quién es? ¿Quién anda ahí?

Había una anciana acostada en una gran cama con dosel. Aunque despierta, las cortinas de su cama estaban echadas; yo no podía verla a ella y ella no podía verme a mí. Me escondí detrás de un sillón grande y feo. Al cabo de un rato asomé la cabeza por encima.

—Sé que hay alguien ahí.

Una cabeza salió de detrás de la cortina, un rostro espantosamente marchito, viejo y ajado.

—¿Quién eres? Descúbrete.

No, no pienso hacerlo. No puede obligarme.

—¿Quién es? —gritó la anciana—. ¿Eres tú, Iremonger? ¿Has venido a ver cómo estoy? Si eres tú, no me enfadaré. Anúnciate. ¿Ha regresado el tren? ¿Quién anda ahí? No voy a enfadarme, solo muéstrate en este instante. ¡¡Piggott!! ¿Es usted otra vez, Piggott? ¿Lo ha encontrado? No basta con dispersar un Engendro, eso no le hará ganar ninguna medalla. ¿Es usted, Piggott? ¿Ha venido a decirme lo inútil que es? No, no, usted no haría eso, ¿verdad? No volvería a subir hasta que lo encontrara. Por tanto no es usted. Eres algún otro. Pero ¿quién? ¿Es posible que...? —Bajó la voz—. ¿Es... ella? Se ha perdido, ¿me equivoco? De alguna manera sus pasos la han traído hasta aquí. Eso es. Ella.

La anciana guardó silencio un rato y después una figura demacrada salió de la cama. Sobre su mesilla había un vaso de agua, pero no vi ningún objeto de nacimiento.

—Por favor, dime quién eres —dijo con una voz muy diferente, débil y asustadiza—. Aquí solo estoy yo, nada más que mis recuerdos y yo. ¿Para qué has venido? ¿Quién está en mis habitaciones? Te oigo respirar. ¿Por qué no respondes? No veo bien pero puedo olerte y oírte; acércate, ven a mí, visítame. Te lo ruego. Nadie viene a visitarme. Solo la Iremonger que me trae la comida, es un gusto tener a alguien nuevo, alguien joven. ¿Puedo tocarte? ¿Puedo sentir tu piel? La Iremonger que viene no tiene la piel muy bonita, ¿y tú?

Mientras hablaba, se había ido desplazando lentamente hacia mí, y yo me había ido alejando igual de despacio. Me hice a un lado del asiento y, cuando dejó de ser seguro, me arrastré hasta ocultarme detrás de una gran butaca negra.

—¿Eres tú la que se mueve? ¿Lo que acabo de oír? Eres muy tímida, ¿verdad? No seas tímida. Soy solo yo, una mujer muy, muy vieja. ¿Has visto mi chimenea? Es una joya. No hay nada mejor en todo Heap House. ¿Te gustaría verla bien? ¿Por qué no te acercas a ella? Me la entregaron al nacer. Hemos estado siempre juntas, mi chimenea de mármol y yo, aquí, en esta habitación. Cuando era niña, salía disparada al pasillo, incluso bajaba un tramo de escaleras antes de volver corriendo a casa, pero eso fue hace mucho tiempo, hace muchos años que no veo la escalera. Solía abrir la puerta de vez en cuando para contemplar las distintas atmósferas en el descansillo, pero ahora, por lo general, me quedo aquí tumbada, en mi cama, frente a la chimenea.

Algo bajó con gran estrépito por el conducto de humos a la rejilla de la chimenea. Una vez asentada la ceniza distinguí un vestido viejo y sucio, la antigua ropa de alguien. Yacía en la rejilla y la anciana dijo:

—¡Menuda tormenta! Arrastrando porquería a mi habitación, ensuciando mi chimenea... Tal vez mañana ordene a mi Iremonger abrir las persianas y me asomaré para ver qué cambios ha traído la tormenta, dónde se acumula la basura. Oh, chimenea, nadie ha venido a visitarnos, no era más que la tormenta, solo una tormenta.

Creí que la tormenta habría engañado a la vieja urraca, pero lo siguiente que oí fue una llave en la cerradura. Me había encerrado dentro con ella.

—De acuerdo, criatura. He echado el cerrojo y tirado de la campanilla, en cualquier momento aparecerán una decena de Iremongers. ¡Escoria! Mandaré quemar mis alfombras. Haré que arrojen mi butaca por la ventana. ¡Perra asquerosa! ¡Vamos, ven aquí, acércate, sal de tu escondite! ¡He dicho que salgas!

No había escapatoria. La vieja había agarrado un atizador y lo agitaba a su alrededor. Se acercaba a los muebles y los golpeaba. No había salida. De pronto apareció un griterío de gente aporreando la puerta.

—¡Señora! ¡Señora! ¡Señora!

—¡Esta aquí! —respondió la vieja—. Está atrapada. La criatura extraña está en mi habitación. La he cazado, la he encontrado. Lo que habíais perdido y no lograbais encontrar, ¡lo he encontrado! ¡Aquí! ¡En mi habitación!

—¡La llave está puesta en la cerradura, señora! ¡No podemos entrar! Gire la llave y enseguida estaremos con usted. Dese prisa, señora, rápido, deprisa, ¡para que no le haga daño!

—¿Daño a mí? ¡Es muy improbable! —exclamó indignada—. ¡Esa criatura! ¡Deshaceos de ella! Estoy junto a la puerta. ¡No la dejéis escapar! Quiero verla hecha pedazos, ¡al diablo con los muebles! ¿Estáis preparados? ¡Uno, dos, tres! ¡A por ella!

Pero mientras la vieja giraba la llave de la puerta y les daba instrucciones, yo me metí en la chimenea de mármol y empecé a trepar una vez más por aquellos pasajes negros y mezquinos, dejando un sinfín de pistas a mi paso, huellas de hollín de manos y pies en el mármol. Y qué si duele, qué importa, es bueno que duela, volví a hacerme sangre subiendo en la sucia oscuridad. Miré un instante hacia abajo y vi una antorcha brillando a mis pies y oí gritos: «¡Ahí! ¡Ahí! ¡Ahí!».

Y después: «¡Encended el fuego!».

Vamos, vamos, continué el ascenso, arañándome. Pero entonces me choqué con algo: el conducto de humos se doblaba. Seguí avanzando por él y supongo que debí de perderme en los pasajes, de confundirme, porque las aperturas eran diferentes, agujeros distintos y de alguna manera me resbalé, caí por otro túnel negro y me estrellé en la rejilla de la chimenea de otro Iremonger. Deberías perder esta costumbre, Pennant, me dije, o no llegarás mucho más lejos. Esta vez caí con fuerza y me hice daño en la espalda. Pero cuando quise levantarme, no podía, así de simple. No sé cómo me había quedado encajada entre la rejilla, los morillos y la chimenea. Era una chimenea pequeña, vaya si lo era, y estaba atascada.

Por lo menos no venía nadie. Pero no podía moverme. No podía levantarme. Pero seguí intentándolo. Tirados por el suelo delante de mí estaban todos los objetos de nacimiento que había acumulado y que habían salido disparados de mis bolsillos al caer. ¿Dónde estaba? ¿Qué habitación era esta? Al principio pensé que sería algún tipo de almacén. Había una puerta y cinco cerraduras diferentes. De modo que un lugar importante. Había toda clase de cosas. Estanterías llenas de objetos diversos que no respondían a ninguna lógica, trozos de cinta, cosas de plata, una catapulta, un tarro con sellos, una armónica, botones, soldaditos de juguete, pipas, pero también pitilleras y una espada de madera, una trampa para ratones, papel matamoscas, frascos de tinta. ¿De quién era todo esto?

Oí movimientos, venía alguien. Traté de liberarme. Imposible. Incapaz. De repente, alguien. Alguien que me miraba.

Era un hombre más bien joven, de unos dieciocho años. Vestido de negro, un ser lúgubre. Piel muy amarillenta, rostro agrio. Su aspecto no me gustó demasiado. Tenía un bigote escaso, casi parecía una mancha, granos en la frente. Y entonces vi que llevaba un brazalete de metal en el tobillo unido a una cadena larga. Un joven encadenado. ¿Quién le había encadenado?

—¡Señor! ¡Oh, señor! —llamó a su amo—. Será mejor que lo sepa. Hay algo nuevo aquí dentro. Algo muy nuevo.

—¡Por el amor de Dios, Portatostadas, ¿qué ocurre ahora? ¡Te daré una paliza! —replicó una voz al fondo de la habitación.

—¡Y yo te la devolveré, pedazo de nabo!

—¿Qué ha sido eso?

—Palabras, o eso creo, muchas palabras salidas de mi propio agujero.

—¿Qué has dicho, Portatostadas?

—Cosas, ¿a usted qué le parece? Ya le gustaría saber lo que he dicho.

—Dijiste que cuidarías tus modales.

—Y usted dijo que me soltaría, que me dejaría libre, pero no lo ha hecho, me ha encadenado. Todos mienten. Nacidos para mentir, menuda cosa. Cretino. Vamos, señor Moco, venga a echar un vistazo. Mire lo que ha arrastrado la tormenta.

—Me esfuerzo por ser amable contigo, Portatostadas.

—No le veo mucho el sentido, pero bueno. ¿Para qué molestarse?

—Debemos intentar ser civilizados, sacar el máximo partido a una situación.

—Le odio. Usted me odia a mí. La situación no da más de sí.

—No, Portatostadas, no te odio. Te aprecio. Significas mucho para mí.

—Bien, ¡pues yo a usted lo desprecio, señor!

—Te llevarás una paliza, ya lo sabes.

—No, no lo hará. Yo le devolveré los golpes, igual que la última vez.

—Te rompí la nariz.

—Y yo le provoqué un dolor de cabeza que le duró un mes. La próxima vez le partiré el cráneo.

—Te lo pido por favor, ¿podemos intentar ser cordiales?

—Ha empezado usted.

—Entonces te pido disculpas.

—Qué amable por su parte.

—Vamos, Portatostadas, démonos la mano. Te encontraré algo nuevo y precioso. Para tu colección.

—Por lo que parece ya lo tengo.

Apareció otro joven, en bata de seda y con una medalla prendida en el pecho. Este, a diferencia del otro, era guapo.

—Bien, bien, ¿qué tenemos aquí?

—Una vagabunda —dijo el que se llamaba Portatostadas—, diría que mía.

—Estoy atascada —dije—, ayudadme.

—¿Qué tenemos aquí y qué podemos hacer con ella? —dijo el guapo.

—Os he dicho que me ayudéis. ¡Estoy atascada! —grité.

—No me gustaría comérmela —gruñó el feo.

—¡Estoy atascada! —volví a gritar.

—Eso parece —dijo el guapo—, y entonces, mi siguiente pregunta es, ¿queremos liberarla? ¿Nos beneficiaría de alguna forma?

—¡Me duele! ¡Estoy atascada y duele! ¡Duele muchísimo, maldita sea!

—No sé —dijo Portatostadas—, podría ser divertido.

—¿Qué hay ahí, en el suelo? —dijo su compañero sin cadena—. Un cenicero, pero no el tuyo. Lo he visto antes. Y ¿qué es eso? Es un alfiler de corbata, ¿de dónde ha salido eso? También me resulta familiar. ¿Y eso de ahí? ¡Un zapato! ¡Un zapato de mujer! Pero no es un zapato cualquiera, ¿verdad? Reconocería este zapato en cualquier parte. ¡Es el zapato de Bornobby! Pero ¿cómo ha llegado hasta aquí? Espera un momento. Eres una ladrona, ¿no? Una maldita ladronzuela. Has robado todos esos objetos de nacimiento. Ahora caigo. ¿Por qué harías algo así? ¿Quién eres? Pero un momento, maldita sea, ¡has venido para robarme también el mío!

—No, no es cierto.

—Has bajado hasta aquí para robar mi objeto de nacimiento.

—Bien —dijo Portatostadas—, aquí estoy.

—Calma, Portatostadas, nadie va a robarte.

—¡Cuánto lo aprecio! —gimió—. Mi héroe.

—¿Él es tu objeto de nacimiento? —pregunté—. ¿Él? ¡Pero si es una persona!

—Qué astuta —dijo Portatostadas.

—Sí, es un hombre, si es que se le puede llamar eso —dijo el guaperas.

—¡Te destrozaré! —dijo Portatostadas.

—Pero antes no lo era. ¿Verdad que no, Portatostadas? Antes era...

—¡Un portatostadas! —exclamé.

—¡Pues claro que era un portatostadas! ¿Qué si no?

—¡Un portatostadas! —grité.

—Un portatostadas de plata —dijo Portatostadas—. De plata, yo era de plata.

—Pero ¿cómo? ¿Cómo es posible...? ¿Cómo se ha convertido en un... hombre?

—No es de tu incumbencia.

—No lo sabemos —dijo Portatostadas.

—Cierra el pico, Portatostadas.

—Pero no me llamo Portatostadas, ¿verdad que no? —dijo Portatostadas—. O, más bien, ya no soy Portatostadas. Soy Rowland Collis. Así es como me llamo. Pero él nunca lo dirá. Nunca me llamará Rowland. ¡Nunca dice Rowland Collis!

—¡Eres Portatostadas, Portatostadas! Tienes que aprender cuál es tu lugar.

—¡Voy a romper cosas! ¡Vaya que sí! Me apetece hacerlo. ¡Necesito romper cosas!

—Tranquilízate, vamos, cálmate.

—¡No puedo! ¡No puedo!

—Ten, toma un poco de medicina. Toma un trago de esto.

El joven apuesto le pasó una botella. Rowland Collis se la arrebató y se la bebió de una tacada. Entonces lo olí, era un aroma con el que estaba más que familiarizada: ginebra.

—La Abuela me dijo que lo mantuviera así —dijo el de la medalla— hasta que lo hayamos comprendido. Simplemente es así. Es mi objeto. Nadie lo sabe. Solo la Abuela y ahora, al parecer, tú. ¿Quién eres, por cierto? ¿Y qué haces en mi habitación y cómo has conseguido todas estas cosas?

—Me he caído.

—Hasta ahí llego.

—¿Puedes ayudarme? —pregunté—. Por favor, ayúdame. Creo que me he roto algo.

Se colocó frente a mí, dio varias caladas a su pipa, sacudió la cabeza y luego se quedó quieto, mirándome más de cerca, incluso alargó la mano para tirarme un poco del pelo.

—¡Oh..., Dios... mío!

—¿Qué? —dije—. ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

—Acabo de darme cuenta de quién eres.

—No, no lo soy... No sé en quién estás pensando... pero no soy lo que piensas. Soy una sirvienta, es cierto. Y también una ladrona. Una sirvienta y una ladrona.

—No eres de aquí, ¿a que no?

—No, es verdad, no soy de aquí y estoy intentando salir de aquí. ¿Puedes ayudarme, por favor?

—No, no podría hacerlo, de ningún modo. ¡Portatostadas, tráeme mis zapatos!

—Qué honor, señor.

La ginebra parecía haber calmado en gran medida los ánimos de Rowland Collis, que se alejó de mal humor para volver al poco con un par de relucientes zapatos de cordones de caballero.

—Pónmelos.

Rowland Collis lo hizo.

—¿Adónde vas? —pregunté.

—Fuera, criatura extraña. ¡Voy a salir!

—¡Ayúdame, por favor! ¡Por favor!

—Oh, volveré enseguida con ayuda. Portatostadas, quédate haciendo guardia, y cuando vuelva métete en tu sitio sin decir ni mu. Te compensaré esta espera.

—¡Dos botellas! —dijo Rowland Collis.

—Sí, por lo menos.

El guaperas fue hasta la puerta, sacó unas llaves y desbloqueó todas las cerraduras. Abrió la puerta y, nada más hacerlo, otro pie se coló por el otro lado, impidiendo que la puerta se cerrase.

—¿Quién anda ahí? —gritó el guapo—. ¿Quién está en mi puerta? ¡Retrocede! ¡Haré que te azoten!

Reconocí el zapato de la puerta, era el mismo que había visto antes, en la Sala de los Encuentros, el que estaba arañado. También reconocí los pantalones, y siguiéndolos hacia arriba con la mirada vi por fin a la persona que los llevaba puestos.

Clod.

—¡Clod! —gritó el muchacho guapo.

—¡Clod! —grité yo.

—¡Rowland Collis! —gimió Rowland Collis—. Ese soy yo, si le interesa a alguien.

Y entonces Clod golpeó al de la medalla de pleno en la cabeza con una sartén, con mi sartén.



El Tío de la Casa Timfy Iremonger

UN SILBATO DE METAL

Continúa la historia de Clod Iremonger

Entro en escena

Golpeé a Moorcus, lo golpeé con odio, con odio y con la sartén (señor Gurney) de la Prima Gustrid, y le hice daño, cayó al suelo y se llevó las manos a su bonita cabeza. Y me sentí bien. Lo admito sin tapujos. Y me alegré de haberlo hecho. Y con aquel golpe saqué un poco del odio que albergaba dentro.

—Esto es por Tummis y por Hilary Evelyn Ward-Jackson —dije—. Y no es suficiente, por muchos golpes que se te den, por mucho que se te abolle, nunca será suficiente, Moorcus, ni aun recibiendo todos los golpes del mundo, contigo no bastaría ni con una paliza de todos los países del mundo.

—Por favor —se lamentó Moorcus—. ¡Mi cabeza! Estoy sangrando. Me vas a matar.

—Creo que eso es precisamente lo que haré si no te callas en este instante.

—¡Clod! ¡Clod! —gritó Lucy desde la chimenea.

Liberé a Lucy de su encajonamiento. ¿Qué le habían hecho? Estaba llena de arañazos y de sangre y manchada de hollín. ¡Daba pena verla! Pero era ella. En carne y hueso delante de mí. De verdad. Lucy.

—¡Lucy Pennant, por fin! Menudos quebraderos de cabeza me has dado.

—¿Cómo? ¿Por qué lo dices, Clod?

—En la Sala de los Encuentros, arriba y abajo, nunca te habría encontrado de no haber sido por la Abuela, no te imaginas la que ha armado, hasta yo pude oírla. Y cuando acuden todos esos sirvientes en su ayuda, vas tú y te escapas por la chimenea, y entonces calculé qué otras chimeneas podrían compartir ese conducto de humos y supuse que la de Crosspin y Flippah, pero al acercarme a su puerta oí ronquidos, así que mi siguiente opción fue la de Moorcus, y menudas voces se oían al otro lado de esta puerta. Oí decir a Moorcus que iba a salir, así que me quedé aquí esperando hasta que se abrió la puerta y metí el pie y entonces usé la sartén, el señor Gurney, que encontré, no sé por qué, en la Sala de los Encuentros. Y por eso estoy aquí, y también está Moorcus, y estás tú, y, no sé cómo están también la Cecily Grant de Bornobby y la Henrietta Nysmith de Onjla y el Pequeño Lil de Tía Loussa, todos aquí juntos, una colección extraña, pero, a todo esto, ¿quién es él? No le había visto en mi vida.

—Es Portatostadas —gimoteó Moorcus—, pero no se lo digas a nadie, por favor.

—Es Rowland Collis, Clod —dijo Lucy.

—Soy Rowland Collis, Clod —dijo el tipo extraño.

—Es el objeto de nacimiento de Moorcus —dijo Lucy—, que de alguna manera se ha transformado en una... persona.

—¡Rowland Collis! Pero ¿cómo es posible...? ¿Cómo pueden estar... juntos? No tiene ningún sentido.

—No lo sabemos —gruñó Moorcus—, y no sabes cuánto me gustaría que no fuera así, era mucho más agradable cuando era un portatostadas. ¡Ojalá volviera a ser uno! Era un portatostadas estupendo, pero como persona es anodino. La Abuela dijo que con el tiempo probablemente volvería a transformarse en plata, pero no ha ocurrido, sigue aquí, día tras día, atormentándome. Han venido doctores desde Filching, médicos especializados, pero no sirven para nada, no pueden reportatostizarlo. Dentro de poco recibiré mis pantalones, no queda nada, y me casaré con Horryit, pero ¿qué voy a decirle cuando vea un portatostadas como este?

—¡Es maravilloso! —grité—. ¡La mejor noticia!

—Es terrible —dijo Moorcus—, lo peor de lo peor.

—Significa —exclamé—, significa que James Henry Hayward, mi queridísimo tapón, y yo podríamos coexistir en el mundo al mismo tiempo. Significa que hay alguna forma de romper la cadena de los objetos de nacimiento. ¿Cómo lo hiciste, Moorcus? ¿Cómo?

—No hice nada —dijo—. Me fui a la cama, como siempre, pero por la mañana, donde solía estar mi portatostadas... había desaparecido y en su lugar estaba eso, y te aseguro que me quedé de piedra.

—Pero algo tuviste que hacer, algo diferente. ¡Piensa, Moorcus, piensa!

—Ya te lo he dicho: no hice nada diferente.

—Tuvo que ocurrir algo.

—Nada de nada.

—¡Piensa, Moorcus! —grité—. ¿Te ayudaría si utilizo la sartén?

—Sí, usa la sartén —dijo Rowland—, úsala sin falta. Seguro que ayuda.

—Por favor, Clod, por favor —rogó Moorcus.

—Rowland Cowlis, ¿hiciste tú algo diferente?

—No me acuerdo, y esa es la pura verdad.

—¿Recuerdas cómo era ser un portatostadas?

—No me acuerdo. Y esa es la pura verdad.

—¿Recuerdas quién eras antes de convertirte en un portatostadas?

Hizo una pausa, y añadió con tristeza:

—No me acuerdo. No puedo. Y esa es la pura verdad.

—Tal vez poco a poco consigas acordarte, Rowland, con el tiempo.

—¿Puedo probar yo con la sartén? —preguntó Rowland.

—No se la des a él, Clod, por favor —suplicó Moorcus—. Qué bien te sientan los pantalones. Estás estupendo.

—Ni lo intentes, Moorcus —dije.

—Clod —dijo Lucy—, no deberíamos quedarnos aquí. De eso estoy segura. Vámonos, Clod. Si me encuentran, y te garantizo que le están poniendo ganas, me matarán. Lo han dejado perfectamente claro.

—¿Matarte?

—Sí, ahí lleva razón —dijo Moorcus—, la matarán. He oído que lo decía Sturridge.

—Ayúdame, Clod, sácame de aquí.

—No hay forma de salir de aquí —dijo Moorcus—. La única opción es el tren, por el túnel, pero el tren todavía no ha vuelto, por lo que el túnel seguramente se ha derrumbado. Y no hay más posibilidades. Estás atrapada aquí. Todos lo estamos. Hasta que termine la tormenta y reparen el túnel.

—¿Es eso cierto, Clod? ¿Lo que dice es verdad?

—Tiene que haber alguna otra manera —repuse.

—No la hay —dijo Moorcus—, y lo sabes.

—¡Golpéalo! ¡Vamos! —gritó Rowland—. Sé que lo estás deseando.

—Rowland Collis —dije—, me gustaría que tuvieras esto.

Le di la sartén.

—Muchas gracias.

—Lucy, vamos. ¿Puedes caminar? Deja que te ayude.

—Os encontrarán —dijo Moorcus—, os atraparán y, cuando lo hagan, la matarán. Y a ti, Clod, no sé lo que harán contigo, pero no me gustaría estar en tu pellejo, seguro que dolera lo suyo.

—¿Es esta la llave de tu cadena, Rowland? —pregunté tirando de la llave del bolsillo del chaleco de Moorcus.

—Esa misma, creo —dijo Rowland—, aunque no la veo a menudo.

—No, Clod —gritó Moorcus—, te lo advierto, devuélvemela.

Le di a Rowland la llave.

—Muchas gracias.

—No, Portatostadas, no —dijo Moorcus—. Dámela, por favor. Ahora mismo. ¡Eres mi portatostadas!

—Rowland —dije—, si eres tan amable.

Moorcus profirió un alarido.

—Gracias —dije.

—No hay de qué —dijo Rowland.

—¿Adónde vamos? —preguntó Lucy.

Casa de abajo, casa ahogada

Tenerla otra vez a mi lado. Notar su calor y sentir que se movía. Magullada, sí, llena de moratones y con la ropa hecha jirones, pero ahí estaba, cojeando, herida: mi corazón. ¡Qué afortunado! ¡Vaya una vida llevo! Estoy vivo, pensé, ahora sí que estoy viviendo. No nos moriremos, ¿verdad? Me entró la duda de pronto, pero pensé que no podía ser, que sería demasiado cruel. No ahora que ella ha vuelto conmigo. Saldremos de aquí y gritaremos y bailaremos y seremos nosotros mismos. Tengo quince años y medio y he recibido mis pantalones, ¿qué más se puede pedir?

Pensé que lo más seguro sería ir a la parte más baja de Heap House, acercarnos todo lo posible al exterior. Pensé que podría haber algún camino a lo largo del túnel, alguna manera de avanzar por aquella ruta oscura y, como mínimo, abandonar Heap House. Eso era lo principal, salir de este lugar que se agitaba y se lamentaba y protestaba por las inclemencias climáticas. Heap House, nuestra mansión, se había edificado, como por fin había comprendido, no con ladrillos y mortero, sino con frío y dolor. Era un palacio construido con malicia, con negros pensamientos, con dolores y gritos y sudor y escupitajos. Las lágrimas de otras personas se habían quedado pegadas en el papel que revestía nuestras paredes. Cuando nuestra casa lloraba, era porque en el mundo otros recordaban lo que les habíamos hecho. ¡Cómo lloraba y gritaba y aullaba la casa en aquella noche terrible! ¡Cómo gemía e insultaba! ¡Cómo maldecía y culpaba! Cómo sufría durante aquella terrible tormenta, mientras los cúmulos la azotaban sin descanso. Tenemos que salir de aquí.

Debíamos bajar al lugar donde se guardaba el objeto de nacimiento de Lucy Pennant. Lo necesitaremos. Todavía no sabía cómo, pero lograríamos revivirlo, y a James Henry también. Si Rowland Collis ha podido, entonces tiene que haber esperanza.

—Bajaremos, Lucy. Encontraremos el túnel.

—Lo más probable es que esté inundado, Clod. La última vez que estuve allí llovía a cántaros.

—Pero la parte central del sótano ¿aguantaba?

—Ha pasado un buen rato.

—Entonces, bajaremos, Lucy. Tenemos que intentarlo. Y sobre todo, te pido por favor que recuerdes que tu objeto de nacimiento todavía está ahí abajo.

—Una caja de cerillas, no pienso ahogarme por una caja de cerillas.

—Es más que una caja de cerillas, tienes que creerme. Mi propio tapón, míralo, es una persona, de verdad, una persona atrapada en forma de tapón. Y no sé lo que podría ocurrirte a ti si no conseguimos tu caja de cerillas. Enfermarías, no creo que duraras mucho.

—Prefiero jugármela, si no te importa.

—He visto a mi propia tía convertirse en un cubo por no tener su objeto.

—Pero los Groom están ahí abajo, y también Piggott. ¡Todos! Allí abajo saben quién soy.

—No, Lucy, ya no estarán abajo, habrán subido, allí no quedará nadie, no es un lugar seguro.

—Entonces tampoco lo será para nosotros. No voy a bajar.

—Hay algo más, Lucy.

—No pienso ir, y no vas a convencerme.

—Creo que Florence Balcombe está ahí abajo.

—¿Florence?

—Solo que no es lo que era, ahora no es más que una taza, tienes que creerme, una taza bigotera, según he oído, y también la he oído a ella, la he oído llamar. Su voz entre todas las demás voces, forma parte de un Engendro.

—¡Pero entonces he estado con ella! ¡Muy cerca! ¡La he visto!

—Creo que está en el sótano, Lucy.

—De acuerdo, Clod —dijo, y tomó aire—. Muy bien. Entonces, vamos.

Se la veía muy maltrecha, muy abatida y lastimada. Como si hubieran podido con ella, como si le hubieran arrancado un poquito de Lucy.

—Saldremos de aquí —dije—, y no volveremos jamás.

—¿Tú vendrías conmigo?

—No voy a dejarte. Nos abriremos paso a golpes si es necesario.

—¿Cómo es que de repente eres tan valiente?

—Has sido tú, Lucy, es gracias a ti.

—No soy una Iremonger, Clod, ni siquiera una pizca.

—Lo sé, ya lo sé, y por eso me gustas.

—Soy una ladrona, creo que siempre lo he sido, fui yo la que robó todos esos objetos.

—Lo sé, y por eso me gustas.

—Estaba fuera, en los cúmulos, vi que Tummis se hundía. Traté de cogerlo, pero no pude, no lo conseguí.

—Oh, Lucy, pero lo intentaste, hiciste todo lo posible.

—Sí, hice todo lo posible.

—Y por eso te quiero.

—¿De verdad?

—De verdad.

«Albert Powling.»

—¡Oh, no!

—¿Qué es?

—El Pequeño Tío.

Tras nuestros pasos

El Pequeño Tío Timfy estaba delante de nosotros, una lámpara de arpillera iluminaba su rostro, que brillaba como una diminuta luna, un minúsculo planeta de malicia. Sus orificios nasales se agitaban orgullosos de habernos descubierto, y parecía hambriento y deseoso de hacernos daño.

—¡Quietos! No os mováis, ya os tengo. Yo os he encontrado. No Idwid. Yo. Aquí mando yo, no él. Lo han destrozado. ¡Tendríais que haber visto cómo sangraba! Se le ha borrado la sonrisa de la cara. Pues me parece muy bien. En esta casa mando yo, algún día seré gobernador. ¿Por qué no? ¡Poneos firmes! Clod Iremonger, has traicionado a tu propia sangre.

—Déjanos en paz, Tío Timfy.

—De ninguna manera, no es muy probable que lo haga, ¿no crees? Dámela, entrégamela.

—No, Tío, atrás.

—Si no me la das tú, tendré que arrebátártela.

—Te haré daño, Tío, te lo advierto.

—Tú, Clod, no estás hecho más que de aire contaminado. ¿Cómo vas a hacerme daño?

—No voy a permitir que le pongas un solo dedo encima.

—¿Oh? ¿Lo dices en serio? Ahora verás. ¡Mira y aprende! ¡Aparta!

—Yo que tú no lo haría, Tío, te aplastaré, te lo juro.

—Pues entonces hazlo, piltrafa. No te mereces ni que te escupa, Clod, eres un inútil de la cabeza a los pies. Voy a poner fin a todo esto de una vez por todas.

Sopló con fuerza su Albert Powling y, a modo de respuesta, se produjo un estruendo repentino en el pasillo.

—¿Qué es eso? —gritó Lucy—. ¿A quién ha llamado?

—No lo sé —dije—, algo grande, o algún tipo de ejército de sirvientes. ¿Qué diablos es, Tío? ¿Qué es lo que viene hacia aquí?

Pero Timfy tampoco parecía saberlo, su rostro delataba el terror que se había apoderado de él, pero volvió a soplar su Albert y un gran estrépito volvió a contestar de inmediato, un ruido que aumentaba por momentos, cada vez más cerca.

—¿Qué es eso? ¿Qué es lo que se acerca, Tío Timfy?

—Yo... Yo... No lo sé. No tengo ni idea.

Fuera lo que fuese, venía hacia nosotros, algo muy grande corría a nuestro encuentro. No había dónde esconderse, todas las puertas estaban cerradas y la estampida era cada vez más ruidosa. El pasillo estaba tan oscuro que no podíamos saber si se trataba de una sola persona o de varias.

—¡Auxilio! —gritó Timfy—. ¡Ayudadme!

—¿Qué es? ¿Qué puede ser? —gritó Lucy.

—¿Es un Engendro? ¿Quién está ahí? —chilló Timfy.

—¡Atrás! —grité—. ¡Recula!

Empujé a Lucy contra la pared porque los golpes estaban cada vez más cerca. El Tío Timfy seguía en mitad del pasillo y la lámpara iluminaba su cara como si fuera una máscara terrorífica.

—¡Ayuda! ¡A mí! —chilló el Tío—. ¿Qué demonios eres?

Unos pisotones ensordecedores, unos gritos horribles, un destello fulminante de piel rosada, arrugada y en carne viva acompañado de una gran masa de gruesas plumas blancas y negras, enormes garras en el suelo; una criatura, un monstruo. Se abalanzó contra el Tío Timfy, que salió despedido por los aires, y su lámpara chocó contra la pared y prendió fuego al papel pintado rasgado, las llamas se extendieron hacia arriba, el fuego lamía el techo y la luz era tan intensa que de repente pudimos ver lo que sucedía. Timfy en el suelo miraba con ojos desencajados y aterrorizados a una criatura imposible que se inclinaba sobre él, que lo atacaba, furibunda, con su enorme pico. ¡Un avestruz! ¡El avestruz de Tummis!

—¡Asesino! —chilló Timfy—. ¡Me va a matar!

Se levantó trastabillando y, esquivando las llamas, agónico, huyó hasta perderse de vista, adentrándose en la oscuridad, con el avestruz chillando tras él, ambos absolutamente aterrorizados, ambos sumamente terroríficos. Tras un sinfín de crueldades, Tummis por fin lograba vengarse.

—¡Y pensar que durante todo este tiempo estaba entre nosotros! ¡El avestruz de Tummis! Gracias, Tummis, ¡un millón de gracias!

—¡Clod, el fuego! Este lugar arderá en cualquier momento.

—Bajemos pues, bajemos al lugar más húmedo de la casa.

Echamos a andar por el descansillo. Lucy cojeaba pero no se quedaba atrás. Justo al lado del rellano había una escalera de servicio. Era una escalera fría, desprovista de alfombras o cuadros. Por allí bajaban los Iremongers sirvientes a la Sala de Mármol.

—Abajo del todo tiene que haber gente —dije—, es inevitable. Debemos tratar de ir más allá.

—Mientras no sea por las chimeneas... No creo que sea capaz de repetirlo.

—Encontraremos otra forma.

—¿El comedor queda cerca?

—El Gran Comedor, sí. ¿Por?

—¿Sabes si allí hay algún montaplatos? Hace un rato he oído a los Groom hablando de uno. ¿Podríamos bajar en él?

—¡Claro que sí, Lucy! Bien pensado, ¡usémoslo!

En el Gran Comedor

El Gran Comedor era todo papel aterciopelado y cristal tallado, candelabros y luces brillantes, objetos pulidos y relucientes, pero también oscuridad, y profundidad, como si en lugar de hallarte en un gran ambiente destinado al almuerzo estuvieras en el estómago de algún leviatán. Allí dirigimos nuestros pasos y, al llegar, descubrimos que no estábamos solos.

Objetos de nacimiento por todas partes, objetos de nacimiento que murmuraban, que callaban, que susurraban espantados. Todos los nombres eran preguntas, cada objeto parlante hablaba con signos de interrogación. Hasta mi propio tapón se preguntaba, muy flojito, tímidamente: «¿James Henry Hayward?». En el Gran Comedor se habían congregado muchísimos Iremongers. Habíamos ido a parar justamente a ellos. Mis parientes. Todo aquel lugar estaba a rebosar de Iremongers.

—Oh, Clod —susurró Lucy—, ¡ayúdame! ¿Y ahora qué?

Pero solo acerté a decir:

—¡Oh!

—Por favor, Clod, tienes que hacer algo.

Los ojos de todos los Iremongers estaban clavados en nosotros, decenas de cabezas levantadas. ¿Cómo explicarlo? ¿Cómo reconducir la situación?

—Menuda noche, ¿eh? —dije—. ¿Qué tal?

Los ojos seguían fijos en nosotros, nadie apartaba la mirada.

—Acabo de ver un avestruz. Vivito y coleando, correteando por el pasillo. El avestruz de Tummis, lo juro. Ha habido un incendio, las llamas llegaban hasta la mitad del pasillo. ¿Por qué me miráis así?

Continuaron mirándome.

—¿Cómo estáis? ¿Qué os contáis?

No dejaban de mirarme.

—¡Qué nochecita! —repetí. Era incapaz de dejar de hablar, porque estaba seguro de que cuando me callara irían a por ella—. Menuda noche en la que todos los Iremongers se quedan mudos a la vez. He estado dando una vuelta, vaya tiempecito. Estoy seguro de que todos lo habréis hecho, igual que yo. La verdad es que da un poco de miedo. ¿Parezco nervioso? Bueno, eso es porque lo estoy. Me he encontrado con esta criatura que veis aquí a mi lado, este trapo

viviente. Puede que no reconozcáis lo que es, pero yo os lo diré: es un ser humano. Mirad, familia, es una Iremonger sirvienta. Me la he encontrado tirada en el pasillo sepultada bajo pilas de cosas. Me ha llevado un buen rato sacarla de ahí. Al principio no sabía lo que era, no me la hubiera jugado. Pero entonces encontré este trapo de cocina, este desecho, y pensé, bueno, pensé, pensé...

—¡Ya está bien! ¡Cállate, Clod! —dijo el Tío Aliver desde un rincón—. ¡Qué cotorra te has vuelto! Esta sala se ha convertido en un hospital provisional, la Enfermería está cerrada por la tormenta. Mira a tu alrededor, todos están heridos. Sé útil. Haz algo de provecho.

Entonces comprendí, al tiempo que se disipaban mis temores, que todos esos Iremongers que tenía delante no habían ido allí a cenar, aunque el Tío Aliver tenía un cuchillo en la mano y estaba junto a una mesa, pero de pie, no sentado, y el cuchillo era un escarpelo. Los demás parientes vestían la ropa de Aliver, llevaban vendas y sábanas hechas con manteles de lino fino, y estas envolturas desgarradas estaban estampadas a diestro y siniestro con flores rojas que se extendían por las vendas. Cuántos cortes, cuántos moratones, cuántos llantos y gemidos. Cuántas caras tristes y pálidas contemplaban los cabeceos y balanceos de la lámpara de araña del Gran Comedor, temiendo que se les cayera encima. La casa, pensé, la casa desaparecerá esta noche. Pero nadie, ni uno solo, pensó que Lucy era aquello que estaban buscando, el objeto de la cacería Iremonger. Nadie la tiró al suelo, nadie profirió insultos. Así que me envalentoné un poquito (tengo quince años y medio, llevo pantalones), me acerqué ligeramente, miré a mi alrededor, y allí, en una esquina alejada, en efecto, vi la portezuela del montaplatos, pero entre esa portezuela y nosotros había decenas de Iremongers, todos preparados, cada uno de ellos, y si se daban cuenta de quién era realmente Lucy eran capaces de estallar y, luego, al grito de «¡es ella!», hacernos estallar a nosotros junto con nuestras esperanzas.

Un paso. Y otro. Con cuidado.

—Por aquí, Iremonger —susurré a Lucy—. Podrás descansar cuando lleguemos a esa pared de allí. Sígueme.

Era tal el tintineo desenfrenado de la lámpara de araña, el estrépito de los peligros que acechaban fuera y los restallidos de todas esas vigas que gemían e imploraban piedad y, más aún, los balbuceos que pedían ayuda y misericordia y que Dios nos salve de aquella multitud de Iremongers doblados y heridos (y todas esas preguntas y susurros procedentes de los objetos de nacimiento), que solo habíamos recorrido la mitad del camino hasta la portezuela cuando alguien gritó:

—¡Quietos! ¡Deteneos ahora mismo!

Y no tuvimos más remedio que hacerlo.

Era la matrona jefe de la Enfermería, muy segura de sí misma y de su cometido, una mujer grande, de boca grande y grandes pulmones, como acabábamos de comprobar nosotros mismos.

—¡Eh, tú! —gritó—. ¡Eh, contéstame!

—¿Yo? —pregunté.

—Usted no, señorito Clodius, discúlpeme. La otra, detrás de usted, ¿cuál es tu puesto?

—Trabajo con estopa, señorita, abajo —improvisó Lucy—, antes me ocupaba de cardar la lana. He subido a causa de la inundación.

—Esta Sala es para la sangre pura, chica, no para los sirvientes, este no es lugar para ti. No te corresponde estar aquí, haya o no tormenta.

—Lo siento mucho, señora, me iré enseguida. No lo sabía.

—¡Espera un momento! —volvió a decir la matrona—. Con que estopa, ¿eh?, cardado de lana, bien, entonces sabrás usar los dedos, ¿no? Podrás poner vendas, ¿no es cierto? Ven acá y sé útil. Aquí. Conmigo.

Lucy siguió a la matrona con la cabeza agachada, tratando de pasar desapercibida. Espera un momento, Lucy, pensé, y te sacaré de aquí, te sacaré de aquí por el montaplatos. Dame un minuto. Y entonces, entre todos los gemidos de la familia y todas las preguntas de los objetos de nacimiento, oí a uno cuyo interrogante me resultó terriblemente familiar: «¿Gloria Emma Utting?».

Ignóralo, sigue caminando.

—Clod, Clod, ¿qué ocurre?

Pinalippy me estaba llamando. Estaba acurrucada entre varias de sus primas colegialas, presionando una servilleta contra su magullada cabeza.

—Clod, nunca había visto nada igual. ¡Cuántos Iremongers caídos! He visto cómo arrastraban a la prima Horryit, no dejaba de gritar mientras se la llevaban. Ay, Clod, ¿qué será de nosotros?

—Hola, Pinalippy. Pobre Horryit, no me lo puedo creer, nunca fue amable conmigo, pero jamás habría deseado su muerte. Y Tummis, Pinalippy, Tummis se ha ahogado.

—El Abuelo no ha vuelto todavía, ¿verdad? ¿Le has visto?

—No, Pinalippy, no le he visto.

—El Abuelo sabría qué hacer.

—Por supuesto que sí.

—¿Quién estaba contigo, Clod? ¿Con quién has entrado?

—Una simple Iremonger sirvienta —dije—, alguna irrelevante de las de abajo. La encontré atrapada bajo una pila de cosas y la saqué.

—Qué bueno eres, Clod, ¡tomarte tantas molestias por una sirvienta! No estoy segura de que yo hubiera hecho lo mismo. Es muy propio de ti.

—Me pregunto si no debería ayudar al Tío Aliver.

—¿Te sentarás conmigo, Clod? Me sentiría mucho mejor si lo hicieras.

—Bueno... Sí, Pinalippy, claro que sí, pero primero debería ir a ver si...

—Deja que ayuden otros. Yo te necesito.

—¿De verdad, Pinalippy?

—¡Clod! ¡Clod Iremonger!

—Sí, Pinalippy.

—¡Llevas pantalones!

—Sí, así es, Pinalippy... Me han entregado los pantalones.

Por desgracia, este descubrimiento bastó para que Pinalippy recuperara la verticalidad, se precipitara hacia mí, me mirara de arriba abajo, sacudiera la cabeza como si no diera crédito, y entonces, oh, cielos, Pinalippy me agarró y tiró de mí hacia ella y yo me sentí un poco aplastado por su afecto. En ese momento Lucy estaba lejos y no la veía entre todos los Iremongers.

—No sabes lo orgullosa que estoy —dijo Pinalippy—. Muchísimo.

—Gracias, Pinalippy, te lo agradezco. Volveré enseguida.

—Ahora te veo con otros ojos, no volveré a subestimarte.

—Pinalippy, yo...

—¡Foy! ¡Theeby! Mirad, ¡Clod ya tiene sus pantalones!

—Por favor, Pinalippy, te lo ruego.

Pero era demasiado tarde, las primas se acercaron corriendo y, a pesar de los numerosos arañazos y vendas que las cubrían, todas se tomaron la molestia de observar mi nueva indumentaria y de sonreírme y de ofrecerme muchos ánimos. No localizaba a Lucy. No la veía por ninguna parte.

—Qué porte tiene, ¿eh? —dijo Pinalippy.

—Sí, Pin, así vestido tiene un aspecto magnífico.

—Eso quiere decir que pronto os casaréis, Pinny, cualquier día de estos.

—Si es que vivimos para ver otro día...

—Oh, Pinny, no digas eso. Tienes a tu hombre, ¡y ahora viste pantalones!

—Eso es algo a lo que agarrarse, ¿no te parece, Pin?

—Pinny, si yo fuese tú no lo dejaría escapar.

—Sí —dijo—, tenéis razón. Lo tendré bien agarrado. —Me apretó la mano con tanta fuerza que por poco me la hace papilla—. ¡Es mío!

No podía ver a Lucy.

—¿Cómo ha sucedido tan pronto, Clod? ¿Ha sido una sorpresa o ya te lo esperabas?

—El Abuelo —tartamudeé—. Me los ha dado el Abuelo.

—¡El Abuelo! —chillaron las primas—. ¡El Abuelo en persona!

—Sí —dijo Pinalippy—, qué orgullosa estoy.

Mientras intentaba idear algo para escapar de aquello, pensé: ¿dónde está Lucy?

—Eres una caja de sorpresas, mi querido Clod Iremonger —dijo Pinalippy acariciando una de las perneras de mi pantalón.

¡Ahí estaba Lucy! Tampoco había ido tan lejos. Estaba poniendo vendas.

—El Tío Aliver —dije—, creo que el Tío Aliver necesita mi ayuda. Hace un momento he visto que me hacía un gesto con la mano. En breve volveré a estar con ustedes, señoritas.

—Señoritas —dijo Theeby—, nos ha llamado *señoritas*.

—Clod —dijo Pinalippy—, debes volver tan pronto como hayas terminado, ¿queda claro?

—Sí, Pinalippy, claro como el agua.

—No tardes, te echaré de menos.

Me dirigí hacia el Tío Aliver, cuyas manos estaban sumamente carmesí, pues acababa de sacarle varios fragmentos de porcelana a un familiar. Confiaba en no llegar a acercarme demasiado a él y así poder volver a donde se encontraba Lucy y hacer valer la autoridad que me conferían mis nuevos pantalones para liberarla, pero Aliver me vio y entonces sí que me hizo un gesto para que me acercara.

—Clod, Clod, ¿cómo está tu pulso?

—La verdad es que me tiembla un poco, Tío, estoy bastante nervioso. Dolor crónico de cabeza, ya sabes cómo es. Está llena de ruidos gritándose unos a otros. Apenas puedo oír lo que dices.

—Aquí —dijo Aliver— está tu Tío Idwid perforado por todas partes. Un sinfín de cosas han arremetido contra él, como si se hubieran puesto de acuerdo para atacarle precisamente a él. Le acabo de sacar una buena cantidad de porcelana del pecho y tenía un juego de té completo

incrustado por todo el cuerpo. Y además un colador de té le ha machacado la oreja izquierda como si quisiera entrar en ella.

—Pobre Tío Idwid, es cierto que tiene un aspecto muy perforado. ¿Está despierto, Tío? ¿Está consciente?

—El gobernador sufría tanto y emitía tales quejidos de malestar que me pareció sensato aplicarle un poco de cloroformo en un algodón para que se estuviera quieto mientras le extraía la porcelana y lo cosía. Pero estoy seguro de que muy pronto volverá a estar con nosotros. Mira, Clod, parece que empieza a volver en sí.

El Tío Idwid tembló un poco sobre la mesa del comedor y estiró una mano llena de arañazos hacia las pinzas de la nariz que descansaban a su lado. Sus ojos rotos permanecían cerrados, pero abrió la boca un instante para susurrar casi imperceptiblemente: «Hayward... ¿Es... Hayward?».

—Hola, Tío, ¿cómo se encuentra?

—Como un colador, querido Clod —musitó.

—No es tan grave, señor, si acaso recuerda a un pimentero; hay algunos agujeros, es cierto, pero no muchos, y ya se están cerrando.

Esbozó otra sonrisa.

—Eres un buen chico, Clod. Te quiero.

—Gracias, señor.

—El Engendro, Clod, el Engendro de abajo ha vuelto a crecer, está haciendo todo lo posible por escapar de aquí. ¡Pero no debes permitirlo! Si sale de la casa, si se junta con el resto de los cúmulos que hay más allá, se convertirá en algo tan grande, en un monstruo tan inmenso, que nos destruirá a todos.

—Conseguiremos retenerlo. Estoy seguro de que tal vez ya hayan conseguido dismantelarlo.

—¿Ha vuelto Umbitt?

—No, señor, me temo que no.

—Umbitt... Umbitt sabría qué hacer.

—Aún queda un trozo de platillo alojado dentro de su rodilla, primo Gobernador —dijo el Tío Aliver—, voy a sacárselo ahora. Clod, ¿puedes sujetar a tu tío para que no se mueva?

—Clod, cielo —dijo Idwid—, Clod, orejita mía, ven aquí, ven aquí un momento.

De pronto me encontraba muy cerca del Tío Idwid, tanto que su boca y sus dientes estaban pegados a mi oreja. Le había visto coger a Geraldine Whitehead y acercarla a su propia cara, pero pensé que lo había hecho únicamente por la tranquilidad que le proporcionaba.

—Esto dolerá un poco —dijo Aliver, colocado a la altura de las rodillas de Idwid.

—¡No dudes! —gritó Idwid.

Aliver clavó su cuchillo.

Idwid chilló y, mientras chillaba, Geraldine Whitehead cerró con fuerza sus largas fauces alrededor de mi oreja.

—¡Aaah! —grité yo.

—Ya casi estamos —dijo Aliver—, un poquito más.

—¡Aaah! —gritó Idwid apretando todavía más su Geraldine, que empezó a cortarme la piel.

—¡Tío, por favor, señor! —grité.

—¿Dónde está? —susurró Idwid en mi oreja aprisionada—. ¿Dónde está esa cosa? Creo que está contigo. Sabemos que te gusta. ¿Qué has hecho con ella? Dímelo, querido, dímelo, Clod, ¡ahora!

—¡Sujétalo fuerte! —gritó Aliver.

—¡Aaah! ¡Aaah! —chilló Idwid y, para compensar su dolor, me clavó aún más su Geraldine—. Dime dónde la has puesto... —susurró—. ¿Está aquí? ¿Está en esta habitación ahora? ¡Lo está! ¡Estoy seguro de que está aquí! ¡En nuestras propias narices! ¡Esa cosa! ¡Sacadla de aquí!

—El último trozo y habremos terminado. ¡Uno más! —gritó Aliver.

—¡Fuera! ¡Fuera! —gritó Idwid cortándome la oreja.

Pero había apretado demasiado, Geraldine se había resbalado, me había rebanado un poco de oreja y, al hacerlo, había perdido el control. Entonces agarré el algodón y lo apreté contra la gran cara de luna de Idwid, y la mano que sostenía a Geraldine Whitehead se fue relajando hasta desplomarse ensangrentada sobre la mesa. El cloroformo noqueó al Tío Idwid.

—Ya estamos —dijo Aliver—, no ha sido para tanto, ¿verdad?

—Temo que el pobre Tío Idwid se haya desmayado a causa del dolor.

—Nunca lo hubiera dicho. Pensaba que estaba hecho de una pasta más resistente.

—Parece ser que no.

—¿Qué te ha pasado en la oreja?

—Un simple corte, Tío. No te preocupes. Bien, he de irme, me alegro de haber sido de ayuda.

—Sí, gracias, Clod. ¿Seguro que tu oreja no necesita nada?

—No, gracias, Tío, no hace falta.

Deambulé por el Comedor, saltando por encima de los Iremongers, saludando con la cabeza a los parientes. Y por fin la encontré, con el uniforme destrozado, las manos temblorosas: Lucy terminando de vendar una pierna destrozada. La levanté.

—Iremonger —dije—. Te necesito. Ven conmigo.

—Trabaja aquí —dijo la matrona acercándose—, atiende a los enfermos.

—No me discuta, matrona, ahora llevo pantalones y no puede llevarme la contraria.

—Por mí como si se viste de armiño, señorito Clodius, necesito que me ayude.

—No dispone de ninguna autoridad sobre mí.

—Sobre usted, no, pero sobre ella, sí.

—Ella viene conmigo.

—Ella se queda aquí.

—¿Pretende discutir con un pura sangre?

—Discuto con las circunstancias, con la emergencia médica. A eso me dedico.

Yo tenía agarrada a Lucy por la mano derecha y la matrona, que se había levantado de su sitio para acercarse a nosotros, la agarraba por la izquierda. Lucy estaba en el medio, muerta de miedo.

—¡Deje que se marche! —dije.

—No haré tal cosa —dijo la matrona.

—Ella viene conmigo.

—Se va a quedar en esta habitación hasta que deje de necesitarla.

—Escuche, matrona, sea razonable, tengo que hablar con usted.

—¿No es eso precisamente lo que estamos haciendo? Está llamando la atención de todo el mundo.

En efecto, un montón de gente había alzado la cabeza para mirarnos, sin duda preguntándose a qué se debía aquella pelea, por qué un verdadero Iremonger armaba tanto escándalo por una sirvienta. A lo lejos, Idwid empezaba a revolverse sobre la mesa del comedor.

—Oiga, matrona —dije bajando la voz, para que solo ella, Lucy y yo pudiéramos oír las palabras que estaba a punto de pronunciar, y a nuestro alrededor los Iremongers devolvieron su atención a los bamboleos de la lámpara de araña—. Le ruego que me escuche. ¿Sabe usted quién es esta asquerosa criatura?

—Una sirvienta cualquiera, ¿qué más da?

—Por favor, matrona, quiero que mantenga la calma, quiero que respire hondo. Y ahora escúcheme bien. Esta sanguijuela es más de lo que usted supone. ¿Quién cree que podría ser? El pelo que hay bajo esa sucia cofia es castaño rojizo. Ahí tiene una pista. Mírela bien, observe con atención esta escoria zarrapastrosa y enseguida se dará cuenta de qué le estoy hablando.

La matrona la miró en silencio, pero no vio (y es que su rostro delataba lo que pensaba) nada de particular.

—No quería decirlo —proseguí— por miedo a provocar una gran consternación. No quería decírselo para evitarle un buen disgusto, pero no me deja otra opción.

—Pues si debe, hágalo —dijo la matrona.

Lucy me miraba completamente desconcertada.

—Bien, déjeme que le diga que esta persona cuya muñeca usted está sujetando no es otra que la que todos andan buscando. No me gustaría hacer sonar la voz de alarma. Toda esta gente ya ha sufrido suficiente. Mi intención es llevármela custodiada por esa portezuela de ahí y conducirla abajo, donde esperan su llegada, allí la esperan impacientes mi Tío Timfy en persona, Sturridge y Piggott, y yo, que soy el que ha atrapado a esta alimaña, debo trasladarla urgentemente antes de que pueda causar mayores daños. ¿Me comprende ahora? ¿Necesita que sea más claro? Lo que quiero decir es que esto que usted sujeta es la criatura de sangre impura. La criatura misma.

La matrona se quedó muy quieta, pero sin soltar a Lucy y sin pronunciar palabra, tan solo mirando, allí, de pie, y entonces, al compás del tintineo de la lámpara de araña, echó a temblar, los ojos se le humedecieron y por sus mejillas empezaron a rodar lágrimas y muy pronto prorrumpió en un auténtico llanto.

—Yo... No lo sabía —sollozó.

—Vamos, matrona, nadie la está culpando de nada.

—La he tocado..., la estoy tocando —dijo, y la soltó de golpe.

—Y todo volverá a estar bien después de un buen lavado.

—Lo siento muchísimo, señorito Clodius, lo lamento profundamente.

—Está conmocionada, matrona, y es comprensible. Es una reacción perfectamente lógica. Es más, ¿quién no lo estaría en su lugar? Tome, aquí tiene una silla, siéntese.

—Se lo agradezco, señorito Clodius, oh, sabe Dios que no me encuentro bien.

—¿Quiere entonces que me la lleve de aquí?

—Se lo ruego. Desearía que lo hiciera.

—Pero ¿se encuentra bien? ¿Está segura de que no quiere que me quede un rato con usted?

—Oh, no se preocupe por mí, señorito. Por favor, llévesela. Hágalo, se lo ruego. ¡Qué terrible tenerla tan cerca! ¡Ay, mi pobre corazón!

—En tal caso nos marcharemos, y sin hacer ruido, porque no me gustaría asustar a nadie.

—Sí... sí —gimió—. Ahora lo comprendo.

Así que tiré de Lucy hacia mí, lejos de la desdichada matrona, y caminé con ella haciendo el menor ruido posible hacia la portezuela del montaplatos. En la mesa del comedor, el Tío Idwid trataba de incorporarse.

—Oh, Clod —dijo Lucy—, ¿ya estamos a salvo?

—Aún no, Lucy, aún no.

—Estoy tan asustada que podría ponerme a gritar en cualquier momento.

—Mejor no, Lucy, después de todo lo que hemos pasado.

Por fin alcanzamos la portezuela y, al amparo de la lámpara de araña oscilante, deslizamos la ventanilla de servicio hacia arriba, el montaplatos estaba en su sitio, no tuvimos que subirlo nosotros mismos, por lo que nos metimos dentro. Estábamos muy juntos, apretados uno junto al otro en el interior. Bajé la ventanilla y el Gran Comedor desapareció. A ambos lados de aquel pequeño cubículo había unas cuerdas, y tuvimos que tirar de ellas poco a poco para bajar despacio. De esa forma, comenzamos a descender. Nos movíamos entre golpes y sacudidas. Tantos, que apenas oímos:

—¡Clod! ¡Clod Iremonger! ¿Dónde estás? ¡Te necesito!

La voz de Pinalippy, cada vez más apagada.

Una pequeña habitación en descenso

—Clod, pensé que me moría.

—No has muerto en absoluto, ¿ves? Estamos bajando.

Cuanto más nos alejábamos del escándalo del Gran Comedor, más nos acercábamos al estruendo abominable de las habitaciones que se encontraban por debajo de la casa. En el mejor de los casos, los techos abovedados siempre resonaban con los ruidos, pero ahora, en una noche como esta, los truenos estaban más que asegurados. Y por allí abajo se movía esa masa de cosas aglomeradas con el nombre de Robert Burrington, hinchado, inmenso, endemoniado, rebosante de posesiones, con todos aquellos nombres retumbando como descargas de fusileros, por lo que, una vez allí, no oiría nada. Estaría del todo sordo y solo podría servirme de la vista. Y a todo esto había que añadir, además, la inundación.

—La tal Pinalippy parecía muy interesada en ti —dijo Lucy.

—Es solo por los pantalones, nunca le gusté demasiado cuando llevaba los cortos.

«James Henry Hayward», llamó mi tapón.

—No te soltaba, ¿eh?

—Bueno, tal vez un poco, Lucy.

—¿Te ha gustado?

—¿Estás celosa?

«James Henry Hayward», volvió a llamar, un poco más fuerte.

—Por supuesto que no.

—Hay algo que debo decirte, Lucy, antes de seguir avanzando.

«James Henry Hayward», dijo aún con más fuerza mi tapón tratando de llamar la atención de lo que hubiera ahí abajo. Lo estaba llamando.

—Si los cúmulos han alcanzado la parte central del sótano —dije—, entonces habrá más ruido del que yo soy capaz de soportar. Todos los sonidos y los nombres. No oiré nada. Tan solo un gran rugido. No te oiré a ti tampoco.

—Nos las apañaremos.

«¡James Henry Hayward!»

—Lo digo muy en serio, Lucy, dependeré en gran medida de ti. No podré oír si viene nadie, no podré oír nada en absoluto.

«¡James Henry Hayward!»

—Te cubro las espaldas, Clod, cuidaré de ti.

—Ni aunque me grites —dije.

«¡James Henry Hayward!»

—Se acerca el ruido, Lucy, puedo oírlo, ¡está subiendo y mi tapón lo está llamando!

«¡James Henry Hayward!»

—¡Todos esos nombres están gritando cada vez más fuerte! —grité—. ¡Ya viene! ¡Ya viene! ¡Lucy!

«¡JAMES HENRY HAYWARD!»

—¡Lucy! Lucy! ¡Está aquí!

Ya no pude escuchar nada más, nada de nada. Como si ambos nos hubiésemos ahogado. Lucy me hablaba, decía algo, pero no podía entenderla. Mi cabeza, ay, mi cabeza. Una cabeza llena hasta los topes, una cabeza que se ahogaba. Ni un reducto de paz. Toda llena, ahogándose, ahogándose.



La criada de Heap House Mary Staggs

UN MONDADIENTES DE MADERA

Termina la historia de Lucy Pennant

Tengo una buena mata de pelo pelirrojo, la cara redonda y una nariz respingona. Mis ojos son verdes y con puntitos, aunque no son lo único que tengo salpicado de manchas. Todo mi cuerpo está punteado. Tengo pecas y puntos y lunares y uno o dos callos en los pies. Mis dientes no son del todo blancos. Uno está torcido. Estoy siendo sincera. Contaré todo tal como ocurrió y no diré mentiras ni faltaré a la verdad en ningún momento. Lo haré lo mejor que pueda. Tengo un agujero de la nariz más grande que el otro. Me muerdo las uñas. A veces me pican los bichos y entonces me rasco. Me llamo Lucy Pennant. Me llamo Lucy Pennant y nunca lo olvidaré.

—Supongo que yo también te quiero, Clod Iremonger, tonto.

—¡Lucy! ¡Lucy! ¡Está aquí!

—Sí que te quiero —dije.

Pero él no me oía. Estaba muy raro. Tenía el pelo de punta, sudaba, apretaba los dientes. En su cabeza se agolpaban todos esos ruidos, lo devoraban. Solo había una parte de Clod, el resto no estaba disponible, al menos por el momento. Le agarré la barbilla y lo obligué a mirarme.

—Todo saldrá bien —dije—, estaremos bien. Si te pierdes, te encontraré. Pase lo que pase. Te encontraré. ¿Me oyes?

Asintió, pero no podía estar segura de que me hubiera entendido. De acuerdo. Me puse a tirar de las cuerdas mientras él hacía lo propio con las de su lado. Y entonces, con un golpazo que nos dejó sin aliento, aterrizamos. Abajo del todo. Volvíamos a estar en el sótano, al otro lado de la portezuela se encontraba la cocina de Heap House, perfecto. Lo miré, un último vistazo. Vamos. Sin titubear. Empujé la ventanilla hacia arriba y salimos a toda prisa.

No había nadie y todo estaba destrozado. Completamente en ruinas. La cocina convertida en un campo de batalla. Clod, ¿me sigues? Me seguía.

—¿Estás bien, Clod? ¿Estás bien?

Asintió ligeramente.

Muy bien, primera parada, la salita de Piggott. Yo conocía el camino. Clod iba detrás de mí, pero caminaba mal, se tambaleaba como si estuviera borracho o algo así, tenía sangre reseca alrededor de la oreja. ¿No se estará viniendo abajo en este mismo instante? No, no puedo pensar así. Rápido. Cógelo todo, coge todo lo que necesites y sigue adelante, y todo saldrá bien, porque si tú dices que todo saldrá bien y él también lo dice, entonces tiene que ser así, ¡maldita sea!

—Vamos, Clod, aguanta.

El suelo estaba cubierto de cosas, Clod las pisaba y se resbalaba con ellas. Por toda la pared había grandes arañazos y tajos. Los ruidos procedían todos de la tormenta de fuera, no reconocía ningún sonido humano. Vamos, Clod. Hay que girar por aquí. Por el pasillo, dando tumbos. ¡Su oreja! Vamos, arriba.

—¿Estás bien? —le grité.

Se llevó las manos a las orejas.

—De acuerdo —dije.

Venga. Doblamos la esquina, subimos las escaleras. Entonces los oí. Sonidos en la salita de Piggott, sonidos capaces de hacerte querer salir huyendo como alma que lleva el diablo. Campanas. Eran campanas. Campanas, todas las campanas de los objetos de nacimiento de todos los Iremongers sirvientes repicando. Cada vez más fuerte.

Allí.

La puerta de Piggott. Abierta. Perfecto.

No pienses, solo hazlo. Aquí estamos, Clod, tenemos que entrar.

—¡Lucy! —gritó.

Allí estaba ella. Piggott. Pues claro que estaba allí, ¿dónde iba a estar si no? Al fondo de la habitación. Empréndiéndola con todas esas campanas y cajones, tratando de imponerse sobre ellos. Algunos de los cajones se abrían y, cuando lo hacían, Piggott, furiosa, volvía a cerrarlos de golpe. Estaba hecha un asco, con el moño deshecho y la ropa hecha jirones. Se le veían las enaguas, la piel blanca de debajo. Piel de Piggott, mejor no pensar en ello.

No nos había oído, no con todo aquel jaleo. Piggott cerraba los cajones con rabia, pero sollozaba del esfuerzo de mantener todas esas cosas encerradas. Mira tú por dónde, pensé, su autoridad le está rebotando en la cara. Lloraba, gemía, gimoteaba, gemidos horribles y profundos como de vaca agonizante, mientras trataba de mantener cerrados todos los cajones. No conseguía cerrarlos todos, no abarcaba toda la pared, era inevitable que algunas cosas escaparan. De pronto una bota quedó fuera de su alcance, libre, y luego una almohada, un peine para piojos, una rueda de bicicleta. Todas aquellas cosas liberadas cayeron al suelo y se escaparon, se dirigieron a la puerta corriendo hacia su libertad. ¡Cosas a la fuga! ¡Menudo espectáculo! ¡Era precioso, eso es lo que era, preciosísimo!

—¡Vamos! —grité—. ¡Vamos, cosas! Cosas bonitas, ¡vamos! ¡Salid de aquí! ¡Volad libres! ¡Huid! ¡Marchaos! ¡Sed libres!

—¡Mira! —gritó Clod—. ¡Mira cómo corren!

Piggott se volvió, insultada y asqueada, y, al volverse hacia mí, muchos cajones cazaron su oportunidad al vuelo y se lanzaron desde la pared. Una huida en masa de cientos de cosas.

—¡Tú! ¡Otra vez tú! —vociferó Piggott—. ¡Lo has destruido todo! ¡Todo lo que había conseguido!

Los cajones se aprovecharon de la situación, muchos de ellos rompieron sus candados, salieron disparados y pasaron ante nosotros a toda velocidad.

—¡Volved! ¡Volved ahora mismo! ¡Regresad aquí!

Pero no lo hicieron. Seguían saltando, desparramándose por todas partes. Clod, con los ojos como platos, contemplaba todo aquello y sonreía ante la preciosa tormenta de objetos. Miraba todas aquellas cosas correteando en libertad, qué bonito, qué bonito. ¡Una cinta métrica flotante

y voladora serpenteando por los aires! ¡Una silla levantando polvo en su carrera! Un rascador de botas, dado la vuelta, abriéndose paso a base de dar vueltas como las agujas de un reloj.

—¡La caja de cerillas, Lucy! —gritó Clod—. ¡Tienes que encontrar la caja de cerillas!

Pero no la veía. No estaba allí.

A mi espalda sonó un ruido sordo y algo me empujó al suelo, alguien que tenía mucha prisa. Era la gran cerrajera, la señora Smith, con la cara desencajada, rompiendo cosas, arrollando todo a su paso, tanteando entre todas sus llaves. Pero ¿qué llaves usar ahora? ¿Cómo iba a mantener todas esas cerraduras cerradas? Cerraduras que se doblaban, se partían, se rompían. Su mundo, igual que el de Piggott, se estaba rebelando, huía.

Smith no tardó en renunciar a las llaves, se dio media vuelta y aplastó su enorme espalda contra los cajones, con lo que logró cubrir una buena parte de la pared del fondo; ella misma hizo las veces de cerradura. Entonces sonrió, se le dibujó una gran sonrisa feliz y simple, rebosante de triunfo. Pero poco le duró. Smith alzó los ojos y lo vio antes que yo. La inmensa caja fuerte de la salita de Piggott se tambaleaba, se tambaleaba y también se inclinaba hacia delante. A Smith se le borró la sonrisa mientras aquel monstruo de plomo la miraba desde arriba, se cernía sobre ella cada vez más, como si fuese su propia hija de metal. Se oyó un chirrido metálico, la cara de Smith se puso completamente blanca y de pronto desapareció, igual que el resto de ella: la enorme caja fuerte le había caído encima y la había aniquilado. La cerrajera de Heap House dejó de existir y, como respuesta a lo que acababa de suceder, como un glorioso homenaje, los cajones que quedaban se abrieron de par en par y todos los objetos desobedientes salieron con premura. Piggott, sumida en su estrepitosa miseria, se puso a dar manotazos al aire intentando cogerlos y agarró por un instante un lápiz de cera que enseguida se le escapó de las manos. Entonces algo empezó a tirar de mí. Era Clod, que sonreía y sostenía algo en la mano: una caja de cerillas.

—¡La tengo! ¡La tengo! —gritaba.

—¡Mi caja de cerillas!

Acercó la oreja hasta ella y gritó:

—Tiene un nombre, así tan cerca puedo oírlo. Creo que dice Ada Cruickshanks. ¡Eso es! ¡Se llama Ada Cruickshanks, Lucy! ¡Tu propia Ada Cruickshanks!

Pero cuando quiso estirar la mano para enseñármela, se escabulló de un salto y salió de la habitación rodando a gran velocidad. Clod y yo nos miramos un instante y salimos corriendo tras ella.

Todos aquellos objetos fugitivos se precipitaban en desbandada en la misma dirección. Resbalaban, rebotaban y chocaban a lo largo de las paredes del sótano en una misma carrera. Todos se apresuraban hacia el mismo encuentro. Al Engendro. Pero algunos de ellos no lo consiguieron, algunos de ellos tropezaban y de pronto se volvían más grandes, cambiaban de forma. Una tetera que iba a toda mecha, rodando y rodando, dejaba de ser tetera con cada nuevo giro, fue haciéndose más grande y más gris hasta que de pronto se convirtió en una anciana de piernas gruesas con un sucio vestido de flores, se quedó sentada en el suelo y se puso a gritar como loca.

—¡Mary Staggs! ¡Mary Staggs!

El señor Briggs llegó hasta ella enseguida con un cubo en una mano y una cuchara en la otra y, sin perder un segundo, introdujo la cuchara en la boca de la pobre anciana, se la metió hasta la garganta y la mujer dejó de gritar. Más allá una bicicleta empezó a dar vueltas hasta transformarse en un niño al que le faltaban algunos dientes que miró a su alrededor con gran desconcierto y con piernas vacilantes, muy inestable, como si se hubiera olvidado de andar, y entonces, volviendo en sí, coreó: «¡Willy Willis! ¡Soy Willy Willis! ¡Mami, mami! ¡Mi mamá!».

El rascador de botas abandonó sus andares de pato, se detuvo repentinamente junto a un montón y pasó a ser un hombre gordo con un sombrero de paja abollado y largas patillas que lloraba totalmente compungido: «Brian Pettifer, capitán de barco. Báltico. Kattegat. Golfo de Riga».

El señor Groom se le echó encima y le dio aquella asquerosa medicina tan rápido como pudo.

Reinaba la confusión, aquello era un campo de batalla, los objetos se abalanzaban sobre la gente, pero también había Iremongers sirvientes corriendo y gritando que de un momento a otro se convertían en objetos. Una criada cayó al suelo y de inmediato se transformó en una jarrita para la leche. Un Iremonger de los cúmulos, con el traje de cuero, estaba apoyado en la pared y en un abrir y cerrar de ojos se convirtió en una escalera. Un Iremonger personal, alto y con el pelo brillante y la raya perfectamente trazada en el medio quedó reducido a una cartera de cuero en un santiamén.

A nuestro alrededor, todo era gente que se desplomaba y gente que aparecía.

Y por delante de toda esa gente que se convertía en objetos y de los objetos que se convertían en personas había muchas otras cosas, la mayoría surgidas de la habitación de Piggott, que se precipitaban hacia delante, hacia, hacia... Entonces lo vi. Y Clod también lo vio.

—¡Lucy! ¡Cuidado, Lucy!

Era enorme.

El Engendro. Era más grande que las habitaciones, una multitud de bocas, miles de miles de cosas juntas que aullaban y se retorcían. Era todo el comedor de los sirvientes, la cocina, la sala de pulido, la cámara frigorífica, todos esos lugares. Una inmensa criatura que ocupaba muchísimo espacio. Y cada vez tenía más hambre. Un hambre terrible. Todas esas bocas, todos esos agujeros negros masticando a la vez. Era insaciable. Y estaba enormemente afligida, necesitada, herida, amargada y furiosa.

Varios Iremongers sirvientes se lanzaron sobre ella para clavarle esto y aquello; algunos de ellos se transformaban en objetos durante el propio ataque, otros quizá lograban arrancarle unas cuantas cosas, pero solo conseguían enfurecerla aún más. Craso error, pensaba yo, seguro que contribuir a su enfado no ayuda. Había Iremongers con cascos de bombero de latón armados con palos y mangueras que trataban de encaramarse a ella utilizando escaleras, quién sabe para qué, pero que perdían el equilibrio, caían y acababan aplastados. Y crujidos y chasquidos, y la propia casa clamaba misericordia, se reventaba y se venía abajo por el peso de la inmensa criatura. El techo se resquebrajó, comenzó a derrumbarse y la casa entera con él.

Mientras nos acercábamos a ese terrible final, pasamos por la salita del mayordomo, Sturridge estaba dentro, simplemente estaba allí, inmóvil. ¿Qué está haciendo ahí parado sin hacer nada? ¿Por qué no echa una mano, con lo grande que es? Entonces vi que eso era

precisamente lo que hacía, ese era su granito de arena. Sturridge sujetaba el techo, ¡y cómo sudaba! ¿O estaba llorando? No sabría decirlo. El peso de la casa recaía sobre él, que la mantenía en pie. ¡Qué pilar! ¡Qué columna!

—¡Clod! ¡Clod! ¡Mírame! ¿Me oyes? —Giré su rostro hacia mí—. Escúchame, Clod, si nos separamos, si ocurriera cualquier cosa, te encontraré. Espérame. Te encontraré.

—¡Basura! ¡Te voy a destripar!

La señora Groom me había visto abajo en el sótano y, blandiendo su cuchillo de carnicero con la mano y con el molde de gelatina colgado del cinturón, se precipitó hacia mí.

—¡Te haré pedazos! ¡Te haré pedazos! —gimió, pero luego más flojito—, ¿te haré pedazos?

Y de repente se cayó al suelo, dio una voltereta y vino a parar justamente a mis pies, convertida en un simple rallador de queso lleno de agujeros; y a su lado, inútil, quedó el cuchillo de carnicero. El rallador se posó sobre uno de mis zapatos y me lo quité de encima con una patada. Junto a ella, donde estaba su molde de gelatina, había un bebé regordete, silencioso y desnudo.

—¡Ada Cruickshanks! —gritó Clod—. ¡Ahí está!

La caja de cerillas corría por delante de nosotros. Intenté alcanzarla pero de pronto se oyó un ruido terrible y pensé que toda la casa se estaba viniendo abajo.

¡Scriiiiiiiiiich! ¡Scriiiiiiiiiich! ¡Scraaaaaaaaaaaaaach!

¿Qué era eso? ¿Qué era eso? Incluso Clod lo había oído, incluso él se había dado la vuelta. ¿Qué era eso? ¿Qué era eso?

—¡Lucy! —gritó—. ¡Oh, no, Lucy, no!

Después, el gran griterío de los Iremongers. ¿Son gritos de agonía? ¿Están heridos? No, no están heridos. Estaban contentos. ¿Por qué? ¿A santo de qué?

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasa, Clod?

—El Abuelo, Lucy, ¡está llegando el Abuelo!

El tren.

El tren había conseguido regresar. Se había abierto paso a través del túnel.

—¡Aguantad! ¡Aguantad! —gritó el mayordomo—. ¡Ya llega! ¡Está llegando!

—¡Aquí! ¡Aquí! ¡Auxilio! —chillaron los Iremongers.

El gran Engendro también pareció comprender algo, puesto que se movía y arañaba cada vez con mayor agitación. Y entonces apareció. El viejo. Viejo, pero bien que apuraba el paso surcando los escombros con agilidad. El viejo, el gran viejo con su sombrero de copa y su enorme abrigo. Avanzó a toda prisa por el pasillo del sótano, se acercó, y el Engendro armó una boca enorme y le escupió (un gran muro de cosas salió volando desde ella, clavos y fragmentos de vidrio, esquirlas, cosas afiladas), pero no le intimidaba, el viejo iba directo hacia ella. Sin detenerse, llegó hasta ella y entró mientras lanzaba numerosos trozos tras él. Se introdujo en ella, literalmente, y todo lo que se interponía en su camino lo arrojaba fuera. Abrió un gran camino a través de la criatura. Todos lo vimos con nuestros propios ojos. Entonces con sus grandes y viejas manos comenzó a palpar el interior del Engendro, introdujo los brazos enteros hasta el fondo, y la criatura pareció gemir y chillar de dolor. Se revolvía en torno a él, trataba de ahogarlo, abriendo y cerrando todas sus bocas, pero el viejo continuó rebuscando entre todas esas cosas, como si buscara en una bandeja de cenizas algo en concreto, algo que hubiera perdido y

necesitara recuperar a toda costa. El viejo metido hasta el fondo en esa cosa. ¿Qué has perdido? ¿Qué es lo que buscas? ¡Vamos, criatura, ahógalo, húndelo, muérdelo! El viejo, el viejo enorme, el viejo feo escarbaba con las manos bajo la superficie, buscando, palpando todos aquellos objetos. Ya le llegaba hasta el cuello, lo ahogará, tiene que ahogarlo. Pues muy bien, que se ahogue. Pero entonces el Engendro se detuvo, se agarrotó, se estremeció, dejó de moverse, se quedó muy quieto. Espantosamente quieto. Tan quieto que al fin pudimos ver de qué estaba hecho, vimos todas las cosas que lo constituían, solo cosas, esto y lo otro, cosas cotidianas, cosas, sin más, nada especial. Se quedó así un momento y entonces se desplomó. Todo sucumbió a la gravedad, todo se estrelló contra el suelo, una repentina lluvia de todos aquellos objetos sobre las losas. De nuevo, todo inerte. Volvieron a ser simplemente cosas. Tan solo quedó una en pie, solo una de entre todas aquellas miles de miles de cosas. Solo una. Él. El viejo, el viejo enorme, el viejo feo, en pie. Y sostenía algo. Entre las manos sostenía una sola cosa, una cosa: era una taza con un labio extra, una taza bigotera. Florence Balcombe.

Entre las manos tenía a mi Florence Balcombe, y entonces hizo lo mismo que habían hecho todas aquellas cosas hacía un instante: la dejó caer. Y se estampó contra el suelo. Pero no se hizo añicos. Sorprendentemente no se rompió. Aterrizó de pie, eso hizo Florence, igual que un gato. Bien hecho, Florence. Florence rodó un poco, pero solo un poquito. Y entonces el viejo, ese viejo loco, ese viejo feo y loco, levantó una de sus grandes botas negras y la desplomó con fuerza sobre Florence Balcombe y la destrozó, la destrozó hasta hacerla pedazos, y volvió a levantar la bota y de nuevo la dejó caer sobre los pedazos.

—¡Florence! —grité.

—¡Lucy! —gritó Clod—. ¡Lucy, no!

Corrí hacia él.

En ese momento él levantó la cabeza y me miró correr con una mirada fría y gélida.

Y yo...



La nueva gobernanta Ada Cruickshanks

UN BOTÓN DE ARCILLA

Termina la historia de Clod Iremonger

Cómo terminó

Ya oía algo, tras el derrumbe del Engendro podía oír un poquito. Podía oír. Oí a Lucy gritar: «¡Florence!».

Grité su nombre.

Y entonces la vi caer. Lucy cayó. Estaba corriendo hacia el Abuelo y entonces se detuvo sin más, cayó al suelo, rodó, y mientras se precipitaba se fue haciendo cada vez más pequeña, hasta que no fue nada, y yo no podía verla.

—¡Lucy! ¡Lucy! —grité.

«Lucy Pennant.»

—¡Te oigo! ¡Te oigo! Pero no puedo verte. ¿Dónde estás?

«Lucy Pennant.»

—¡Lucy! ¡Lucy!

«Lucy Pennant.»

En el suelo, donde se había caído, donde había dejado de caer. Allí estaba, allí estaba, un botón. Nada más que un botón. Un botón moldeado de arcilla.

—¡Lucy, mi Lucy Pennant! Te tengo.

—¡A mí! —dijo el Abuelo, y Lucy salió volando por los aires, como si la hubiera lanzado, como si fuera una moneda, solo que no lo había hecho.

Estaba en las manazas del Abuelo.

—Por favor, por favor —grité—, deje que me la quede.

—Esto, Clod, esto es la causa de nuestra reciente miseria, la razón de que los cúmulos se hayan alterado tanto, este botón culpable, este no-Iremonger, esta sangre equivocada. Los objetos ya estaban disgustados antes de que viniera, pero con su llegada lo alteró todo, propagó la enfermedad, agitó hasta tal punto a esa taza que incitó a todos los demás objetos. Ahora esta cosa volverá, regresará a lo más profundo, deja que allí se sienta perdida y abandonada, que desaparezca sin esperanza, deja que sufra. Tú... ¿Estás ahí, prefecto Moorcus? ¡Tú, cuya sangre sí que es fuerte!

Y ahí estaba Moorcus, un poco magullado y arrugado, pero ahí estaba con su medalla reluciente.

—Aquí, señor, aquí, Abuelo.

—Llévate esta cosa, este botón, y corre todo lo rápido que puedas a los cúmulos.

—¿Afuera, señor?

—Ya se han calmado bastante, la tormenta ha pasado, hazlo, cógelo, rápido, lánzalo, lánzalo lejos, piérdelo.

—¡Abuelo, no! —grité—. ¡Abuelo! ¡Moorcus, detente! ¡Por favor, Abuelo!

—¡Tú, Clod! ¡Estate quieto!

—¡No!

Y yo...



El comprobante James Henry Hayward

UNA MONEDA DE MEDIO SOBERANO

Comienza la historia del comprobante n.º 45247,
propiedad de la Casa de Laurel,
Forlichingham, Londres

Me llamo James Henry. Me llamo James Henry Hayward. Estoy en un tren. Hay un anciano a mi lado. Un anciano grande, simpático. Me coge de la mano. Estamos en un tren. Vamos a Londres.

No puedo ver gran cosa por las ventanas, fuera está todo muy oscuro. No sé si debería estar preocupado o no. Miro al anciano y pienso que no. Aquí en el vagón hay luz. El anciano es bueno conmigo. No sé si vamos a ir a ver a mi familia, supongo que no estaría mal verlos. El anciano dice que hará todo lo posible por encontrarlos. Me pregunto dónde se habrán metido. No me acuerdo muy bien de ellos. Me pregunto cómo los perdí. O cómo me perdieron ellos a mí. Sí que estoy un poco preocupado. Me preocupa no recordarlos. Alzo la mirada al anciano y él me sonríe desde las alturas. Me siento mejor. Es un rostro antiguo y afable. Un poco más apartada hay una mujer sentada muy recta que no habla con nadie. Lleva una cofia negra grande con un velo por encima, no le veo bien la cara. La oigo toser, una tos seca espantosa que se me mete en la cabeza. Prefiero al anciano. Prefiero al anciano pero voy a ver mucho a la mujer estricta puesto que va a ser mi compañera durante un tiempo, el anciano me lo ha dicho, voy a vivir con esa tos seca.

No puedo decir que me guste. He oído al anciano dirigirse a ella por su nombre: Ada Cruickshanks.

James Henry Hayward. Mi nombre.

Llevo un traje y una gorra nuevos. Zapatos nuevos, todo nuevo. Me siento muy elegante. Casi un adulto. Me pregunto si soy rico. El anciano es muy rico, o eso creo. Debe de serlo. Es el dueño del enorme caserón remoto que acabamos de dejar. Va a cuidar de mí. En el fondo es bonito tener un tutor como él. Creo que va a adoptarme. Espero que lo haga. Sí, ya me siento mejor, a pesar de la mujer estricta, Ada Cruickshanks. Antes no me sentía bien, pero no me acuerdo muy bien.

Me meto la mano en el bolsillo. Hay algo dentro. Es medio soberano. Mío. Medio soberano de oro. Sus diez chelines vale. Míos. El anciano me lo ha dado. Pero no debo gastármelo, eso me ha dicho. Si es mío, me pregunto, ¿entonces por qué no puedo gastarlo? Me gustaría gastarlo. Podría comprar muchas cosas con él. Pero el anciano se ha mostrado muy estricto al respecto, es lo único que le borra la sonrisa del rostro.

El anciano me ha dicho que debo cuidar muy bien de mi medio soberano. Me ha preguntado varias veces si todavía lo tengo. Me pide que lo saque a la luz y se lo enseñe. Y siempre dice: «Muy bien. Bien hecho, James Henry». Me gusta cuando dice eso. Noto la moneda en mi mano, la caliente un poco. Oigo un silbido fuerte y estridente, me pegó un buen susto. El tren aminora su marcha. Estamos entrando a una estación.

—Hemos llegado, James Henry —dice el anciano.

Le devuelvo la sonrisa y pregunto:

—¿Londres?

—Londres —dice—, Filching.

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias a Sara O'Connor, magnífica editora, y a toda la gente de Hot Key por su entusiasmo y ayuda, y por ser quienes son: un equipo extraordinario. Muchas gracias a mi sufrida agente Isobel Dixon, cuya fe jamás se quebranta y me mantiene optimista. A Elisabetta Sgarbi de Bompiani por estar siempre ahí. Al maravilloso Christopher Merrill que me envió a China y a un museo de objetos rescatados que me sirvieron de primera inspiración para este libro. A Elizabeth Butler Cullingford y a James Magnuson por dejarme enseñar cuentos de hadas y escritura creativa, y por proporcionarme estudiantes excelentes, y por todo su apoyo. A mi madre por tanto (y mis disculpas por haber robado nombres de la familia). Y sobre todo a mi mujer Elizabeth y a mis hijos Gus y Matilda, por todo.

* La palabra «Iremonger» es una modificación de la palabra inglesa «ironmonger», que significa: ferretero, quincallero. (*N. de la T.*)

* El autor hace un juego de palabras con los términos *bay leaf* (hoja de laurel) y *bailiff* (recaudador de impuestos), cuya semejanza fonética es evidente. (*N. de la T.*)

* Literalmente «la casa de los cúmulos», en referencia a las pilas de desechos que forman el vertedero en el que se ubica la casa. (*N. de la T.*)

* Literalmente, «no es un gorro». (*N. de la T.*)

